

AUTORA BEST SELLER
DEL NEW YORK TIMES

erin watt

EL REINO DESTROZADO

OZ
EDITORIAL



LOS ROYAL
LIBRO 5

EL REINO DESTROZADO

Los Royal. Libro 5

ERIN WATT

Traducción de Tamara Artega y Yuliss M. Priego



EL REINO DESTROZADO

V.1: septiembre, 2018

Título original: *Cracked Kingdom*

© Erin Watt, 2018

© de la traducción, Tamara Arteaga, 2018

© de la traducción, Yuliss M. Priego, 2018

© de esta edición, Futurbox Project, S. L., 2018

Todos los derechos reservados.

Diseño de cubierta: Meljean Brook

Publicado por Oz Editorial

C/ Aragón, n.º 287, 2.º 1.ª

08009 Barcelona

info@ozeditorial.com

www.ozeditorial.com

ISBN: 978-84-17525-10-1

IBIC: YFM

Conversión a ebook: Taller de los Libros

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita utilizar algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

El reino destrozado

**Tragedia. Trampas. Traición.
Nadie puede escapar de los Royal**

Desde que Hartley Wright conoció a Easton Royal, su vida ha cambiado por completo: los enemigos acechan en las esquinas y los peligros se ocultan en las sombras. Un día, la tragedia llama a su puerta cuando Hartley sufre un terrible accidente y pierde la memoria.

Ahora no confía en nadie y su instinto le dice que Easton es peligroso. El joven Royal siembra el caos allí donde va y los sentimientos que despierta en ella la confunden todavía más. Hartley no sabe si el chico de ojos azules es su salvación o su perdición.

Easton quiere que Hartley recupere la memoria, pero ella cree que es mejor olvidar el pasado. Y puede que tenga razón...

«*El reino destrozado* es una montaña rusa de emociones con un final explosivo y totalmente inesperado.»

Writing Bookish Notes

«Un libro repleto de sorpresas y momentos inesperados. ¡Los Royal nunca me decepcionan!»

After Dark Book Lovers

CONTENIDOS

Portada

Página de créditos

Sobre El reino destrozado

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34

Agradecimientos
Sobre la autora

Para Lily, luz de vida

Capítulo 1

Easton

Todos están gritando. Si no estuviese en *shock* y más borracho que una cuba, quizás habría oído los gritos, los habría asociado con ciertas voces y habría entendido las palabras y las furiosas acusaciones.

Pero, ahora mismo, todo es un bullicio. Una sinfonía de odio, preocupación y miedo.

—¡... es culpa de tu hijo!

—¡Y una mierda!

—... presentar cargos...

—Easton.

Tengo la cabeza enterrada en las manos y me froto los ojos con ellas.

—¿... incluso aquí?... sacarte esposado, hijo de puta... acoso...

—...me gustaría verlo... no te tengo miedo, Callum Royal. Soy el fiscal del distrito...

—Ayudante del fiscal de distrito.

—Easton.

Tengo los ojos secos y me pican. Seguro que están enrojecidos. Siempre se me ponen así cuando bebo.

—Easton.

Algo me toca el hombro y una voz destaca entre el resto. Alzo la cabeza y veo a mi hermanastra mirándome con sus ojos azules llenos de preocupación.

—No te has movido durante tres horas. Dime algo —me ruega Ella con

delicadeza—. Necesito saber que estás bien.

¿Bien? ¿Cómo voy a estar bien? Mira lo que pasa, joder. Estamos en una sala de espera privada del hospital de Bayview; los Royal no tienen que esperar en la sala de espera de urgencias con el resto de los mortales. Recibimos un tratamiento especial dondequiera que vayamos, incluso en los hospitales. Cuando apuñalaron a mi hermano mayor Reed el año pasado, lo metieron en un quirófano como si fuese el mismísimo presidente; seguro que le quitó el espacio de operaciones a alguien que lo necesitaba más. Pero el nombre de Callum Royal tiene muchísimo alcance en este estado. ¿Qué digo? En todo el país. Todos conocen a mi padre. Todos lo temen.

—... acusaciones contra tu hijo...

—Tu maldita hija es responsable de...

—Easton —vuelve a llamarme Ella. La ignoro.

Ahora mismo no existe. Nadie de ellos existe. Ni Ella. Ni papá. Ni John Wright. Ni siquiera mi hermano Sawyer, que acaba de unirse a nosotros después de que le hayan dado un par de puntos en la sien. Un gran accidente automovilístico y Sawyer escapa con un raspón.

Sin embargo, su hermano gemelo...

¿Qué le ha ocurrido?

No tengo ni puta idea. No nos han dicho nada de Sebastian desde que llegamos al hospital. Se llevaron su cuerpo ensangrentado y machacado en una camilla, y han desterrado a su familia a esta sala mientras esperan conocer si aún vive o ha muerto.

—Si mi hijo no sobrevive, tu hija pagará por esto.

—¿Estás seguro de que es hijo tuyo?

—¡Serás cabrón!

—¿Qué? Me parece que todos tus hijos necesitan realizarse una prueba de ADN. ¿Por qué no hacerlo ahora? Al fin y al cabo, estamos en un hospital. Será fácil sacar algo de sangre y confirmar cuál de tus chicos es Royal y cuál es escoria O'Halloran...

—¡Papá! ¡Cállate!

La voz angustiada de Hartley me atraviesa como un cuchillo. Puede que ahora mismo el resto no exista, pero ella sí. Lleva sentada en la esquina de la sala tres horas, igual que yo, sin decir nada. Hasta ahora, que está de pie. Sus ojos grises echan chispas de la rabia y se abalanza sobre su padre gritando con tono acusatorio.

Ni siquiera sé por qué John Wright está aquí. No soporta a su hija; la mandó a un internado, no le permitió volver a casa cuando regresó a Bayview. Esta noche le ha gritado y le ha dicho que no era parte de su familia y amenazado con mandar lejos a su hermana pequeña.

Pero cuando las ambulancias se llevaron a Hartley, los gemelos y la novia de estos, el señor Wright fue el primero en dirigirse al hospital. Quizá para asegurarse de que Hartley no le cuenta a nadie lo gilipollas que es.

—¿¡Por qué estás aquí!?! —Hartley chilla lo que yo mismo estoy pensando—. No he resultado herida en el accidente. ¡Estoy bien! ¡No te necesito y no te quiero aquí!

Wright le responde con un grito, pero no le presta atención. Estoy ocupado mirando a Hartley. Como su coche se estrelló contra el Range Rover de los gemelos, fuera de la mansión de su padre, insiste en que está bien. Por supuesto, yo no creo lo mismo; no, ni siquiera me ha mirado una sola vez. No la culpo.

Yo he causado esto. Esta noche, he destruido su vida. Mis acciones la llevaron a ese coche, al momento exacto en que mis hermanos aceleraban en la curva. Si no se hubiera puesto triste, quizá los habría visto antes. Quizá Sebastian no estaría... ¿muerto? ¿Vivo?

Joder, ¿por qué no hay noticias?

Hartley sigue insistiendo en que no está herida y el técnico de emergencias está de acuerdo, porque, tras examinarla, le han permitido venir a la sala de espera, pero no parece estar bien. Se tambalea y tiene la respiración agitada. Está más pálida que las paredes blancas que hay detrás de ella, lo que crea un contraste espeluznante con su piel y su pelo negro. Pero no hay ni una gota de sangre en ella, ni una. Eso me tranquiliza, porque Sebastian estaba cubierto de ella.

La bilis me sube por la garganta cuando recuerdo el accidente. Esquirlas del parabrisas por el suelo. El cuerpo de Sebastian. El charco rojo. Los gritos de Lauren. Menos mal que los Donovan han recogido a Lauren y se la han llevado a casa. La chica no paró de gritar desde que llegó al hospital hasta que se fue.

—Hartley —dice Ella en voz baja, y veo que mi hermanastra ha advertido el rostro cenizo de Hartley—. Ven, siéntate. No pareces estar bien. Sawyer, tráele algo de agua a Hartley.

Mi hermano menor se va sin decir nada. Ha estado actuando como un zombi desde que se han llevado a su gemelo.

—¡Estoy bien! —espeta Hartley, y se aparta del hombro la pequeña mano de

Ella. Se vuelve hacia su padre todavía tambaleándose—. ¡Tú eres el culpable de que Sebastian Royal esté herido!

Wright abre la boca, sorprendido.

—¿Cómo te atreves a insinuar...?

—¿Insinuar? —lo interrumpe ella, furiosa—. ¡No insinúo! ¡Lo declaro! ¡Easton no habría estado allí esta noche si tú no hubieras amenazado con enviar a mi hermana lejos! ¡Yo no habría ido tras él si él no hubiera venido a verte!

Quiero decir que eso significa que ha sido culpa mía, pero estoy demasiado débil y soy un puto cobarde, demasiado como para hacerlo. Pero es cierto, soy el responsable de lo que ha sucedido. Yo he provocado el accidente, no su padre.

Hartley vuelve a tambalearse y esta vez Ella no se lo piensa dos veces; posa una mano sobre su antebrazo y la obliga a sentarse.

—Siéntate —le ordena.

Mientras tanto, nuestros padres vuelven a fulminarse con la mirada. Jamás he visto a mi padre tan cabreado.

—El dinero no va a salvarte esta vez, Royal.

—Tu hija conducía el coche, Wright. Con suerte, no pasará su próximo cumpleaños en un reformatorio.

—Si alguien va a ir a la cárcel, ese es tu hijo. Joder, todos tus hijos tendrían que estar ahí.

—No te atrevas a amenazarme. Puedo conseguir que el alcalde venga en cinco minutos.

—¿El alcalde? ¿Crees que ese llorica tiene los huevos de despedirme? He ganado más casos en este maldito condado que otro fiscal en la historia de Bayview. Los ciudadanos os crucificarían...

Por primera vez en tres horas, consigo hablar.

—Hartley —digo con voz ronca.

El señor Wright deja de hablar, se da la vuelta para enfrentarse a mí y me atraviesa con la mirada.

—¡No te dirijas a mi hija! ¿Me oyes, hijo de puta? No le digas ni una palabra.

Lo ignoro. Mi mirada está fija en la pálida cara de Hartley.

—Lo siento —susurro—. Todo esto es culpa mía. Yo he causado el accidente.

Ella pone los ojos como platos.

—¡No le digas nada! —Por raro que parezca, quien pronuncia esas palabras es mi padre, no el suyo.

—Callum —dice Ella, tan sorprendida como yo.

—No —contesta él en alto, y sus ojos azules, tan Royal, se clavan en mí—. Ni una palabra, Easton. Podrían acusarte de un delito. —Papá mira a John Wright como si fuese el demonio—. Y él es el ayudante del fiscal. No digas nada más del accidente sin la presencia de nuestros abogados.

—Típico de los Royal —exclama Wright con sorna—. Siempre cubriendo las espaldas de los otros.

—Tu hija ha chocado con el coche de mi hijo —le responde—. Ella es la única responsable.

Hartley emite un gemido. Ella suspira y se frota el hombro.

—No eres la responsable —le digo a Hartley, e ignoro al resto. Es como si estuviésemos solos en la sala. Esta chica y yo; Hartley es la primera con la que he querido pasar tiempo sin estar desnudos. Una chica a la que considero mi amiga. Una chica que quería que fuese más que una amiga.

Por mí, esta chica se enfrenta a la ira de su padre y le carcome la culpa por un accidente que no habría sucedido si yo no hubiese estado ahí. Mi hermano mayor Reed antes se refería a sí mismo como «el Destructor». Pensaba que arruinaba la vida de las personas que quería.

Pero Reed está equivocado; soy yo el que siempre lo fastidia todo.

—No te preocupes, nos vamos.

Me tenso cuando se acerca a ella dando pisotones.

Ella envuelve un brazo en torno a Hartley a modo de protección, pero mi padre niega con la cabeza.

—Deja que se vayan —le ordena mi padre—. Este capullo tiene razón; su sitio no está junto a nosotros.

El pánico me sube por la garganta. No quiero que Hartley se marche y, sobre todo, no quiero que se vaya con su padre. A saber lo que le hará.

Está claro que Hartley piensa lo mismo porque lo rehúye cuando intenta agarrarla. Se aleja del brazo de Ella.

—¡No pienso ir a ningún sitio contigo!

—No tienes elección —estalla él—. Te guste o no, todavía estás bajo mi tutela.

—¡No! —La voz de Hartley es como un trueno—. ¡No pienso ir! —Se vuelve hacia mi padre—. Escuche, mi padre es...

No termina la frase porque, un segundo después, se desploma hacia delante y cae al suelo. El sonido del impacto de su cabeza contra el azulejo me perseguirá hasta que muera.

Parece que todos se abalanzan a cogerla, pero soy yo quien llega primero.

—¡Hartley! —grito, y la zarandeo por el hombro—. ¡Hartley!

—No la muevas —dice mi padre mientras intenta alejarme.

Yo me zafa de su agarre, pero la suelto. Me tumbo para que su cara esté al lado de la mía.

—Hartley. Hart. Soy yo. Abre los ojos. Soy yo.

Ni siquiera se le mueven los párpados.

—¡Aléjate de ella, delincuente! —grita su padre.

—Easton.

Es Ella, y su voz suena horrorizada mientras señala el lateral de la cabeza de Hartley, de donde cae un hilo de sangre. Tengo ganas de vomitar y no es solo por el alcohol que me recorre las venas.

—Dios mío —dice Ella en voz baja—. La cabeza. Se ha dado muy fuerte en la cabeza.

Me deshago del temor que siento.

—No pasa nada, todo irá bien. —Me giro hacia mi padre—. ¡Ve a buscar a un médico! ¡Está herida!

Alguien me agarra del hombro.

—¡He dicho que te apartes de ella!

—¡Apártese usted! —espeto al padre de Hartley.

Al instante se crea un alboroto a mi espalda. Pisadas. Más gritos. Esta vez dejo que me lleven. Es como lo de Sebastian otra vez. Hartley está en una camilla y los médicos y las enfermeras intercambian órdenes mientras se la llevan.

Observo el umbral por donde desaparecen, petrificado. Paralizado.

¿Qué acaba de pasar?

—Dios mío —vuelve a decir Ella.

Mis piernas son incapaces de sostener mi propio peso. Me dejo caer en la silla más cercana y jadeo en busca de aire. ¿¡Qué acaba de pasar!?

¿Hartley estaba herida todo este tiempo y no ha dicho nada? ¿O es que no se había dado cuenta? Joder, los técnicos de emergencias habían dicho que no tenía nada.

—Habían dicho que estaba bien —digo con la voz rota—. Ni siquiera la han ingresado.

—Se pondrá bien —me asegura Ella, pero por su tono no parece muy convencida. Ambos hemos visto la sangre, el hematoma morado que se formaba en su sien y su boca flácida.

Joder. Voy a vomitar.

Tengo que reconocer que Ella no retrocede cuando me echo hacia delante y vomito sobre sus zapatos. Simplemente me acaricia y me alisa el pelo de la frente.

—No pasa nada, East —murmura—. Callum, tráele algo de agua. No sé adónde ha ido Sawyer cuando le he mandado a por ella. —Luego creo que se dirige al señor Wright—. Creo que es hora de que se marche. Puede esperar a recibir noticias de Hartley en otro lado.

—Con mucho gusto —dice, asqueado.

Siento el momento en que se va porque la tensión de la sala se disipa.

—Estará bien —repite Ella—. Al igual que Sebastian. Todos estarán bien, East.

En vez de sentirme más seguro, vuelvo a vomitar.

Oigo que murmura por lo bajo: «Dios, Reed, llega ya».

Y vuelta a empezar con el juego de la espera. Bebo agua. Mi padre y Sawyer permanecen sentados en silencio. Ella abraza a Reed en cuanto llega. Ha tenido que venir en coche desde la universidad y parece exhausto. No lo culpo, son las tres de la mañana. Todos lo estamos.

Primero nos dan noticias sobre Sebastian. La principal preocupación es la herida de la cabeza. Tiene el cerebro inflamado, pero los médicos aún no saben lo grave que es.

Mi hermano Gideon, el mayor de todos, llega un poco después que Reed, justo a tiempo para oír las noticias sobre el cerebro de Seb. Vomita en la basura de la esquina de la sala, aunque, a diferencia de mí, no creo que esté borracho.

Horas más tarde, un doctor diferente aparece por la puerta. No es el que ha operado a Seb y parece increíblemente incómodo cuando mira a su alrededor.

Me tambaleo cuando me pongo en pie. Hartley. Tiene que ver con ella.

Capítulo 2

Hartley

Una luz brillante me apunta y me despierta. Parpadeo somnolienta e intento distinguir formas entre los borrones blancos que hay frente a mis ojos.

—La Bella Durmiente ha despertado. ¿Cómo estás?

La luz vuelve a brillar. Estiro la mano para alejarla y casi me desmayo del dolor.

—Muy bien, ¿eh? —dice la voz—. ¿Por qué no le administramos treinta miligramos más de Toradol? Tenemos que asegurarnos de que no haya hemorragias.

—Sí, señor.

—Genial.

Alguien junta dos piezas de metal y me estremezco.

¿Qué me ha pasado? ¿Por qué siento tanto dolor que hasta los dientes me duelen? ¿He tenido un accidente?

—Con cuidado. —Una mano me empuja hacia algo suave, un colchón—. No te sientes.

Se oye un ruido mecánico y la parte superior de la cama se eleva. Logro despegar uno de mis párpados y, a través de las pestañas, veo una barandilla de la cama, el extremo de una bata blanca y otro borrón oscuro.

—¿Qué ha pasado? —pregunto con voz ronca.

—Has tenido un accidente de coche —dice el borrón oscuro a mi lado—. Cuando el *airbag* se desplegó, te rompió un par de costillas del costado izquierdo. El tímpano te explotó. Te desmayaste y te golpeaste a causa de un

trastorno vestibular junto con algo de disnea. Has sufrido un traumatismo craneoencefálico leve.

—¿Traumatismo craneoencefálico?

Levanto la mano hacia el pecho y me encojo hasta que poso la palma sobre el corazón. Jadeo. Me duele. Bajo despacio el brazo.

—Si te lo preguntas, aún late. —Esas palabras provienen de la voz que he oído al principio. Debe de ser el médico—. Las chicas bajitas tenéis que sentaros lo más lejos posible del volante. Que un *airbag* se despliegue es como recibir un puñetazo en la cara.

Dejo que mis párpados vuelvan a caer e intento recordar, pero no hay nada en mi cabeza. La siento vacía y llena a la vez.

—¿Puedes decirme qué día es?

Día... Los recito uno a uno en mi cabeza: lunes, martes, miércoles... Ninguno parece ser el correcto.

—¿Cuánto tiempo... he estado... aquí? —logro preguntar. Parece que tengo la garganta en carne viva, pero no sé cómo un accidente ha conseguido que suceda esto.

—Toma —dice la voz femenina, y me coloca una pajita sobre los labios—. Es agua.

El líquido me parece una bendición y trago hasta que alejan la pajita de mi alcance.

—Suficiente. No queremos que te pongas mala.

¿Mala por beber agua? Me relamo, pero no tengo energía para discutir. Me dejo caer sobre la almohada.

—Llevas aquí tres días. Juguemos a un juego —sugiere el doctor—. ¿Puedes decirme cuántos años tienes?

Esa es fácil.

—Catorce.

—Mmm.

La enfermera y él intercambian una mirada que no sé descifrar. ¿Soy demasiado joven para los medicamentos que me están administrando?

—¿Y tu nombre?

—Claro.

Abro la boca para contestar, pero mi mente se queda en blanco. Cierro los ojos y lo vuelvo a intentar. Nada. En absoluto. Miro al doctor presa del pánico.

—No puedo... —Trago saliva y sacudo la cabeza con fuerza—. Me llamo...

—No te preocupes. —Sonríe con facilidad, como si no fuera importante que no sea capaz de recordar mi propio nombre—. Dale otra dosis de la mezcla de morfina y benzodiacepina y llámame cuando se despierte.

—Ahora mismo, doctor.

—Pero yo... espere —digo al tiempo que sus pisadas se alejan.

—Chist. Todo irá bien. Tu cuerpo necesita descansar —contesta la enfermera mientras posa una mano sobre mi hombro para sujetarme.

—Necesito saber... necesito preguntar —me corrijo a mí misma.

—Nadie se va a mover de aquí. Todos estaremos en la habitación cuando despiertes, te lo prometo.

Dejo que me consuele, porque moverme duele demasiado. Decido que tiene razón. El médico no se irá porque esto es un hospital y trabaja aquí. Las respuestas para saber por qué estoy aquí y qué me ha ocurrido pueden esperar. La combinación de morfina y benzodiacepina —sea lo que sea eso— suena bien. Haré más preguntas cuando despierte.

Pero no duermo bien. Oigo voces y ruidos; voces que gritan y susurran, enfadadas y angustiadas. Frunzo el ceño e intento decir a los que se preocupan por mí que me pondré bien. Oigo un nombre repetidas veces: «Hartley, Hartley, Hartley».

—¿Se recuperará? —inquiérese una profunda voz masculina. Es la que ha repetido ese nombre, Hartley. ¿Me llamo así?

Acerco la cabeza hacia la voz, como una flor en busca del sol.

—Todos los síntomas apuntan a que sí. ¿Por qué no descansas un poco, hijo? Si no, vas a acabar en la misma cama que ella.

—Ojalá —contesta la primera voz.

El doctor se ríe.

—Esa es la actitud.

—Entonces, me puedo quedar, ¿no?

—No, sigo teniendo que echarte.

«No te vayas», ruego, pero las voces no me escuchan y poco después me dejan en un oscuro y sofocante silencio.

Capítulo 3

Easton

El ala Maria Royal del hospital de Bayview parece la morgue. Todos los que aguardan en la lujosa sala de espera están envueltos en una demoledora aura de aflicción. La espesura del ambiente está a punto de engullirme.

—Voy a tomar un poco el aire —le murmuro a Reed.

Él entrecierra los ojos.

—No hagas nada estúpido.

—¿Como ingresar a mi hijo en un ala bautizada con el nombre de una madre que se suicidó? —me burlo.

Junto a mi hermano, Ella suspira de frustración.

—¿Dónde habrías ingresado tú a Seb?

—En cualquier lugar menos aquí.

No puedo creer que estos dos no perciban las malas vibraciones de este sitio. Nada nos ha salido bien en este hospital. Nuestra madre murió aquí. Seb no va a despertar del coma y mi novia casi se abre la cabeza.

Los dos me lanzan una mirada llena de sospecha y luego se giran para entablar una silenciosa conversación. Ya llevan saliendo más de un año, y sus mentes se han sincronizado o algo así. Por supuesto, no necesito acostarme con ninguno de los dos para saber que están hablando de mí. Ella está preocupada por si pierdo los nervios y Reed le asegura que no haré nada que pueda avergonzar a la familia. Cuando Ella no me mira, Reed me lanza miradas sombrías que me repiten su sermón de antes, para que no se me olvide.

Dejo la habitación del dolor y las puertas automáticas se cierran a mi

espalda. Me alejo por uno de los dos amplios pasillos del ala del hospital, construida con el dinero de mi padre. No hay ruido aquí, a diferencia de la sala de urgencias de la primera planta, donde hay niños llorando, adultos tosiendo y cuerpos en constante movimiento.

Aquí, las suelas de goma se mueven en silencio sobre el suelo embaldosado, mientras los impolutos trabajadores entran y salen de las habitaciones para cuidar de sus pacientes ricos. Puede que en estas camas esté el dinero necesario para construir otra ala, así que prestan especial atención. Aquí, los colchones son mejores, las sábanas, más caras y las batas de hospital, de marca. Los internos y los residentes no tienen permiso para subir aquí a menos que vayan acompañados de un médico de pleno derecho. Por supuesto, hay que pagar por el privilegio de estar en una de estas *suites* VIP. Hart se encuentra en una solo porque amenacé con montar un escándalo si la internaban en el ala general. A mi padre no le hace gracia; piensa que es como si hubiera admitido haber hecho algo malo, pero lo reté a ir a la prensa y decir que todo fue culpa mía. Mi padre dijo que pagaría solo por una semana. Me pelearé con él si Hartley necesita quedarse más tiempo, pero voy a lidiar con los problemas uno a uno.

Localizo a mi hermano Sawyer despatarrado junto a una papelerera.

—Tío, ¿estás bien? ¿Quieres algo de comer? ¿O de beber?

Él alza sus ojos vacíos hasta mí.

—He tirado mi vaso.

¿Significa eso que tiene sed? Este chico parece un zombi. Si Seb no se despierta pronto, Sawyer será el próximo Royal confinado a una cama de hospital, no yo.

—¿Qué era? —pregunto al tiempo que echo un ojo al interior de la papelerera. Veo unos cuantos envoltorios de comida rápida, cartones del puesto de comida VIP y un par de bebidas isotónicas—. ¿Un Gatorade? —digo a tientas—. Te compraré otro.

—No tengo sed —murmura Sawyer.

—No pasa nada. Dime lo que quieres. —Si es que lo sabe. Parece estar delirando.

—Nada. —Se pone de pie con un tambaleo.

Me acerco con rapidez a su lado y le coloco una mano en el hombro.

—Eh, dime lo que quieres.

Sawyer me aparta la mano de un tirón.

—No me toques —espeta en un repentino golpe de ira—. Seb no estaría en

esa habitación de no ser por ti.

Quiero protestar, pero no se equivoca.

—Sí, lo sé —admito con la garganta medio cerrada.

El rostro de Sawyer se contrae. Aprieta la mandíbula para evitar que le tiemblen los labios, pero se trata de mi hermano pequeño. Sé que está a meros segundos de venirse abajo, así que lo acerco a mí para darle un abrazo a pesar de que trata de zafarse.

—Lo siento.

Se aferra a mi camiseta como si fuese un salvavidas.

—Seb se va a poner bien, ¿verdad?

—Pues claro que sí. —Le doy una palmada en la espalda—. Despertará y se burlará de nosotros por haber llorado.

Sawyer es incapaz de responder. La emoción lo ha embargado. Se aferra a mí durante un minuto entero antes de alejarme.

—Voy a sentarme con él un rato —dice mientras gira la cara hacia la pared.

A Seb le gusta rescatar animalitos y usa demasiado el emoticono con los ojos en forma de corazón, mientras que Sawyer es el machito, el que no habla tanto y al que no le gusta demostrar sus sentimientos. Pero sin su gemelo, está solo y asustado.

Le doy un apretón en el hombro y dejo que se marche. Los gemelos necesitan estar juntos. Si alguien puede sacar a Seb del coma, ese es Sawyer.

Continúo mi camino hasta el final del segundo pasillo, donde se encuentra la habitación de Hartley. Una de las enfermeras me saluda en la puerta.

—Lo siento —me dice—. No se admiten visitas.

Señala la pantalla situada a la derecha de la puerta que muestra la señal de «privado».

—Soy un familiar, Susan. —Leo su chapa de identificación. Nunca me he topado con la enfermera Susan.

—No sabía que la señorita Wright tuviese hermanos.

La enfermera me lanza una mirada que dice que sabe quién soy y que se la estoy intentando colar.

Pero rendirme no está en mi naturaleza. Esbozo una sonrisa triunfal.

—Soy su primo. Acabo de llegar.

—Lo siento, señor Royal. No se permiten visitas.

Pillado.

—Mire, Hartley es mi novia. Necesito verla. ¿Qué clase de gilipollas se va a pensar que soy si no vengo a ver cómo está? Se sentirá dolida, y no es bueno causarle más dolor del que ya siente, ¿no? —Advierto cómo la enfermera se ablanda—. Querrá verme.

—La señorita Wright necesita descansar.

—No me quedaré mucho —le prometo. Al ver que no cede de inmediato, saco la artillería pesada—. Mi padre quiere saber cómo está. Callum Royal. Puede mirar el formulario de ingreso. Su nombre aparece en él.

—Usted no es Callum Royal —señala.

—Soy su hijo y actúo en su nombre.

Tendría que haberle dicho a mi padre que me pusiera en cualquier formulario necesario para moverme libremente. Esta es la primera vez que intento entrar sin él, y hasta ahora no me había dado cuenta de cuánta influencia tiene su nombre. Pero tendría que haberlo sabido. Construyeron esta ala con su dinero.

La enfermera Susan vuelve a fruncir el ceño, pero se aparta. Compartir el mismo apellido que el edificio tiene sus ventajas.

—No la agote —dice la enfermera. Y con una última mirada de advertencia, se va.

Espero hasta que gira en la esquina para entrar. Sí, quiero que descanse, pero puede dormir después de que la haya visto con mis propios ojos y me haya asegurado de que está bien.

Rodeo en silencio el sofá y las sillas de la zona de descanso. Está dormida, al igual que Seb. Pero a diferencia de él, tiene momentos de consciencia. El médico le comentó a mi padre esta mañana, antes de que se fuese a trabajar, que probablemente estaría completamente despierta entre hoy y mañana.

Arrastro una de las pesadas sillas hasta la cama y le agarro una mano con cuidado de no descolocarle el oxímetro de pulso del dedo. Verla inmóvil en la cama con tubos y cables que van de su brazo hasta la bolsa de suero y a diversas máquinas hace que se me revuelva el estómago. Quiero retroceder en el tiempo hasta regresar a su apartamento, donde le di de comer un burrito del puesto de comida tras haber tenido un día difícil en el restaurante.

—Hola, Bella Durmiente. —Acaricio su suave piel con el pulgar—. Si tanto querías librarte de ir a clase, tendrías que habérmelo dicho. Podríamos habernos escapado o falsificado un justificante médico.

No se mueve. Miro el monitor sobre su cabeza sin saber muy bien qué estoy

buscando. La máquina produce un pitido con un ritmo regular. Su habitación es un poco menos espantosa que la de Seb. Él lleva una máscara de oxígeno, y el sonido que hace la máquina para insuflarle aire es más aterrador que la música de fondo de una película de terror.

Necesito que Hart se despierte para que me dé la mano. Me llevo la otra a la cara y me obligo a pensar en algo positivo.

—Antes de que aparecieses, deseé haberme saltado el último año de instituto, pero ahora me alegro de no haberlo hecho. Vamos a pasarlo bien. Se me ha ocurrido que podríamos ir a Saint-Tropez para Acción de Gracias. Aquí hace mucho frío y estoy cansado de llevar abrigo y botas. Y en Navidad, podemos ir a Andermatt, en los Alpes. Aunque si sabes esquiar, podemos quedarnos en Verbier. Las altas laderas son una puta pasada, pero a lo mejor te gusta más St. Moritz.

Recuerdo vagamente a las chicas del Astor hablar sin parar del centro comercial que hay allí.

Hart no responde. Puede que directamente no le guste esquiar. Se me ocurre que, antes del accidente, apenas empezábamos a conocernos. Hay muchas cosas que no sé de Hartley.

—O podemos ir a Río. Siempre celebran Nochevieja por todo lo alto. Pash fue allí hace un par de años y dijo que había como dos millones de personas.

En realidad, puede que, con su herida en la cabeza, no le apetezca salir de fiesta. «Joder, East, qué tonto eres».

—O nos podemos quedar aquí, arreglaremos el apartamento. O quizá podríamos buscar un piso nuevo para ti y para tu hermana pequeña, Dylan, si la convences de que se quede contigo. ¿Te gusta la idea?

Ni siquiera consigo que mueva los párpados. El miedo me arrolla. No puedo soportar esta situación; que tanto Seb como ella estén inconscientes. No es justo. Mi mano, que sostiene la suya, empieza a temblar. Siento que estoy al borde de un precipicio y que el suelo comienza a resquebrajarse bajo mis pies. El abismo me llama y me promete una paz oscura tras la caída.

Bajo el mentón hasta el pecho y muerdo el cuello de la camiseta mientras intento controlar mis emociones. Sé exactamente lo desesperado y perdido que se siente Sawyer. Hartley apareció cuando yo me encontraba en mi peor momento. Me hacía reír, y pensar que había un futuro más allá de la bebida, las fiestas y el sexo. Y ahora su luz se ha apagado.

«Se pondrá bien. Tranquilízate, tío. Lloriquear encima de tu camiseta no va

a cambiar una mierda».

Respiro hondo y acerco su mano a mis labios.

—Te pondrás bien, nena. —Lo digo sobre todo para consolarme a mí mismo
—. Te pondrás bien, Hart.

Tiene que ponerse bien, por su bien... y el mío.

Capítulo 4

Hartley

*H*ear*t*, «corazón»; la palabra me cruza la mente. Algo relacionado con mi corazón. *No. Hart. ¡Hartley!* Abro los ojos y grazno.

—Hartley. Me llamo Hartley Wright.

—Premio para la paciente guapa de azul —dice una voz familiar.

Giro la cabeza a un lado y veo al médico. Ambos sonreímos; yo, porque está aquí, tal y como me dijo; y él, porque su paciente se ha despertado y ha dicho su nombre.

El vaso de agua y la pajita aparecen frente a mi cara por obra y gracia de Susan —según dice su chapa identificativa—, una enfermera rolliza que apenas le llega al hombro al médico.

—Gracias —le digo, agradecida, y esta vez no me la apartan, así que me bebo toda el agua. Un zumbido suena a mi lado mientras Susan levanta la parte superior de la cama hasta que estoy sentada.

—¿Sabes dónde estás? —pregunta el médico, alumbrándome los ojos con una pequeña linterna. En su chapa pone «J. Joshi».

—En el hospital.

La respuesta es una suposición, pero a juzgar por el médico, la enfermera y la fea bata azul con flores rosas que visto, estoy bastante segura de ello.

—¿En cuál?

—¿Bayview tiene más de uno?

Genial. Hasta sé dónde estoy. Me relajo contra la camilla. El espacio en blanco que vi cuando me levanté la primera vez era completamente

comprensible. Estaba lo bastante herida como para estar hospitalizada y me hallaba desorientada.

Choca el puño contra un reposapiés de madera.

—Dos de tres no está mal.

—¿Qué ha pasado?

¿He preguntado esto antes? Me suena. Pero si fue así, no obtuve respuesta. Al menos, que yo sepa. Cuando cierro los ojos y trato de recordar cómo he llegado hasta aquí, no veo nada más que una imagen en blanco. Me duele todo el cuerpo, así que debo de haber tenido un accidente. ¿Me arrolló un camión? ¿Me caí de un segundo piso? ¿Me golpearon en la cabeza mientras hacía la compra?

—Tuviste un accidente de coche —responde el médico—. Tus heridas físicas están curándose muy bien, pero a juzgar por tus otros momentos de lucidez, parece estar sufriendo un episodio de amnesia retrógrada a causa del trauma craneoencefálico.

—Espere, ¿qué? —Había soltado un montón de palabras seguidas.

—Sufres de una pérdida de memoria que...

—¿Amnesia? —lo interrumpo—. ¿Eso existe?

—Sí, existe —me confirma el doctor Joshi con una ligera sonrisa.

—¿Y eso qué significa?

—Básicamente, que puede que no vuelvas a recuperar los recuerdos autobiográficos que creaste, como tu primer día de guardería o tu primer beso, o una pelea fuerte con tu novio.

Me quedo boquiabierta. Está quedándose conmigo.

—¿Puede que nunca recupere la memoria? ¿Eso es posible? —Miro alrededor en busca de una cámara, de alguien que salte y grite: «¡Sorpresa!». Pero nadie lo hace. En la habitación solo estamos Susan, el médico, y yo.

—Lo es, pero eres joven, por lo que no debería ser demasiado traumático.

Vuelvo a centrar la atención en el doctor Joshi.

—¿No debería ser demasiado traumático? —Siento cómo la histeria asciende por la garganta—. No recuerdo nada.

—Así te sientes ahora mismo, pero en realidad sí que recuerdas muchas cosas. Por lo que hemos observado, cuando dormías y ahora, mientras hablamos, has conservado recuerdos procedimentales. Las habilidades motoras que has adquirido, junto con las de desarrollo, como la capacidad de hablar. Es posible que no sepas si conservas alguna de ellas hasta que tengas que

emplearlas. Por ejemplo, puede que no te des cuenta de que sabes montar en bicicleta hasta que te subas a una. Lo importante es que te pondrás bien después de unas cuantas semanas de reposo y de recuperación.

—¿Bien? —repito, cual autómeta. ¿Cómo puedo estar bien si mis recuerdos han desaparecido?

—Sí. Pero no te centres en lo negativo. —Apunta algo en mi historial médico antes de pasárselo a la enfermera—. Ahora voy a contarte la parte más difícil de tu recuperación.

—Menos mal que estoy tumbada si perder la memoria no es la peor parte de mi recuperación. —Sé que no debería ser sarcástica, pero, joder, todo esto es difícil de digerir.

El doctor Joshi sonrío.

—¿Ves? No has perdido el sentido del humor. —Su sonrisa desaparece y su expresión se vuelve más seria—. Y es muy posible que puedas recuperar tus recuerdos autobiográficos. No obstante, has de mantener la mente abierta cuando interactúes con la gente. Sus recuerdos de los acontecimientos van a ser distintos a los tuyos. ¿Tiene sentido lo que te estoy diciendo?

—No.

La verdad ante todo. Nada de esto tiene sentido. ¿Cómo puedo recordar mi nombre, pero no cómo ocurrió el accidente? ¿Cómo sé lo que es un hospital o que el tubo que recorre mi brazo está conectado al suero o que una serie armónica es infinita, pero no mi primer beso?

El médico da un golpecito en la baranda de la cama para llamar mi atención.

—¿Soy médico? —pregunta.

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque llevas una bata de médico. Y tienes esa cosa para oír... —«Estetoscopio», me apunta mi mente con amabilidad—... alrededor del cuello, y hablas como un doctor.

—Si Susan llevase mi bata y el estetoscopio, ¿no pensarías también que ella es médica?

Ladeo la cabeza para mirar a la enfermera. Susan sonrío y se lleva las manos a la cara. Me la imagino con una bata y un estetoscopio de metal y la veo exactamente como él la ha descrito: como una médica.

—¿Ves? La verdad es un concepto variable basado en la perspectiva de cada persona. Si vieses a Susan por el pasillo, puede que dijese que has visto a una

médica, cuando realmente es una de nuestras mejores enfermeras. Lo que tu madre pueda recordar sobre el hecho de que una vez cogiste prestado un vestido de tu hermana y que esta te prometió que podías usar será distinto del recuerdo de tu hermana. Si te peleases con tu novio, su recuerdo de quién tuvo la culpa podría ser distinto del tuyo.

»He aconsejado a los miembros de tu familia y amigos que deben evitar hablar sobre tu pasado hasta que podamos confirmar que has perdido definitivamente esos recuerdos. Te prepararé un justificante para el instituto, pero deberías advertir a tus compañeros de tu situación. Si te cuentan cosas de tu pasado, tus recuerdos podrían cambiar, o incluso ser reemplazados.

Siento un gélido escalofrío en el cuerpo mientras intento asimilar la advertencia del médico. Todo eso de que hay dos versiones de una misma historia podría tener consecuencias aterradoras.

—Esto no me gusta —le digo.

—Lo sé. A mí tampoco me gustaría.

Tendré que recordar las cosas por mí misma, decido. Esa es la solución.

—¿Cuánto me llevará recuperar la memoria por mi cuenta?

¿Puedo esconderme hasta entonces?

—Podrían ser días, semanas, meses, o incluso años. El cerebro es un gran misterio hasta para los médicos y los científicos. Lo siento. Ojalá tuviese una respuesta mejor. Lo bueno es que, como ya he dicho, aparte de unas cuantas costillas doloridas, estás en perfectas condiciones físicas.

La enfermera saca un pequeño vial e inserta una aguja en él. Lo miro y luego observo a la enfermera con ligera inquietud.

—¿Pueden darme algún medicamento que me ayude a recordar?

—Ya lo estamos haciendo.

Golpea ligeramente la aguja.

—¿Pueden al menos darme un poco de información sobre lo que ha sucedido? —suplico—. ¿Le hice daño a alguien más? —Eso es lo que realmente me importa—. ¿Iba alguien más conmigo en el coche? ¿Mi familia?

Me esfuerzo en obtener una imagen nítida de mi familia, pero no lo consigo. Hay sombras. Una, dos... ¿tres? El médico ha hecho referencia a mi madre y a una hermana mayor, lo cual me convertiría en la más joven si mi familia estuviese compuesta por cuatro personas. O quizás mi madre está divorciada y tengo tres hermanos ¿Cómo es posible que no lo sepa? La sangre me late con fuerza en la cabeza. Un dolor intenso me atraviesa los ojos. Es posible que el

hecho de no recordar acaba conmigo.

—Ibas tú sola. Había tres jóvenes en otro vehículo —habla el doctor Joshi—. Dos de ellos salieron ilesos y el otro, un chico, está en estado crítico.

—Oh, Dios —gimo. Esto es lo peor—. ¿Quién es? ¿Y qué le pasa? ¿Fue culpa mía? ¿Por qué no recuerdo lo que sucedió?

—Es el modo que tiene tu mente de protegerte. A veces ocurre con pacientes que han sufrido un traumatismo. —Me da un golpecito en la mano antes de irse—. A mí no me preocupa, así que tú tampoco deberías preocuparte.

¿Que no me preocupe? «Tío, que he perdido la memoria, literalmente».

—¿Estás preparada para recibir visitas? —pregunta la enfermera cuando el médico se ha ido. Inyecta la medicina en la bolsa de plástico que cuelga junto al portasueros que hay junto a mi cama.

—No creo...

—¿Está despierta? —trina una voz desde la puerta.

—Tu amiga lleva esperando horas para verte. ¿La dejo entrar? —pregunta la enfermera.

Mi primer impulso es decir que no. Me siento fatal. Me duele todo el cuerpo, hasta los dedos de los pies. No me apetece sonreír y fingir que estoy bien, porque eso es lo que hay que hacer con la gente.

Peor, puede que todas las interacciones que tenga con mis amigos y mi familia hagan que las cosas que recuerde sean los recuerdos de otra persona, y no los míos. He perdido una parte de mí misma y, a menos que permanezca completamente aislada, es posible que nunca vuelva a recuperarme del todo.

Pero no quiero estar totalmente aislada. No saber es peor que tener información incompleta.

—Sí.

Puedo ir juntando las piezas del rompecabezas. Comparar y contrastar lo que me digan. Cuando confirme los hechos por más de una fuente, entonces obtendré la verdad. Puedo lidiar con el dolor físico; la incertidumbre es la que me está comiendo por dentro. Asiento y repito—: Sí.

—Está despierta, pero sé dulce con ella —le dice la enfermera.

Observo a la chica de pelo rubio largo y brillante, mientras se acerca a mi cama. No la reconozco. La decepción hace que me encorve. Si lleva esperando horas, debe de ser una amiga íntima. ¿Entonces por qué no la recuerdo? «Piensa, Hartley, ¡piensa!», me ordeno.

El médico ha dicho que puede que no vuelva a recuperar la memoria, pero

no se refería a que olvidaría a las personas que quiero, ¿verdad? ¿Eso es posible? ¿Las personas que uno quiere no tendrían que estar grabadas en el corazón con tanta intensidad como para recordarlas siempre?

Rebusco en el vacío negro de mi cerebro para comprobar si soy capaz de recordar su nombre. ¿De quién soy amiga íntima? Una imagen de una pelirroja, muy guapa, con la cara llena de pecas me viene a la cabeza. Kayleen. Kayleen O'Grady. Tras su nombre, una sarta de imágenes me atraviesa el cerebro: estoy esperando en el parque después del colegio; espiando a un chico; pasando la noche en su cuarto, lleno de cosas de fútbol; yendo a clases de música juntos. Doblo las manos por la sorpresa. ¿Clases de música? De pronto, me veo a mí misma inclinada sobre un violín. ¿Tocaba el violín? Tendré que preguntarle a Kayleen.

—Sí, ven aquí, chica —digo, haciendo caso omiso del dolor que me produce el movimiento. ¿A quién le importa si me duele el cuerpo al moverme? Estoy recuperando mis recuerdos. El doctor Joshi no sabe nada. Sonríó con amplitud y alargó el brazo para darle la mano a Kayleen.

Ella lo ignora y se detiene a metro y medio de la cama, como si tuviese algo contagioso. Está lo bastante cerca de mí como para ver que no se parece en nada a la imagen que tengo grabada en la memoria. El rostro de esta chica es más ovalado. Sus cejas están muy perfiladas. Su pelo es de un tono rubio claro y no tiene pecas. Kayleen podría haberse teñido el pelo, pero es imposible que haya pasado de ser una chica mona y con pecas a esta rubia fría, con cara de pocos amigos y de complejión normal.

Y su ropa... Kayleen es más de vaqueros y camisa de franela varias tallas más grande. La persona frente a mí lleva una falda de cuadros *beige* y con rayas negras y rojas que le llega por la rodilla. La ha conjuntado con una blusa de color crema de manga larga y encaje en las mangas y en el cuello. Calza unas bailarinas acolchadas con detalles negros y brillantes y dos ces mayúsculas entrelazadas y doradas. Tiene el cabello peinado hacia un lado y sujeto con una horquilla con las mismas letras entrelazadas, solo que estas tienen diamantes falsos incrustados; o bueno, a lo mejor son diamantes de verdad.

Parece sacada del anuncio de una revista cara.

Frunzo el ceño y bajo la mano que me ha rechazado hasta el regazo.

—Espera, tú no eres Kayleen. —Bizqueo. La chica me resulta vagamente familiar—. ¿Eres... Felicity?

Capítulo 5

Hartley

—En persona. —La rubia camina de puntillas mientras observa la bolsa de medicación intravenosa—. Mmm. Morfina. Al menos te dan medicamentos decentes.

Felicity Worthington es una chica a la que conozco por su reputación — como si fuese famosa—, lo cual explica por qué sé quién es, pero no tengo ningún recuerdo concreto de ella. Los Worthington tienen renombre en Bayview. Viven en una gran casa junto a la orilla del mar, conducen coches caros y los hijos celebran grandes fiestas que aparecen en los perfiles de Instagram de todo el mundo e inspiran el peor sentimiento de no querer perderse ninguna de ellas.

Soy incapaz de imaginar una circunstancia en la que Felicity y yo nos hayamos hecho amigas o lo bastante íntimas como para esperar en el hospital para verme.

—No me puedo creer que sea la primera en verte —dice al tiempo que se coloca el pelo rubio tras el hombro.

—Lo mismo digo. —Hay algo extrañamente perturbador en ella.

Arquea una de sus cejas perfectamente depiladas.

—Me han dicho que no recuerdas todo. ¿Es verdad?

Me gustaría negarlo, pero siento que me pillaría enseguida.

—Sí.

Estira el brazo y una uña adornada con cristalitos roza contra la vía intravenosa.

—Y tu médico nos ha dicho que no deberíamos contarte esos recuerdos porque te confundiría muchísimo.

—Eso también es cierto.

—Pero te mueres por saberlo, ¿a que sí? Cómo nos hemos hecho amigas. Qué ha pasado en tu vida. Esos espacios en blanco necesitan rellenarse, ¿no crees?

Rodea los pies de la cama y la observo con el mismo cuidado que a una serpiente.

—¿Por qué has venido?

Tengo la sensación de que no somos amigas. Creo que es por la forma en que Felicity me mira; como si fuese un experimento científico o un espécimen de laboratorio más que una persona.

—Están operando a mi abuela de la cadera. Se está recuperando a dos habitaciones de esta. —Señala la puerta.

Eso tiene sentido.

—Lo siento. Espero que se recupere pronto.

—Se lo diré de tu parte —responde Felicity. Me mira como si esperase más preguntas.

Casi me muerdo la lengua para evitar preguntar. Tengo un millar de dudas, pero no siento que Felicity sea la persona indicada para darme respuestas.

Ella es la primera en claudicar.

—¿No hay nada que quieras saber?

Sí. Mucho. Rebusco entre mis preguntas para encontrar una inofensiva.

—¿Dónde está Kayleen?

Giro el cuello e ignoro el ramalazo de dolor que provoca cada movimiento.

—¿Qué Kayleen? —La confusión hace que arquee una ceja.

—Kayleen O'Grady. Una pelirroja bajita. Toca el violonchelo.

Ante la mirada de desconocimiento de Felicity, añado:

—Es mi mejor amiga. Damos clase con el señor Hayes en el Centro de Artes Escénicas de Bayview.

Parece que no soy la única que sufre pérdidas de memoria.

—¿O'Grady? ¿El señor Hayes? ¿En qué siglo vives? Ese pedófilo se marchó hace dos años, más o menos cuando los O'Grady se mudaron a Georgia.

—¿Qué? —Parpadeo sorprendida—. Kayleen es mi vecina

Una expresión extraña cruza la cara de Felicity y algo que soy incapaz de

descifrar me llena de temor.

—¿Cuántos años tienes, Hartley? —pregunta, inclinándose sobre los pies de la cama con algo parecido a alegría chispeando en sus ojos de color miel.

—Yo...yo... —El número catorce aparece en mi cabeza, pero me siento mayor. ¿Cómo es posible que no sepa cuántos años tengo? —. Tengo quin... diecisiete. —Cambio mi respuesta rápidamente al tiempo que Felicity abre los ojos como platos.

Se tapa la boca con la mano para después dejarla caer.

—¿No sabes cuántos años tienes? Es increíble.

Saca el móvil y empieza a teclear. La pantalla parece nueva, pero al fin y al cabo, Felicity siempre ha tenido las cosas de último modelo, ropa de marca y bolsos caros.

—¿A quién escribes? —pregunto. Soy borde, pero ella también.

—A todo el mundo —contesta a la vez que me mira como si insinuase que mi cerebro ha sufrido más daños de los que el doctor ha diagnosticado.

Agarro el botón para llamar a las enfermeras.

—Ya puedes irte —le informo a la chica—. Estoy cansada y no necesito que me traten así.

Es increíble que haya tenido el coraje de venir a mi habitación y burlarse de mí porque me he hecho daño en la cabeza. Siento lágrimas en los ojos y parpadeo rápido para que no caigan. No pienso mostrar ni un ápice de debilidad frente a Felicity Worthington. Puede que ella tenga más dinero que yo, pero eso no significa que no tenga derecho a tener dignidad.

La frialdad de mi voz ha debido de llamar su atención. Baja el móvil y hace un puchero.

—Intento ayudar. Les he dicho a nuestros amigos que vamos a tener que ser muy cuidadosos contigo.

Lo dudo mucho. Señalo la puerta.

—Puedes ayudar fuera.

—Claro. Le diré a tu novio que entre.

—¿Mi qué? —medio grito.

Una sonrisa maliciosa asoma por su boca. Oigo sirenas de alarma a lo lejos, pero no les presto atención.

—¿Mi qué? —repito, esta vez en un tono más bajo.

—Tu novio. Kyle Hudson. Te acuerdas de él, ¿no? Desde el momento en

que cruzasteis la mirada, fue como un romance de Disney. —Se lleva una mano al pecho—. Eráis inseparables. Las muestras de afecto eran asquerosas, pero después pasó... eso.

Tira el cebo y, a pesar de mi buen juicio, muerdo el anzuelo.

—¿Qué pasó?

—Lo engañaste con Easton Royal.

—¿Easton Royal? ¿Engañado? —Hay tanto que no cuadra en la frase de Felicity que me echo a reír—. Vale. Eso ha tenido gracia. Ya puedes irte.

Si va a inventarse historias, debería hacerlo mejor. Los Royal hacen que los Worthington parezcan basura caucásica. La mansión Royal, junto a la orilla de la playa, es tan grande que puede verse en una foto hecha por un satélite. Recuerdo exclamarlo en... ¿en qué curso estaba? ¿Sexto? ¿Primero de secundaria? Kayleen y yo hablamos acerca de que, pese a haber cinco hermanos Royal, la casa era tan grande que probablemente no se vieran en días. Es imposible que alguna vez me haya cruzado con Easton Royal, y mucho menos que nos hayamos liado.

No sé por qué Felicity me ha contado una historia tan ridícula. Supongo que se aburre mientras espera a que su abuela mejore. Me quedo con esa razón. Tiene sentido.

—Es cierto —insiste.

—Ajá.

Mi instinto con respecto a Felicity ha sido el acertado y me alivia saberlo. Pronto, veré todos los detalles de mi pasado con absoluta claridad.

—Entonces, ¿qué es esto? —Me acerca el teléfono a la cara.

Parpadeo. Otra vez. Y una tercera, porque no doy crédito a lo que veo. Contra un muelle iluminado por luces de neón, un atractivo chico de pelo oscuro se encuentra frente a mí. Sus manos están enredadas en mi pelo. Mis brazos envuelven su cintura. Nuestros labios están unidos de forma que casi me hace sonrojar. Bajo la foto hay varios *hashtags* y lo que asumo que es el nombre de Easton en la red social: #amordeverdad #EastonRoyal #cosasdeRoyal @F14_flyboy

—No. —Niego con la cabeza.

—Sí. Las fotos no mienten. —Aleja el teléfono al tiempo que sorbe como si hubiese herido sus sentimientos—. Pobre Kyle. No lo mereces, pero te perdonó que lo engañases. Está aquí, esperando, pero le daba miedo entrar. Le he dicho que yo te vería primero. Sé que es duro, pero intenta comportarte como una

persona decente cuando entre.

Me lanza una mirada mordaz antes de darse la vuelta con sus bailarinas y dirigirse a la puerta.

Dejo que se vaya porque sigo conmocionada por la información que me acaba de dar. ¿Kyle es mi novio? ¿Lo he engañado? ¿Easton Royal? Mi cerebro se detiene en ese nombre y mi corazón galopa. Respiro de forma entrecortada. ¿Me encuentro así porque siento algo por Easton Royal o porque la foto que Felicity me ha enseñado era increíble? Resulta imposible que haya podido besar a algún Royal, y mucho menos a uno tan guapo como el de la foto.

Los Royal son los dueños de la ciudad, su riqueza deja la de Felicity a la altura del betún. Atlantic Aviation es una de las compañías más grandes del estado. La posibilidad de que alguna vez me liara con Easton Royal es tan minúscula como la de que me toque la lotería. ¿Qué ha dicho el doctor? ¿Que la verdad varía según quien la cuente? Pero como dice Felicity, una foto no puede mentir, ¿no?

La puerta chirría al abrirse. Me giro hacia el ruido y veo a un chico fornido con el pelo color trigo, ojos pequeños y labios finos. Debe de ser Kyle Hudson. Parece que quisiese estar en cualquier otro sitio excepto en mi habitación. Arrastra los pies hasta la zona de los asientos y se detiene a varios metros de los pies de la cama. Palpo el botón de llamada a las enfermeras.

«Deja de ser tan cobarde», me reprendo.

—Hola, Kyle.

Su nombre no me resulta familiar. Me estrujo el cerebro en busca de un recuerdo o un sentimiento, pero nada. ¿Cómo puede ser mi novio? Si estoy con él, ¿no debería sentir algo en respuesta en lugar de este vacío? ¿Por qué lo engañé? ¿Nos habíamos peleado? ¿Nos habíamos dado un tiempo? ¿Estaba borracha? ¿Soy acaso una mala persona? No me siento mala persona; pero, en fin, ¿cómo se siente una mala persona?

—Hola —responde, mirando al suelo.

—¿Estás bien? —le pregunto.

Puede que le den miedo los hospitales y estar en uno hace que se sienta terriblemente incómodo. Aun así, es raro que tenga que preguntarle si está bien cuando soy yo la que se siente incómoda y tiene escaras a causa de haber estado tumbada tanto tiempo.

—Sí, estoy genial. —Se mete las manos bajo las axilas y mira la puerta como si esperase que alguien lo salvara. Al ver que nadie lo hace, vuelve a mirar

hacia el suelo y murmura—: Me... eh... alegre de verte.

Si así es como muestra su entusiasmo, odiaría verlo aburrido. ¿Yo he salido con este tío? ¿Fue amor a primera vista? ¿Estábamos uno encima del otro todo el rato? Hay menos química entre nosotros que la que pueda tener con una piedra. Puede que ni siquiera saliésemos, sino que pasábamos tiempo juntos y descubrimos que nos gustaban otras personas.

¿Pero... Easton Royal? No puede ser que haya salido con él. Imposible. ¿Cómo nos conocimos siquiera? Él es un chico rico, lo cual significa que va al Astor Park, y estoy segura de que yo voy al North.

Espero a que Kyle diga algo más, pero como continúa en silencio, espeto:

—Lo siento, pero no me acuerdo de ti.

—Ya, lo sé. —Por fin conecta sus ojos con los míos. Son de una mezcla de azul y marrón y no hay calidez en ellos—. No pasa nada. Felicity me lo ha contado todo.

—¿Qué te ha contado exactamente?

—Que has perdido la memoria porque te has caído. ¿Tienes puntos bajo ese vendaje? —Hablar de mi herida lo anima. Me parece superextraño.

Alzo la mano hacia la gasa que me cubre la frente.

—Unos cuantos.

—¿Te pasa algo más? Es decir, ¿puedes contar y cosas así? —Se cruza de brazos y me inspecciona con los ojos entrecerrados.

Prefiero que mire al suelo.

—Sí, puedo contar, hablar y demás. Solo que no me acuerdo de algunas cosas.

Como que tú y yo nos liamos y salimos juntos. ¿Nos hemos besado? ¿Me ha visto desnuda? Eso sí que es un pensamiento perturbador. Tiro de la sábana hacia arriba.

Kyle se da cuenta y me lee el pensamiento como si hubiese una señal sobre mi cabeza.

—Sí, nos hemos acostado, por si te lo preguntabas. Te gusta chuparla y siempre estás encima de mí. No te puedo sacar a la calle porque te gusta demasiado hacer manitas. Es vergonzoso. He tenido que decirte que pares más de una vez.

Siento que me pongo roja. No sabía lo humillante que podrían ser los recuerdos.

—Ah, lo siento.

Kyle no me presta atención. Continúa a lo suyo.

—Te cabreaste una vez y trataste de liarle con Easton Royal para vengarte de mí, pero te perdono.

Me enfadé. Me lie con Easton. Kyle me perdona. Intento procesar todo, pero es complicado.

—¿Nos peleamos?

—No, solo eres una zorra. Probablemente hayas *zorreado* con más tíos del Astor, pero Easton es el único del que Felicity me ha hablado... es decir, del que sé.

Una mitad de mí está consumida por la vergüenza de haber zorreado con otros tíos y la otra mitad está cabreada con mi novio por faltarme así al respeto. También me siento muy decepcionada conmigo misma por tener un gusto de mierda para los tíos. ¿Y ha dicho que la única prueba que tiene es lo que Felicity le ha contado?

—¿Cómo sabes que Felicity te ha dicho la verdad? —lo desafío. La verdad es un concepto variable, ¿cierto? Así que la verdad de Felicity puede ser diferente a lo que ocurrió en realidad. Puede que viese a alguien más con Easton... aunque no cabe duda de que la de esa foto soy yo.

—¿Por qué iba a mentir?

Hay algo raro en cómo lo dice, pero desconozco la razón por la que Felicity sabe siquiera de mi existencia, y mucho menos por qué querría extender rumores maliciosos sobre mí.

—No lo sé. Dime qué pasó entonces —le insto.

Si es cierto que no voy a recordar estas cosas como el doctor Joshi ha sugerido y no me van a meter en un tanque de aislamiento sensorial hasta que recupere todos mis recuerdos, entonces el único recurso que tengo es recabar toda la información posible.

La sonrisa malévola de Kyle se convierte en una mueca.

—¿Quieres detalles? No es que lo hicieses delante de mí. Easton se puso celoso porque me acosté con su ex una vez, así que para devolvérmela te llevó al muelle y sacó fotos de vosotros dos liándoos. No sé si os acostasteis. Probablemente sí porque eres un poco puta y ese tío ha visto más coños que un ginecólogo. Respira en vuestra dirección y las tías os peleáis por bajaros las bragas. Deberías estar contenta de que te perdonase. Me rogaste de una forma muy buena y bonita. —Señala el suelo con tres dedos, lo cual claramente implica que le hice no una, sino tres felaciones.

Qué asco.

—¿Por qué has aceptado volver conmigo?

Si estuviese en su posición, no querría estar con una chica tan horrible. Mis felaciones no pueden ser tan buenas.

—Porque soy un buen chico y los buenos chicos no abandonan a las muñecas rotas como tú. —Señala la cama—. Ya me lo devolverás cuando estés mejor. —La mirada lasciva que me ofrece me dice exactamente cómo piensa que le pague.

Preveo que estaré mala mucho tiempo.

—Entonces, *Hartlay*, ¿cuándo vas a salir de aquí? —Pronuncia mal mi nombre, pero no sé si lo hace a propósito o si es un mote que me ha puesto. Me estremezco por dentro.

—No lo sé.

—Genial. —No sabe lo que he dicho ni le importa—. Llámame cuando salgas. Volveremos a liarnos.

Desde luego que no, pero supongo que no necesito decírselo. Ya lo pillaré cuando vuelva a clase y no lo llame. Prefiero hacerme monja antes que ponerme de rodillas frente a este capullo. No quiere una respuesta. Se aleja de la zona de los asientos y sale por la puerta.

Madre mía, la Hartley de antes del accidente tenía un gusto de mierda; tanto para las amigas como los novios.

Capítulo 6

Easton

Después de permanecer una hora calmándome cerca de la zona de enfermeras, por fin veo que mi presa se aproxima. Me meto las manos en los bolsillos y camino con indiferencia hacia el mostrador intentando no parecer desesperado.

—Doctor Joshi, ¿tiene un minuto?

Él pasa por mi lado como un vendaval, con la bata blanca ondeando contra su traje quirúrgico azul.

—Vigila la ingesta de líquidos de la 205 e informa de cualquier dolor estomacal o si aumenta la fiebre. —Entrega un historial médico—. ¿Cuándo llega el doctor Coventry?

—Dentro de una hora, señor. —La enfermera con mejillas rollizas escribe una nota.

El doctor frunce el ceño.

—¿Tan tarde? Necesito comer ya.

—Puedo pillarle una hamburguesa —le ofrezco para llamar su atención. Funciona, porque se vuelve hacia mí.

—¿Quién eres?

Abro la boca para responder, pero la enfermera se me adelanta.

—Es Easton Royal, señor. Hijo de Maria Royal —añade.

«Gracias, enfermera mona. Te compraré flores luego».

—Easton Royal, ¿eh? —Se rasca la cabeza con un bolígrafo cuando se le enciende la bombilla—. ¿Qué pasa?

—Quiero saber cómo está Hartley Wright. Mi hermana ha dicho que ha venido y le ha dicho cómo está. Yo estaba con mi hermano. Me preguntaba si me lo podría contar a mí también. Hartley es mi novia y quiero asegurarme de no cagarla.

Sonrío, o al menos eso intento.

—Tu novia, ¿eh? —Suspira y se guarda el bolígrafo en el bolsillo—. Debe de ser duro. Cuando tu novia se cayó, se golpeó con más fuerza la parte delantera de la cabeza y eso hizo que su lóbulo frontal sufriera un impacto. Gracias al TAC sabemos que no hay daños evidentes, pero no podemos verlo todo. —Se encoge de hombros—. Lo que podemos establecer gracias a la paciente es que sufre una pérdida de memoria, sobre todo autobiográfica, lo cual significa que es incapaz de recordar sucesos como tu invitación al baile o vuestro primer beso, ese tipo de cosas. Puede que no se acuerde siquiera de que salís juntos. No sabemos hasta dónde llega su pérdida de memoria, pero... —Se detiene como si hubiese peores noticias que las que ya me ha contado, que me han dejado como si me hubiese golpeado la cara.

Me tenso.

—Pero ¿qué?

—Pero ayer dijo que tenía catorce años, así que parece que ha perdido tres años de recuerdos. ¿Habéis estado saliendo desde entonces?

Asiento entumecido. Seb no se despierta y Hartley ha perdido la memoria. No puedo creer que esta mierda esté pasando.

—Mala suerte, chico. Puede que recupere sus recuerdos. Todavía es pronto, así que recomiendo que esperes antes de contarle los buenos momentos que habéis compartido. Y si habéis pasado momentos malos, bueno, la pérdida de memoria será algo bueno en ese caso. Ojalá mi primera mujer la hubiese padecido. Puede que hubiera acabado mejor tras el divorcio. —Me guiña el ojo y me da un ligero golpe en el hombro—. ¿Alguna pregunta más?

—¿Está despierta?

—Lo estaba cuando la he visitado hace varias horas. Puedes comprobarlo tú mismo. Háblale bien de mí a tu padre, ¿vale? —dice el doctor con demasiada alegría antes de alejarse.

Asiento con la cabeza y cuento hacia atrás desde mil para no perseguirlo y empotrar su cabeza en los azulejos.

«Darle una paliza al médico no hará que Hartley recupere antes la memoria», dice mi mitad buena.

«No, pero me sentiría mejor», replico.

Me pellizco el puente de la nariz por la frustración. Todo el tiempo que paso aquí, en este silencio mortal lleno de susurros y pitidos mecánicos, me vuelve loco. Quiero irme, pero en cuanto salgo, siento una ansiedad que hace que quiera arrancarme la piel. No. Tengo que quedarme aquí, cerca de Seb y Hartley.

Me dirijo a su habitación y llamo con suavidad al abrir la puerta.

—¿Mamá? —dice la voz de Hartley débilmente.

—Soy yo, nena —respondo, al tiempo que paso junto a los sofás y las sillas que separan la cama de hospital del resto de la habitación.

Se me cierra el estómago al verla tan pequeña y vulnerable bajo las sábanas blancas. Me agacho al lado de su cama y le doy la mano con cuidado para no quitarle el oxímetro del dedo.

—Esto... —Mira nuestros dedos y después sus ojos suben hasta mi cara.

El vacío que hay en ellos me destruye. No sabe quién soy.

El doctor me lo ha advertido, pero no estaba preparado. Lo que ha dicho acerca de su pérdida de memoria no había calado en mí. Permanecía flotando en mi mente como un dato al azar que sabía, pero no lo he asumido porque no era importante. ¿Acaso porque soy tan arrogante que pensaba que aun así se acordaría de mí? No, es porque no quería aceptar la verdad. Pero ahora que me he dado de bruces con ella, no puedo ignorarlo.

—Soy yo, Hart. Easton.

Sus ojos se abren y por fin parece reconocermelo. Un momento, me conoce. Exhalo. Al fin puedo respirar. De alguna forma, estar a su lado me calma.

—Joder, Hart, me alegra tanto que estés bien.

—Me llamas Hart —observa—. ¿Es mi apodo?

Me quedo callado durante un segundo porque me doy cuenta de que nadie la llama así y no empecé a hacerlo hasta después del accidente. Supongo... bueno, supongo que me hace sentir más cerca de ella si la llamo así, como si fuese más que Hartley para mí. Es Hart, suena como lo que es, mi corazón.

Dios. Es lo más cursi que he pensado en mi vida. No se lo pienso decir.

Así que me encojo de hombros y respondo:

—Así es como te llamo yo. No estoy seguro del resto de la gente. — Después, entrelazo nuestros dedos y me los llevo a los labios.

Sus yemas son rosas, como las mías. Debe de sentirse mejor. Un par de uñas están más cortas que el resto. Seguramente se le rompieron en el accidente. Me paso las cortas por el labio inferior.

—Estos días han sido un infierno, nena. Aunque podría ser peor, es lo que me repito a mí mismo. Podría ser muchísimo peor, joder. ¿Cómo te sientes?

Hay un silencio prologado y, después, los únicos dedos que siento en la boca son los míos. Alzo la vista y observo sus ojos como platos mirándome con una alarma genuina mezclada con... ¿miedo?

—¿Hartley? —pregunto, inseguro.

—¿Easton... Royal? —exclama como si nunca hubiera dicho mi nombre en alto.

Joder. Joder.

Es cierto que no se acuerda de mí.

Su piel rosada palidece lo bastante como para conjuntar con las sábanas de su cama.

—Voy a vomitar —espeto, y empieza a tener arcadas.

Me doy la vuelta y busco algo donde pueda echarlo. Solo veo una bandeja de comida, la mayoría todavía en los recipientes. Se la coloco en el regazo justo a tiempo. Intenta vomitar en la bandeja, pero se mancha. Las lágrimas recorren su pálido rostro.

Suelto un taco y presiono el botón para llamar a las enfermeras.

—Hartley Wright necesita ayuda.

Me meto en el baño y agarro toallas para limpiarle la cara. Hart empieza a llorar con más fuerza.

—¿Qué puedo hacer? —ruego—. ¿Quieres algo de agua? ¿Te llevo a la ducha?

—Vete. Por favor, solo vete —jadea.

La puerta de la habitación se abre al tiempo que la enfermera de mejillas rollizas entra apresuradamente. Una seria expresión reemplaza su alegría anterior. Me atraviesa con la mirada.

—Ya se puede ir, señor Royal.

La enfermera llama a más gente y, poco después, la habitación está llena de personas que entran y me empujan hacia fuera mientras intentan ayudar a Hartley. Permanezco ahí como un idiota, con toallas húmedas en las manos, mientras la destapan y la limpian. Un camillero me agarra del hombro.

—Lo siento, chico, pero debemos pedirte que te vayas. La paciente necesita que la traten.

—Pero yo...

—No.

No me deja terminar y de pronto me veo en el pasillo, contemplando la puerta cerrada con las toallas sucias aún en la mano.

—¿Ha sido bonita la visita a tu novia? —dice una víbora detrás de mí.

Me giro y fulmino con la mirada a Felicity Worthington.

—¿Qué haces aquí?

Me lanza una sonrisa falsa.

—Mi abuela se ha roto la cadera y se está recuperando de la operación. Puede que muera por la edad y porque tiene los huesos débiles, pero gracias por preguntar.

—Lo siento —murmuro. Por supuesto que la cagaría con esto también. Me muevo incómodo y el olor a vómito se instala entre nosotros.

—Hueles como si te hubieras bañado en alcohol rancio y vómito. ¿No te has duchado desde el accidente?

Me huelo. Joder, apesto. ¿Por eso ha vomitado Hartley? Hago una bola con las toallas. Hay duchas al lado de la sala de espera, puede que les dé buen uso. Después regresaré y me disculparé con Hartley.

—¿Qué has estado haciendo? —Felicity me sigue.

—Gracias por tu preocupación nada sincera, pero he estado preocupado por Hartley y por mi hermano.

—Cuando se despierte, entrará en coma de nuevo en cuanto te huelo. —Mueve la mano delante de su cara—. No puedo creer que te haya considerado como posible novio. Hablas y hueles fatal. Eres asqueroso.

—Me confundes con alguien a quien le importa lo que piensas.

Felicity arruga la nariz y se queda atrás.

—Te diría que te duchases antes de volver a ver a Hartley, pero seguramente no importe. Seguirá sin saber quién eres. —Esboza una sonrisa maliciosa cuando empieza a darse la vuelta.

¿Cómo demonios sabe ella lo que ha pasado en la habitación? La agarro del hombro y hago que se gire.

—¿Qué demonios significa eso?

—Puaj, no me toques. —Me parta la mano de su hombro.

—Repíteme lo que acabas de decir —le ordeno.

—¿No lo sabes? —me dice con una dulzura empalagosa—. Tu chica tiene amnesia. No se acuerda de nada, incluido cómo a su familia entera le encantaría

verla borrada de la faz de la Tierra. Pero no te preocupes, cielo, porque la he puesto al día.

—¿Que la has puesto al día?

Estoy que echo humo. Como Felicity haya entrado en la habitación de Hartley para llenarle la cabeza de un montón de mentiras, la ahogaré hasta que se le caigan todos los diamantes.

—¿Sigues borracho? Dios, apuesto a que sí. Esto es la leche. Seguro que la has asustado. Un grandullón apestoso como tú en su habitación declarándole amor eterno. —Los dientes me rechinan cuando Felicity rompe a reír con deleite —. No sabía que Papá Noel me fuese a traer un regalo antes que a nadie.

Se marcha dando saltitos por el pasillo y su largo pelo ondea como una bandera tras ella.

«Una puta injusticia», pienso, cabreado. No he bebido desde la noche del accidente. Mientras controlo las ganas de abalanzarme sobre ella, oigo que las puertas detrás de mí se abren y se cierran. Me giro y veo a la iracunda enfermera caminando por el pasillo dando zancadas. La persigo.

—No se permiten visitas ahora mismo —dice, anticipándose a mi pregunta.

—Vale, pero ¿qué le pasa?

—Sufre de pérdidas de memoria a corto plazo y vuestra conversación ha sido el detonante de un trastorno vestibular que le ha provocado el vómito. El doctor Joshi te dijo que dejases que recordase a su propio ritmo.

—Yo no le he dicho nada... —Pero dejo de hablar porque no es cierto. Le he cogido la mano. He besado sus yemas. Le he dicho que había estado preocupadísimo por ella.

La enfermera se aprovecha de mi vacilación.

—Sea lo que sea que le hayas dicho, se ha puesto así por ello, así que la próxima vez ten cuidado o no te permitiremos entrar en su habitación.

—Claro —replico, y dejo que se vaya.

Quiero gritar, pero ya le caigo mal a la enfermera, así que no puedo darle más razones para que me mantenga alejado de la habitación de Hart. Intento agrupar mis pensamientos y centrarme. Lo primero es lo primero. Hart está enferma y necesita que sea fuerte por ella. Seb está en coma y tengo que mantenerme cuerdo. Me ordeno a mí mismo respirar. Tengo que concentrarme en las cosas positivas. Todos están vivos. Malheridos, sí, pero respiran. Todo irá bien.

Regreso a la sala VIP y me dirijo a la parte de atrás, donde se encuentran las

duchas. Tras secarme con un par de toallas, vuelvo a ponerme la ropa y me dirijo a la habitación de Seb. Abro la puerta lo más silenciosamente posible y entro.

Sawyer se encuentra desplomado al final de la cama. Lleva aquí desde que Seb salió de quirófano. Creo que el chaval no ha comido ni dormido. Se unirá a su hermano si no se cuida. Conociendo a los gemelos, no me sorprendería que ese fuera el objetivo de Sawyer. Son inseparables. Incluso salían con la misma chica.

Cruzo la sala y poso una mano sobre el hombro de mi hermano.

Sawyer da un respingo.

—¿Ha despertado?

—No, pero lo vigilaré. Ve a dormir en una cama.

Sawyer se quita mi mano del hombro y me atraviesa con la mirada.

—Piérdete. No te queremos aquí, ha sido tu novia la que ha hecho esto.

Señala la cama con el pulgar.

—Seb conducía a ciento diez por esa curva —estallo.

—Que te jodan —grita—. A ti y a tu novia. Si no fuese por ella, Seb no estaría aquí. Hemos conducido por ese camino un millón de veces y nunca habíamos tenido un accidente.

—Casi me atropelláis la primera vez que fui —discuto sin pensar.

—¿Quieres decir que esto es culpa de Seb? —De repente, Sawyer se pone de pie y se acerca a mí—. ¿Que es culpa suya que esté en coma? Ha sido esa zorra, ¡esa zorra! —repite con la cara roja como un tomate, cabreado—. Ojalá se muera de una puta vez.

Me giro y salgo del cuarto. O eso o le pego a mi afligido hermano.

Fuera de la habitación, me desplomo contra la pared. Esto es una puta mierda. Hartley no fingía. No se ha acordado de mí durante un momento y, cuando lo ha hecho, se ha sentido tan mal que ha vomitado. Mi hermano pequeño está en coma y su gemelo reza para que mi novia se muera.

«No necesito nada de ti. No has hecho más que causarme problemas desde el momento en que te conocí. No ayudas, y tampoco arreglas las cosas».

Las palabras de Hart, las que dijo antes del accidente, me persiguen. Es culpa mía. Pensaba, borracho como una cuba, que podría solucionar los problemas de todo el mundo, pero en lugar de eso, lo he empeorado todo. Escondo la cara entre las manos. Si alguien merece estar en una cama de hospital, soy yo.

Capítulo 7

Hartley

—¿Hay algún diagnóstico médico para cuando no se recuerdan cosas que acaban de ocurrir? —le pregunto a la enfermera Susan mientras me ayuda a tumbarme de nuevo en la cama, con las sábanas limpias.

Sus mejillas se hinchan al sonreír.

—Se llama amnesia anterógrada.

—¿Puedo provocármela? ¿Como cuando uno se mete los dedos en la garganta para vomitar? ¿Tengo que meterme el dedo en el ojo o algo? —Quiero acurrucarme bajo la cama y morirme de la vergüenza. Acabo de vomitar encima del chico más guapo sobre la faz de la Tierra—. O bueno, ¿tenéis alguna máquina especial donde pueda hacer que todos pierdan la memoria?

—No pasa nada. Solo se te ha revuelto el estómago. Le ocurre a todo el mundo. Es algo muy normal. Los mareos, las náuseas y la pérdida del equilibrio son síntomas que puedes sufrir tras haberte golpeado la cabeza.

—Guau, genial.

Lanzo el brazo por encima de mi frente para bloquear la luz.

—Estás evolucionando bien —me asegura mientras me conecta los tubos y los dispositivos—. Tan bien que el doctor Joshi cree que podrás irte a casa mañana. ¿No es genial? —Me da una palmadita en el brazo y se marcha.

No sé si es genial. Cuando mis padres vinieron a verme al hospital, había un ligero aire de desaprobación en el ambiente, como si estuviesen enfadados porque me hubiese hecho daño. Ojalá me contara alguien cómo ocurrió el accidente exactamente, o al menos me ofrecieran alguna versión de los hechos.

Me pregunto cómo estará la otra persona. ¿Qué significa eso de estar en estado crítico? ¿Y yo en qué estado estoy? Debería haberle preguntado eso a la enfermera Susan. Puede que Felicity o Kyle lo supieran. ¿Por qué no los he presionado para que me dieran esa información en vez de la mierda irrelevante sobre a quién me tiré o con quién no me acosté? Aunque después de ver a Easton Royal, me imagino que los dos son un par de mentirosos.

Es imposible que Easton Royal se fijase en mí. Soy muy normal. Tengo un pelo moreno y unos ojos grises muy comunes. Mi cara es muy normal, tengo la nariz pequeña, un puente casi inexistente y algunos granos de vez en cuando. Estoy dentro de la media con respecto a la altura. Y también con respecto a la talla de sujetador: una 90B.

Easton Royal tiene el pelo tan oscuro y brillante que bien podría salir en la cubierta de un tinte capilar. Tiene los ojos tan azules que juro que oía las olas del mar romper contra la orilla cada vez que parpadeaba. Él es quien sufre de pérdida de memoria al haber entrado en mi habitación y dado un beso en la mano con esos labios tan turgentes.

Me llevo los dedos a los labios. El olor al jabón medicinal del hospital me inunda los sentidos y bajo la mano, asqueada.

Kyle tenía razón en una cosa. Sí que me gustaba Easton Royal. Y eso es deprimente porque, primero, implica que Kyle podría tener razón sobre otras cosas y, segundo, el hecho de que me guste un chico como Easton Royal es lo más estúpido del mundo.

¿Dónde narices he podido conocer a Easton? O a Felicity, ya puestos. Kyle, por otra parte, sí que parece un estudiante del North. Si tuviese que hacer una suposición, diría que Kyle y yo, de alguna manera, nos colamos en una fiesta del Astor Park y nos peleamos. Quizá Easton se sentía caritativo y decidió permitir que me abalanzase sobre él.

La escena no me parece probable, pero no se me ocurre ninguna otra explicación realista.

Suelto un pequeño grito de frustración. Odio no saberlo. Es horrible. Toda esa gente de ahí fuera sabe cosas sobre mí. Es injusto. Lo que necesito son imágenes. Aunque... la foto que compartió Felicity conmigo solo sirvió para confundirme más. Los que aparecíamos en ella éramos Easton y yo. Nos estábamos besando. ¿Por qué? ¿Cómo? ¿Cuándo? Todas esas respuestas son una incógnita. Necesito investigar por mi propia cuenta, lo cual significa que necesito mi móvil, un ordenador y mi bolso, y no necesariamente en ese orden.

Se lo preguntaré a mi madre cuando venga a visitarme.

—¿Cómo se encuentra mi paciente favorita? —canturrea el doctor Joshi cuando entra a mi habitación a la mañana siguiente. Tiene su incesante sonrisa dibujada en su rostro anguloso.

—Bien. —Me esfuerzo por incorporarme en la cama—. ¿Ha visto a mis padres?

Mi madre no vino anoche. Dormí fatal porque me preocupaba estar dormida cuando lo hiciese.

—¿No vinieron anoche?

El doctor Joshi parece estar ligeramente sorprendido.

—Puede que... me quedase dormida.

—Es probable.

Pero no creo que ese haya sido el caso. Deben de estar enfadados conmigo, pero no sé por qué. ¿Es por el accidente? Un sentimiento de vacío se ha desarrollado en mi interior. Me produce un dolor diferente al físico. Peor, la culpa me corroe por dentro. Necesito saber cómo está la otra persona. A lo mejor el doctor Joshi puede ayudarme si le pregunto.

—Doctor —digo para llamar su atención.

—¿Ajá? —Está concentrado en mi historial médico.

—¿Cómo se encuentra la otra persona? El paciente en estado crítico.

—Mmm, no puedo decírtelo, Hartley. Por la política de privacidad y esas cosas. —Saca una linterna y apunta a una de mis pupilas—. ¿Cómo va la memoria hoy?

—Genial.

—Y no me estás mintiendo, por supuesto.

—No.

Vuelve a tararear mientras inspecciona mi otro ojo. Estoy segura de que no me cree.

—¿Sigue en estado crítico?

—No. El chico está estable.

«El chico». Claro. Ya me lo ha dicho antes.

—¿Tiene algún hueso roto? ¿Pérdida de memoria? ¿Qué tipo de daños ha

sufrido exactamente?

El doctor Joshi se incorpora y mueve la linterna en mi dirección.

—No tiene los huesos rotos, pero eso es lo único que me vas a sonsacar. —
Se guarda la linternita y apunta algo en el historial.

Arqueo el cuello para conseguir leerlo, pero parecen un puñado de garabatos. Le pregunto algo distinto.

—¿Se pondrá bien?

—No veo por qué no. Ahora céntrate en recuperarte tú. ¿Puedes hacerlo?

Me relajo contra las almohadas y dejo que la seguridad del doctor Joshi me consuele.

—Sí.

—¿Cómo te sientes hoy?

—Bien.

Me da un golpecito con el dedo. Me encojo de dolor.

—Vale, me duele un poco —corrijo.

—Doctor Joshi.

La voz de mi madre hace que una oleada de felicidad me invada.

—¡Mamá! —exclamo, encantada de que esté aquí por fin.

«Por supuesto que está aquí», me asegura una pequeña voz. «¿Dónde más iba a estar?». Cierto. Y debió de haber venido anoche también, una de esas veces que estaba descansando los ojos. Probablemente se asomó a la habitación y pensó que estaba durmiendo y no quiso molestarme...

—Hartley. —Su tono de voz es cortante.

El médico se gira y la saluda.

—Señora Wright, buenos días.

La sonrisa en mi rostro flaquea cuando mi madre da un paso hacia delante. Ni siquiera me mira a mí; mantiene la vista fija en el médico. ¿Qué está pasando? ¿Por qué no viene a darme un abrazo, un beso en la mejilla o un golpecito en el brazo? Algo.

—Buenos días. He hablado con el personal de enfermería y me han dicho que le pueden dar el alta hoy. Me gustaría que mañana volviese a clase. Los exámenes finales están a la vuelta de la esquina.

La observo con la boca abierta. Me duele la cabeza y siento el pecho como si un camión de cemento me hubiese pasado por encima —dos veces—. Todavía no he recuperado los recuerdos de los últimos tres años. ¿No necesito algunos

días más de descanso antes de volver al instituto?

El doctor Joshi frunce el ceño.

—Hablé de la posibilidad de darle el alta, pero tras haberla examinado esta mañana, creo que debería quedarse otras veinticuatro horas. Mañana veremos cómo amanece.

—Creo que darle el alta hoy sería lo mejor. —Sorprendentemente, la voz de mi madre suena firme—. La enfermera me ha dicho que sus constantes vitales llevan veinticuatro horas estables. Que ya no necesita la vía intravenosa, porque puede tomar analgésicos por vía oral. No hay razón para que permanezca aquí otro día más. —Retrocede, alarga el brazo a través del umbral de la puerta y tira de mi padre hacia el interior de la habitación.

Mi corazón da un vuelco cuando lo veo. Al principio pienso que es de felicidad, pero... no estoy segura de que sea así. Son nervios.

¿Por qué ver a mi padre me pone nerviosa?

Tiene el teléfono pegado a la oreja, pero lo baja hasta la mitad de su mejilla para dirigirse a nosotros.

—¿Qué problema hay?

—John, quieren dejar a Hartley ingresada otro día más.

Mi madre está inquieta. ¿Por qué es un impedimento que me quede otra noche en el hospital?

—¿Y? Que se quede.

Vuelve a llevarse el teléfono a la oreja y se gira.

—De acuerdo, pues. —El doctor Joshi apunta otra cosa.

Por encima de su espalda, veo a mi madre colocarse junto a mi padre y tirar de su brazo. Él la atraviesa con la mirada, pero eso no la desanima. Mantienen una conversación en voz baja que soy incapaz de oír, pero veo que mi madre se frota las manos. La mirada envenenada de mi padre se desvía hasta la espalda del médico.

Cuelga y se acerca al doctor con pasos tensos.

—Esto corre por cuenta de Callum Royal, ¿correcto?

¿Por cuenta de Callum Royal? Abro los ojos de par en par. ¿Por qué iba a pagar el señor Royal mis facturas médicas?

Las cejas del médico se elevan.

—No tengo ni idea. Tendrá que hablar con el departamento de contabilidad para saberlo.

—¿Cómo que no tiene ni idea? —exige saber mi padre—. Así se gana usted el sueldo.

No me morí por las lesiones del accidente de coche, pero la vergüenza puede que al final lo consiga. El doctor siente mi inquietud. Me guiña un ojo e intenta aligerar el ambiente.

—Mi trabajo es asegurarme de que su hija se recupere. Otra noche aquí le vendría bien. —Me agarra el dedo gordo del pie y lo menea—. A ti te gusta estar en el hospital, ¿verdad? Tienes sábanas limpias todos los días y un montón de atención constante y personalizada.

Si no vuelvo a ver una enfermera en mi vida, seré la chica más feliz del mundo.

—Y la comida también está genial —añado con ironía.

—Nuestra labor es complacer al paciente.

El médico cuelga mi historial médico de nuevo sobre mi cama y asiente a mis dos padres antes de abandonar la estancia. Mi madre apenas espera a que la puerta se cierre antes de precipitarse hacia la cama y tirar de las sábanas.

—Vámonos.

—¿Adónde? —pregunto, confusa.

—Nos vamos de aquí. No vas a pasar otra noche en este sitio. ¿Sabes lo que cuesta esta habitación? —Tira del oxímetro de mi dedo y lo suelta a un lado—. Un coche pequeño. Eso es lo que cuesta una noche en una habitación privada en el hospital de Bayview.

Tira de mí hasta ponerme de pie y me tiende una pequeña bolsa que no me había percatado que llevaba en la mano.

—John, ve y habla con la enfermera y averigua cómo le pueden dar el alta. Nos la vamos a llevar de una forma u otra.

—Voy a llamar a la oficina de contabilidad —se queja mi padre.

—No te molestes. Esta mañana he recibido una llamada suya y me han dicho que los Royal se niegan a pagar las facturas médicas de Hartley porque creen que el accidente fue culpa suya. —Mi madre se gira enfadada hacia mí—. ¡No me puedo creer que hayas herido a un Royal! ¿Sabes lo que eso significa para nosotros? ¡Estamos arruinados! ¡Arruinados! ¿Qué haces? ¡Vístete! —espeta con una mirada salvaje en los ojos.

Pero soy incapaz de moverme. Las palabras que acaba de soltar mi madre me han dejado de piedra. ¿El paciente en estado crítico es uno de los Royal? ¿El hermano de Easton? No. No puede ser. ¿Por qué iba a venir Easton a mi

habitación a darme la mano si le hubiese hecho daño a su hermano?

—¡Venga, muévete! —chilla mi madre.

Salto de la cama y casi vomito cuando el dolor me atraviesa. Mi madre me agarra del brazo y tira de mí hacia el baño. Me apoyo contra el lavabo y me inclino sobre el retrete para soltar los cuatro bocados de gachas que he conseguido desayunar.

Ajena a mi estado de salud, mi madre continua su diatriba.

—Cuando mañana vayas a clase, debes asegurarte de que eres amable con todos. No provoques ningún drama. No te metas en ningún conflicto. Si lo haces, podrías arruinar a esta familia. Tu padre podría perder su trabajo. Podríamos perder la casa. El marido de Parker podría dejarla. Os tendríamos que mandar a ti y tu hermana a casa de la abuela y no a ese caro internado en el norte.

¿A casa de la abuela? ¿Con esa vieja arpía? Pega a la gente con un cucharón. Abro el grifo y mojo un pañuelo de papel. Decido que mi madre está exagerando mientras me limpio el rostro. Tiende a hacerlo. Si alguien mancha el suelo, aunque sea una baldosa, mi madre se queja de que nunca va a poder sacar la mancha y de que el suelo ya se ha estropeado para siempre. O si el pavo está ligeramente pasado en Acción de Gracias, considera que todo es incomedible. Siempre usa la amenaza de mandarnos a un internado, pero nunca la cumple...

Me detengo con el papel junto a los labios mientras asimilo sus últimas palabras.

«Y no a ese caro internado en el norte».

Capítulo 8

Hartley

Mi madre no me obliga a ir al instituto al día siguiente tal y como me había dicho. El doctor Joshi me dio el alta con la promesa de que me quedaría en casa una semana. No esperaba que mis padres siguiesen sus instrucciones, pero lo hicieron.

Los últimos seis días no han sido de lo más divertido. Mis heridas físicas se están curando bien, ya no me duele al respirar y puedo andar. Pero, aunque me recupero, siento que las cosas en casa están empeorando. No entiendo qué ocurre. Mi padre apenas me mira, mi madre siempre me está criticando, mi hermana pequeña, Dylan, apenas me habla y mi hermana mayor, Parker, ni siquiera ha venido a verme. Estuve en el hospital una semana, recuperándome, ¿y Parker no se ha dignado en visitarme?

Mañana vuelvo al instituto, y no quiero saber qué me encontraré allí, teniendo en cuenta la fría bienvenida de mi familia.

Es domingo por la noche y merodeo por mi casa, que me resulta familiar y ajena al mismo tiempo. Mi cuarto huele a rancio, como si hubiese estado cerrado durante los tres años enteros en los que estuve en el internado. La colcha no me suena de nada, al igual que el escritorio blanco de la esquina, junto con la pequeña colección de uniformes, camisas y jerséis del armario.

Las paredes blancas están desnudas. Las únicas pinceladas de color que hay son el morado y el azul difuminados de la colcha y las cortinas a juego que todavía tienen las arrugas del cartón de cuando venían dobladas en el paquete.

Muevo las perchas de un lado al otro en el armario. Tengo poquísima ropa.

Dos americanas de lana oscuras y caras con un parche rojo, blanco y dorado cosido en uno de los lados. Hay un pañuelo de papel arrugado en uno de los bolsillos frontales de una de ellas. A la izquierda, veo una fila de camisas largas blancas: tres son de manga larga, dos de manga corta. Una sudadera con cremallera y un suéter azul marino cuelgan a su lado. En el suelo hay un par de zapatillas de deporte blanquísimas que parecen —y huelen— a nuevo y otro par de mocasines negros y arañados.

En cuanto a pantalones y faldas, tengo tres pares de vaqueros, dos *leggings* y dos faldas feísimas de cuadros verdes y azul marino plisadas. La última debe de formar parte de mi uniforme escolar. Mi madre me informó de que voy al Astor Park, el centro más exclusivo —y caro— del estado. Eso ha resuelto el misterio de cómo conozco a Felicity y a Easton y, supongo, a Kyle, aunque nada tiene ningún sentido para mí.

Mi madre no me ofreció ninguna explicación de por qué voy a Astor Park o por qué estuve tres años en un internado del norte del estado de Nueva York. No me advirtió de que habían convertido mi dormitorio en un trastero mientras estuve fuera y de que donaron todas mis pertenencias personales a una beneficencia. Cuando le pregunté dónde estaban mi bolso y mi móvil, me respondió que ambos habían quedado destruidos en el accidente. Esa noticia me sentó como un puñetazo en el estómago, por lo que dejé de hacer preguntas. Esperaba juntar las distintas piezas de mi vida con el teléfono —con los mensajes, las fotos, y las redes sociales—, pero esa oportunidad desapareció en el accidente.

El resto de mi armario está vacío. En la pequeña cómoda a los pies de mi cama encuentro ropa interior, sujetadores básicos y un par de sudaderas monas. Supongo que mi estilo actual podría mejorar. Me resulta difícil creer que esta sea toda mi ropa. Recuerdo vagamente este armario a punto de rebosar con cosas que compraba en Forever 21 y en Charlotte Russe. Era ropa barata, pero divertida y colorida.

Supongo que cuando estuve en el internado, mi gusto evolucionó a algo más soso. ¿Eso se llama progreso? No sabría qué decir. Rebusco en mi escritorio con la esperanza de encontrar pistas sobre mi pasado, pero no hay nada. No hay postales antiguas ni fotos, ni siquiera lápices usados. Todo lo que hay en los cajones está nuevo. Hasta los cuadernos están impolutos, como si mañana fuese mi primer día de clase en vez del tercer mes del semestre.

Hay un horario con mis clases y un pequeño mapa del campus metidos en el primer cuaderno. Los saco. Cálculo, Pensamiento Feminista, Música. Miro por

toda la habitación, pero no veo mi violín. ¿Está en el Astor Park?

Me dirijo a la puerta y llamo a mi madre.

—¿Qué pasa? —me pregunta cuando aparece al pie de las escaleras con un trapo en las manos.

—¿Dónde está mi violín?

—¿Tu qué?

—Mi violín. Sigo tocándolo, ¿verdad? Una de mis asignaturas es Música. — Levanto mi horario.

—Ah, eso. —Resopla con desdén—. Apenas lo tocas ya, pero es obligatorio que te matricules en una asignatura optativa, así que te apuntamos a Música. Tocas uno del centro.

Se va. Ya tengo una respuesta, pero no me parece completa. Vuelvo a frotarme la muñeca. Cuando me dirijo de vuelta a mi dormitorio, me llaman la atención las fotos que hay colgadas en el pasillo. Hay algo extraño en ellas. Me acerco despacio e inspecciono cada una de ellas. Hay fotos de Parker, mi hermana mayor, desde que nació hasta el día de su boda. Las fotos de Dylan, mi hermana pequeña, paran en la novena, por lo que ahora mismo debe de estar en segundo de secundaria.

Al final hay una fotografía de la familia. Debe de ser reciente, porque yo no estoy en ella. Están cenando en un hotel o algo parecido. Hay edificios altos y cuadros grandes bañados en oro. Las sillas están tapizadas con lo que parece ser terciopelo. Todos están vestidos de forma elegante: mi padre, con un traje negro; mi madre, con un vestido rojo con brillantes; Parker, con un sencillo vestido negro y un collar de perlas; y Dylan, con un jersey y una falda morada. Todos están sonriendo, hasta Dylan, que me soltó con desprecio un «Eres tú» cuando llegué a casa y luego se encerró en su cuarto y me ha evitado desde entonces.

Es la foto de familia lo que me revela qué hay de extraño en las fotografías del pasillo. Yo no aparezco en ninguna de ellas.

Mi familia literalmente borró todo rastro de mí en la casa.

¿Qué hice exactamente hace tres años? ¿Quemé la casa? ¿Maté a la mascota de la familia? Rebusco en mis recuerdos, pero todo está en blanco. Ni siquiera recuerdo que me enviaran al norte. El recuerdo más claro que tengo es de la boda de mi hermana Parker, y eso ocurrió hace cuatro años. Recuerdo estar vagamente molesta por no poder beber champán en el brindis y que aun así lo hice con una chica morena que, según mi memoria, es mi prima Jeanette. Ambas nos pusimos malísimas tras bebernos una sola copa cada una. Debería

llamarla. A lo mejor ella puede rellenar los huecos, ya que nadie en esta casa quiere hacerlo.

Bajo las escaleras en busca de mi madre. Está fregando los platos con un delantal que imita la tela vaquera y una mueca en el rostro.

—¿Qué pasa? —pregunta con irritación.

—¿Puedo usar tu teléfono?

—¿Para qué? —La irritación se convierte en sospecha.

Me agarro las manos por detrás de la espalda e intento no parecer culpable, porque ¿qué tiene de malo que quiera hablar con mi prima?

—Estaba pensando en llamar a Jeanette.

—No, está ocupada —responde mi madre con voz plana.

—Son las nueve de la noche —protesto.

—Es demasiado tarde para llamar por teléfono.

—Mamá...

El timbre de la casa suena antes de que pueda provocar una discusión. Mi madre murmura algo que suena sospechosamente parecido a «Gracias a Dios» antes de dejar la olla que había estado frotando en el fregadero y de precipitarse hacia la puerta.

Miro su bolso. Su teléfono está prácticamente fuera y me tienta. Si tomase prestado su teléfono durante, digamos, diez minutos, ¿se daría cuenta? Me acerco un poco más a la encimera. Si me pilla, ¿qué es lo peor que puede pasar? No me puede quitar el móvil, creo, aunque siento que una ligera inquietud me corroe la espalda.

—Tu novio ha venido a verte —anuncia mi madre—. Es un chico de Astor —susurra mientras me agarra del brazo.

Estoy a punto de preguntarle cómo lo sabe cuando veo a Kyle Hudson de pie junto a la puerta, observando mi casa con ojos curiosos, como si nunca hubiese puesto un pie dentro. Lleva unos vaqueros demasiado ajustados para su fornida figura y una chaqueta azul oscuro con una letra en la espalda y un parche sobre el pectoral izquierdo igual que el de mis americanas.

—Yo... eh... Pasaba para ver cómo estabas —dice sin mirarme a los ojos.

—Estoy bien. —Esta es la primera vez que ha venido a verme en una semana.

Desliza el pie sobre el suelo embaldosado.

Mi madre me da un pellizco en el costado.

—Lo que Hartley quiere decir es que está muy contenta de que hayas venido. Se alegra mucho de tener un novio tan cariñoso. Siéntate. —Hace un gesto hacia el sofá del salón—. ¿Quieres algo?

Kyle niega con la cabeza.

—Había pensado en llevar a *Hartley* al French Twist. Algunos estudiantes del Astor hemos quedado allí.

Me rechinan los dientes. Odio cómo pronuncia mi nombre.

—Por supuesto —gorjea mi madre—. Deja que vaya a por algo de dinero.

Pero no se mueve enseguida, como si estuviese esperando a que él la detuviese. En su lugar, Kyle arquea las cejas con expectación.

—En realidad, estoy cansada. —Me deshago del agarre de mi madre—. No me apetece salir.

—No vamos a ir a ninguna discoteca, *Hart-lei*. Es una pastelería.

Sí, ya veo que es muy cariñoso.

—Irás. ¿Por qué no te cambias? —sugiere mi madre, y luego se va para coger el dinero.

Bajo la mirada hasta mis vaqueros oscuros y la sudadera azul marino con rayas blancas en las mangas.

—¿Qué tiene de malo mi ropa?

—Todo —responde Kyle.

Alzo la barbilla.

—No voy a cambiarme.

—Vale. Es tu funeral. No me vengas llorando cuando se burlen de ti.

—¿Cuando se burlen? ¿Qué pasa, estamos en primaria o qué? ¿Qué importa lo que lleve puesto? —niego con la cabeza, molesta—. Además, puedo ir yo solita —añado, porque no quiero subirme a lo que sea que conduzca; estoy segura de que podría ser peligroso.

—No puedes. No tenemos tu carné de conducir —dice mi madre cuando regresa con la cartera—. Se perdió con tu bolso —me recuerda.

No había caído en esa complicación.

—Pero, mamá...

—No, nada de peros. Toma veinte dólares. —Me suelta el billete en la cara—. Eso debería bastar.

Kyle hace una mueca.

—Sí, es suficiente —declaro, y me guardo el billete de veinte en el bolsillo.

—Genial. Pasadlo bien los dos esta noche —dice, y prácticamente me empuja hacia la puerta.

En cuanto la puerta se cierra a mi espalda, me giro hacia Kyle.

—No me creo que hayamos salido nunca. Me tratas como una mierda y no siento nada de cariño por ti. Si no hemos roto antes, hagámoslo ahora.

—Tienes amnesia. Y tú, ¿qué sabes? Vámonos. —Señala con el pulgar un todoterreno mal aparcado delante de nuestra puerta—. Felicity nos está esperando.

—No quiero ir. ¿Cuántas veces tengo que decírtelo?

Me mira fijamente. Luego, levanta la vista al cielo y, por último, vuelve a posarla en mí. La molestia está patente en toda su cara; en la fina línea de su boca, en las arrugas de su frente y en su sombría mirada.

—Intento hacerte un favor. No te acuerdas de nada, ¿verdad?

Asiento porque no tiene sentido que lo niegue.

—Mañana vuelves a clase, ¿verdad?

Me siento como si mi padre me estuviese echando una bronca, pero vuelvo a asentir.

—¿Entonces quieres respuestas esta noche o quieres comportarte como una tonta mañana y el resto de los días que te quedan en el Astor?

Miro hacia atrás y veo que mi madre se está despidiendo de mí con la mano desde la puerta. Luego, vuelvo a centrar la atención en Kyle. La zanahoria que está sacudiendo frente a mí es demasiado tentadora como para ignorarla. No sé qué me espera en la pastelería, pero tiene razón. Conocer a la gente esta noche en un ambiente informal es mejor que ir mañana a clase a ciegas.

—Quiero respuestas esta noche —murmuro por fin.

—Entonces vamos.

Se dirige hacia su todoterreno sin esperarme. Me apresuro en llegar hasta él y tiro de la puerta antes de sentarme en el lado del copiloto.

—Aun así, vamos a cortar —le digo mientras me abrocho el cinturón.

—Lo que tú digas.

Pulsa el botón de arranque del motor. Una canción de *country* suena a todo trapo por los altavoces.

Alargo el brazo y bajo el volumen. Kyle me atraviesa con la mirada, pero mantengo la mano en la ruedecilla. Voy a ganar esta batalla.

—¿Cuánto tiempo llevamos saliendo? —pregunto.

—¿Qué?

—¿Cuánto tiempo llevamos saliendo? —repito. Si hoy es el día de obtener respuestas, podemos empezar ahora mismo.

—No lo sé.

Felicity sugirió que fue desde el momento que llegué al Astor Park. Supongo que el curso empezó a finales de agosto y ya casi estamos en Acción de Gracias, así que como mucho llevaremos juntos unos tres meses o así.

—No estoy preguntándote cuándo es nuestro aniversario, solo una fecha aproximada.

Se inclina sobre el volante con incomodidad.

—Semanas, supongo.

—¿Semanas?

—Sí, semanas.

O bien tiene mala memoria o se le dan fatal las matemáticas. Puede que ambas cosas.

—¿Nos hemos acostado?

La idea me pone enferma, pero necesito saberlo.

—Sí. —Sonríe con suficiencia—. Esa es la única razón por la que accedí a salir contigo. No hacías más que suplicarme, ¿sabes? Me seguías por los pasillos, te sentabas a mi lado a la hora del almuerzo. Me dejaste tus bragas en la taquilla. —Por primera vez se lo ve animado—. Así que dejé que disfrutaras de mí.

—Maravilloso —digo en voz baja. ¿Podría ser más asquerosa? ¿Y él? Supongo que somos tal para cual.

—¿Alguna otra pregunta? ¿Quieres saber cuándo y dónde follamos?

—No, gracias.

La Coca-Cola *light* que me he bebido después de cenar está empezando a revolverme el estómago. A veces la amnesia puede ser algo bueno, decido. Es una lástima que esté recuperando recuerdos como este. Abro la ventana y alzo la nariz hacia la brisa.

—¿Vas a vomitar? —pregunta Kyle, asustado.

—Espero que no —digo sin mucha convicción.

Pisa el acelerador en respuesta. «Cariño, yo también quiero alejarme de ti tan rápido como tú de mí».

Capítulo 9

Easton

La cerradura del apartamento de Hartley es tan endeble que ni siquiera necesito sacar la llave que me ha dado su casero. Varios giros de muñeca y el trozo de madera se abre sin problemas.

Está vacío, como él dijo que estaría, pero aún me sorprende y me destroza por dentro. Quería que estuviese lleno de Hartley; de sus cosas, de su olor, de *ella*. En lugar de eso, me encuentro un cascarón vacío. No está el sofá de diez años con los reposabrazos rasgados, las puertas de los armarios están abiertas y muestran estantes vacíos. Ya ni siquiera está la mierda de mesa que siempre temía que se derrumbara cuando Hartley apoyaba un plato de plástico. Se ha ido, o al menos eso parece desde hace casi una semana. Sus padres la sacaron del hospital y no la he visto ni he sabido nada de ella desde entonces.

Ha sido una tortura. Le he mandado mensajes. He intentado llamarla. Incluso pasé con el coche por delante de su casa con la esperanza de verla a través de las ventanas. Pero no ha habido suerte. Supongo que los padres de Hartley la mantienen oculta.

Solo espero que esté bien. Una de las enfermeras confesó, tras un poco de presión, que puede que le hubieran dado el alta demasiado pronto, y la preocupación se ha apoderado de mí desde que me enteré de eso.

Joder, ¿por qué no me llama?

La necesidad de estar cerca de ella, aunque sea de cualquier modo, es lo que ha hecho que regrese a su antiguo apartamento.

Dejo mi mochila sobre la encimera de la cocina y echo un vistazo a su

frigorífico. Encuentro tres latas de Coca-Cola *light*. Abro una e inspecciono el pequeño espacio desolado. Esperaba que, si la traía aquí, recuperaría algunos de sus recuerdos, pero sus padres han vaciado la casa por completo.

No parece que nadie haya vivido aquí. Incluso la alfombra raída ha sido sustituida por linóleo de terracota barato. La impotencia me sube por la garganta y me ahoga. La habitación da vueltas a mi alrededor y la botella que tengo en la mochila me llama.

Tenso y relajo la mandíbula. Mi corazón late desenfrenado. Tengo la boca tan seca como un desierto. Una sirena resuena en mis oídos. La bebida y las pastillas siempre han sido la solución a mis problemas. Que mamá se suicida, me tomo una pastilla. Pelea con la familia, pues me trago una botella de Jack Daniel's. Discusión con la novia, hago ambas y olvido todo hasta la mañana siguiente.

La lata metálica que tengo en la mano se abolla y los laterales se hunden.

«Lo único que haces es estropearlo todo».

Deliberadamente, dejo la lata abollada en el fregadero y saco el móvil antes de abrir la aplicación de notas donde apunté una lista de lugares a los que iríamos:

Playa

Muelle

Apartamento

Instituto

Sala de música

Mi casa (sala de entretenimiento)

Resulta irónico que, para ser un tío cuyo propósito principal en la vida era acostarse con las tías disponibles por toda la costa, nunca llevara a Hartley a mi habitación. No sé si debería darme una estrella de oro por ser paciente o pegarme a mí mismo por no involucrarla más en mi vida. Ojalá hubiera dejado suficiente huella en ella como para que viera que nos complementamos a la perfección cada vez que fuésemos juntos a algún sitio.

«Lo único que haces es estropearlo todo».

Debo evitar que recuerde eso. Necesito hacerle ver lo que teníamos antes de que Felicity se metiese entre nosotros, antes de que las amenazas de su padre la asustaran, antes de que me emborrachase y la cagase.

Éramos amigos. Dios, aparte de Ella, Hart fue la primera amiga que tuve. Disfrutábamos de estar el uno con el otro. La hacía reír. Ella me... bueno, me hacía querer ser mejor persona.

No puedo perderla. No pienso hacerlo.

Hartley ha vuelto a su casa. Estará lidiando con sus hermanas y su madre. Y con su padre, el hijo de puta que... Me asalta la preocupación. Me siento y le mando otro mensaje.

Estoy aquí. Para lo que sea.

Observo el móvil y deseo que me responda. Pero, claro, no lo hace. Me recuerdo a mí mismo que no está bien y que probablemente se encuentre muy medicada. Por eso no responde. Joder. Odio esta situación. Si le doy vueltas solo voy a sentirme peor. Antes de que la mandasen al internado, su padre le rompió la muñeca cuando Hartley descubrió que aceptaba sobornos en su trabajo. Me contó que se había roto la muñeca en un accidente y tuve que creerlo. Además, solo un enfermo pegaría a su hija ya herida.

Abro otra aplicación para hacer una lista de todo lo que voy a necesitar. Primero, otro sofá azul marino. Las sillas eran de plástico y la mesa era... clara. De algún tipo de madera clara. ¿Pino?

Tenía unas buenas toallas de mano. Cierro los ojos e intento recordar el color. ¿Gris? ¿Rosa? ¿Morado? Joder, no me acuerdo. Compraré de las tres y me quedaré con las que más le gusten. También tenía una colcha bonita. Era blanca y con flores.

Ahora que tengo un plan me siento mejor y me permito sacar las cosas de la mochila. La botella de Ciroc está en la parte superior. Me debato entre abrirla o no, pero al final no lo hago. Puede que Hartley la necesite, así que la dejo en el armario al lado del frigorífico.

Dejo en la encimera la foto en la que salimos juntos en el muelle. Necesito un marco o un imán. Al final me decanto por un marco. Voy a colgarla en la pared. De hecho, creo que voy a agrandarla para que cuando la vea sea una foto enorme de nosotros dándonos un beso legendario, como nuestra historia. Tras un gruñido aprobatorio al revisar mi plan maestro, lo añado la final de mi lista.

Lo que queda en mi mochila es un conjunto de ropa de recambio y dos botellas de vodka barato. Había pensado dormir aquí, pero al ver el piso vacío me pregunto si será buena idea. Echo un vistazo al baño. La ducha todavía

funciona y la presión del agua es decente. El casero ha dicho que han pintado todo y que el suelo es nuevo.

Arrojo mis zapatillas y la sudadera al suelo y me acomodo, colocando mi cabeza sobre la mochila y doblando los brazos contra el pecho. Mañana le preguntaré a Ella donde comprar lo que necesito.

Puede que no haya nada aquí que ayude a que Hartley recupere la memoria, pero aún tengo la mía. Y podemos crear recuerdos nuevos, más felices; con su hermana, con mis hermanos.

Me aferro a la esperanza de que el día de mañana será mejor. Ella me dijo eso mismo una vez. Que, si el día de hoy es una mierda, debería alegrarme porque aunque mañana también sea horrible, sé que lo soportaré.

La botella de Ciroc permanece cerrada. Quiero beber, pero he evitado hacerlo. Es una victoria personal.

Mañana será otro día.

Capítulo 10

Easton

Un mensaje de Pash aparece en mi teléfono a las diez menos cuarto. Me levanto y me desperezó. El suelo me está moliendo la espalda. Lo primero que haré mañana es mandar que traigan una cama.

Kyle Hudson. Lo conoces?

No sé nada de él. Insti?

Astor.

Ni idea.

El siguiente mensaje viene acompañado de una foto.

Sto sentado con tu chica y Frank en FT

Amplió la foto. Ambos están sentados de espaldas. No distingo al tío robusto sin cuello, pero reconocería la cascada de pelo negro azabache de la chica a su lado en cualquier parte.

Me levanto. ¿Qué demonios hace Hartley con ese tío? Frente a ellos está esa víbora, Felicity. Pash ahora la llama Frankenstein porque es una tía horrorosa, más monstruo que humana. Joder, incluso puede que llamarla Frank sea un insulto para el viejo Frankenstein.

Agarro la chaqueta con una mano y con la otra le mando un mensaje a Pash.

Ve y asegúrate de que está bien.

Stoy sentado justo detrás con Davey. Dice que Kyle y Hartley son pareja?

Y 1 mierda

¿Qué mentiras le está contando Felicity a Hartley? Esto no va bien. No va nada bien.

En vez de mandarle un mensaje, llamo a Pash.

—Tío, ve e interrúmpelos —le ordeno antes de que mi amigo me salude siquiera—. El médico ha dicho que, si le contamos cosas antes de que recuerde por sí misma, podría trastornarla.

—¿Qué se supone que tengo que decir? —exclama.

—No lo sé. Cuéntale lo increíble que es tu castillo de Calcuta.

Pash proviene de una antigua familia india muy rica. Hace un par de años, su abuelo decidió construir un nuevo recinto y, por las fotos que he visto en el Instagram de Pash, el sitio es lo bastante grande como para alojar el Astor Park y a todos sus estudiantes. Podría pasar una hora solo caminando por la primera planta.

—Davey me está mirando mal. Si me levanto, me matará.

—Si no te levantas, yo te mataré —lo amenazo.

—Ya, pero no me acuesto contigo. Lo siento, tengo que colgar.

Maldito capullo cobarde. Me meto en la camioneta y piso el acelerador. Hay veinte minutos desde esta parte de la ciudad al French Twist. Es una pena que Ella ya no trabaje ahí, porque podría haber hecho que interviniese. Al contrario que Pash, ella sí conoce el significado de «lealtad».

Llego en doce minutos, sudando como un cerdo por miedo a que un policía me parase y desperdiciara aún más tiempo. Abro la puerta y miro a mi alrededor dentro de la pequeña pastelería en busca de Hartley, pero solo veo a Pash y a su nueva novia hablando mientras beben café.

Él se levanta y me saluda con la mano.

—¿Dónde están? —gruño.

—Se fueron unos cinco minutos después de que llamas.

—¡Joder! —Me giro hacia Davey, la cual parpadea con sus ojos marrones fijos en mí—. ¿Qué has oído? Palabra por palabra. Quiero todos los detalles. No te dejes nada.

—No me he enterado de mucho —admite Davey—. Estaban hablando en voz baja. Lo único que he escuchado con claridad era que Hartley le contaba a Kyle que quería romper con él.

—No sabía que saliese con alguien más aparte de contigo —añade Pash.

—Y no lo hace —contesto con frustración.

¿No tiene recuerdos de nadie más? ¿Es que han venido los Hombres de Negro y han borrado la memoria a todo el mundo? Hartley no ha salido con nadie. No pasaba tiempo con la gente del Astor. En su tiempo libre, trabajaba en un restaurante que abría las veinticuatro horas en la zona este de la ciudad, a veces incluso se saltaba clases para cubrir algún turno. Cuando no entregaba bandejas de comida y bebida, dormía. La vida iba en serio para Hartley.

Me vuelvo hacia Davey.

—¿Quién hablaba? —pregunto.

—Sobre todo Felicity.

—¿Y quién es ese Kyle?

—Ni idea. No sale con nosotros.

—¿Por qué estaba Felicity aquí?

—No lo sé —chilla Davey, alzando las manos como si así detuviese el aluvión de preguntas.

Pash hace el ademán de levantarse.

—Oye, tío, tranquilo. Davey intenta ayudar todo lo que puede.

—Sí. —Davey hace un puchero.

Pash se mueve hasta rodear a su novia de hace diez días con un brazo.

—¿Has acabado ya? —me pregunta con frialdad.

Me froto la cara con la mano. El daño que este chico y Felicity le pueden haber hecho a Hartley hace que se me revuelva el estómago, pero gritarle a Pash o a la delicada de su novia solo va a conseguir que mi amigo se cabree conmigo.

—Sí, ya está. Llámame si te enteras de algo.

—Sí, sí. —Pash vuelve a sentarse—. ¿Quieres otro *bubble tea*, nena? —susurra—. O quizá debería comprarte esa pulsera de Chanel. Eso te haría sentir mejor, ¿verdad?

Me marcho de la pastelería antes de golpear con el pie el mostrador de cristal debido a la frustración. Me detengo en la acera y sopeso las opciones que tengo. Solo hay una que me apetece. Sé que no seré bienvenido en su casa, pero tengo que comprobar que está bien.

Levanto el pie del bordillo cuando oigo que alguien tartamudea mi nombre.

—¿E-Easton?

Me doy la vuelta.

—¿Hartley?

La busco en la entrada de la tienda, pero no la veo. Quizá estoy oyendo cosas. Quizá haya pasado tantas horas pensando en ella que se me ha ido la cabeza. Pronto estaré hablándole a una Hartley de mentira, cerrando los ojos y...

—Aquí.

Mi mirada conecta con una persona agazapada en el bordillo a unos seis metros de distancia. La persona se levanta y se convierte en Hartley Wright.

—¿Qué ha pasado? —le pregunto, cruzando la distancia que nos separa en un par de segundos. La agarro de los hombros, la dirijo hasta la luz y la examino de los pies a la cabeza—. ¿Estás bien?

Se la ve preciosa bajo la luz de la farola, con su pelo negro como la seda actuando de cortina y enmarcándole el rostro. Lleva una de sus sudaderas holgadas y unos vaqueros oscuros estrechos que le confieren un aspecto muy *sexy*. Sus ojos grises parecen casi negros cuando me devuelve la mirada con solemnidad.

—Eso creo.

—¿Qué haces aquí?

—Esperaba el bus.

Señala la señal sobre su cabeza.

—No pasan tan tarde. El servicio de autobuses termina a las diez.

Lo sé porque mi padre consiguió que estableciesen una parada aquí cuando Ella trabajaba en la pastelería. A pesar de tener coche propio prefiere que la lleven a los sitios, aunque eso suponga ir con treinta desconocidos.

—Oh. —Se frota los brazos y tirit—. No me lo han dicho.

Me quito la chaqueta y la coloco sobre sus hombros. Supongo que se refiere a Kyle y Felicity.

—¿Qué hacías con esos dos?

Me mira con preocupación antes de desviar la vista al aparcamiento en penumbra y a la acerca oscura.

—Me estaban contando cosas —admite al final. Vuelve a temblar a pesar de que lleva mi chaqueta sobre los hombros.

Siento cómo el miedo me atenaza. ¿Qué coño le han dicho? De hecho, es el aluvión de mentiras que le han podido contar lo que me aterra, empezando por eso de que es la novia de Kyle Hudson. ¿Ese cabrón enfermo intenta llevársela a la cama? La bilis me sube por el esófago.

—¿Como qué? —grazno.

—Cosas... —Se relame los labios—. Cosas malas.

—¿Sobre ti? Tú no has hecho nada malo. Ni siquiera te conocen.

—No. Sobre ti —me dice en voz baja.

Me echo hacia atrás. No me esperaba eso. Sé que Felicity me odia. Me odia porque una noche de borrachera le prometí que fingiría ser su novio para que hiciese una sesión de fotos. Cuando me recuperé, le dije que la promesa quedaba anulada y me disculpé. Después llevé a Hartley al muelle y me besó por primera vez.

Felicity decidió entonces que éramos archienemigos, consiguió que expulsaran unos días a Hartley por copiar y me dijo que solo acababa de empezar.

—Mira, sea lo que sea lo que te haya dicho, no son más que mentiras.

—Me ha dicho que te acostaste con las novias de tus dos hermanos mayores. Mi argumento se me atasca en la garganta.

—Eran las ex.

Excepto Savannah. Ella y mi hermano mayor, Gideon, tuvieron una relación de amor-odio durante años. Durante una de sus rupturas, la convencí de que podíamos consolarnos el uno al otro... sin ropa.

Siento que la culpa me corroe.

Una expresión de disgusto recorre la cara de Hartley. Mierda. Tenía que recordar esto de entre todas las cosas...

—Fue antes de ti —razono.

Tensa la mandíbula.

—Kyle me ha dicho que te acostaste con su novia mientras ellos salían.

—Ni siquiera sé quién es Kyle —espeto. ¿Así se sentía Scrooge cuando el fantasma de las Navidades pasadas le reprochaba sus pecados a la cara? ¿Cuándo me van a dar un respiro?

—Dijo que dirías eso. Porque no es lo bastante popular o rico para que lo conozcas, pero tenía una novia guapa, y una noche, en una fiesta en casa de Jordan Carrington, te acostaste con su novia en la piscina mientras Kyle miraba.

Se me revuelve el estómago. Joder, es posible que lo hiciera. Me he acostado con muchas chicas, sin duda, en la piscina de los Carrington. Me he acostado con muchas chicas y varias mujeres adultas en muchas piscinas. ¿Era consciente de que salían con alguien? No. No lo habría hecho de no haber sido así. Pero en una fiesta, cuando estás borracho y cachondo, no es que me saque un cuestionario de la manga y les pregunte por sus relaciones. Suponía que, si estaban listas para cabalgarme, es que tenían libertad para hacerlo.

Pero explicárselo a Hartley, una chica que quiero que me tome en serio, por la que siento cosas fuertes, que quiero que sienta algo hacia mí... es una tarea imposible.

Me paso una mano por el pelo, nervioso.

—He salido mucho de fiesta. Me he acostado con chicas, pero desde que te conocí, no he tocado a nadie más. Joder, ni siquiera fui el primero en dar el primer paso... —«Eso es adornar la verdad», pienso. «¡Calla!»—. Tú me besaste.

Hartley asiente despacio.

—Sí, supongo que podría haberlo hecho, pero la pregunta es, ¿debía?

—Hart.

No contesta. Oigo cómo la sangre me recorre el cuerpo. El aire está cargado; es denso y pesado por todo lo que sucede. Lo atravieso y me coloco donde sea incapaz de apartar la vista de mí.

—Hart —repito suavemente—. La he cagado en el pasado. No voy a mentir; pero ahora soy diferente.

Cuando por fin alza la vista para mirarme, veo que sus ojos están llenos de dolor.

—Dijeron que te gustan las chicas que no puedes tener. Como tu hermana de acogida, Ella. Y que cuando viste que no podías tener nada con ella, fijaste tu atención en mí. Que voy a ser el fruto prohibido más excitante para ti porque le hice daño a tu hermano y tu familia me odia. ¿Me vas a decir que eso no es cierto?

«Ha sido esa zorra. ¡Esa zorra! Ojalá se muera, joder».

Podría decirle la verdad, pero siente tanto dolor... Además, en cuanto Seb se despierte —porque lo hará—, Sawyer dejará de estar enfadado. Lo de Ella y yo es algo del pasado, tanto que apenas recuerdo por qué la bese esa vez en la discoteca; creo que porque me sentía solo y disfrutaba cabreando a mi hermano Reed, que nos observaba todo el tiempo.

La verdad solo le hará más daño.

—Felicity y Kyle no te han contado eso para ayudarte.

—Lo sé. Solo quiero que una persona sea sincera conmigo. ¿Lo vas a ser tú?

La respuesta se me queda en la garganta.

—Si no me preguntas, no te mentaré, ¿eh? —Suelta aire tras leerme la mente —. Supongo que, ya que no hay autobuses, tú me llevarás a casa. —Se acomoda la chaqueta sobre los hombros.

Creo que Hartley preferiría caminar los dieciséis kilómetros antes que meterse en mi coche, pero se sube. Sus opciones eran una mala y otra peor. Soy la mala, así que gano por defecto.

Permanece callada durante el trayecto, y dado que temo contestar sus preguntas, yo también mantengo la boca cerrada. Cuando llegamos a su casa, decido no acompañarla a la puerta. Si su padre me ve, se armará una buena, y ella no necesita eso ahora mismo.

Cuando ha recorrido la mitad del camino hasta su puerta, se da la vuelta.

—Gracias por traerme.

—Mañana espérame fuera. Te acompañaré a clase. Astor no es un lugar fácil. —A los estudiantes les encanta acechar a los más débiles. Y ahora mismo, Hartley es alguien sumamente frágil.

Una sonrisa triste se dibuja en sus labios.

—Qué ironía. Kyle me ha dicho exactamente lo mismo. Supongo que no me ha mentado en todo.

Y con esas perturbadoras palabras, cierra de un portazo y se mete en casa.

Mi padre me hace ir a su despacho a la mañana siguiente. Camino con pesadez, con una cuchara en la boca y un bol de gachas de avena calientes en la mano.

—¿Qué pasa? —pregunto.

—Me alegro de que estés despierto temprano. —Se mantiene ocupado metiendo unos papeles en su maletín de viaje.

Estoy despierto porque no he dormido. Anoche estuve dando vueltas a la situación de Hart, Kyle y Felicity. Apenas recuerdo a Kyle. No, la verdad es que no me acuerdo para nada de él. Es obvio que vamos al Astor juntos, pero soy incapaz de acordarme de una sola vez que nos hayamos saludado siquiera. Pero

si la ha tomado conmigo y si es cierto que me tiré a su novia, está claro que no lo ha superado. ¿Por qué si no arriesgarse a la ira de los Royal por enredarse con una chica que pertenece a uno de nosotros?

No es que Hartley me «pertenezca».

«Sí, es así».

Joder. Vale, para mí sí me pertenece. Y no quiero que Kyle Hudson y su cuello inexistente estén cerca de ella.

Me resulta fácil identificar el motivo de Felicity. Me odia y punto. Quiere venganza. Y aunque me interesa cero hacer las paces con esa zorra, me doy cuenta de que puede que todo se reduzca a eso. No puedo dejar que Frankenstein y el Hombre Sin Cuello atormenten a Hartley. Ya está bastante confundida de por sí.

Mi padre mete una carpeta en su maletín con rapidez y ello interrumpe mis pensamientos.

—¿Vas a algún lado? —pregunto entre bocados.

—Tengo que ir a Dubái. Ben El-Baz se ha puesto en contacto conmigo acerca de un pedido de diez de los nuevos *jets*. Necesito cerrar el acuerdo en persona.

—¿Y qué hay de Seb?

—Está estable. Si se despierta, volveré antes de que os deis cuenta. Ahora cuento contigo para que cuides del resto de los chicos mientras no estoy. Eres el mayor, y no quiero que Ella se preocupe por los gemelos. Tiene una reunión con el fiscal del distrito para ofrecer su testimonio.

—Joder.

Ella tiene que testificar contra su padre, Steve O'Halloran, en el juicio, cada vez más inminente. No me había percatado de que se acercaba la fecha, pero supongo que febrero no queda muy lejos.

—Exacto. —Me entrega una hoja de papel—. Me han dado permiso para que faltes al instituto el resto de la semana y posiblemente la siguiente, dependiendo de lo que tarde la transacción. —Cierra su bolsa de viaje.

—¿Faltar al instituto? —Tengo que estar en Astor para proteger a Hartley—. Ya he faltado las dos últimas semanas.

Papá ladea la cabeza.

—¿Quién eres y qué has hecho con mi hijo Easton?

Me muevo incómodo ante la mirada escrutadora de mi padre. No puedo contarle por qué necesito ir, por si siente el odio hacia Hartley que Sawyer tiene.

—No lo odio. Algunos días elijo no ir porque tengo mejores cosas que hacer.

—Y esta semana tienes mejores cosas que hacer. —Me da una palmada en el hombro—. Normalmente no confiaría en que fueras responsable ni un minuto, ni siquiera una semana, pero son tus hermanos y sé que los quieres. —Coge su bolsa y sale al recibidor, donde Durand, su conductor, lo espera—. Asegúrate de que Sawyer coma y descanse. Llámame si el estado de Sebastian cambia y estate pendiente de Ella en caso de que necesite un hombro sobre el que llorar. Te veré en menos de una semana.

Se despide con la mano y se marcha.

«Joder».

Agarro el teléfono y le mando un mensaje a Hartley.

Cambio de planes. Mi padre se va a Dubái y necesito ver cómo están mis hermanos. Si ves a Ella pégate a ella.

Releo el mensaje y me doy cuenta de que puede que Hart no sepa quién demonios es Ella. Encuentro una foto de ella y Reed juntos y se la mando.

No me responde. Espero tres segundos y le mando otro mensaje.

O a Val. Es buena gente.

Vuelvo a la galería y encuentro una foto en la que salimos Ella, Val, Reed y yo al lado de la piscina este verano. Nos recorto a Reed y a mí y le mando a Hart la foto editada.

Ella es la rubia. Val es la del lunar y el pelo corto.

Nada. Miro el reloj. ¿Me da tiempo a ir a casa de Hart en coche, recogerla y dejarla allí? Decido que sí si me doy prisa.

Dejo el bol en la encimera de mármol de la entrada y entro rápido a la cocina, donde había dejado mi mochila. Ella está allí, comiendo un yogur y fruta.

—¿Adónde vas? —me pregunta.

—A casa de Hartley, al Astor y, después, al hospital.

—¿A casa de Hartley? ¿Es buena idea, Easton? ¿No deberías esperar hasta

ver si Seb despierta?

Me doy la vuelta para confrontar a Ella.

—¿A qué te refieres? El accidente no fue culpa suya.

—Ya lo sé, pero ahora mismo Sawyer la odia. No creo que sea bueno que sepa que estás con ella.

—Entonces no se lo digas —replico, molesto por la postura de Ella.

—Pero...

Ignoro sus quejas y corro hacia la puerta. No me hace falta oír esas cosas, sobre todo después de decirle a Hartley que se acerque a Ella y Val. Con más razón tengo que llevar a Hartley a clase y asegurarme de que entra sin problemas al instituto.

Después... joder, no sé qué haré después. Puede que sea capaz de convencer a Hartley de que haga novillos y se venga al hospital conmigo. Pero ¿dónde la dejo? Sawyer montará en cólera si la ve.

Esto es un puto caos y no se me ocurre una buena solución. Ya la encontraré cuando llegue a su casa. Le escribo otro mensaje:

Voy a recogerte

Dejo el móvil en el asiento del copiloto, pongo en marcha el coche y me dirijo a casa de Hartley. Echo un vistazo para ver si me ha respondido al llegar a la puerta de nuestra propiedad y una vez más en el semáforo que está a más de un kilómetro y medio de mi casa y, después, en la intersección cercana a la suya, pero no hay respuesta.

Cuando llego, dudo si debo entrar. Su padre me odia. Hay un cincuenta por ciento de probabilidades de que esté trabajando. Decido que en peores plazas hemos toreado. Me bajo de la camioneta y camino hasta la entrada. A este paso, Hartley va a llegar tarde.

Subo las escaleras de dos en dos y llamo al timbre. Suena y, varios segundos después, veo una figura a través de los cristales. La puerta se abre y aparece la señora Wright. Mierda.

Se queda boquiabierta.

—¿Easton Royal?

Le ofrezco mi mejor sonrisa, con ese arco que hace que las monjas me pellizquen las mejillas y las madres quieran acostarse conmigo.

—Sí. He venido a recoger a Hartley.

Me cierra la puerta en las narices.

—Vete y no vuelvas a aparecer por aquí —dice tras la pesada puerta de madera.

Nunca se me ha dado bien acatar órdenes. Llamo a la puerta.

—Le he dicho a Hartley que pasaría a buscarla.

—Ya está en clase. Ha empezado hace diez minutos. ¡Ahora márchate o llamaré a la policía! —grita la madre de Hartley—. Mi marido es ayudante del fiscal del distrito. ¡Te meterá entre rejas!

Evito suspirar y me paso una mano por el pelo. Este día es una puta mierda y ni siquiera son las ocho de la mañana.

Capítulo 11

Hartley

Coloco los pulgares bajo las asas de mi mochila y sonrío y asiento a todo el mundo. Me siento como si hubiese regresado a la guardería, como si bajara del autobús sin la mano de mi madre agarrando la mía y pasara junto a las piernas de mis profesores y otros estudiantes mayores en busca de alguna cara conocida, la que sea. Easton me dijo que vendría a por mí, pero he estado esperándolo en la acera lo que me ha parecido una eternidad.

Una rubia me llama la atención. Felicity está a diez pasos por delante de mí, más o menos. Hay otras tres chicas igual de rubias a su alrededor. Una parte de mí quiere echar a correr y esconderse entre ese grupo de chicas. Otra sabe que Felicity me arrancaría la cabeza y luego me pisotearía sin ningún remordimiento. Así que me quedo a su espalda.

No estoy segura de por qué me odia, pero esa es la realidad. Estoy segura de que tiene algo que ver con Easton, y posiblemente con él y conmigo. ¿Estaban saliendo cuando me acosté con él? De todas las cosas que me molestan de mi pérdida de memoria, el sexo es de las peores. No recuerdo quién me ha visto desnuda. Quién me ha puesto las manos encima. A quién he tocado. No recuerdo nada de todo eso. Pero ellos sí. Algunos de los chicos que pasan por mi lado me han visto. Han visto mi pecho desnudo, mi vientre y mis partes íntimas.

Y eso me hace sentir enferma y violada, aunque yo misma debí de consentirlo. Así que, sí, de todas las cosas que desprecio de mi amnesia, eso encabeza la lista. Me quita el sueño por las noches, me revuelve el estómago y me da dolor de cabeza. Inspecciono a los chicos que pasan y me esfuerzo por

reconocer a alguien, pero no lo consigo.

Mi mirada regresa a Felicity. Ni siquiera intentó ocultar su gozo anoche mientras Kyle y ella me detallaban los pecados de Easton. El joven Royal es un borracho drogadicto que se tira a todo lo que se mueve. La única razón por la que es popular, me juraron los dos, es porque su padre es el dueño de la ciudad. Yo apostaría a que se debe a que es extremadamente atractivo y a que tiene una sonrisa lo bastante poderosa como para darle vida a una estatua.

Por lo que a mí respecta, soy una zorra y una mentirosa. Engañé a Kyle, copié en Matemáticas. Felicity incluso insinuó que hice trampas para entrar en el Astor. Eso último no lo entendí muy bien.

No creo que todo lo que me hayan contado sea verdad. Ambos tienen un motivo oculto, uno que no alcanzo a ver a estas alturas. Supongo que, por la violencia tan patente en la voz de Kyle, su rifirrafe con Easton tiene que ver con una exnovia, con la que Easton se acostó en la piscina. La razón del odio de Felicity puede que también se deba a algún incidente con Easton, pero su felicidad por mi actual situación me hace creer que su ira está relacionada de alguna manera conmigo.

Una cosa que sí que creo que es verdad es que me lie con Easton, lo cual me resulta lo más increíble de todo lo que Felicity me ha contado. Dios creó a mil millones de hombres, desarrolló el rostro perfecto y se lo cedió a Easton Royal. Es injusto cómo su pelo oscuro cae ligeramente sobre su ojo derecho y cómo hace que mis dedos se mueran por echárselo hacia atrás. Esos ojos azules no deberían ser legales. Los chicos morenos deberían tener ojos marrones y sosos, no de un azul penetrante que te hace pensar en el océano, en el mar y en el cielo de los días más soleados y preciosos. Tiene el pecho ancho y los brazos, definidos, pero no de un modo exagerado. Es la viva imagen del protagonista de los sueños de cualquier chica.

Resulta difícil comprender que un hombre tan guapo como Easton se interesara alguna vez en mí. No es que yo sea fea, pero juego en una liga distinta a la de los Royal. Los chicos de esa familia salen con universitarias, con la capitana del equipo de animadoras o la presidenta de alguna hermandad. Los Royal salen con chicas ricas, con las que aparecen en el directorio de las Hijas de la Revolución Estadounidense, con las reinas de la belleza, famosas de la televisión o modelos de Instagram. No salen con chicas regordetas y de rostro redondo que viven con sus groseras hermanas, con su padre, el ayudante del fiscal, y con su madre arribista.

Que yo salga con Easton Royal es tan probable como que salga con algún

integrante del grupo BTS. En otras palabras: algo completamente imposible.

Pero anoche se presentó en el French Twist. Me dejó su chaqueta cuando me puse a temblar, no de frío, sino de ansiedad. Me miró de una forma demasiado tierna y familiar como para ser un mero conocido. El frío que me calaba en los huesos empezó a disminuir bajo su intensa mirada azul. Quería acercarme a él y pedirle que me abrazase hasta que toda esta pesadilla terminara.

Pero cuando hablamos de su fama de juerguista y de las acusaciones que habían llegado a mis oídos, sus palabras sonaron a medias verdades y me pareció que evitaba hablar claramente. Creo que me mintió en algunas cosas. Y también omitió mucha información. Pero también creo que me dijo algunas verdades. Fue muy confuso. Las palabras de Felicity y de Kyle rondaron mi cabeza hasta que empezó a dolerme; lo único que quería era irme a casa y esconderme. Como no me acuerdo de nada, no tengo forma alguna de rebatir sus acusaciones.

Y encima él no está aquí esta mañana. ¿De verdad esperaba que mantuviese su promesa? Me froto las manos y me ofrezco unas palabras de ánimo.

«Confía en ti misma. Puedes hacerlo. Solo es el instituto. No durará mucho. Tú puedes».

Quizá no todos estén mirándome, pero a mí me lo parece. Es como si me encontrase en un escenario dando un gran discurso desnuda y la audiencia me señalara y se riese de mí.

¿Esa es la que ha perdido la memoria? ¿Esa es la que tiene la culpa de que Sebastian Royal esté en coma? ¿Es esa? ¿Esa? ¿Esa?

Sí, quiero gritar. Yo soy esa persona. Soy la que te puso la zancadilla en la acera, la que copió tus apuntes de Geografía, la que te robó el novio. ¡Soy yo! Quiero gritar, aunque realmente no tengo ni puta idea.

Estoy mentalmente exhausta, así que pego la barbilla al pecho y subo las escaleras del enorme edificio de tres plantas que parece albergar la mayor parte del Astor Park. Hay largas alas anexas a cada lado del edificio principal. El camino pavimentado que lleva hasta la puerta principal es lo bastante ancho como para que quepan dos camiones grandes. Alrededor de los edificios hay hectáreas de césped inmaculado y perfectamente cortado que todavía está verde a pesar de que ya es noviembre. Unas de las ventajas de vivir en el sur, supongo.

Cómo me gustaría que la acera fuese más estrecha, la entrada más pequeña y

que en los pasillos abarrotados solo hubieran cien estudiantes que se dirigiesen deprisa a su clase. En cambio, creo que hay más taquillas que alumnos. Miro el mapa de la escuela que hay en mi cuaderno y encuentro el camino hasta mi propia taquilla. Cuando llego, me quedo mirando la cerradura con consternación. No me acuerdo de la combinación. Pruebo con la fecha de mi cumpleaños. Nada.

Metó mi código postal y el año. Nada, sigue cerrada. Cierro los ojos con fuerza y me esfuerzo por recordar más números. Me viene a la cabeza el cumpleaños de Dylan. Al no funcionar, lo intento con el de Parker. Luego con un número de teléfono, pero todavía nada. Me muerdo la comisura del labio con irritación. ¿Por qué no pensé en esto antes? No recordaba que asistía a Astor, el estúpido uniforme parece que esté hecho para otra persona y no para mí... ¿Por qué iba a acordarme de la combinación de mi taquilla?

—¿Tienes problemas, *Hartlay*?

Miro a mi derecha y veo a Kyle sonriéndome con satisfacción. Ojalá desapareciese. Es imposible que estuviese saliendo con este tío. Aunque fuera una mentirosa y le hubiese puesto los cuernos, debía de tener el listón un poco más alto. Cuando estoy cerca de él, se me eriza la piel. Y, francamente, si salimos y nos acostamos de verdad, me alegro de haber perdido esos recuerdos.

—No.

—¿Preparada para tu primera clase?

Hay un matiz malicioso bajo sus palabras, pero ya me he cansado de Kyle y de su información tan poco útil. En vez de responder, simplemente me giro y me alejo de él.

—Eh, estaba hablando contigo —le grita a mi espalda.

Yo sigo moviéndome e ignoro los rostros confusos y cómo se me sonrojan las mejillas debido a la vergüenza.

—Zorra —grita.

Al menos ya no actúa como si estuviésemos saliendo.

Mantengo la cabeza gacha e intento atraer la mínima atención posible. A la hora del almuerzo, todos están atentos a una pelea. Una rubia con el pelo color miel se abalanza sobre otra chica morena con el pelo muy rizado. Oigo a una de ellas gritar algo sobre árboles y casas y me pregunto qué clase de circo es el Astor Park realmente.

Cuando el día finaliza, estoy agotada tanto emocional como físicamente. Me arrastro hasta la clase de Cálculo en la que supuestamente había copiado. El aula

está casi vacía cuando llego.

La profesora, una mujer muy guapa que no parece tener edad suficiente como para haberse graduado todavía en la universidad, se encuentra de pie junto a la puerta. Sus labios rojos dejan de sonreír cuando me ve. Los recuerdos de los demás parecen seguir en sus cabezas, aunque los míos hayan desaparecido. El horario me indica que su nombre es C. Mann.

—Señorita Wright, qué bien que haya vuelto a clase.

Si concediesen premios al sarcasmo, la señorita Mann se llevaría un gran trofeo. Bajo la cabeza e inspecciono los pupitres. ¿Cuál es el mío? Unos pocos estudiantes que ya se encuentran en sus sitios evitan mi mirada. No quieren que me sienta con ellos. Opto por colocarme en una esquina alejada. Ya he recibido bastantes miradas para todo un año entero.

—Ese no es tu sitio — me informa una morena de pelo rizado cuando empiezo a acomodarme en el pupitre que he elegido.

Parpadeo sorprendida con el trasero cerca de la silla.

—¿Tenemos los sitios asignados? ¿Cuál es el mío?

En las demás clases el sitio no ha sido un problema.

—No, tonta. Ese es el sitio de Landon. Se ha sentado ahí desde principio de curso.

Esto es muy frustrante.

—Vale, ¿entonces dónde me siento?

En lugar de responderme, la morena levanta la mano.

—Señorita Mann, Hartley no se puede sentar en su antiguo pupitre. No sería justo para los Royal.

Los Royal... ¿en plural? ¿Easton está en esta clase? A lo mejor quiso decir que lo esperara en clase. Puede que pensara que me acordaría.

—Es cierto —interviene un chico—. Ya tienen bastante encima.

Me giro para mirar al chico cuyos larguiruchos brazos parecen ser tan frágiles como mi lápiz.

—Tuve un accidente de tráfico y me golpeé la cabeza. No tengo la rabia.

El chico me ofrece una mueca.

—Siéntate allí. —La señorita Mann señala un pupitre de la primera fila, junto a la puerta, a la derecha.

—Vale. —Me encamino hacia la mesa y me dejo caer sobre la silla. Abro la mochila con movimientos exagerados y coloco la libreta encima del pupitre con

un golpe, porque estoy cansada de esconderme.

Estoy aquí. Superadlo. Me cruzo de brazos y atravieso con la mirada a todos los estudiantes que entran. Algunos se quedan atónitos. Otros no me miran y otros me la devuelven. Ninguno de ellos es Easton. Una rubia guapa se detiene cuando entra, me mira con los ojos entrecerrados, y luego se sienta después de que otro estudiante entre tras de ella y le dé un pequeño empujón.

La sigo con la mirada hasta su pupitre con curiosidad. Mientras los alumnos entran, un murmullo comienza a escucharse. Hay muchos comentarios sobre un baile que ya ha tenido lugar y sobre quién fue con quién. Hay un debate sobre si es una muestra de misoginia institucional que se propicie la asistencia a los malísimos partidos de baloncesto del equipo masculino a diferencia de la pequeña multitud que ve al fabuloso equipo femenino. Y también se habla de la fiesta en casa de Felicity. Va a llevar una banda, un grupo de música tan famoso que hasta esos niños ricos están medio fascinados.

—He oído que les ha pagado medio millón.

—¿Para qué?

—Nochevieja. Somos de último año, así que deberíamos ir sin pensarlo.

—Easton, ¿tú vas a ir? Oh, no está. —La alumna no se había percatado. Sigue hablando—. Ella, ¿y tú?

—Depende de cómo esté Sebastian —dice la rubia guapa que me miró antes.

Ella. Esa es la hermana adoptiva de Easton. La chica que Kyle y Felicity dijeron que Easton deseaba pero no pudo tener. No me acuerdo de por qué. Tenía algo que ver con uno de sus hermanos, pero puede que esté confundiéndome con otra.

—Ah, claro, por supuesto. Lo siento —tartamudea la estudiante, y enseguida cambia de tema—. En fin, hace muchísimo frío, ¿eh? Espero que la fiesta sea en un sitio cerrado.

El murmullo persiste hasta que empieza la clase y la señorita Mann no intenta callar a nadie. Escribe unas cuantas notas en la pizarra sobre los límites de las funciones y nos ordena hacer los problemas del apartado 3.5. Hay catorce, lo cual hace que toda la clase se queje con consternación.

Ignora las súplicas para reducir la tarea a la mitad y se sienta tras su escritorio, donde procede a atravesarme con la mirada cada cinco minutos aproximadamente. Felicity dice que me copié, lo que explicaría esas miradas envenenadas, pero no siento que sea una copiona.

La señorita Mann empieza a hablar y fijo la vista en el frente para intentar

concentrarme en los temas que estamos dando. Las ecuaciones no son fáciles, pero entiendo los principios básicos, y solo tengo que asimilar los nuevos. Me pongo al día bastante rápido. Cuando nos da tiempo libre para resolver unos cuantos problemas, termino antes que nadie y sin errores. Mientras espero a que el resto de la clase complete sus deberes, regreso a los apartados anteriores del libro de texto para en busca de dudas que haya podido tener.

Pero no encuentro ninguna. Tanto las derivadas, como los valores extremos, los intervalos abiertos y cerrados y los números críticos tienen sentido para mí. Escojo un problema simple para encontrar los valores extremos de $f(x) = 2 \sin x - \cos 2x$, lo resuelvo y miro el resultado al final.

No hay ningún apartado que me deje sin palabras. Lo que me resulta confuso es que haya copiado en esta clase. Se me dan bien las mates.

Desconcertada, decido tratar este asunto de cara. Cuando termina la clase, permanezco en mi silla hasta que solo quedamos la señorita Mann y yo en el aula.

—¿Qué sucede? —pregunta la profesora con impaciencia.

—Probablemente se haya enterado, pero sufro amnesia.

—Sí, lo he oído. Parece muy conveniente. —Me mira con desdén.

—Para mí no —murmuro para mí misma. Entonces, le digo—: He oído que me acusaron de copiar en esta clase, pero me da la sensación que entiendo la materia.

—Entonces no se copie la próxima vez.

—¿Cómo me copié?

Ella resopla. Suena a una risa y un gruñido de repulsión al mismo tiempo.

—¿Me está pidiendo consejo sobre cómo copiar?

—No. Intento rellenar los huecos...

—Será mejor que se vaya antes de que empiece a sospechar que se ha copiado en los ejercicios de hoy. El mejor consejo que tengo para usted, señorita Wright, es que mantenga la cabeza gacha y haga el menor ruido posible. Ahora, si me disculpa, voy a preparar las clases de mañana.

En otras palabras: «Váyase y no vuelva a dirigirme la palabra». Recojo mi lápiz y mi cuaderno con estupefacción. No esperaba que mi primer día de clase fuese un paseo, pero tampoco pensé que fuese a ser una pesadilla como esta. Cuando llego a la puerta, me vuelvo.

—Lo siento. Sea lo que sea que haya hecho, lo siento.

La profesora ni siquiera mira en mi dirección.

Cuando suena el último timbre, me precipito a la cola para coger el autobús. Encuentro a un pequeño grupo de estudiantes al final del enorme bulevar frente al Astor Park y me uno a ellos; me coloco detrás de una chica que lleva unas botas blancas muy bonitas y el uniforme del Astor. El chico frente a ella le da un golpecito en el hombro. Ella mira hacia atrás y se encuentra con mi mirada.

Sonrío. La chica frunce el ceño y se escabulle hacia adelante.

Ser una marginada no mola, decido. Me pregunto qué autobús debo tomar para ir a casa. Sé que la chica que tengo delante de mí no quiere hablar, pero si me subo al autobús equivocado, será peor que ser la víctima de unos cuantos gritos aquí fuera, donde solo me observan un par de personas.

—Perdona, ¿me puedes decir qué autobús va hacia la calle 86 con la calle Oeste? —pregunto, nombrando la intersección que hay cerca de mi casa.

—¿De qué me hablas?

Me repito.

—No sé qué autobús tengo que coger.

La chica pone los ojos en blanco.

—¿Eres tonta o qué? No hay autobuses en Astor.

—No es tonta, finge no acordarse de que casi mata a Sebastian Royal — responde su amigo.

—¿Cómo han podido permitir que regrese? ¿Y si vuelve a subirse a un coche? Podría matarnos a todos. —La chica se estremece.

—Por eso tiene que ir en transporte público. La poli le retiró el carné. —El chico declara esas mentiras sin vacilar. Me quedo mirándolo con la boca abierta.

—Menos mal —contesta la chica—. Vámonos. Ya no quiero estar aquí. La contaminación del aire me da náuseas.

El chico le da la mano y los dos se marchan trotando hacia el aparcamiento. La vergüenza, merecida o no, hace que mis orejas se tiñan de rojo. A este paso, alguien me pintará una letra escarlata en el pecho y tendré que responder al nombre de Hester. Las lágrimas hacen que me ardan los ojos.

Sea lo que sea que haya hecho en el pasado, debió de ser horrible para tener que soportar esto. Parpadeo para hacer desaparecer las lágrimas cuando oigo la bocina de un coche. Miro a la cara bonita que se asoma por la ventana del lado del conductor.

—¿Hartley? Supongo que no me recuerdas, pero soy Bran. Éramos amigos. Puedo llevarte a casa.

Cualquier otro día, probablemente le habría dicho que no. No conozco a este

tío. Ya tengo una reputación de mierda, así que subirme al coche de un desconocido no va a ayudar a mejorarla, pero he llegado a mi límite. Abro la puerta y subo.

Capítulo 12

Easton

Llego al hospital un poco más tarde de las ocho, pero Seb no está en su habitación. Las enfermeras me dicen que están haciéndole pruebas. Su gemelo está desplomado sobre los pies de la cama y babeando sobre el brazo. Tumbo al muchacho de noventa kilos en el colchón y le mando otro mensaje a Hartley.

¿Van bien las clases? ¿Seguimos hablando sobre la igualdad de género en Teoría Feminista? Esa es mi clase favorita, ¿sabes?

Debe de pensar que es un chiste malo.

¿Y Cálculo? ¿Algo nuevo y emocionante?

Leo mis mensajes. Tío, son patéticos. Me guardo el teléfono en el bolsillo y me tumbo en el incómodo sofá. No sé cuánto dinero donó mi padre para que construyeran esta ala del hospital, pero no creo que lo invirtieran en mobiliario. El sofá es más duro que el granito.

Rebusco en mi mochila y saco la revista *Sports Illustrated* que me he traído de casa. Se supone que tenemos que leerle cosas a Seb estos días. Al parecer, cuando estás en coma, a veces eres consciente de lo que te rodea. Los comas se parecen a esos terrores nocturnos cuando estás medio dormido pero sientes que estás despierto, que hay alguien a los pies de tu cama, pero eres incapaz de moverte. Yo le pongo música a Seb, le cuento chistes malísimos, le leo algunos

memes de internet y citas de *El padrino*.

Al cabo de un rato, me pongo en pie y salgo en busca de algo de comer. Cuando he devorado medio sándwich, el teléfono me pita. Casi sale volando a través de la habitación con las prisas por sacarlo del bolsillo. Pero no es Hartley. Se trata de un vídeo de Pash en el que salen dos amigas nuestras tirándose del pelo en pleno comedor.

Hay un comentario junto al vídeo: *¿Dónde está la piscina de barro cuando hace falta?*

Amplio y reduzco el vídeo en un intento por localizar a Hartley, pero no la veo. Le mando un mensaje a Pash con el emoji del puño y le pregunto dónde está Hart.

¿Dónde está Hart?

No lo sé.

Haz una foto al comedor. Mándamela.

Ya no estoy allí. Hemos entrado en clase.

Me manda una foto de sus pies y el suelo de baldosas. Pash no va a ninguna clase con Hartley, así que no me resulta para nada útil. Le doy las gracias igualmente y vuelvo a guardarme el móvil en los vaqueros. Iré a verla esta noche cuando Ella venga para quedarse con Sawyer.

Cuando regreso al ala de recuperación, me paso por la sala de enfermeras.

—¿Ha vuelto ya Seb? —Me apoyo sobre el mostrador y miro si su historial está por allí, aunque tampoco es que fuese a entenderlo muy bien.

La enfermera de guardia extiende los brazos para tapar los informes confidenciales.

—Hemos terminado de hacerle pruebas hace veinte minutos.

—¿Alguna novedad? —le pregunto con optimismo.

—Lo siento, pero no hay cambios.

Menuda puta mierda. Me dirijo a la habitación de Seb, pero antes de entrar, respiro hondo un par de veces. Ver a mi hermano inmóvil sobre la cama es horrible, joder. Cada vez que entro, no sé si sacudirlo hasta que abra los ojos o

ponerme a lanzar cosas por toda la habitación hasta que este sentimiento enfermizo que siento desaparezca. Pero Sawyer ya está lo bastante afectado por toda la familia. No necesita verme perder el control. Estoy aquí para aligerar un poco la situación, de lo contrario todos nos hundiríamos.

Tenso la mandíbula, esbozo una sonrisa y abro la puerta.

—Nos hemos perdido un día de clase flipante. Pash me ha enviado un vídeo de Margot Dunlop y Dian Foster pegándose por Treehouse. Estaba saliendo con ambas a la vez y ninguna lo sabía.

Sawyer no levanta la mirada de la cama donde yace Seb. Lanzo mi mochila al rincón y me desplomo sobre una de las sillas vacías.

—Ve a ducharte y luego, a por algo de comer —le digo a mi hermano—. Pareces estar a punto de tomarle el relevo a Seb.

Sawyer sigue sin moverse. Me levanto de la silla y me acerco hasta él, pero no se inmuta. Chasqueo los dedos frente a su rostro un par de veces hasta que parpadea.

—¿Qué? —pregunta con amargura.

—Hueles fatal.

—¿Y?

—Que vayas a ducharte. Seb probablemente esté en coma porque cada vez que se despierta huele a cubo de basura, y seguro que prefiere estar en ese perfecto mundo de ensueño donde todo es luz y putos arcoíris.

—Que te jodan.

Sawyer se cruza de brazos y hunde el trasero todavía más en la silla.

—No me va el incesto, chaval.

—Oh, ¿y a mí sí? —explota Sawyer—. ¿Eso es lo que quieres decir? ¿Que todo esto es una especie de castigo por culpa de eso? —Señala la cama con un dedo tembloroso.

Levanto las manos en el aire. ¿De qué narices está hablando?

—No. Era una broma.

Sawyer y Seb llevaban algo más de un año saliendo con la misma chica. Ha habido muchos comentarios al respecto, porque, bueno, es raro y diferente, y, probablemente, a ojos de muchos, indecente. A mí no podría importarme menos.

—¿Alguien te ha dicho algo? —Miro a mi alrededor en busca de un objetivo. Lo que hagan mis hermanos con sus pollas no es asunto de nadie.

La mano de Sawyer cae hasta su regazo. Se inclina hacia adelante y se frota la cara con las manos. Al muchacho se lo ve agotado. Tiene unas enormes

ojeras. Su piel se ha tornado de un color pálido y cenizo. Hasta los músculos de sus bíceps parecen más pequeños. No bromeaba cuando le dije que también parecía necesitar que lo ingresaran en el hospital.

—Fui a confesarme —murmura entre sus manos.

—¿Qué? —Estoy confundido—. ¿Por qué? No somos católicos.

Nuestra madre acudía a menudo a la iglesia bautista Bayview United, pero mi padre no ha vuelto a ir desde su muerte. Sigue donando una gran cantidad de dinero porque los buenos hombres de negocios hacen ese tipo de chorradas. La gente del sur es muy religiosa. Como si ir a misa los domingos fuese a borrar todas las malas acciones que han cometido durante la semana.

—Lo sé, pero pensé que podría venirme bien.

Sawyer está al límite de su paciencia si ha ido a la capilla para confesar sus pecados con la esperanza de que un ser superior nos devuelva a Seb. Me agacho y paso un brazo por detrás de su silla.

—Así que has ido a confesarte y le has contado al hombre con alzacuellos que te van los tríos, y él te ha dicho que esa es la razón por la que Seb está tumbado en esta cama de hospital.

Sawyer se queda quieto y luego asiente despacio con las manos todavía cubriéndole el rostro.

—No creo que Dios funcione así. Hay muchos practicantes que mueren todos los días.

—Lo sé. —Se frota los ojos con las palmas de las manos. Todavía se oculta de mi mirada. Es evidente que está molesto por algo más aparte de lo que le haya dicho el sacerdote.

—Eh. —Le toco el hombro, pero él no alza la mirada—. ¿Qué te pasa?

Sawyer murmura algo que soy incapaz de descifrar.

Me acerco más a él.

—¿Qué?

Finalmente levanta la cabeza. Sus ojos no tienen expresión alguna y su tono de voz suena igual, o incluso peor.

—Lauren ha roto conmigo... con nosotros —se corrige con remordimiento.

—Mierda. —Pero no me sorprende. No ha estado aquí en ningún momento, por lo que sé—. ¿Te ha llamado?

Resopla.

—Me ha mandado un mensaje. «Ya no puedo seguir saliendo con vosotros. Todo esto es muy difícil».

Menuda arpía. A mí nunca me cayó muy bien, pero siempre la traté con respeto por el bien de los gemelos.

—Lo siento, tío —digo en voz alta.

—Sí, bueno, al principio me preocupaba cómo iba a decírselo a Seb, pero ahora ya no sé si tendré la oportunidad de hacerlo.

—Va a despertar —le digo con más seguridad de la que siento—. Y luego los dos encontraréis a una tía más buena con la que restregárselo a Lauren, y ella se lamentará por ser lo bastante estúpida como para dejaros. ¿Y sabes qué más? Que te vayas cinco minutos a ducharte y a por algo de comer no va a marcar la diferencia entre que Seb se despierte ahora o dentro de media hora. Además, sabes que, si fuese al revés, tú no querrías que él estuviese aquí sentado todo el día.

Escruta mi rostro como si tuviese la respuesta a la incógnita del universo. Sea lo que sea lo que ve, debe de satisfacerle, porque asiente ligeramente y se pone en pie. Se tambalea un poco, como Bambi. De repente, me acuerdo de cuando los gemelos tenían cinco años y no dejaban de correr por la playa, tropezándose cada dos pasos porque sus pies eran demasiado grandes para sus cuerpecitos. Y no se les podía echar una mano porque, ya incluso entonces, esos dos solo querían apoyarse el uno en el otro.

—Ve. —Le doy un pequeño empujoncito en el hombro, suave pero firme—. Yo me encargo. Deja que tu hermano mayor haga algo útil por primera vez.

—Si se despierta...

—Lo asfixiaré con la almohada. Joder, pues claro que iré a decírtelo. —Le doy otro empujoncito y luego otro hasta que se mueve por sí mismo.

Espero hasta que desaparece en el baño antes de sentarme. Luego me vuelvo a levantar de inmediato. Sawyer ha estado sentado en esta silla tanto tiempo que el cojín tiene la forma del culo de mi hermano. Sacudo la cabeza, cojo otra silla y la arrastro hasta la cama de Seb.

—Deberías despertar. Tu hermano está preocupado por ti. Va a caer enfermo por estar tanto tiempo sentado junto a ti.

Seb permanece inmóvil.

—Joder, a lo mejor se está mejor donde estás. —Me paso una mano por el pelo y me relajo contra el respaldo de la silla—. Probablemente estés conduciendo coches rapidísimos, tirándote a chicas preciosas y atiborrándote de buena comida sin que nadie te moleste. ¿Te acuerdas de que antes nos lo pasábamos bien en familia?

Organizábamos pícnicos en la playa, viajes espontáneos, y mamá volvía a casa de París con las manos llenas de cajas naranjas y negras. Por la noche, veíamos películas en la sala de entretenimiento con palomitas y batidos caseros. Nuestra madre cocinaba mucho, así que Sandy, nuestra ama de llaves, no venía muy a menudo. Lucho por alcanzar esos recuerdos, pero soy incapaz de obtener imágenes nítidas; solo obtengo sentimientos efímeros. Estos días la única forma que tengo de recrear esos momentos es tomándome una copa, o cinco.

Me remuevo incómodo en la silla. Necesito una copa con urgencia. Miro el reloj. Sawyer lleva en la ducha cinco minutos. El agua sigue corriendo. ¿Podré salir, buscar una tienda de regalos y volver antes de que se dé cuenta?

Estoy a punto de levantarme de la silla cuando la ducha se apaga. Mierda. Vuelvo a sentarme.

—Seb, en cuanto Sawyer se vaya, voy a ir a por algo de alcohol. Así, cuando te despiertes, tendremos algo a mano con lo que celebrarlo. —Apoyo el puño contra la cama, pero Seb no se mueve. Me levanto y agarro mi mochila—. Te he traído porno. —Saco el catálogo de aviones—. Han mandado el AAV 510 a producción. Los dos motores alcanzan los 450 kilómetros por hora y puede recorrer 8500 millas náuticas sin tener que repostar, lo cual es suficiente para ir de Nueva York a Tokio sin hacer escala en Anchorage. El interior está decorado con cuero napa y madera de caoba; mate, sin brillo, porque eso ya está muy anticuado.

Sawyer sale del cuarto de baño ataviado con una bata de hospital y secándose el pelo.

—¿Qué cojones le estás leyendo?

—Porno aéreo.

Muevo las hojas de detalles del nuevo avión de lujo con motor pequeño que Atlantic Aviation está por fin produciendo después de diez años de diseño y pruebas. Ojalá pudiese pilotar alguno de esos preciosos aviones. Es el *jet* privado más potente y con el mayor alcance de combustible de todo el mercado. Va a revolucionar los viajes internacionales para cierto segmento de la población: la gente que no puede permitirse pagar el cuarto de millón que cuesta alquilar un *jet* privado para viajar al extranjero pero que tampoco quiere viajar en vuelos comerciales. La lista de espera ya alcanza los cinco años. Este es el acuerdo que mi padre intenta cerrar en estos momentos.

—Qué aburriiiiido. —Sawyer arruga la nariz. Es una afición que compartía conmigo, pero que no compartía con su gemelo.

«Que no comparte», me recuerdo enseguida. No está muerto, maldita sea. Todavía le gustan los aviones. En presente, joder.

—La bata de hospital te sienta bien.

Parece que esté viendo al Sawyer del futuro. ¿Un médico en la familia Royal? Lo veo.

—Deberías traerle porno de verdad.

—No sé. ¿Y si se le pone dura mientras le cuento cómo Sarah y Sasha se estaban peleando en el instituto? El pobre no puede cascársela, y yo no voy a hacerlo por él.

Sawyer se queda pensativo durante un segundo y luego dice:

—¿Qué más vas a leerle?

Le doy a mi hermano menor un empujón.

—¿Quién eres? ¿Un vigilante o qué?

—Es mi hermano —contesta Sawyer, cruzándose de brazos con obstinación. De pronto, adquiere la expresión de un niño de diez años, con un puchero y el ceño fruncido.

—Y el mío —le recuerdo.

—Es mi gemelo.

—Y nunca dejas de recordárnoslo. Ve a comer algo o me sentaré sobre ti hasta que llores pidiendo clemencia.

—Ya no puedes hacerlo.

—¿Quieres apostar? —Arqueo una ceja. Me paso más tiempo levantando pesas y peleando que cualquier otro de mis hermanos hoy en día—. Te has estado pudriendo aquí dentro. Podría tumbarte con una mano atada a la espalda.

Sawyer debe de sentirse vulnerable porque no discute. En cambio, me hace un corte de manga y se va.

Vuelvo a sentarme.

—Tienes que despertar y salvarnos de Sawyer. Se está convirtiendo en un viejo. Vale, ¿por dónde iba? Ah, sí. Te estaba hablando de las características. Este pequeño tiene capacidad para veinte personas y tiene una ducha y un baño completo. Donde realmente vamos a marcar la diferencia es en los detalles finales. También he oído a papá hablar de un avión militar que van a pasar a fase de pruebas. Goes Mach 6. Obviamente no es tan rápido como el North American X-15, pero al menos no hace falta llevarlo como un avión de juguete y soltarlo cual bomba, porque vuela de verdad. —Paso la página.

Ni siquiera obtengo un pestañeo.

—Eres igual que Hartley. Le he mandado una docena de mensajes y no me responde. Te estoy contando las últimas novedades del juguete más guay que haya podido inventar papá y tú me ignoras. ¿Al menos puedes apretarme el dedo o algo? —Agarro la mano de Seb. «¿Puede Hartley al menos leer mis malditos mensajes?».

Bajo la cabeza hasta la mano que tengo libre a la par que una oleada de impotencia me golpea con fuerza. Qué bien me vendría una copa ahora mismo. En serio. «Todo va a salir bien», me digo. Respiro hondo, me incorporo y empiezo a leer de nuevo.

Capítulo 13

Hartley

Mi segundo día en el instituto no va mucho mejor que el primero.

—Felicity dice que no te acuerdas de nada —me dice una chica mientras me lavo las manos en el baño antes de comer.

—Venga, Bridgette. Sabes que es una pantomima —exclama otra. Frunce los labios y se aplica brillo de labios rojo—. Yo también querría fingir que no ha pasado nada si hubiese estado a punto de matar a Sebastian Royal.

—¿Te has enterado de que Lauren ni siquiera lo ha visitado una sola vez?

—He oído que han roto. Ayer fui al hospital después de clase y Sawyer estaba muy cabizbajo. —Otra chica, esta con pelo oscuro y piel perfecta, se sitúa frente a los lavabos con nosotras—. Espero que los Royal vengan a la fiesta, porque sé exactamente cómo animarlo.

—¿Con la lengua? —pregunta entre risas la chica del brillo.

—No lo sabes tú bien.

Ambas chocan los cinco.

Me siento rodeada entre las cuatro chicas; a todas les sientan genial sus uniformes personalizados. Su falda es más corta que la mía. Dos de ellas llevan una camisa negra abierta que muestra otra camiseta con un mensaje por debajo, y la chica del pelo oscuro lleva una blanca por fuera y desabrochada que deja a la vista una camiseta de encaje de tirantes.

Miro la camisa blanca básica y la larga falda escocesa que llevo y me pregunto cómo puedo sentirme tan desaliñada si visto prácticamente la misma ropa que ellas.

—No hace falta que vengas, Wright. Nadie te quiere allí

—dice la chica que quiere alegrar a Sawyer.

—Ni se me había ocurrido —murmuro.

—¿Por qué? ¿Crees que estás por encima porque Easton Royal se ha acostado contigo? —Pone los brazos en jarras—. Por favor. No eres más que una zorra barata. Tu papi compró tu plaza en el Astor Park y ahora intentas acostarte con gente para conseguir estar en nuestro grupo, pero las cosas no funcionan así con nosotros. No queremos tener nada que ver contigo.

Por lo que sé, Bridgette tiene razón; utilicé a Easton para formar parte de la gente «guay» del Astor. Eso parece razonable para una chica que es infiel, chantajea y a la que echan de casa durante tres años, así que, por más que quiero rebatirlo, no sé si tengo derecho a hacerlo. De lo que sí estoy segura es de que la Hartley de después del accidente no quiere estar cerca de gente tóxica.

—No me interesa formar parte de tu grupo. —Saco una toallita de papel y me seco las manos mientras Bridgette y su grupo me miran con incredulidad.

Fuera, en el pasillo, me doy cuenta de que me tiemblan las manos. Las cierro en puños y las meto en los bolsillos de la americana. Antes de alejarme de la pared, tres chicos pasan por delante. Uno se detiene y retrocede hasta situarse frente a mí.

—Hartley, ¿no?

El chico es unos cuantos centímetros más alto que yo y tiene la espalda ancha, al igual que el cuello, y unos labios grandes.

—Sí. —Lo observo en busca de algún signo de reconocimiento, pero tengo la mente en blanco.

Él baja la mano y me levanta el dobladillo de la falda con su móvil.

—¿Qué tienes ahí debajo?

Bajo la falda de un manotazo y me alejo.

—No te importa.

—Oh, ¿tengo que pagar antes de mirar? —Sonríe de forma burlona con la cabeza vuelta hacia atrás, en dirección al grupo que lo espera, el cual parece entretenido por su estupidez—. ¿Qué me va a costar echarle un vistazo a esa rajita? ¿Cincuenta? ¿Uno de cien? No te preocupes, puedo pagarlo, ¿verdad que sí, tíos?

Me resulta imposible no sonrojarme, pero no es tanto por la vergüenza como por la rabia.

—Si fueses bueno, no tendrías que pagar para acostarte con una tía, ¿no? —

Paso por su lado con el corazón desbocado, tanto que parece que se me vaya a salir del pecho en cualquier momento.

Me tenso. Estoy lista para cuando me agarre de la muñeca, pero solo murmura:

—Soy mejor que cualquiera con quien hayas estado.

Mi tolerancia con respecto al abuso y las mierdas ha llegado a su límite, así que evito la cafetería y compro una barrita de la máquina expendedora que hay cerca de la biblioteca. Este día ha sido horrible y todavía me queda la mitad. Me duele la cabeza, las costillas también y las manos todavía me tiemblan por el encontronazo con el chico en el pasillo. Me pregunto qué tendría que hacer para que me expulsaran del Astor Park. Copiar solo supone una expulsión temporal. Ya debería saberlo, ¿no?

Me permito sentir lástima por mí misma hasta que se me acaba la barrita. Tiro el envoltorio a la basura y abro la puerta de la biblioteca. Lo que necesito son respuestas.

Encuentro un ordenador libre y abro un documento de Word. En la página en blanco empiezo a compilar los datos que tengo, asignándole a cada uno de ellos un número según su credibilidad. Cinco significa que estoy convencida de que ha sucedido. Uno significa «Y una mierda».

Salí con Kyle – 1: Solo tengo su palabra.

Me acostaba con mucha gente – 2: Mucha gente ha dicho que ofrecía mis encantos con bastante libertad.

Me enrollé con Easton – 5: Vale, puede que no me enrollase, pero ha pasado algo entre nosotros. Un tío no aparece en una pastelería a las diez de la noche, te da su chaqueta y te lleva a casa si no existe ninguna conexión.

«Bran te llevó a casa», me recuerda una voz interior. Dijo que éramos amigos, no sabía si había salido con Kyle, pero confirmó que me habían expulsado temporalmente.

Fui infiel – 5.

Miro la lista, prácticamente vacía. ¿Solo sé cuatro cosas de mí misma? ¿Y qué hay acerca de la comida que me gusta? ¿O la música que escucho? ¿Por qué no tengo amigos? Me quedo observando el cursor que parpadea, parpadea,

parpadea...

Se me enciende la bombilla. Estamos en el siglo xxi. Todo el mundo deja un rastro digital. He debido de sacarme fotos. Seguro que he escrito lo que me gusta comer, los modelitos que he llevado y los sitios en los que he estado.

En cuanto encuentre mis cuentas, podré recomponer mis recuerdos, por muy malos que sean.

Empiezo a abrir ventanas en el navegador y escribo direcciones de las redes sociales que recuerdo. Busco una y otra vez mi perfil, utilizando mi nombre, mi cumpleaños y mi dirección.

Hay muchas Hartley Wright en internet, pero ninguna soy yo. Hay una Hartley Wright en Oregon que es enfermera y otra en Georgia que teje. Hay una tres años mayor que yo que asiste a la UCLA y que parece que tiene una vida de ensueño, con un aluvión de amigos, un gran armario y su superatractivo novio (aunque no está tan bueno como Easton, ni de lejos). Pero no hay ninguna cuenta mía.

¿Cómo demonios es posible? Es como si alguien hubiese borrado todas mis huellas.

He podido encontrar a mi prima, Jeanette, pero su perfil es privado. Me creo una cuenta rápido para mandarle una petición de amistad. No contesta de inmediato. Me dejo caer en la silla. Debe de estar en clase, como yo. Al contrario que yo, ella no se salta clases.

Tamborileo sobre el escritorio con los dedos. La falta de información es algo tan raro. Puede que no sepa cómo realizar una búsqueda en internet. No es que haya tratado de buscarme a mí misma antes, y tampoco recuerdo haber buscado a nadie más. Creo... creo que siempre he sido una chica reservada, con la cabeza gacha. Es posible que no haya fotos porque no tuviera muchos amigos en el internado. Siento que no soy una persona que se hace muchos *selfies*, probablemente porque no me gusta mi cara rechoncha.

Quizá no salía de fiesta, sino que me quedaba en casa y leía libros. Eso explicaría por qué estoy en algunas clases avanzadas a pesar de que no me siento especialmente inteligente.

Suspiro y cierro todas las ventanas al tiempo que pienso qué hacer. Necesito un teléfono. Les pediré uno a mis padres. Me pregunto si tenía trabajo en el internado. ¿Tengo dinero? No había ninguna cartera en mi escritorio y mi bolso ha desaparecido.

Como internet no me revela nada, supongo que las pistas estarán en mi casa

y con mi familia. Paso el resto de la tarde creando nuevas cuentas en redes sociales en caso de que alguien de mi pasado quiera contactarme.

En contra de mi buen juicio, busco a Easton Royal. Tiene una cuenta de Instagram con unas quince fotos; casi todas de aviones, de su camioneta o de sus hermanos. No es muy de sacarse fotos, pero hay bastantes de él. En ellas casi siempre está sonriendo. Es increíblemente atractivo, y en repetidas ocasiones sale con el brazo alrededor de una chica. Hay varias de él besando a chicas diferentes. Encuentro un par de él con Felicity. Ella lo mira como si ya hubiese reservado el lugar donde celebrará la boda.

No hay foto en la que no salga bien. Ni siquiera cuando está sudoroso y desaliñado tras un entrenamiento de fútbol americano o cuando llega a clase medio dormido; ni siquiera en el muelle delante de la noria... Un momento.

Esa es la foto que me enseñó Felicity en el hospital. No la vi bien. La foto es tan bonita que parece falsa. Las luces del muelle son como brochazos contra un lienzo negro. Hay un brillo etéreo en la parte central que destaca a un chico alto inclinado sobre una chica más bajita. Su bonita sudadera corta está levantada y deja a la vista un trozo de su piel. Sus labios están conectados. Se me dispara el corazón y siento mariposas en el estómago. Recorro la silueta de su espalda y, después, poso el pulgar sobre mis labios.

¿Cómo fue sentir que me besase así?

Echo un vistazo al *hashtag* de Easton Royal (porque claro que tiene el suyo propio). Me detengo en una foto tomada hace un año. Es oscura, pero se aprecian dos siluetas. Es Easton con su hermanastra/hermana adoptiva/lo que sea, Ella. Está guapísima con ese vestido elástico negro con cortes. Las manos de Easton cubren la piel expuesta de la chica. Los brazos de ella envuelven el cuello de él. Se besan. Easton tiene los ojos cerrados. Es un momento íntimo, tierno, tan hermosamente capturado que me da ganas de vomitar.

Easton se acuesta con muchas chicas – 5.

A Easton le gusta su hermana adoptiva – 5.

Felicity tiene razón con respecto a muchas cosas – 4.

Por desgracia.

Suena el timbre. Me obligo a apagar el ordenador. La silla del final de la mesa chirría contra el suelo y me llama la atención. Alzo la vista y me encuentro con los ojos de una chica que me lanza una breve mirada y se marcha sin decir

palabra.

El deseo de correr tras ella y disculparme es fuerte a pesar de no conocerla y de no saber por qué está enfadada conmigo. Puede ser que le haya hecho algo y no me acuerde. A saber con cuántos novios me he acostado, en cuántas clases he copiado y cuántas veces he hecho daño a la gente.

Siento que el accidente ha sido como si el universo me hubiera dado una gran bofetada. Despierta. Despierta y mejora. Enderezo los hombros. No sé quién era antes, pero desde ahora seré una persona decente.

Me dirijo a la parada del autobús delante del French Twist, que solo está a casi medio kilómetro del Astor. Iré al centro comercial y allí tomaré la línea 3, que me deja cerca de casa. Es un rollo, pero es factible.

Mientras camino por la acera, oigo que alguien toca el claxon. Por segundo día consecutivo alzo la vista y veo a Bran Mathis saludándome. Por lo que intuí de la conversación que mantuvimos ayer, es el nuevo *quarterback* del equipo de fútbol americano del Astor Park, no es asquerosamente rico como el resto de gente de este colegio y parece buen tipo.

Se detiene.

—Iba a comprar helado para mi madre. ¿Te apuntas?

Capítulo 14

Easton

—¿Quieres algo? —le pregunto a Sawyer. Llevamos dos horas con los deberes de las clases que nos hemos perdido y ya estoy más que listo para tomarnos un descanso.

Mi hermano tiene mejor aspecto. Sus mejillas tienen un tono más rosado. Las ojeras han reducido de tamaño considerablemente. Entre que Ella lo incordia y yo lo amenazo, ayer comió dos veces y ha dormido al menos seis horas. Hoy el objetivo son tres comidas y diez horas de sueño. Ya hemos desayunado y comido, hemos jugado al *Call of Duty* en la Play y hemos hecho estos deberes.

Lo que le vendría bien a Sawyer es salir del hospital. Y todavía mejor, regresar al instituto. Si quiere vigilar a alguien, podría vigilar a Hartley por mí.

Le pregunté a Ella cómo estaba Hartley. Su «No lo sé» fue brusco, pero lo atribuyo a su ansiedad por la reunión de hoy con el abogado. Cualquier cosa que le recuerda a su padre biológico, Steve, la pone de un humor de perros.

Sawyer aleja su libro de Química y mira con culpabilidad la cama de Seb, como si no tuviera permitido disfrutar de nada mientras su gemelo esté en coma.

Me levanto y agarro la cartera.

—Voy a por un batido con doble de caramelo del IC.

Sawyer se relame. Es su favorito.

—Eh...

—Vale, te pillo uno grande —digo sin darle opción a réplica.

El trayecto en coche es bastante corto. El establecimiento está entre el

hospital y el instituto. Un montón de gente del Astor Park queda aquí y no me sorprende ver que la pequeña heladería está a rebosar cuando llego.

Dom, uno de mis compañeros de fútbol americano, se encuentra apoyado contra la ventana dándole de comer a Tamika, su novia, del helado de plátano que están compartiendo.

—Eh, Royal —grita—. ¿Qué pasa, has dejado el instituto?

—He estado en el hospital.

La cara de Dom se contrae de forma cómica cuando trata de formar la expresión correcta. Su novia lo golpea en el pecho.

—Dom. Por una vez en tu vida, compórtate.

Aunque él ni se inmuta. Dom es ciento catorce kilos de puro músculo. El año que viene estará en Alabama atormentando a los *quarterbacks* de los equipos universitarios.

—Sí, lo siento —murmura, y no sé si es a mí o a su novia.

—Lo siento —aclara Tamika—. Su madre estaría muy avergonzada.

—No se lo digas —ruega, asustado—. ¡Solo era una broma!

—No pasa nada —le aseguro—. Sí que está esto lleno hoy. —Miro hacia la cola sin reconocer a nadie en particular.

—Sí. Willoughby ha puesto un examen sorpresa en Política sobre enmiendas constitucionales.

Dom parece a punto de echarse a llorar. Y lo entiendo. Su madre da miedo.

—Parece que he encontrado un buen momento para hacer novillos. —Le doy una palmada en la espalda—. Te veo luego, tengo que volver al hospital.

Me coloco en la cola justo cuando una persona de un metro sesenta choca contra mí y estrella su cucurucho en mi sudadera BAPE.

—Dios, lo siento mucho. —Hartley pasa la mano por mi sudadera y deja una estela de helado de vainilla

Tamika empuja a Hart a un lado y me da varias servilletas.

—Chica, acabas de estropear una sudadera de mil quinientos pavos por tu torpeza.

—¿Mil quinientos? —Abre la boca, sorprendida.

—No pasa nada —le digo a ambas.

Hart levanta la cabeza y pone los ojos como platos.

—¿Pasa algo? —Una voz nueva entra en la refriega. Alzo la vista y veo a Bran Mathis, un estudiante que pidió el traslado y que es el *quarterback* de mi

equipo, mirando por encima del hombro de Hartley.

—Sí —dicen las chicas.

—No —contesto yo al unísono.

Sus ojos saltan de mi sudadera a Hartley y de vuelta a mí, deteniéndose en el mono de la prenda. Al contrario que Hart, él sí reconoce la marca. Pero no importa, y se lo digo.

—No pasa nada. —Le sonrío a Hartley—. Se te ve bien. ¿Te estás cuidando? —Compruebo si muestra síntomas de sentir dolor —físico— por el accidente o si su padre le ha vuelto a hacer daño.

No veo nada fuera de lo común. No hay hematomas, cortes ni rasguños. No se encoge de dolor ni se tensa al moverse. Una parte de su pelo cae hacia delante y le cubre los ojos. Extiendo el brazo para apartarlo, pero una mano más rápida que la mía viaja hasta su hombro y se me adelanta.

Dom aguanta la respiración. Tamika emite un chillido.

Parpadeo confuso y sigo la mano masculina sobre el hombro de mi chica hasta llegar a la cara de Bran. Al principio no lo entiendo; la mano de Bran está sobre el hombro de Hartley. La mano de Bran está donde debería estar la mía.

Hart también parece confundida, como si no supiera por qué Bran la está tocando. Extiendo el brazo de nuevo y aparto su mano de Hart.

—Eso no está bien, tío.

—¿En serio? ¿Tú me dices a mí lo que no está bien? Ven, Hartley, quédate con mi cucurucho. —Le acerca el cucurucho que ha tenido en la boca a la cara.

No comprendo lo que ocurre. Bran Mathis está pegado como una lapa a mi chica, tocándola y diciéndole que ponga la boca donde ya la ha puesto él. Y una mierda.

—Gracias, pero ya le compro yo uno.

—No necesito... —empieza a decir ella.

—Nos vamos —la interrumpe Bran—. Tengo que volver a casa.

Hart asiente. Asiente, joder.

—Vale, siento lo de la sudadera. Puedo lavártela, si quieres.

—¿Que me la puedes lavar? —repito como un gilipollas.

—Sí, si quieres. También tengo tu chaqueta.

La habitación me da vueltas y todo es un caos. Mientras yo le mando mensajes sin parar, me preocupo por ella cada noche, duermo en el suelo de su antiguo apartamento e intento convencer a mi hermano pequeño de que salga

del hospital y vaya al instituto para que alguien proteja a Hartley ahora que yo no puedo hacerlo, ¿ella se acerca al puto Bran Mathis?

Cabreado, confuso y herido, aunque negándome a mostrarlo, me coloco la máscara, la que llevaba siempre antes de que Hartley apareciera.

—Tío, cuando me refería a que estábamos en el mismo equipo me refería al fútbol, no a que nos tirásemos a la misma chica.

Hart dice algo, pero la tormenta que se desata en mi interior es tan ruidosa que no lo oigo. ¿Me pierdo dos días de clase y ya se ha liado con el *quarterback* de Astor? Es como si el que se hubiese golpeado la cabeza hace una semana hubiera sido yo. Sufro alucinaciones y mi presente es una grotesca parodia de lo que sucede en el mundo al revés.

—Te empeñas en joderte la cabeza aún más, ¿no? —le digo a Hartley.

Ella frunce el ceño, confusa.

—¿Q-qué?

—El médico te dijo que no debías confiar en los recuerdos de otra gente. — Señalo a Bran con una mano, enfadado—. Se supone que no debes oír nada de lo que digan de ti y de tu pasado...

Bran me interrumpe.

—Oye, yo no le estoy contando historias...

Lo callo atravesándolo con la mirada y, después, me vuelvo hacia Hartley.

—Lo que estás haciendo es peligroso —murmuro, y después me marchó, porque si me quedo un segundo más, las sillas colocadas en fila en la entrada van a salir volando a través del cristal del escaparate. El deseo de golpear algo, de darle un puñetazo a cualquier cosa y escuchar el sonido del impacto, es demasiado fuerte. Abro la puerta de mi coche y casi la arranco de las bisagras.

—¿Por qué te importa lo que piensa?

Me doy la vuelta y veo junto a la puerta a Felicity, a unos metros de distancia. Ha cambiado el uniforme del Astor por prendas de deporte de alta costura. Lleva unos pantalones de chándal de seda de Prada y una chaqueta abombada de cachemira. Ese conjunto le quedaría bien a Hartley. Se lo podría comprar... destierro ese pensamiento.

—No es asunto tuyo.

—No merece tu tiempo —añade Felicity como si yo no hubiese dicho nada—. Eres más rico que Bran. Más guapo. Tienes mejor estatus social. Es lógico que salgan juntos. Están en la misma baja escala social. —Gesticula con la mano de un lado al otro cerca de su cintura—. Easton, tú y yo pertenecemos a la

zona de arriba. —Coloca la mano sobre su cabeza—. Juntos.

—Preferiría meter la polla en el tubo de escape de mi coche antes que dentro de ti —le respondo antes de subirme al vehículo. Felicity no se mueve y al final tengo que esquivarla para evitar atropellarla.

A esta chica no debe de circularle bien la sangre al cerebro si cree que voy a volver con ella algún día. Aunque fuese la última mujer sobre la faz de la Tierra y tuviera que tirármela para sobrevivir, antes me lanzaría al volcán más cercano.

Pero tiene razón con respecto a una cosa. Sí que creo que soy mejor que Bran para Hartley. No porque tenga más dinero, aunque es cierto. Sino porque lucharía por ella. Bran ya mostró algo de interés por Hartley cuando ella llegó a Astor Park, pero tras una charla conmigo, desistió. No se merece una segunda oportunidad. Aún no he acabado con Hart. Nunca... Piso el freno, ya que me he pasado el hospital. Doy marcha atrás y media vuelta en mitad de la carretera e ignoro las bocinas de los coches y los gritos de los motoristas que hay cerca.

Les ofrezco una peineta al tiempo que me adentro en el acceso al hospital. Una vez llego, dejo el coche en el área del aparcacoches. Le doy las llaves al hombre que está esperando.

—Easton Royal —digo apretando los dientes, y me dirijo a la entrada sin demora.

Todavía estoy que hecho humo cuando llego a la habitación de Seb.

—No has tardado mucho —exclama Sawyer cuando entro.

Me dejo caer en el duro sofá y enciendo la televisión.

—¿Me has traído un batido?

—Dijiste que no querías —gruño.

—Yo no dije nada. Tú dijiste que me ibas a traer uno grande.

—Si tanto quieres uno, ve a por él tú mismo. —Pulso el botón de los canales y echo un vistazo a las opciones; ninguna me parece buena. ¿ESPN? ¿Quién quiere ver una partida de bolos? ¿USA? ¿Eso es *Los vigilantes de la playa*? ¿Cuántos años tienen esos tíos? ¿MTV? ¿*Teen Mom*? Gracias, pero no.

—¿Qué cojones te pasa?

«Hart», quiero responderle, pero no lo hago porque no soy un crío. Soy un hombre y no me afectan las mierdas como esta. Que las tías estén con otros tíos. Que la gente que quieres te dé de lado. Esos sentimientos son para los débiles y los estúpidos.

Dejé todo eso atrás cuando mi madre se suicidó. Su promesa de quererme para siempre duró hasta que tuve catorce años. Y Hartley nunca me dijo esas

palabras. No ha roto ninguna promesa, no ha mentido a nadie. Ni siquiera me recuerda. Así de importante soy para ella.

—Esta puta habitación es lo que me pasa. —Tiro el mando a un lado—. No necesitamos batidos, Sawyer. No tenemos diez años. Necesitamos alcohol. Es la única forma de aguantar esta mierda.

—¿Sí? —Suena intrigado—. ¿Pero se puede beber en el hospital?

Susurra esto último como si hablar de ello fuera tan ilegal como beber.

—¿Cómo van a enterarse?

—¿Dónde lo vas a conseguir?

Agarro mi mochila y la abro. Dentro, en el fondo, están las dos botellas de Smirnoff que llevan tintineando desde el último partido de la temporada. Solo queda un tercio. Abro la botella y se la ofrezco.

—¿Llevas contigo una botella de vodka? —pregunta Sawyer sorprendido, que la agarra y se a lleva a la boca.

Siento un ramalazo de culpa, pero lo destierro de mi mente. ¿Es raro llevar un poco de alcohol? No he bebido nada en semanas; desde el accidente. Y no tengo intención de conducir. Estaré aquí hasta que venga Ella y, para entonces, ya estaré sobrio. Unos centilitros de Smirnoff no me van a dejar pedo. Ni siquiera me achisparé.

—No queda mucho.

Sawyer se limpia la boca.

—Tengo más en el coche —le prometo, porque es cierto; siempre guardo varias botellas extra en la guantera. Sonrío a Sawyer y echo la cabeza hacia atrás para que el vodka me recorra la garganta.

Capítulo 15

Hartley

Todo sucede muy rápido. El helado se cae del cono. La mano de Bran se posa en mi hombro. Easton se marcha. Todos los ojos están fijos en mí. No creo haber sido nunca el centro de atención antes del accidente, porque no me siento cómoda. Bajo la mirada para volver a comprobar que tengo la cremallera cerrada, pero caigo en la cuenta de que todavía llevo la falda escocesa del uniforme del Astor Park.

Estoy serena, al menos por fuera. Por dentro, estoy confusa y temblorosa, y deseo la Tierra me trague. Pero en los dos días que he ido a clase he aprendido enseguida que mostrar debilidad solo sirve para convertirse en el blanco de las burlas de los demás.

Enderezo los hombros, alzo el mentón y salgo de la heladería. El sol vespertino me golpea el rostro y me ciega por un momento. Me tropiezo con mis propios pies y casi caigo de frente sobre el suelo de cemento. Disgustada, me subo en el coche de Bran y espero a que él haga lo mismo.

Llega cinco minutos después, con otro cucurucho en la mano para mí.

—Toma. No quería que te fueses a casa con las manos vacías. —Me lo tiende, pero yo no lo cojo, porque he llegado ya a un punto en el que me preocupa que aceptar un helado sea lo mismo que aceptar ir por un camino por el que no quiero ir.

—¿A qué ha venido todo eso? —pregunto.

—¿Qué? —Parpadea de forma inocente mientras sigue comiéndose su propio cucurucho.

No me gusta que se haga el tonto, así que le lanzo una mirada para hacérselo saber. Dado que realmente sabe de qué le hablo, frunce los labios y aparta la mirada.

—Creía que dijiste que éramos amigos —digo. Suerte que fuera hace frío, de lo contrario ahora mismo se le estaría derritiendo el helado sobre la mano.

—Sí. Lo somos —contesta con la vista fija en el parquímetro.

—Entonces, ¿por qué actúas como si hubiese algo más entre nosotros? —Es decir, es posible, pero lo dudo. No soy lo bastante presuntuosa como para pensar que, de alguna manera, me he llevado al chico más popular a la cama y también al *quarterback*. Toda esta atención —el veneno de Felicity, el trato de los demás en el instituto, este chico sonriente paseándome por la ciudad los dos últimos días—, todo tiene que ver con algo que está relacionado conmigo en un segundo plano. El ojo del huracán es Easton Royal. Yo solo sufro las consecuencias de haber estado con él—. ¿Qué tienes contra Easton?

Mi pregunta aturulla tanto a Bran que no me responde de inmediato, sino que vuelve a refugiarse en su cucurucho. Espero a que se lo termine, lo cual no le lleva mucho rato.

—Easton me cae bien —dice—. Era un defensa que daba tanto miedo que me alegro de no haber tenido que enfrentarme a él en el campo en algún partido. Es divertido pasar tiempo con él, pero...

Siempre hay un «pero». Empiezo a ponerme de los nervios en nombre de Easton.

—Si es tan buen tío, entonces quizá no deberías molestarlo a propósito. Yo no soy ninguna pieza de un juego que puedas mover a tu antojo.

Bran frunce el ceño.

—Esa no es mi intención.

—Entonces explícate.

—Está bien. —Se cruza de brazos—. Él es un mujeriego, ¿vale? No quiero que se aproveche de ti en tu estado.

Bran me ve débil y vulnerable. Una damisela en apuros. Es posible que no esté en plena forma en estos momentos, pero soy capaz de luchar mis propias batallas.

—No sé mucho sobre lo que me ha ocurrido estos últimos años, pero planeo averiguarlo, y probablemente lo mejor sea que lo haga sola. Gracias por el aperitivo y por traerme. —Me dispongo a bajarme del coche, pero la mano de Bran me alcanza y me agarra la muñeca.

—Hartley, espera. Lo siento. Ha sido una reacción instintiva. A mi hermana la engañó un tipo como Easton, y no quería que te pasara lo mismo a ti. Eso es todo.

Le aparto uno a uno y con cuidado los dedos de mi muñeca.

—Te creo, y agradezco tu preocupación, pero me voy a ir en autobús de todos modos.

Lo dejo allí aparcado junto a la acera y me dirijo hacia la parada de autobús. No me sentía del todo bien cuando Bran me llevaba de un lado a otro en su coche, pero no sabía por qué. Era amable e inofensivo. No intentó nada conmigo. Respondió todas las preguntas que tenía lo mejor que pudo, hasta las más incómodas acerca de mi infidelidad. Pero nunca he llegado a sentirme totalmente cómoda con él. Hasta que no me topé con Easton, no me di cuenta de por qué.

La culpa me abrumó cuando miré a esos ojos tan azules como el océano. Me sentí como si hubiese hecho algo malo. Cuando Bran me agarró del hombro, un ramalazo de dolor y sorpresa cruzó el rostro de Easton antes de que alzase la guardia e intentara restarle importancia a la situación. Me sentí tan mal como si Easton nos hubiese pillado a mí y a Bran desnudos.

Easton tiene toda la razón: he estado haciendo todo lo contrario a lo que me aconsejó el médico. Todas las noches me esfuerzo en recordar quién he sido estos últimos tres años, y todos los días alguien inserta su versión de la verdad en mi cabeza. O yo la absorbo. De un modo u otro, tengo la cabeza llena de una mezcla de M&M's y Skittles. No sé diferenciar los bocaditos de chocolate de los caramelos y, cuando lo intento, todo me sabe fatal.

Así que quizás no debería mirar atrás. Es horrible haber perdido tres años, pero ¿no es peor intentar recordar y fracasar? ¿O intentar recordar y que solo te vengan cosas malas a la cabeza? A lo mejor esto es un regalo. ¿Cuánta gente consigue una verdadera oportunidad de deshacerse de sus pecados y de seguir adelante libre de carga alguna?

¿Por qué no aprovecho este nuevo comienzo y forjo nuevas relaciones con mis padres, mi hermana, mis profesores y mis compañeros del Astor Park? Debería ver el lado bueno. No todo el mundo puede graduarse en el Astor Park. Podré entrar en casi cualquier universidad que quiera dependiendo de lo alta que sea mi nota. Astor Park es así de prestigioso.

¿Qué bien me va a hacer intentar reconstruir un pasado con los fragmentos de los recuerdos de otras personas? Ni siquiera son recuerdos, sino historias;

sucesos novelados. Si tuviese que crear una película sobre mi pasado, yo sería la heroína. Alguien que leía a las personas mayores o que salvaba animales o cavaba zanjas en los pueblos. No una débil arribista que usaba a cualquiera a su alcance para ascender en la escala social.

Esforzarme por recordar o intentar hacer memoria de las cosas que hice en el pasado me hace más mal que bien. De ahora en adelante, voy a ser la dueña de mi amnesia. Si tengo la sensación de que no le gusto a alguien, no le voy a preguntar qué le he hecho, sino que le voy a pedir perdón, sin más. Voy a dejar de escuchar las historias de personas como Kyle y Felicity, porque, aunque algunas de las cosas que me han dicho son ciertas, no me están ayudando en absoluto.

Y ¿qué pasa si no soy capaz de recordar los bonitos momentos, como cuando un chico me dio la mano por primera vez? ¿O cuando saqué buena nota en un trabajo que me costó muchísimo hacer? ¿O el calor de las vacaciones junto a un árbol, cantar villancicos o sonreír con ilusión mientras las personas a las que quiero abrían los regalos que tan cuidadosamente había elegido para ellos? No importa, me digo a mí misma. Puedo crear nuevos recuerdos y estos no estarán manchados por el horrible código moral que seguía antes de mi caída.

Me subo al autobús, introduzco las monedas en la ranura y me siento en el fondo.

Volveré a experimentar todas esas primeras veces otra vez. El primer amor. El primer beso. La primera vez. Me enjugo las lágrimas del rostro. Es un milagro, en realidad. Un riachuelo salado desciende hasta la comisura de mis labios. Las lágrimas caen más rápido de lo que puedo secármelas.

Una verdadera bendición.

Me lo repito una y otra vez durante todo el trayecto de vuelta con la esperanza de que, cuando ponga un pie en casa, ya me lo crea de verdad.

Capítulo 16

Easton

—Huele a destilería aquí dentro —dice la voz de Ella desde arriba. Parece que estuviese hablando a través de un tubo, uno muy largo.

Le hago un gesto para que se acerque.

—¿Qué has dicho?

—Que apestas.

Algo húmedo y pesado aterriza sobre mi rostro.

—¿¡Qué cojones!?

—¿Puedes dejar de arrastrar las palabras?

No estoy arrastrándolas. Hablo perfectamente. Debe de pasarle algo en los oídos.

—¿Qué ocurre?

—Puaj. Sawyer. ¡Sawyer! Ay, madre. Tú también estás borracho. Perfecto. Lo siento, Callum, pero ninguno de tus hijos puede ponerse ahora al teléfono. Acaban de ventilarse una botella de vodka.

Levanto los dedos. Fueron tres. Menudo insulto pensar que nos dimos por vencidos después de vaciar una sola botella.

—¿Que les eche agua en la cara? Le he lanzado un paño a Easton y apenas se ha movido. Sí, volveré a intentarlo.

¡Un paño! Eso es esta cosa. Me lo quito de la cara. Me lleva dos intentos antes de moverlo lo suficiente como para respirar con normalidad.

—Dame el tel...

¡Plas!

Una avalancha de agua ahoga el resto de mis palabras. Me incorporo de inmediato en el sofá y miro a Ella con enfado a través de las gotas que caen sobre mis ojos.

—¿Qué coño...?

—Eso sí ha funcionado —dice al teléfono con una voz teñida de sorpresa. Ella escucha a quien sea que esté al otro lado de la línea (¿ha dicho Callum?) y me lanza una toalla.

La atrapo y me seco la cara, sin perder de vista a Ella en caso de que decida lanzarme otro cubo de agua a la cabeza. Mi cerebro poco a poco se pone en funcionamiento. Está hablando con mi padre.

—No tengo ni idea de si es capaz de mantener una conversación. Tiene el puño cerrado en torno a la toalla y probablemente se esté imaginando que me estrangula con la misma fuerza.

No voy a hacerlo, pero estoy enfadado. Ella y yo siempre hemos estado muy unidos. No creía que se fuese a chivar a mi padre sobre mi afición a la bebida.

Me pongo en pie y le arranco el teléfono de las manos.

—¿Qué tal Dubái?

¿Ves? Recuerdo lo que está pasando. Mi triunfo personal dura tan solo un segundo, porque la habitación empieza a dar vueltas. Mi padre dice algo que no logro entender porque es difícil concentrarse en sus palabras mientras intento no echar la pota encima de la mesa de mármol.

—¿Me puedes repetir eso último? —pregunto.

—Te pedí que cuidaras de todos mientras estaba fuera. Me prometiste que podías hacerlo.

Hay una pausa. Supongo que está esperando a que le conteste.

—Y puedo.

—Claro, ¿emborrachando a tu hermano menor de edad en la habitación de hospital donde su gemelo yace en coma?

Esta vez, el revoltijo que siento en el estómago no tiene nada que ver con la ingesta de alcohol.

—Bueno, mirándolo así, sí que suena mal —admito, medio en broma.

Se oye un silencio prolongado al otro lado de la línea, probablemente porque mi padre está fantaseando con lanzarme de la planta ciento cincuenta de un hotel.

—Estoy esperando a que madures, Easton. Tienes dieciocho años. Que Dios

se apiade de la gente que está más allá de Bayview, porque voy a tener que dejarte entre ellos.

Por como habla, parece que soy un desastre natural... aunque, ¿no le dije una vez a Ella que nosotros, los Royal, éramos un huracán de categoría cuatro? Puede que no vaya muy desencaminado. Aun así, no mola oír a tu padre hablar de ti de esa forma. Otro chupito de vodka haría que esta charla fuese mucho más tolerable. Inspecciono la habitación en un intento de localizar mi mochila. ¿Nos lo bebimos todo o queda una botella todavía?

—Hasta que no demuestres que eres un adulto de pleno derecho, te trataré como a un niño. Eso significa que, aparte de no volar, no vas a tener coche.

—Yo no tengo coche. Me van más las camionetas.

—¡Por Dios, Easton Royal! —explota—. Esto no es una broma. La vida no es una broma. Tu comportamiento es muy peligroso. Espabila o el próximo semestre estarás en una academia militar. De ahora en adelante, no podrás conducir, ni tampoco tendrás acceso a tu dinero. Si quieres algo, tendrás que pedirme permiso por escrito. ¿Me oyes?

—Creo que toda la planta te ha oído —respondo. Me paso la lengua por la boca, seca. Me siento superdeshidratado. ¿Dónde está la maldita botella?

—A mí solo me importa que una persona me haya entendido, pero no creo que lo haya hecho. Volveré en veinticuatro horas. Intenta no cagarla mucho hasta entonces —me suelta, y luego cuelga.

Me quedo mirando pasmado el teléfono.

—Me ha colgado.

Ella extiende el brazo y me quita el móvil de la mano.

—¿Y te sorprende? Estás borracho en un hospital, Easton. Tu hermano pequeño está inconsciente, el mismo que tiene el corazón roto porque su mejor amigo, su hermano gemelo, está en coma. Estás de cachondeo porque, por alguna razón, te cuesta muchísimo pedir disculpas. Te quiero, East, pero te estás pasando.

Un sentimiento de ira y mezquindad asciende por mi pecho. Ella ni siquiera es de la familia. Su apellido no es Royal. Es O'Halloran. Ni siquiera debería estar aquí. La única razón por la que vive en nuestra casa es porque mi padre sintió lástima de una huérfana que encontró en un antro de mala muerte. Se ha hecho un hueco en esta familia porque se acuesta con mi hermano. Ella...

—Durand se quedará aquí con los gemelos. Te llevo a casa.

El chófer de mi padre entra en la habitación con una revista enrollada en la

mano.

Me trago mis palabras de enfado.

—Yupi. —Me acerco a mi mochila y me la cuelgo al hombro. Cuando resuenan las botellas del interior, hago como que solo son un par de latas de refresco en vez de botellas vacías de vodka. La vergüenza me atraviesa y me cuesta mirar a Ella a la cara. Si supiese lo que estaba pensando, le dolería.

¿Cuándo me he convertido en un cabrón? Ese era el papel de mi hermano Reed. El mío siempre ha sido el del Royal divertido y encantador. El tipo que sabe pasárselo bien. ¿Tiene Ella razón? ¿Me estoy pasando?

Es el hospital. Entre que me he encontrado a Hart con Bran y que Seb sigue en coma, estoy perdiendo la cabeza. Controlo mi ira, me digo a mí mismo que Ella está de mi parte, aunque no lo parezca, y la sigo. Ninguno de los dos dice nada cuando recorremos el pasillo ni cuando nos subimos al ascensor para bajar a la entrada. El silencio es incómodo y pesado, como si realmente supiese lo que estaba pensando antes.

Intento romper el hielo.

—El hospital es en realidad el mejor sitio para emborracharse. Si estás en peligro, hay enfermeras que te pueden meter una vía a todas horas.

Suspira.

—Y estoy segura de que ese ha sido tu primer pensamiento cuando le has rellenado el vaso a tu hermano, menor de edad, ¿verdad?

—Los gemelos beben constantemente, Ella. ¿Te crees que esta es la primera vez que Sawyer se emborracha?

—Eso no importa. No debería beber cuando está tan afectado por lo de Seb...

—¿Te has convertido en poli o algo desde la última vez que te vi? —espeto. Me está costando muchísimo no usar la artillería pesada. ¿Quiere que saque a relucir su maldito pasado?

—Perdóname por preocuparme —me devuelve.

La presión de mi pecho vuelve a aumentar.

—Escucha, Ella, ya tengo un padre, ¿por qué no te relajas de una puta vez? —gruño.

—Muy bien. —Levanta las manos y sale—. Estoy preocupada por ti, ¿vale? Te quiero. No quiero que termines en la morgue.

—Sí, bueno, pues eso es lo que pasará si no dejas que me desahogue de vez en cuando —le replico a gritos.

—¿Hay algún problema?

Ambos nos giramos y vemos a un poli que nos observa con una expresión nerviosa. Mi padre tendría un ataque al corazón si recibiera una llamada en Dubái para comunicarle que Ella y yo estamos en el calabozo por pelearnos. No sé cuánto más drama puede soportar mi familia.

—No —digo.

—No —pronuncia Ella al unísono—. Ya nos íbamos —añade, y me da la mano. Dejo que me arrastre hasta que llegamos a su coche.

Me zafo de su agarre y me subo. Luego muevo el asiento hacia atrás lo máximo posible. Decido que es mejor mantener la boca cerrada, así que cierro los ojos y finjo que estoy descansando.

Desgraciadamente, Ella no ha terminado conmigo.

—Val te vio con Felicity en IC. ¿Qué quería?

Mierda, hay espías en todas partes.

—Chuparme la polla.

Levanto la rodilla porque no hay espacio en el diminuto coche de Ella para mis piernas. ¿Cómo puede caber Reed aquí dentro? Juro que mi viejo le compró esta lata de sardinas a Ella para que no hiciese nada con Reed aquí dentro; aunque eso no los ha detenido, precisamente. Los dos son incapaces de mantener las manos alejadas del otro y sus dormitorios están como a tres metros de distancia. Lo único que evita que estén haciéndolo como conejos es la ausencia de Reed. Entre semana, mi hermano está en la universidad, así que Ella pasa a mayoría de las noches sola.

Sospecho que aun así hacen cosas pervertidas con el ordenador, pero no me interesa realmente su vida sexual, sobre todo desde que estoy atravesando una terrible sequía. Hartley y yo no llegamos tan lejos, aunque no fue por falta de interés por mi parte. Ella no estaba preparada, así que tuve que controlarme. No fue fácil. Cascármela no está a la altura de acostarse con una chica.

—¿Y ese suspiro a qué se debe? —pregunta Ella—. ¿Felicity?

—Joder, no. Estoy pensando en todas las veces que he tenido que masturbarme porque Hartley no estaba preparada para acostarse conmigo.

Ella emite un quejido.

—¿En serio, Easton? Podrías haberte guardado esa información para ti.

—Nena, tú eres la que ha preguntado por qué he suspirado. Yo te he respondido. Si no te gustan las respuestas, no preguntes.

—Vale. Vale. —Se hunde en su asiento.

Me niego a sentirme mal por haberle respondido de forma tan brusca. O por haber compartido pensamientos tan lascivos. Ella me ha delatado. Si no está interesada en mis asuntos, que deje de meter las narices en ellos.

—¿Dónde tienes las llaves de repuesto? —pregunto.

—¿Para qué?

—¿Tú qué crees? —Frunzo el ceño ante su estupidez.

—No puedo prestarte mi coche, Easton. Callum dijo que no teníamos permitido ayudarte.

Para ser una chica que antes se desnudaba para pagar las facturas, su rectitud es peor que la de un sargento.

—Ella, ahora no es el momento de ser obediente. Nosotros no le hacemos caso a Callum. Nosotros, los Royal, gobernamos nuestro propio país. Las únicas personas al mando somos nosotros y si nos mantenemos unidos, entonces permaneceremos fuertes. En cuanto empezamos a vendernos los unos a los otros, las murallas se van a la mierda.

—¿Eso es lo que crees?

—No es lo que creo. Es la verdad.

¿Se ha olvidado de su propio pasado? ¿Ese en el que la apoyamos, en el que la respaldamos con el apellido Royal y fuimos su puto escudo? Empiezo a perder los nervios.

—No sé, East. ¿Recuerdas lo que me dijiste? ¿Que lo único que sabías hacer era destrozarse las cosas y que eras incapaz de recomponerlas ni arreglarlas después? Siento que todo está a punto de irse al traste. Como si estuviésemos en el filo de los Acantilados de la Locura y una sola mala decisión pudiese hacer que todo se desmorone bajo nuestros pies.

Intento bromear, porque si no lo hago, puede que le arranque la cabeza.

—Piensas así porque necesitas que te echen un buen polvo. Me ofrecería a ayudarte, pero no creo que a Hartley le hiciese mucha gracia. —Si es que alguna vez se acuerda de que está saliendo conmigo.

—Dios, Easton, no todo tiene que ver con el sexo, ¿vale? Tiene que ver con nosotros como familia. Sebastian está en coma. Sawyer se derrumba a cada minuto que pasa y Seb no despierta. Gideon está que no caga con Savannah y no es capaz de ver más allá de sus tetas, y Reed está superliado en la universidad. Tú y yo —dice, y mueve el dedo entre ambos— tenemos que comportarnos como adultos.

—Ese es tu problema, Ella. No entiendes de verdad lo que implica ser un

Royal. Ser un adulto es para la gente que no tiene fondos fiduciarios ni una paga de cinco cifras a la semana. Para que nuestra economía siga funcionando, tú y yo tenemos que gastarnos ese dinero, lo cual significa que tenemos que salir y pasárnoslo bien de todas las formas posibles.

—Y ¿cómo propones que lo hagamos cuando Seb está en coma? Porque Callum ya ha destinado todo su dinero a resolver ese problema y Seb sigue sin despertar. ¿Has mirado siquiera a tu otro hermano? Es un zombi. Es como si estuviese en coma también, a pesar de que está despierto.

Suelto el aliento con frustración.

—Eres una auténtica aguafiestas. —Mi viejo me quitó la licencia de vuelo el año pasado tras una fea borrachera. Me imaginaba que solo tendría que esperar a que se cansase. Al final terminaría cediendo. Siempre lo ha hecho en el pasado. Pero esta vez no. Las cosas han ido a peor—. No me puedo creer que mi padre me haya castigado sin la camioneta.

Es decir, sí, si no me hubiese puesto pego, no me habría enfrentado al padre de Hart, lo cual significa que ella no se habría marchado de allí en coche y enfadada y que el exceso de velocidad de Seb no habría sido más que otro día en la carretera. Aun así, una cosa es que yo me sienta culpable y otra muy distinta que mi padre me culpe a mí de todo lo que ha pasado.

Ella me lanza una mirada triste.

—Y sin la moto. Ahora estás totalmente castigado, no solo no puedes volar, sino que tampoco puedes conducir ningún tipo de vehículo motorizado. Me ha dicho que Durand te llevaría a los sitios de ahora en adelante.

—Ni siquiera fui yo quien tuvo el accidente. Fue Seb. —Pero no lo digo con mucha convicción, porque me siento muy culpable.

—Y está pagando por ello, ¿no? Callum no quiere perder a otro de sus hijos.

—Venga ya, Ella. Todo eso es una chorrada. Me compraré otro coche. Puedo hacerlo muy fácilmente con el dinero que tengo en el banco. —Tengo más de una cuenta. Una para los cheques, otra para los ahorros, otra para el mercado monetario, otra para la bolsa, y, obviamente, mi fondo fiduciario. Mi padre no me permite acceder al fondo, menuda desgracia.

Ella desvía la mirada hacia la ventana. Su evasión es sospechosa, así que saco el móvil y abro la aplicación del banco. Por supuesto, está a cero. Abro mi aplicación de la bolsa, pero ni siquiera puedo acceder. Han cambiado la contraseña. Compruebo las otras aplicaciones y tampoco puedo entrar en mi perfil.

—¡Hijo de puta! —Tiro mi móvil sobre el salpicadero y se oye un crujido cuando cae al suelo. Lo recojo y paso un dedo por la pantalla rota—. ¿Cómo lo sabías? —exijo saber sin apenas furia en la voz.

Ella sigue sin poder mirarme a los ojos.

—Callum me mandó un mensaje y me pidió que te llevase a casa. Te ha llamado una docena de veces. Estaba preocupado.

—Ese cabrón siempre me deja beber cuando estoy en casa.

—En casa, esa es la palabra clave —grita—. Cuando estás en casa, puede controlarte. Pero, East, a veces, lo llevas muy lejos. Sawyer no debería beber en estos momentos, no en el estado mental en que se encuentra. Ya lo está pasando bastante mal.

—¿Sí? Entonces, ¿por qué no puede tener un momento de paz después de todo por lo que está pasando? —respondo a gritos—. ¡Eso es lo único que queremos! ¡Que las voces de nuestra cabeza se callen de una puta vez!

—Reed dice...

Mi ira llega a niveles insospechados.

—No quiero oír lo que el imbécil de Reed tiene que decir.

Mi hermano y mi supuesta mejor amiga están conspirando en mi contra. En mi familia siempre he sido el más solitario. Reed y Gid eran los mayores. Estaban muy mal de la cabeza, pero permanecían unidos y guardaban sus secretos mejor que nadie; secretos que casi consiguen que Ella muera y que Reed fuese a la cárcel. Los gemelos eran casi una única unidad. Hablaban en su propio idioma silencioso, asistían a las mismas clases, se intercambiaban la ropa, jugaban a los mismos deportes y se acostaban con la misma chica.

Mi madre me prestaba más atención a mí por ese motivo. Por eso ahora me están jodiendo. Reed está celoso porque siempre quiso pasar más tiempo con mamá y nunca pudo hacerlo. Ahora está poniendo a Ella en mi contra.

—No te enfades —dice.

Casi me arranco la lengua con los dientes para evitar responder. En cuanto pisa el freno frente a nuestra casa, salgo disparado por la puerta. Ella me grita algo a la espalda, pero no me importa lo bastante como para prestarle atención. Si quieren echarme de la familia, están haciendo muy buen trabajo, joder.

Subo corriendo las escaleras hasta llegar a mi armario. Pulso el botón que hay bajo el estante central y espero diez segundos eternos a que el falso panel del fondo se deslice hacia arriba. En cuanto veo la caja fuerte, tecleo el código y cojo todo mi dinero. No es mucho, solo cinco mil dólares, pero no debería tardar

mucho en encontrar un sitio en la ciudad donde jugar al póker para ganar algo más. Lleno mi bolsa de Louis Vuitton con ropa interior, una muda de ropa, el estúpido uniforme del Astor Park y artículos de aseo.

Una vez hecho eso, llamo a Pash, una de las pocas personas decentes que conozco. Ya sea de día o de noche, el tipo siempre tiene el móvil a mano. Como esperaba, responde la llamada al segundo tono.

—¿Qué pasa, tío? Estoy ocupado. —Sueno tenso.

—Necesito que me recojas.

—¿Qué le ha pasado a tu camioneta?

—La están arreglando.

—¿No tenéis mogollón de coches allí? Ah, joder... sí, nena.

Pongo los ojos en blanco. Cómo no, Pash ha respondido el teléfono en mitad de un polvo.

—Mi viejo está acojonado por que otro hijo vaya a terminar en el hospital. Todos tenemos prohibido conducir, excepto Ella.

Está vez el gemido de Pash no es nada sexual. Ella tiene fama de no conducir a más de cincuenta kilómetros por hora.

—Tío, lo siento. ¿Me das...? Espera, nena. —Hace una pausa; al parecer intenta calcular cuánto tiempo va a tardar en terminar.

—Olvídalo. —No estoy tan desesperado como para interrumpir el polvo de mi amigo—. Llamaré a un taxi.

—Gracias a Dios —contesta con alivio—. Te llamo luego.

—No te preocupes.

—No. No voy a tardar mucho. Auch. Joder. No, te lo voy a comer ahora. Te dije que lo haría. Mierda —dice al teléfono—. Tengo que colgar.

Me trago una risotada; ya me siento más como siempre. Mi mundo se desmorona, pero todos los demás siguen igual.

Salgo para que Ella y yo no podamos cabrearnos el uno al otro todavía más. Recorro todo el camino hasta el portón de la entrada. Mientras espero al taxi, releo los mensajes que le he mandado a Hart. Sigue sin leerlos. Eso me cabrea, me entristece y me frustra. ¿Por qué cojones estaba con Bran? ¿A él sí lo recuerda, pero a mí no? Ese pensamiento hace que quiera estampar mi móvil roto contra el asfalto hasta que no queden más que un millón de trocitos diminutos de metal. Pero, claro, si me cargo el móvil y Hart intenta mandarme un mensaje, no lo sabré.

¿Qué hace Bran? ¿Está comiéndole la cabeza como Felicity? ¿Trata de

meterse en su cama ahora que está vulnerable? ¿Qué clase de comportamiento es ese? Reviso mi lista de contactos. Lo tengo guardado. Estoy seguro

—Aquí está —digo cuando llego a su nombre. Le mando un mensaje.

Aléjate de mi chica.

Él responde de inmediato.

Bran: Estoy cuidando de ella.

Yo: Ese no es tu trabajo.

Bran: No te veo a su lado.

«Y una mierda», tecleo, pero antes de pulsar «enviar», la verdad en sus palabras me detiene. Ese cabrón tiene razón. No he ido a clase. Él sí. Mientras estoy haciendo de perro guardián de Seb en el hospital, Hartley está sola en Astor Park.

Vuelvo a meterme el teléfono en el bolsillo sin responder a Bran. Voy a dejarlo correr por ahora, porque, por muy enfadado que esté por que esté invadiendo mi territorio, Mathis es un buen tío. Él —aprieto los dientes y los puños— cuidará de Hartley en el instituto. Lo necesita.

Pero más le vale mantenerse alejado de su cama.

—Vas al extremo este, ¿cierto? —me pregunta el taxista diez minutos después, cuando me acomodo en el asiento de atrás. Es un hombre delgado con una nariz demasiado grande para su rostro. Le da unos golpecitos al GPS como si estuviese seguro de que no funciona bien.

—Sí.

—¿Trabajas aquí? —me pregunta, señalando la casa con la cabeza.

—Algo así.

Me pongo los cascos y el taxista pilla la indirecta y se calla. El lugar al que voy es muy distinto al que acabo de dejar, pero es el único sitio al que se me ocurre que puedo ir.

Hart no está allí, pero es su hogar. Y ahora también es el mío.

Capítulo 17

Hartley

Esa misma noche, más tarde, decido que no me mandaron lejos, sino que me escapé. La casa Wright es una pesadilla. Mi padre está pegado al teléfono las veinticuatro horas. Mi hermana pequeña, a la que recuerdo como malhumorada, se ha convertido en un auténtico demonio que es probable que me mate cualquier noche mientras duermo. Mi hermana mayor no ha venido a casa desde que salí del hospital. Mi madre habla constantemente sobre lo que hace una tal señora Carrington. Esta semana le toca una dieta a base de sopa.

—Deberíamos probarla —le sugiere a papá mientras este devora su estofado con boniato.

Él no levanta la vista del móvil.

—Es muy nutritiva. Podemos hacerla con caldos de huesos o de verdura. La señora Carrington nos leyó un artículo sobre una empresa de Los Ángeles que vende un programa mensual. Es muy asequible, pero si crees que no deberíamos pagar por eso, a lo mejor podría pensar en algunas recetas.

—Esto es increíble —le responde papá al tiempo que nos muestra su móvil—. Callum Royal ha sido nominado a otro premio filantrópico. ¿Es que nadie de Bayview es capaz de ver a través de ese sinsentido oportunista? Está comprando a todo el mundo para que no vean lo hijo de puta y corrupto que es.

—La familia de Callum Royal vive aquí desde hace cinco generaciones —interviene mamá—. Yo no lo llamaría oportunista.

Papá golpea la mesa. Todos nos sobresaltamos.

—Tú defenderías a Jack el Destripador si tuviese bastante dinero.

Mamá palidece y Dylan parece querer esconderse bajo la mesa.

—Eso no es cierto, John. Sabes que a mí tampoco me gustan los Royal. — Me coloca el plato de boniatos en las manos y me señala con la barbilla que le sirva más a mi padre. Ya ha repetido dos veces. Quizá crea que puede inducirle un coma por ingesta masiva de carbohidratos para que así deje de estar enfadado con ella.

En el poco tiempo que llevo en casa desde mi estancia en el hospital, he aprendido que hay que evitar a mi padre. Tiene carácter y una lengua mordaz, lo que supongo que le viene bien en los tribunales. Suena su teléfono y contesta sin levantarse de la mesa.

A nadie le sorprende, así que yo también actúo como si fuese normal, aunque creo que es raro. ¿Por qué no se levanta y se va a su despacho? ¿Por qué no espera a que hayamos acabado de cenar?

—¿Cómo te ha ido en el instituto hoy? —pregunta mamá para distraerme.

Funciona. Dejo de centrarme en mi padre.

—Ha ido bien —miento. O puede que no sea una mentira, sino esperanza. Hablo del futuro que ansío.

Frente a mí, Dylan resopla. No ha estado de buen humor desde que volví del hospital.

Dejo la cuchara en la mesa y me armo de paciencia.

—Y ahora ¿qué pasa? —pregunto—. ¿Acaso te molesta como estoy comiendo?

Anoche, mi hermana pequeña me dijo que la forma en que masticaba le daba ganas de vomitar. Hizo como si tuviese arcadas hasta que papá le gritó que se marchase a su habitación.

—Tú eres el problema. No deberías estar aquí.

—Lo sé. Me lo has dicho un millón de veces desde que regresé del hospital. —Hago énfasis en la última palabra, pero a la muy idiota no le importa. De hecho, si pudiese salirse con la suya, creo que volvería a ingresarme allí.

—Eres asquerosa.

—Gracias por la opinión que nadie te ha pedido.

—Ojalá te hubieses quedado en Nueva York.

—Ya me lo has dicho una docena de veces.

—Eres asquerosa.

—También lo has dicho ya.

—Pero sigues aquí exponiéndome a tu asquerosidad. —Dylan se vuelve hacia mamá—. ¿Por qué ha vuelto? Pensé que papá no quería volver a verla.

—Calla —le reprende mamá, y me mira con culpabilidad.

¿Mi padre no quería volver a verme? Me giro para mirarlo, pero él sigue ocupado con su llamada.

—Habrán muchos periodistas —dice. Suena entusiasmado por ello.

—Dijiste que iba a arruinarlo todo y que debía ser castigada por ello —la presiona mi hermana.

—Cállate, Dylan. Acaba de cenar. —Mamá frunce los labios—. Y tú, Hartley, ve a meter el uniforme en la secadora para que huelga bien mañana.

—Sí, señora.

Me levanto sin delicadeza alguna, choco contra la mesa y derramo el vaso de leche casi lleno de Dylan.

—Eres una puta torpe, joder —gruñe.

—¡Ya basta! —ruge mi padre.

Las tres nos sobresaltamos. No me había percatado de que había colgado. Por la cara sorprendida de Dylan, ella tampoco, de lo contrario jamás me habría insultado de ese modo.

—Ya basta —repite con desprecio—. Estoy cansado de tus estupideces. ¿Te estás tomando la medicación? —Cierra la mano en un puño.

Yo me encojo. Frente a mí, la cara de Dylan muestra una expresión de miedo.

—S-s-sí —tartamudea, pero la mentira es tan evidente que me encojo en solidaridad.

—¿Por qué no se está tomando la maldita medicación? —le grita papá a mamá.

Ella retuerce la servilleta entre los dedos.

—Se la doy todas las mañanas.

—De ser así, no se comportaría como una zorra, ¿no crees? —Se levanta de la mesa de repente y todo se tambalea.

Los ojos de Dylan se anegan en lágrimas.

—Me la tomaré —murmura—. Solo me he saltado la de hoy.

Papá no escucha. Está en la cocina abriendo un cajón y sacando un bote de pastillas. Regresa con el envase ámbar en la mano y lo estampa contra la mesa.

—Tómatela —ordena.

Mi hermana observa la medicación como si fuese veneno. Despacio, alza la mano del regazo, pero a mi padre no le parece que lo haga lo bastante rápido.

—Estoy cansado de tus tonterías. —Aleja la botella de su alcance, la abre y vuelca lo que parece la mitad del contenido en la palma—. Eres una maldita deprimida que insulta como una zorra malhablada. No pienso permitirlo. ¿Me oyes?

Le aprieta la boca hasta que se la abre.

—¡Para! ¡Me la voy a tomar! —chilla Dylan. Las lágrimas le recorren las mejillas.

—Papá, por favor —digo, y extendiendo la mano como si pudiese detenerlo de alguna forma. Es una locura. La aprieta demasiado. La piel de la mandíbula de Dylan palidece a medida que los dedos de él hacen cada vez más fuerza.

—Siéntate. Te dije que sería una mala influencia para Dylan. Nunca se le debería haber permitido volver a esta casa. —Le mete dos pastillas en la boca, ajeno a las lágrimas que caen hasta su mano—. Trágate las, niña. ¿Me oyes? Ahora. —Le cierra la boca y le cubre la nariz y los labios con sus grandes manos hasta que Dylan obedece.

Miro a mamá en busca de ayuda, pero ella ni siquiera nos observa. Tiene la mirada clavada en la pared de atrás como si fingiera que, si no ve esta locura, no está sucediendo de verdad.

—¿Has acabado? —pregunta mi padre.

Dylan asiente con tristeza, pero mi padre no la suelta. La obliga a abrir la boca y le pasa los dedos por el interior hasta que le provoca una arcada. Cuando por fin está satisfecho, la suelta y se sienta antes de limpiarse con calma las manos en la servilleta y de volver a coger el móvil.

—¿Puedo irme? —inquire Dylan, tensa.

—Claro, cariño —responde mi madre como si nada hubiera sucedido.

Dylan se aleja pitando. Yo observo cómo se va.

—Yo...

¿Cómo les dices a tus padres que no estás de acuerdo con cómo educan? Esto no está bien. No deberían tratar a sus hijas así.

—Sé que estás triste, Hartley —añade mamá—, pero tu hermana realmente necesita la medicación y a veces, cuando no se la toma, se autolesiona. Tu padre solo trata de protegerla.

—No lo parece. —Sin decir más, me voy del comedor y sigo a Dylan.

Se ha encerrado en su cuarto. Oigo su llanto amortiguado. Hasta a mí me

duele la mandíbula.

—Oye, soy yo.

—Vete —grita—. Estaba bien hasta que llegaste.

—Por favor, solo quiero ayudar.

—¡Entonces márchate! —chilla—. Ojalá hubieras muerto en el accidente. Vete y no vuelvas.

Me alejo. Está triste. Mucho, ¿y quién no lo estaría? Si papá me agarrase de la cara y me metiese pastillas por la garganta a la fuerza, yo también estaría llorando en mi habitación. Pero las palabras de Dylan parecen distintas, como si estuviese enfadada por algo que he hecho. Mi promesa de olvidar el pasado es una idiotez. No puedo ir hacia delante, no mientras las reacciones de la gente se basen en sus recuerdos. Ojalá pudiese recordar esto. Si solo se me permitiera recordar algo, desearía conocer la razón por la que mi relación con Dylan es tan mala.

Apoyo la frente contra su puerta.

—Lo siento —le digo—. Siento haberte hecho daño. No me acuerdo, pero lo siento.

La única respuesta que obtengo es el silencio, lo cual me sienta mil veces peor que sus insultos.

—Lo siento —repito—. Lo siento. —Me dejo caer hasta que me derrumbo en el suelo—. Lo siento. —Repito las palabras hasta que se me seca la garganta y no siento el trasero. Pero sigue sin haber respuesta.

—Hartley, aléjate de la puerta de tu hermana —me apremia mi madre desde arriba.

Me vuelvo y la veo subiendo las escaleras. Se detiene a medio camino y me señala que vaya hacia ella. Yo niego con la cabeza porque no tengo fuerzas.

—Tu hermana tiene problemas, ¿no te acuerdas?

Sacudo la cabeza. Mi último recuerdo de Dylan es de cuando era una niña; era malhumorada, pero una cría, al fin y al cabo. Esta joven de trece años que parece tener veinticinco es una persona completamente desconocida para mí.

—Se pone así porque no se toma la medicación. —Mamá se retuerce los dedos—. Y entonces tu padre se enfada. —Agita las manos—. Es un círculo vicioso. No te lo tomes como algo personal.

Asiento, agradecida por la absolución, aunque no la merezca.

—Ahora ven. —Me vuelve a hacer un gesto, esta vez para que me acerque.

Me acerco despacio hacia las escaleras, arrastrando el trasero escalón a

escalón como cuando era un bebé.

Mamá me da dinero.

—Coge el coche y ve a ver a tus amigos. Seguro que hay algún sitio donde podáis quedaros un rato. Hasta que tu padre se calme.

No quiero irme. Quiero meterme en la cama y esconderme bajo las sábanas; dormir lo suficiente como para que esta pesadilla se acabe.

—¿Adónde voy? —pregunto con voz ronca.

Su cara muestra molestia durante un breve segundo.

—Ve con tus amigos. Apenas son las ocho. Deben de estar haciendo cosas en la calle.

—No pienso...

—No pienses. Vete.

Y así es como me encuentro tras el volante del Acura de mi madre, mirando los semáforos de la intersección de West y la 86 sin saber qué dirección tomar. Sin estar segura de cuál es mi lugar en el mundo. Sin estar segura de poder aguantar un día más sin derrumbarme por completo.

Capítulo 18

Easton

—Pash, eres la hostia —lo alabo al volcar el contenido de la bolsa de papel que le he arrebatado de la mano hace cinco segundos—. ¿Tu chica se ha cabreado mucho?

—Le he prometido comprarle un Birkin, así que podría atropellar a su perro y, aun así, me seguiría calentando la cama. Esto es... interesante —comenta mientras contempla el apartamento—. ¿Estás llevando a cabo algún tipo de experimento social para Ética como Barnaby Pome hizo el año pasado?

—¿Qué? No. —Beso las dos botellas de Ciroc y las coloco en la encimera, al lado de dos vasos y una bolsa de hielo que he descubierto en la tienda de la esquina. Quién me iba a decir que el hielo se vendía en bolsas—. Pome es idiota. ¿No le detectaron lombrices o alguna mierda así? Yo ni siquiera tengo Ética.

Vida Ética es una clase de locos en Astor Park. Puede que a la hora de programarla tuviesen buena intención, pero los chicos del Astor sabemos bien cómo joder una clase. Un tío casi quemó el instituto cuando intentó fumarse la ropa de cáñamo de un compañero. Otra chica fue hospitalizada tras tratar de vivir en un árbol durante un mes. El peor fue Barnaby Pome, quien decidió hacerse frugívoro y comer solo fruta. Mientras el semestre progresaba, él mantenía que solo comía fruta que crecía de sus propias raíces, lo cual, por lo visto, es muy complicado en esta época de alimentos cultivados ecológicamente. Se dedicó a buscar comida en la costa de Bayview y en los bosques tras los campos de golf. Era cuestión de tiempo que enfermara. Hay rumores que

aseguran le que encontraron una tenia de treinta centímetros en el estómago proveniente de algo que había comido y que había crecido en el suelo del bosque.

—Entonces, ¿qué es todo esto?

Dejo de ordenar las cosas que Pash me ha traído y veo que se encuentra en medio del apartamento girando sobre sí mismo.

—Es un apartamento.

—Ya lo sé, capullo, pero ¿qué haces aquí?

—Es el apartamento de Hart —le explico. Eso debería aclararlo todo.

Pero Pash no lo pilla porque sigue haciendo preguntas.

—¿Dónde está Hartley entonces?

—En casa de sus padres.

—Aquí no hay nada.

—Una medalla de oro para el Capitán Obviedad

Observo la pila que he ordenado. Hay un cigarrillo electrónico, líquido de nicotina, un par de bolsas de patatas, una pequeña bolsa de hierba y algo de papel. ¿Dónde está lo bueno?

—¿Duermes en el suelo de este cuchitril con la esperanza de que Hartley recuerde dónde os habéis acostado y vuelva?

Me tenso y fulmino a Pash con la mirada.

—Uno, no hables así de Hart. Nunca. —Clavo mis ojos en él hasta que los suyos se fijan en el suelo—. Dos, este sitio no tiene nada de malo. Es acogedor.

—Vale, pero tienes que darte cuenta de que pareces un descerebrado esperando que la loca recuerde que estás enamorado de ella.

La valentía de Pash viene de una amistad que comenzó cuando éramos lo bastante enanos como para creer que comer tierra era la leche, pero se lo avisé. Elimino la distancia entre nosotros con dos zancadas y la agarro de la pechera con el puño antes de estamparlo contra la pared.

—Te he dicho que no hables así de ella.

Sus ojos se abren como platos ante la advertencia.

—L-l-lo siento, tío —tartamudea, arañándome el puño.

—No va a volver a pasar, ¿verdad? —No es una pregunta.

Pash lo pilla. Asiente energéticamente.

—Nunca. Nunca —jura.

Lo libero y dirijo mi atención a las cosas de la encimera.

—Tío, esto era una edición limitada de la pasarela de Prada del próximo desfile de París —se queja Pash—. Me llegó hace dos días de Milán.

—Me siento fatal por ello. ¿Dónde está la coca que te pedí que cogieras? ¿Y el éxtasis?

Se aclara la garganta. Lo miro con recelo.

—Sí, bueno, me preocupas, tío. Estás raro desde el accidente.

—¿Porque no quiero que hables mal de mi novia?

—No. Porque ignoras a tus amigos, casi atropellas a un chico en el instituto antes y pareces haber pasado por una borrachera de un día entero. Te aprecio, y por eso no te he traído drogas duras. Si las quieres, consíguelas tú mismo.

Pash se arregla el cuello de la prenda y se dirige hacia la puerta. El endeble trozo de madera casi se sale de las bisagras cuando da un portazo. Incluso las voces de mi cabeza —las que trato de ahogar con las pastillas, el alcohol y las peleas— que siempre están ahí han sido acalladas. En el silencio, me percató de ello. De la intensa soledad que intento evitar. El vacío de mi corazón que he intentado rellenar con chicas, chicas y más chicas se ha convertido en un pozo sin fondo, sin final. Ya no estoy al límite, mirando hacia el abismo. Estoy en él. Es una caída libre y la oscuridad no acaba jamás.

Cojo la primera botella y la abro, dejo el vaso y el hielo a un lado y doy un trago. Si pudiese inyectarme el alcohol en las venas, lo haría.

Me llevo la botella hasta mi maleta de mano y me siento en el suelo. Al cerrar los ojos, transformo el lúgubre vacío de mi interior en otro tipo de oscuridad. Una donde las nubes están más cerca del cielo. La negra noche es testigo de rayos rojos, verdes y blancos. Veo la mano de Hartley sobre la mía. Se ríe. Su cara está lo bastante cerca como para elevar mi presión sanguínea, entre otras cosas.

Han pasado más de dos semanas. Su perfume aún perdura en mi camioneta. Todavía siento su sedoso pelo negro entre mis dedos. Su brillo de labios con olor a menta aún permanece en mi lengua. Finjo que está aquí y que su ligero peso me tumba contra las horteras baldosas de linóleo. Que sus dedos me desabrochan los pantalones y me bajan la cremallera y que mis dedos quitan el envoltorio que cubre su delicioso cuerpo. Dejo que mi mano viaje hasta mis pantalones, pero la sensación de mi mano contra mi miembro solo acentúa mi soledad.

¿Por qué no podemos regresar a ese momento hace dos semanas, cuando mi hermano estaba consciente y Hartley me recordaba? Doy otro gran trago y otro

hasta que el inicio de un nuevo día irrumpe con suavidad y la oscuridad se convierte en una vorágine de color.

Capítulo 19

Hartley

Decido ir a la biblioteca. Está atestada a pesar de que es muy tarde.

—Cerramos en treinta minutos —me dice un adolescente larguirucho con brusquedad. Asiento y me recoloco la chaqueta.

Que, en realidad, no es mía. Es de Easton Royal. Me la dejó la otra noche, después de que Felicity y Kyle me tendieran una emboscada en el French Twist. No se la he devuelto. No tengo móvil, pero estamos en Bayview. Todos conocen a los Royal y no me resultaría difícil averiguar dónde vive. Podría ir a su casa ahora mismo y dejarle la chaqueta en el porche.

Deslizo un dedo por la cremallera e inhalo el aroma del cuello por enésima vez. Su olor se desvanece cada vez que me la pongo, pero no puedo dejar de hacerlo. Se la devolveré. Pero no esta noche.

Me abrigo el cuello con la chupa de piel y tecleo el nombre de la medicación que obligaron a Dylan a tomarse. Los resultados de la red dicen que se emplea para tratar trastornos bipolares y migrañas y que una ingesta excesiva puede provocar la muerte. Intento no preocuparme, porque en internet todos los síntomas al final llevan a la muerte. Las páginas web de medicina son los árboles de decisión de la Muerte. ¿Te has tomado la pastilla? Si la respuesta es sí, vas a morir. ¿No te la has tomado? Si la respuesta es sí, vas a morir.

Aun así, sigo preocupada, así que investigo más e intento absorber tanta información como pueda en el poco tiempo que estoy aquí. Siento la mirada hostil del bibliotecario en mi espalda.

Mientras leo la descripción del trastorno de bipolaridad, muchas de las

acciones de Dylan empiezan a tener sentido. Probablemente sí que necesite la medicación y, si no se había tomado ninguna pastilla hoy, entonces la cantidad que ha ingerido no es peligrosa. No obstante, mi padre me ha asustado muchísimo. Creo que la solución es asegurarse de que Dylan se tome la medicación. De esa forma, papá no tiene por qué perder los nervios y Dylan no sufrirá esos cambios de humor tan intensos y debilitantes.

La información me hace sentir un poco mejor.

—La biblioteca cerrará en cinco minutos. —El anuncio se oye a través de los altavoces.

Tecleo como si me fuese la vida en ello. ¿Compruebo los mensajes para ver si mi prima Jeanette ha respondido? Me pregunto... No, ya he decidido que no voy a volver a preguntarme nada. Además, no quiero enfadar al bibliotecario. Me guardo la excusa en el bolsillo de la chaqueta de cuero de Easton y me apresuro a llegar al coche.

Cuando enciendo el motor, me doy cuenta de que la sola idea de volver a casa me pone los vellos de punta. Pero no hay nada que me resulte familiar en Bayview. Puede que eso se deba en parte a mi pérdida de memoria, o al hecho de no haber vivido aquí durante tres años. No hay lugar donde haya echado raíces, que tenga mi huella; no tengo ningún sitio donde esconderme, desahogarme o celebrar un acontecimiento importante.

La imagen del muelle aparece en las profundidades de mi mente, pero no es un recuerdo del pasado, es solo el recuerdo de la foto que vi. De Easton abrazándome con una gran ternura. Su enorme figura se inclinaba sobre mi cuerpo como si pudiese protegerme de las piedras que te lanza la vida. Deslizo la lengua por mis labios preguntándome qué sentí al besar a Easton Royal, al tener su mano tras el cuello mientras me acercaba a su boca. ¿Ese fue nuestro primer beso o el último?

Un dolor extraño y vacío se apodera de mi pecho y, pese a la angustia que invade los huecos de mi mente, me aferro a él. Es *algo*.

Arranco el motor del coche, desconecto el cerebro y, simplemente, conduzco. Recorro Shoreview, la carretera que discurre en paralelo a la costa. Hay innumerables vallas blancas y magnolios que se entremezclan con los ocasionales portones o caminos de acceso a las casas. Ninguno me suena. Conduzco hasta que las calles se estrechan y los jardines se vuelven más y más pequeños y desaparecen; hasta que solo hay cemento, tierra y gravilla.

En el lado este de la ciudad, los edificios son bajos. Algunas ventanas están

selladas. Los coches de la calle son viejos y el fresco aroma del mar está oculto bajo el olor a gas, a fritanga y a basura.

Termino frente a una pequeña casa de dos pisos con una escalera exterior que parece estar a punto de desprenderse de la estructura del edificio. El lugar está totalmente iluminado. El olor del callejón junto a la casa es lo bastante fuerte como para atravesar las ventanas de mi coche. Un hombre calvo ataviado con un abrigo marrón y botas de goma está sentado en el porche, fumándose un cigarro. No sé por qué, pero salgo.

—Hola, chica —me saluda el hombre entre caladas—. Creí que ya no volverías.

Me lleva unos segundos procesar sus palabras, pero cuando lo hago, casi me tropiezo mientras intento llegar hasta él.

—Tuve un accidente —le cuento—. Tuve un accidente y... —Me detengo justo antes de admitir haber perdido la memoria. ¿Y si es peligroso? ¿Cómo es que lo conozco? ¿Es mi...? Ni siquiera se me ocurre el término correcto para terminar esa frase.

—Sí, lo sé, chica. —Le da otra larga calada al cigarro y luego suelta una nube de humo—. Recibí tus disculpas y el dinero, ¿lo recuerdas?

Frunzo el ceño.

—¿El dinero?

El hombre arquea una ceja.

—Por haber destrozado mi coche. Tu amigo me dejó el sobre que le pediste que me entregase. No sé de dónde sacaste todo ese dinero, pero tampoco te voy a preguntar. —Me guiña un ojo—. Ese Volvo no valía ni la mitad de lo que me diste por él. Y si estás aquí para verlo, sube. Está en casa.

¿Por destrozar su coche? ¿Un sobre lleno de dinero que le pedí a mi «amigo» que le entregara? ¿Ver a quién? ¿Quién está aquí? Mis niveles de confusión alcanzan su máximo histórico.

—Eh... —Respiro—. Sí, he venido a verlo —miento, y mi mirada se desvía hasta el apartamento de la planta superior—. ¿Vive ahí?

—Se queda de vez en cuando, por lo que he visto. Cuando tus padres vaciaron el apartamento, se lo alquilé a él. —Arroja el cigarrillo al suelo y pisa la colilla con el talón de la bota—. Pero si lo que quieres es volver a mudarte, puedes hablar con él tú misma, ya que os conocéis. En realidad, no me importa quién viva ahí arriba. Consideraré pagado tu alquiler hasta febrero. —Y con eso, desaparece en el interior de la casa y me deja patidifusa allí en medio.

Me recuerdo que tengo que respirar y comienzo a asimilar todo lo que me ha revelado. Yo vivía en este lugar. Tenía acceso a dinero porque le pagaba el alquiler, puede que de forma mensual. Dado que estamos a finales de noviembre, habría pagado hasta diciembre. Mis padres no solo sabían de la existencia de este apartamento, sino que vinieron y sacaron todas mis pertenencias de él. ¿Dónde están mis cosas? Todo lo que hay en mi habitación es nuevo, a excepción de unas cuantas prendas de ropa. ¿Las han tirado a la basura? ¿Las tienen escondidas en algún lugar? ¿Qué sentido tendría eso?

Todas las promesas que me hice de olvidarme del pasado han quedado reducidas a nada con estos pequeños detalles de mi pasado. Subo las escaleras con la idea en mente de que allí arriba hay alguien que me conoce. Nadie del Astor viviría aquí. Todos conducen coches que cuestan más que toda esta casa entera. Esta persona debe de ser alguien que no va al Astor, alguien que no es de mi familia y que, por lo tanto, puede ser sincero conmigo.

Cuando llego al rellano, me lanzo hacia la puerta y la golpeo con fuerza hasta que oigo unos pasos. Me agarro las manos y aguanto la respiración mientras la puerta se abre.

—¿Qué narices haces aquí?

—¿Easton? —digo entre jadeos.

Si me obligaran a revelar a punta de pistola la lista de las personas que podrían estar viviendo en este apartamento, Easton Royal habría estado en último lugar. Aún descalzo, ataviado con unos vaqueros y una camiseta de tirantes tan fina que distingo cada línea de su abdomen, todavía tiene la apariencia de tener demasiado dinero para vivir en este lugar desvencijado.

—Bonita chaqueta —dice arrastrando las palabras, y alarga el brazo para tocar el cuello de la prenda.

De forma inconsciente, tiro de la chupa hacia abajo. Se me había olvidado que la llevaba puesta. Me aferro a ella con fuerza.

—Esto... quería devolvértela, pero no sabía cómo contactar contigo.

—Una llamada habría bastado. Incluso un mensaje. —Se apoya contra el marco de la puerta y evita así que vislumbre el interior del apartamento.

—El hombre de abajo... —empiezo a decir—. ¿Es el casero?

—¿José? —Easton asiente—. Sí, es el propietario. Es un buen hombre.

—Me ha dicho algo sobre que destrocé su coche. —Me froto las sienes—. Y luego, que le pagué por ello, y que un amigo le dejó el dinero y... —Me vuelve a empezar a doler la cabeza.

Los ojos azules de Easton se tornan serios.

—Tomaste prestado su coche la noche del accidente.

—Oh. —Un horrible latigazo de culpa me llena los ojos de lágrimas—. Y luego ¿se lo destrocé? —Gimo—. Es horrible. Debe de odiarme.

Eso consigue que se encoja de hombros y esboce una pequeña sonrisa.

—Qué va. Yo me encargué de ello. Le pagué más de lo que su seguro le habría dado jamás. Créeme, está encantado.

Lo miro boquiabierto.

—¿Te encargaste de ello? ¿Por qué?

Easton vuelve a encogerse de hombros, pero no me responde a la pregunta.

—¿Quieres entrar?

—Sí.

No espero a que se aparte. No espero a que vuelva a invitarme. Me lanzo hacia delante y luego me detengo de golpe en medio de la habitación vacía. Supongo que no está vacía del todo. Hay una mochila en el centro de la estancia. También veo una americana del Astor Park arrugada, un par de zapatillas de deporte y dos toallas. Sobre la encimera hay una botella de vodka, una bolsita de algo verde y seco, y también una caja de cervezas.

Abro los ojos como platos al identificar la marihuana y el alcohol. ¿Era esta casa un fumadero donde ofrecía a los estudiantes del Astor Park alcohol, drogas y... a mí misma? ¿Así es como pagaba el alquiler? Las ganas de vomitar en medio de la habitación me abordan. ¿Ganaba dinero vendiendo mi cuerpo a los chicos del Astor Park? ¿Por eso mis padres se deshicieron de todo? ¿Por eso son tan críticos? Puede que esa sea la razón por la que me mandaran al internado, para empezar.

Los insultos que me lanzó Kyle, cuando me dijo que era fácil, resuenan en mis oídos. Quería atribuirlo a que era un cabrón que se estaba inventando cosas para hacerme sentir mal, pero mientras me giro despacio, no veo nada más que unos cuantos efectos personales que imagino que son de Easton, y no puedo evitar preguntarme si es cierto

—¿Hemos... aquí...? ¿Qué es este lugar?

Easton cierra la puerta en silencio y cruza la estancia hasta llegar a la encimera. Destapa la botella de vodka, sirve dos vasos y, luego, me tiende uno.

—Es tu antiguo apartamento ¿Qué creías que era?

Acepto la copa y la sujeto con mis manos sudorosas. ¿Le digo que temo ser una prostituta adolescente y que él no es más que otro en mi larga lista de

clientes o el simple hecho de haber pensado en eso revela lo mal que estoy de la cabeza? Es decir, podría simplemente decantarme por responder que me sorprende que no viviese con mis padres, y más en un área de Bayview que no creo que una chica respetable debiera frecuentar. Lo cual también es cierto.

Abro la boca para soltarle lo de mis padres, pero al final espeto:

—¿Nos acostamos aquí?

Easton casi se ahoga con el sorbo de vodka.

—¿Eso es lo que recuerdas? —Tose.

Sé que estoy roja como un tomate, pero ahora que ya he elegido este sendero, más me vale llegar hasta el final. Siempre puedo lanzarme por el risco cuando llegue a él.

—No, pero aquí no hay nada más que eso. —Señalo con el pulgar la mochila y la ropa—. Y esto. —Entonces señalo con el índice la marihuana y el alcohol.

—Se te dan muy bien las mates, Hart, pero tus dotes para sumar dos más dos son cuestionables. Una mochila y una minúscula cantidad de marihuana no implican que esto sea ningún zulo donde follar. —Apura su vaso y vuelve a llenarlo.

—Entonces ¿qué implica?

¿Y cuántos vasos de vodka se va a beber? Me remuevo de forma incómoda en el sitio y mi pie choca con algo. Bajo la mirada y veo una botella vacía de vodka junto a mi dedo.

Easton se acerca y la recoge como si la situación fuese completamente normal. Pero cuando se inclina para arrojar la botella a la basura, veo que se ponen rojas las orejas.

—Cuando vivías aquí, dormías en un sofá. Cuando alquilé el apartamento, me imaginé que yo también dormiría en él. No sabía que estaba vacío. —Se endereza y ladea la cabeza para escrutarme durante un buen rato. Llega a alguna conclusión, una que no comparte de inmediato, y se acerca a mí para quitarme el vaso todavía lleno de la mano. Vierte el contenido del mío y el suyo por el desagüe, agarra su cartera y se echa la americana al hombro—. Venga. Si no vamos a beber, vayamos a por algo de comer. Necesitarás tener algo en el estómago.

Esas palabras no auguran nada bueno, pero cuando Easton me coloca su cálida mano bajo el codo, me doy cuenta de que, de todos, él es en quien más confío.

Capítulo 20

Easton

He bebido demasiado. Eso fue lo primero que pensé cuando abrí la puerta y vi a Hartley en el destartalado rellano enfundada con la chupa Saint Laurent que le ofrecí la noche que tuvo esa horrible reunión con el imbécil de Kyle y Felicity Worthington.

Cuando entró en el apartamento vacío, sin ninguna de sus pertenencias allí para reavivar sus recuerdos y la esperanza la abandonó de repente, sentí que no había bebido suficiente.

Quiero envolverla en mi abrigo y llevarla a algún sitio donde sus recuerdos no sean relevantes, a algún lugar donde solo importe el presente. Donde esa mirada perdida y confusa que nubla sus ojos se llene de felicidad y asombro. El problema es que no sé dónde está ese lugar.

Quería llevarla a esquiar a los Alpes suizos o a nadar al Mediterráneo, pero en cambio, estoy acompañándola a la tienda de la esquina donde venden cerveza, bolsas de hielo y patatas fritas rancias. Quién sabe, puede que algo de aquí la ayude a recordar.

—¿Qué te apetece? —pregunto.

Se detiene frente al asador de salchichas para perritos calientes.

—No lo sé. Es raro porque ni siquiera sé si me gustan los perritos calientes —confiesa al tiempo que observa el aparato que gira las salchichas encima de unas rejillas calientes. Ladea la cabeza hacia mí—. ¿Tú sabes si me gustan los perritos calientes?

—Te comiste uno de maíz y buñuelos en el muelle y no parecía que te

disgustara.

Mueve los labios de un lado a otro mientras almacena esta pequeña información succulenta en su memoria. Me pregunto qué se siente al no saber nada del pasado. Si me preguntaran hace dos semanas, habría dicho que la pérdida de memoria es una bendición. No sentirías la pena, ni el dolor, ni siquiera los celos. Te levantarías y sería como empezar desde cero, algo glorioso. Después de ver la angustia de Hart, sé que ese no es el caso. Desde que recuperó la consciencia tras su caída, no ha tenido ni un solo momento de paz.

Es evidente por el modo en que siempre mira a su alrededor, observándolo todo, pasando de persona a persona y de objeto a objeto, en busca de ese algo que estimule su memoria y rompa la barrera que le impide ver el pasado.

Pero puede que lo que dijo su médico sea cierto y haya recuerdos que nunca volverá a recuperar; que literalmente han desaparecido de su mente.

Me siento culpable por haberme enfadado al verlos a ella y a Bran juntos en la heladería. Hartley no sabe que se supone que tiene que estar a mi lado. Ese pensamiento envía un latigazo de dolor a través de mi cuerpo que responde el dilema de antes. No he bebido lo suficiente porque, de ser así, la capa protectora de alcohol habría impedido que esa esquirra me atravesara la piel.

—¿Quieres un perrito caliente?

—Claro —respondo, aunque en realidad no es así. Preferiría el litro de cerveza que me está haciendo ojitos desde detrás del cristal.

—¿Con alguna salsa?

—Mostaza.

Le echa el condimento con cuidado y en zigzag, lo envuelve con minucia como si lo hubiese hecho un millón de veces antes y me lo tiende.

—Esto me resulta familiar. ¿He trabajado aquí?

—No lo sé. Eras camarera en un restaurante. Puede que sirviesen perritos calientes allí, pero no lo recuerdo.

Presté más atención a la frenética y alarmante conversación entre Hartley y su hermana mayor que escuché a escondidas que a la carta.

—¿Trabajaba en un restaurante? —Abre los ojos como platos y su voz sube un tono o dos—. ¿En cuál?

Tiene la misma mirada de pánico que antes, cuando vio el interior del apartamento. No tengo ni idea de en qué está pensando.

—En The Hungry Spoon. Está a dos o tres kilómetros en esa dirección. — Señalo con el pulgar hacia atrás.

—No tenía ni idea. —Se frota la cabeza con cansancio, como si toda esta experiencia fuese agotadora para ella. Veo su cicatriz y eso me recuerda que vive con el hombre que le rompió la muñeca.

Hartley siempre me decía que la lesión de la muñeca fue un accidente y, como no parecía muy preocupada por ello, yo lo dejé pasar. Supongo que eliminé eso de mi cabeza junto con todo lo demás para hacer hueco a la gigantesca preocupación por sus heridas y las de Seb que me invadió el cerebro. Ahora que estoy con Hart y que el golpe que se dio en la cabeza es algo secundario, parte de la ansiedad se ha esfumado y empiezo a recordar los detalles sobre su pasado. Comienzo a comprender cómo un traumatismo puede hacer que se te olviden las cosas. Yo no me he golpeado la cabeza y ya estoy perdiendo la memoria por culpa del miedo.

—¿Estás bien? ¿Te duele algo? —espeto.

Hartley parpadea en mi dirección; vuelve a estar sorprendida.

—Sí, estoy bien. Me siguen doliendo las costillas un poco, pero, en general, estoy bien. Al menos, mi cuerpo está bien.

—Vale. —Respiro un poco mejor. Parece ser totalmente sincera—. Cojamos las cosas y volvamos a casa.

«A casa». La palabra se me escapa antes de darme cuenta de lo que estoy diciendo. Miro en su dirección para ver si lo ha oído, pero está ocupada echándole todos los condimentos habidos y por haber a su perrito caliente. No tiene sentido cargarla con otro peso más. A lo mejor su viejo ha cambiado. Quiero creerlo.

Me obligo a esbozar una sonrisa.

—Eso es un delito —le digo.

—¿Qué? —Alza la cabeza y mira a la izquierda y a la derecha como si comprobara si hay algún poli listo para arrestarla por abuso de condimentos.

—No se le echa kétchup al perrito, y los condimentos se echan en un orden concreto.

Arquea una de las comisuras de la boca.

—La policía de los perritos calientes aún no ha aparecido, así que voy a jugármela. Al fin y al cabo, ¿la culpa no la tiene la tienda? Ellos han sacado el kétchup. Me han incitado a hacerlo, claramente.

—Están esperando fuera. No quieren montar un numerito aquí dentro. Además, si los demás los ven arrestándote, se correrá la noticia de que este lugar es un cebo —le informo con una sonrisa. No la he visto sonreír en tantísimo

tiempo que me he olvidado de cómo lo hacía.

—Si me arrestan, todos se enterarán —bromea. Cuando termina de envolver ambos perritos calientes, los lleva al mostrador. Luego grita con la cabeza vuelta hacia atrás—: ¿Me puedes pillar una Coca-Cola *light*?

Me acerco a las neveras y agarro una botella de refresco. Mis ojos se desvían hacia el alcohol. La conversación que vamos a tener no va a ser muy divertida. Sería muchísimo más fácil si me hubiese echado más alcohol al estómago. O si ella hubiese bebido algo también.

—¿Vienes, East?

Al usar mi diminutivo, aparto la vista del alcohol. Joder, soy un calzonazos. Cojo otra botella de Coca-Cola *light* y vuelvo a su lado despacio.

Hart está inclinada sobre el mostrador con un móvil prepago en la mano.

—Me puedo llevar el móvil por sesenta pavos, pero ¿cuánto cuesta la tarjeta?

—Otros treinta.

Hart saca un billete de cien dólares.

—¿Has perdido tu teléfono?

Asiente.

—Sí, mi madre me dijo que debió de romperse en el accidente. Eso o que los tipos de la grúa lo perdieron.

Eso aclara por qué no respondió a ninguno de mis mensajes. Me siento un poco mejor. La aparto a un lado con suavidad y coloco sobre el mostrador los refrescos y unos cuantos billetes para pagar la comida y el teléfono. Este cumplirá su papel hasta que pueda comprarle otro.

—Espera, yo tengo dinero —protesta.

La ignoro, al igual que hace el dependiente.

Mientras esperamos a que me dé el cambio, Hartley tamborilea con los dedos sobre el mostrador; es evidente que está preguntándose algo.

Por fin, se detiene y dice:

—¿Te acuerdas de mí?

El dependiente alza la mirada de la caja registradora.

—Eh, no, ¿debería?

—¿No he comprado antes aquí?

—Ni idea.

Sus ojos se desvían en mi dirección en busca de ayuda.

—Tiene amnesia.

—Vaya, ¿eso pasa de verdad?

—Sí, pasa —responde Hart—. Entonces no debo de haber comprado aquí muy a menudo, ¿no?

—Supongo que no. A veces comías en el mismo restaurante donde trabajabas. Otras, dejabas que yo te alimentara.

—Oh. —Deja caer los hombros.

—Te llevaré al restaurante si quieres. Les puedes preguntar cosas a tus compañeros.

—¿Y qué sentido tiene? —Suena muy desalentada.

—Si te hace sentir mejor —interviene el dependiente—, ahora sí que te recordaré.

—No. No me hace sentir mejor —replica antes de hacerse con su móvil y de abandonar rápidamente el local.

—Oye, lo siento, tío. Culpa mía —dice el dependiente.

—No pasa nada.

Recojo el resto de las cosas y me uno a Hart fuera.

—Lo siento —se disculpa.

—¿Por qué? ¿Por estar molesta? ¿Por qué tienes que pedir perdón por eso?

—Por ser maleducada ahí dentro.

—No has sido maleducada. El tío ha soltado un comentario desafortunado. —Le rodeo los hombros y la guío de vuelta al apartamento—. ¿Estás segura de que no quieres que te lleve al restaurante? Podemos ir ahora mismo. Está abierto veinticuatro horas.

—No sé. Si me lo hubieses preguntado hace unos días, te habría dicho que sí de inmediato, pero ahora... tengo miedo.

—¿De qué? —Ralentizo mis zancadas para acoplarme a sus pasos más cortos.

—De lo que vayan a decir. ¿Y si era una trabajadora horrible y todos me odiaban? Creo que ya he alcanzado el límite de veces que puedo soportar que me digan que soy una persona horrible.

—Tú nunca has sido una persona horrible. Hacías los turnos de otra gente siempre que podías. No sé cuántas horas trabajas allí, en realidad. Una vez me dijiste que no te ofrecieron tantas horas como a ti te hubiese gustado.

Hartley se queda callada, pensando en lo que le he dicho.

—Pareces saber mucho sobre mí. ¿Qué más sabes? —me pregunta en voz baja, arropándose con mi chaqueta como si el cuero pudiese suavizar los golpes que cree que están a punto de llegarle.

—No lo suficiente —respondo—. Pero te diré todo lo que quieras saber. —Entonces vacilo, no por mi propia supervivencia, sino porque no quiero infligirle más daño del que ya ha sufrido. La he regañado por confiar en las historias de otra gente, y ahora yo mismo me estoy ofreciendo a hacer lo mismo y me siento un poco hipócrita. Pero está claro que está desesperada por obtener respuestas y nunca he sido capaz de negarle nada a esta chica. No obstante, sí que le ofrezco otra oportunidad de echarse atrás—. El médico dijo que se supone que teníamos que dejarte recordar por ti misma. No ha pasado mucho tiempo, Hart. ¿Estás segura de que no quieres esperar un poco más?

Respira hondo. Bajo el brazo; sus hombros suben y bajan con cada respiración.

—Antes, después de verte en la heladería, mi plan era seguir hacia delante. Iba a olvidarme del pasado y a forjar nuevos recuerdos.

—¿Ha pasado algo que te ha hecho cambiar de opinión? —adivino.

Suspira.

—Es posible.

—Puedes contarme lo que sea. No voy a juzgarte. —Mi pasado es muy feo y tengo miedo de hablarle de él, pero he llegado a la conclusión de que, si no soy completamente sincero con Hartley, nunca va a confiar en mí. La otra noche junto al French Twist, me dijo que necesitaba que alguien fuese sincero con ella. Y ese alguien tengo que ser yo, lo cual implica que debo confesar todas las mierdas que he hecho en el pasado. Pero eso puede esperar, porque si no consigo que se coma el perrito caliente antes de hablar, me apuesto lo que sea a que perderá todo el apetito. Le doy un golpecito en el trasero con la rodilla—. Arriba. Se nos está enfriando la comida y las bebidas se están calentando.

Sube las escaleras sin protestar. Tiro la bolsa al suelo, cojo dos vasos y les echo hielo. Miro la botella de vodka y decido que puede que Hart necesite un trago.

Se quita los zapatos y mi chaqueta y los deja con cuidado en el suelo. Se dirige al centro de la estancia y empieza a colocar la comida en el suelo. Cuando ha terminado, inspecciona su teléfono móvil de prepago. No es gran cosa, pero al menos ya puedo ponerme en contacto con ella.

—Eh, lánzamelo —le pido.

Obedece sin vacilar. Tecleo mi número y luego lo añado a la lista de favoritos.

—Toma. Ahora siempre que quieras un perrito caliente, me puedes mandar un mensaje. —Le tiendo el teléfono y coloco mi mochila tras su espalda para que tenga algo sobre lo que apoyarse—. Pero no te acostumbres mucho a este trato preferencial —bromeo en un intento de animarla. Su rostro sigue tenso—. No le compro perritos calientes de gasolinera a cualquier chica.

—Espero que no. Es básicamente lo mismo que pedirles que sean tu novia.

—Nah, esto ya roza el matrimonio.

Le doy un bocado y me como la mitad del perrito.

—¿Y eso?

—Cuando quieres que alguien salga contigo o sea tu novia, lo planeas todo porque quieres impresionarlas. El matrimonio es más relajado. Haces las cosas que de verdad disfrutas y te sientes tan cómodo con esa persona que no te hace falta impresionarla.

Se queda pensativa un momento mientras mastica.

—¿Hicimos todas las cosas planeadas antes de que perdiese la memoria?

—¿Te acuerdas de cuando salimos?

Hart me dedica una media sonrisa.

—No. Era más una ilusión. No sé qué ha pasado entre tú y yo. —Agacha la cabeza—. De hecho, me preocupaba, cuando he entrado antes, que fuese una prostituta adolescente y que ofreciese sexo por dinero.

Me ahogo con la comida. De tal forma que Hartley tiene que acercarse a mí y darme palmadas en la espalda. Me lagrimean los ojos y le hago un gesto para que me acerque el refresco, que se apresura en darme. Bebo media botella antes de poder decir, al fin:

—¿Pensabas que eras una prostituta?

—Creo que ellas prefieren el término trabajadora sexual —responde con delicadeza.

Tiene las manos apoyadas sobre el regazo y las piernas, embutidas en unos vaqueros, dobladas en la posición del loto. Con ese pelo largo y moreno colocado tras sus diminutas orejas, resulta difícil imaginársela como una «trabajadora sexual», como ella dice.

—Bueno, no lo eras. —Tengo callos en la mano derecha que lo demuestran.

—¿Cómo lo sabes?

Frunce el ceño de forma adorable.

—Cuando alcanzamos la pubertad, mi tío Steve nos llevó a todos nosotros a un puticlub de Reno para que perdiésemos la virginidad con una profesional — digo con un tono de voz neutro.

—Oh.

—Sí, oh. —No sé por qué le he contado eso. Quizás porque es la parte menos ofensiva de mi pasado y estoy intentando compartir con ella las cosas malas poco a poco, para que no salga huyendo despavorida del apartamento—. Es cierto que no te acuerdas de nada, ¿verdad?

En el fondo de mi corazón, tenía un atisbo de duda sobre su amnesia, pero es real y la está atormentando. Quiero sentarla sobre mi regazo y decirle que todo irá bien. Si hubiese algún modo de protegerla, me gustaría hacerlo. Por eso no puedo seguir bebiendo. Alejo el vaso medio vacío de alcohol. Necesito estar *disponible* para ella, tanto mental como físicamente.

—El médico dijo que no te metiéramos historias en la cabeza, pero estoy dispuesto a contarte todo lo que sé y estés preparada para escuchar. ¿Quieres que te lo vuelva a llenar? —Señalo en dirección al vaso de vodka que tiene en la mano. Yo no debería beber, pero puede que ella lo necesite.

—No. Necesito tener la cabeza despejada. Dispara.

—¿Qué quieres saber?

—Todo. No sé nada sobre mi pasado. Mi teléfono, mi bolso, y todas mis cuentas en las redes sociales han desaparecido, si es que las he tenido alguna vez. Todas las cosas de mi habitación son tan nuevas que hasta se ven las arrugas del cartón en las cortinas. Pero aquí viene lo extraño, Easton. Recuerdo cosas como tiendas y direcciones, y unos cuantos sucesos de cuando era más joven. Cuando Felicity entró a mi habitación por primera vez, pensé que era Kayleen O’Grady. Nos conocimos en la guardería. Recuerdo que tenía un profesor de Música llamado Dennis Hayes. Felicity me dijo que Kayleen se había mudado hacía tres años y que el señor Hayes fue despedido un año después porque resultó ser un pedófilo.

Me tenso.

—¿Estás diciendo que fuiste una de las víctimas del señor Hayes?

—No. —Sacude una mano—. Lo busqué en internet en la biblioteca. Tenía una relación secreta con una estudiante de diecisiete años, lo cual está mal, obviamente.

Me relajo ante su aclaración y le pregunto por otras cosas.

—¿Te acuerdas de tu familia?

Se pasa un dedo por la cicatriz de la muñeca.

—Algo. Recuerdo haber ido a la boda de Parker. Recuerdo hacer cosas con Dylan, como trenzarle el pelo o jugar con sus Legos. A veces le leía... —Su voz se apaga, todavía tocándose la cicatriz—. A veces nos peleábamos. No recuerdo sobre qué, pero sé que nos gritábamos.

Hart me dijo que su hermana sufría de cambios de humor extremos, lo cual me recordó ligeramente a mí mismo. Me diagnosticaron trastorno por déficit de atención e hiperactividad y, durante un tiempo, mi madre me obligó a tomarme una medicación, pero luego, las voces que oía le quitaron gran parte de su tiempo y atención. Yo usaba el alcohol y otras pastillas para compensar. Supongo que todavía lo hago.

—Pero nada de los últimos tres años —adivino.

—No, nada de los últimos tres años. Ni siquiera recuerdo qué me ocurrió aquí. —Levanta su muñeca.

—Yo sí.

Desvió la mirada hacia el vodka. Qué no daría por beberme media botella, perder la consciencia y no tener que contarle a Hart que su padre le hizo daño. Pero esa sería la solución cobarde y, pese a todos mis defectos, me gusta pensar que no soy ningún cobarde.

—Vi una foto tuya en Instagram —me dice.

Su cambio de tema me sorprende, pero me recupero enseguida.

—Me has buscado, ¿no?

Hart no se molesta en negarlo.

—Sí. A ti. A mí. A Felicity. A mi prima Jeanette. Le envié un mensaje y me respondió, pero he decidido no leerlo.

—¿Por qué?

—Porque después de toparme contigo hoy, he decidido que no quiero recordar. Mi cerebro decidió que debía olvidar ciertas cosas y eso era lo que iba a hacer.

—¿Ibas?

—Sí, iba. Porque olvidarme del pasado solo funciona si los demás también lo hacen. Tú recuerdas cosas. Mi hermana recuerda cosas. Mis padres recuerdan cosas, y todos vuestros recuerdos condicionan cómo reaccionáis conmigo en el presente. Hasta Felicity y Kyle tienen la motivación de algo que les hice en el pasado.

Tristemente, lo que dice tiene sentido.

—Sí y no. No sé qué narices le pasa a Kyle. Si tuviese que apostar, diría que es porque obtiene algo de Felicity. Kyle y tú no os conocéis. No vais a ninguna clase juntos y jamás habéis quedado. Tú estabas muy ocupada. Cuando no estabas en el instituto, estabas trabajando. Joder, a veces hasta faltabas a clase para ir a trabajar.

—¿De verdad?

—Sí. —Se me revuelve el estómago. Las mentiras que le he contado, los pecados que he intentado ocultar, tienen que salir a la luz ahora—. Ven aquí. —Le hago una señal con los dedos.

—¿Por qué? —pregunta, pero se acerca a mí lo bastante como para que nuestros pies se toquen.

—Voy a necesitar que me des la mano para hacer esto. —Ni siquiera estoy bromeando, pero sonrió tanto como puedo para que no tenga miedo.

Coloco las manos bocarriba y espero. Hart baja la mirada hacia ellas y luego la levanta hasta mi rostro; está dándole vueltas a lo que estoy a punto de contarle. Cuando desliza las palmas de las manos sobre las mías, las siento temblar. Me aferro con fuerza a ellas con el deseo de tocar algo más que sus dedos.

—No soy muy buena persona —comienzo, e intento mantener la mirada fija en sus ojos, sin apartarla como lo haría un auténtico gallina. Es difícil, sobre todo porque ahora sus ojos tienen una expresión dulce y amable, y en cualquier momento podría volverse fría y reflejar desprecio—. No soy muy buena persona —repito.

Me empiezan a sudar las manos. Cogarla de las manos ha sido una idea estúpida. ¿Por qué me importa tanto? ¿Qué importa lo que piense de mí? La suelto, pero ella me agarra y tira de mí hacia delante.

—No.

—¿Por qué no? —le pregunto con voz ronca.

—Porque voy a necesitar que me des la mano para hacer esto. —Esboza una ligera sonrisa y se acerca hasta que nuestras piernas entran en contacto desde la rodilla hasta los tobillos y nuestras manos entrelazadas descansan en su regazo—. No quiero conocer el pasado si eso te hace daño. No me lo cuentes si te va a doler. Creo que ambos ya hemos sufrido bastante para toda una vida.

Me gustaría que eso fuese cierto, pero no vamos a poder avanzar si no soy directo y sincero con ella. Hago acopio de todo el coraje y comienzo a hablar. Le cuento cómo herí a Felicity al aceptar ser su novio y tratarla como una

mierda al día siguiente. Le cuento que me acosté con las novias de mis hermanos porque eran como el fruto prohibido. Que me gustaba Ella porque me recordaba muchísimo a mi madre y que, cuando me besó en la discoteca, supe que era para poner celoso a Reed y yo le seguí el juego porque herir a la gente me resultaba divertido. Le cuento que mi madre se suicidó y que fue por mi culpa.

Me duele la garganta y tengo los ojos rojos cuando por fin me callo. Mis manos ya no están entrelazadas con las de Hart. En cambio, estoy tumbado con su rodilla a modo de almohada. No soy consciente de cómo he llegado a colocarme en esta posición, solo sé que no quiero levantarme. Nunca. Ella sigue acariciándome la frente con un dedo, y el gesto debería ser reconfortante, pero mi polla empieza a despertarse y me recuerda que no hemos tenido ningún tipo de contacto físico en bastante tiempo.

Por eso, cuando ella se inclina y su cabello cae como una cortina alrededor de mi rostro y nos aísla del mundo, no me muevo. Por eso, cuando sus labios tocan los míos, no la aparto de inmediato. Por eso, le devuelvo el beso. Le agarro la cabeza y la giro hasta que está debajo de mí. Por eso, tiro de su pelo hasta que abre la boca.

Cuando Hart entierra los dedos en mi cabello y lame mi paladar, una oleada de calor me recorre el cuerpo, desde la lengua hasta el pene. Es como si volviésemos a estar en lo alto de la noria, solo que esta vez no nos movemos en círculos. Es como si nuestro coche hubiese salido disparado hacia la oscura noche y los focos de la misma atracción nos iluminasen.

Pero ese beso no es suficiente para mí. ¿Hart se ha sentido sola? Yo también, joder. Llevo solo desde que murió mi madre. Siento dolor desde que mi familia se dividió en grupos en los que no me incluían. Me muero por dentro mientras intento seguir sonriendo porque me da miedo que si la fría oscuridad se expande más allá de la caja donde la mantengo guardada, terminaré haciendo lo mismo que mi madre.

Ruedo hasta quedar bocarriba, agarro la rodilla de Hart y la coloco junto a mi cadera. Ella hace el resto del trabajo, recolocándose hasta que está sentada completamente a horcajadas encima de mí, con una pierna a cada lado de mi cuerpo. Sus labios tienen un sabor salado y dulce a la vez, y su boca es suave y húmeda. La sangre me late en la cabeza y mi polla pide a gritos recibir un contacto más cercano, suave y mejor. Entierro los dedos en su esponjoso trasero y la acerco a mí hasta que estamos completamente unidos.

El calor de su cuerpo hace que el embriagador efecto del alcohol

desaparezca hasta que veo la habitación con perfecta claridad. Sus pestañas están empapadas con lágrimas no derramadas que parecen gotitas de cristal sobre sus suaves mejillas. Las costuras de sus vaqueros me rozan contra las yemas de los dedos. Cuando respiro hondo, mis pulmones se llenan de su aroma; un olor a miel cálida especiada con cítricos. Y cuando se mueve, meciendo su pelvis sobre la mía, oigo el roce de su ropa contra la mía.

Hartley gime contra mi boca y yo casi me corro en los pantalones al oírla. Yo, Easton Royal, que me he tirado a más chicas —y mujeres— que estrellas del porno cincuentones, estoy duro como una piedra y a punto de llegar al orgasmo después de un solo beso y unos cuantos roces.

Estoy colado por ella. Muy colado por ella, joder, y ni siquiera le he contado lo peor todavía.

Capítulo 21

Hartley

No necesito recuerdos para saber que este es el mejor beso que me han dado nunca, y si esto cuenta como primer beso soy una chica muy, muy afortunada. El cuerpo de Easton está duro como el mármol, pero su boca es hermosamente tierna. La forma en que me ancla a su pecho, como si no me quisiese soltar nunca, hace que se me desboque el corazón.

Por esto he venido aquí. No buscaba un lugar, sino a una persona. Tenía que volver a casa.

No sé cómo, pero se había fusionado con mi ADN. ¿Podría explicarse algo así? Simplemente ocurre, ¿no? Felicity tenía razón en algo. Me había pillado por alguien de inmediato. Mi corazón lo sabía. Al igual que trataba de acercarme a Dylan, mi corazón también anhelaba a Easton.

Jadea contra mi boca. La forma en que se mueve hace que me sienta atrevida.

Mis manos viajan hasta tocar la piel en llamas bajo su camiseta.

—Hart —susurra él contra mis labios.

No sé si me ruega que pare o que siga, así que deslizo las manos hacia arriba, marcando cada valle de su abdomen y el espacio que lo divide. Siento la piel suave, caliente y dura de su torso y sus hombros firmes y robustos. Mece las caderas con urgencia, en busca de algo más.

No sé hasta dónde habríamos llegado, cuántas prendas se hubieran quitado, cuántas partes de su cuerpo habría tocado, cuántas más él habría besado, porque se aleja de mi boca para enterrar la cara en mi cuello.

A regañadientes, lo abrazo contra mí, a pesar de que sé que acostarme con él en este momento estaría mal. Ambos somos un manojo caótico de emociones. Al contarme sus fechorías pasadas ha hecho que las lágrimas me inundaran los ojos, no porque estuviera espantada por lo que había hecho, sino por el gran desprecio hacia sí mismo que he apreciado en sus palabras. Y sospecho que hay más cosas que Easton guarda y que van a destrozarme. Pero la sangre que se agolpa en mis oídos me obliga a retorcerme y provoca que quiera saber qué tacto tendría la erección que presiona contra mi estómago entre las manos.

Como si percibiese mi indecisión, se separa de mi cuerpo con varios pasos, como si no pudiese contenerse en caso de estar más cerca.

—Tu primera vez no debería ser en un suelo barato —dice.

Una sensación de alivio invade mi cuerpo.

—¿Nunca lo he hecho?

Él vacila.

—No lo sé. Nunca hemos hablado de ello. No era importante para mí. Es decir, yo no soy ningún virgen. ¿Por qué iba a esperar que tú lo fueras? Si te hace sentir mejor, no te has acostado con nadie del Astor.

—Sí que lo hace, la verdad. —El hecho de caminar por pasillos junto a chicos que podrían haberme visto desnuda era peor de lo que podría describir. Pero el otro horror con el que convivo tiene que ver con el hermano de Easton. Trago saliva y me obligo a preguntar—: ¿El accidente fue culpa mía?

—Joder, no —insiste. Se coloca de costado y apoya la cabeza en una mano a la vez que hace una mueca—. ¿Has creído eso todo este tiempo?

—No sabía qué pensar —admito—. Nadie me decía nada. Le pregunté al médico y a las enfermeras, pero no me dieron una respuesta clara.

Easton suspira y acerca la barbilla al pecho.

—No quiero contártelo, porque hará que me odies, y eso es lo último que quiero.

El miedo me atenaza la garganta, pero, de todas formas, lo animo con palabras.

—No creo que pudiera odiarte nunca.

Es cierto. Todo lo que ha dicho antes me ha dolido, pero solo porque provenía de un profundo pozo de dolor.

Easton levanta la cabeza como si un yunque pendiera de ella. Clavo mis ojos en los suyos y mantenemos contacto visual mientras yo lo animo en silencio a que continúe.

—Fue culpa mía. Estaba borracho y cabreado. Tus padres te amenazaban con mandar a tu hermana a un internado como habían hecho contigo y pensé, porque soy un gilipollas, que podría resolverlo yendo a ver a tu padre. Nos peleamos.

Empiezo a sentir una terrible presión en el nervio del ojo izquierdo. Parpadeo.

—¿Nos peleamos? —pregunto con voz ronca.

—Todos nos peleamos. Tú, yo, tu padre... —Sus ojos viajan hasta mi muñeca.

Escondo la cicatriz contra mi muslo... Mi instinto me dice que la verdad tras esa cicatriz es el secreto de todo esto.

—Tú estabas mal —prosigue. Sus palabras se ralentizan y la arruga de su frente se profundiza. Los músculos de su cuello trabajan cuando se traga la culpa y el arrepentimiento que siente—. Te fuiste en el coche. La curva cerca de tu casa es un punto ciego, y los gemelos conducían demasiado rápido. En otra ocasión habían estado a punto de chocar con nosotros. Habíamos ido a tu casa porque estabas preocupada por tu hermana. Tus padres no te permitían verla. Estaban en contra de que volvieras a Bayview.

Siento como si la cabeza se me fuera a partir en dos. Cómo el ácido me sube por la garganta. Lo noto en la parte trasera de la lengua. Quiero que pare. Me coloco boca arriba y alzo la palma de la mano. Ya no puedo seguir escuchando.

—No necesito saber más —le anuncio.

Pero el silencio es peor que sus palabras, porque sí necesito saberlo. Tengo que saber lo que hice o no seré capaz de vivir conmigo misma.

—Dímelo —suplico.

—Tu padre te rompió la muñeca.

Y entonces me derrumbo. Una mezcla de ira y tristeza se apodera de mí y consigue que mis lágrimas afloren. Quería ignorar lo evidente y fingir que lo que mi padre le había hecho a Dylan era una aberración, pero en el fondo sabía, al igual que supe cómo llegar aquí, que algo malo pasaba en casa.

—¿Cómo?

Me enjugo las lágrimas, pero siguen cayendo más.

—Yo no estaba presente. No te conocía entonces, pero me dijiste que tenías problemas para dormir. Que fuiste a la planta baja y viste a tu padre con una mujer y que la mujer le pagó a tu padre para amañar un caso. Su hijo estaba involucrado en un tema de drogas.

—¿Aceptó chantajes?

East asiente con tristeza.

—¿Me enfrenté a él?

—No. Se lo dijiste a tu hermana, Parker, y ella te pidió que volvieras a casa y fingieses que nada había sucedido.

—Pero no lo hice.

El corazón me late a mil por hora. Hay una seguridad que vibra en mi interior. No puedo recordar lo que Easton me cuenta, pero siento que todo es cierto. No hay razón para que me mienta sobre estas cosas horribles.

—No. Lo pillaste de nuevo. Trataste de volver a casa y te pilló. Dijiste que estaba cabreado, pero que lo de la muñeca rota fue un accidente. Él te hizo las maletas y te mandó al internado. No dejaste que te examinaran la muñeca hasta tres semanas después. Por eso tienes esa mierda de cicatriz. Tuvieron que rompértela para después recolocarla.

Escondo los ojos tras mi muñeca cicatrizada y deajo que las gotas de agua salada me recorran las mejillas. No podría evitarlas, aunque quisiese. Esto es lo que mi cerebro pensó que no querría recordar. Que mi padre me hizo daño y que mi familia me abandonó. Me duele el pecho aún más que cuando me desperté en la habitación del hospital. Es como si alguien se hubiese metido en mi interior para romper cada una de mis costillas por separado y después me hubiese apuñalado el corazón con uno de los filos serrados.

—Ojalá pudiera parar de llorar —sollozo.

—Mierda, nena. Lloro lo que quieras. —Se oye un sonido y después un cálido cuerpo se pega al mío. Acerca mi rostro húmedo a su pecho y me acaricia la espalda—. Lloro lo que quieras, joder.

Lloriqueo lo que parece una eternidad. Cuando por fin mi especie de pozo de lágrimas sin fondo se agota, mis sollozos se convierten en hipidos. East pregunta:

—¿Tienes miedo en casa?

—No. Por mí, no. Por Dylan. Lo de hoy me ha asustado. Dylan necesita medicación y supongo que no se la había tomado. Estábamos discutiendo en la mesa sobre lo enfadada que está porque yo haya vuelto a casa. Soltó un taco y papa explotó. Cogió su medicación y la obligó a tragársela. Fue... horrible... — Me detengo, sin habla ante el recuerdo—. Le ha apretado la cara con mucha fuerza.

—Necesitáis salir de esa casa. Las dos.

Asiento, pero no estoy segura de qué puedo hacer. Parece que Parker no nos ayudará. No me creyó antes y no lo hará ahora. ¿Mamá? Puede que sea un comodín, pero ¿por qué se lo dije a Parker en lugar de a mi madre?

—Podemos vivir aquí, o puedo encontrar un sitio más grande.

Parpadeo.

—¿Nosotros?

—No pienso dejar que pases por esto sola.

Su rabia hace que sonría a regañadientes.

—Lo siento, no estaba pensando —dice.

—Ya lo veo.

Mi momento de frivolidad no dura mucho. Dylan está en casa con un monstruo y yo he estado deambulando preocupada por el colegio, mi reputación y estupideces en vez de centrarme en ella.

—Mi hermana me odia. Se ha portado fatal conmigo desde que volví del hospital, y esta noche he tratado de consolarla, pero ella se ha negado a dejarme entrar en su cuarto. Debe de estar muy cabreada por que la dejaste sola para que papá la atormentase.

—No la dejaste. Tenías catorce años cuando te mandaron lejos, casi la misma edad que Dylan tiene ahora. ¿Esperas que se enfrente a tu padre? No. Volviste para salvarla.

—Menudo trabajo de mierda estoy haciendo.

—Tu padre es abogado. No creo que puedas escaparte con tu hermana así como así. Y por cómo suena, tendrías que secuestrarla, ya que por lo visto ese comporta como un mojón en casa.

Un mojón. Ahogo la risa. Estoy cansada, sin fuerzas e histérica, así que todo suena divertido.

—Me encanta ese sonido —exclama Easton con una gran sonrisa en la cara.

—¿Cuál?

—El de tu risa. Es el mejor sonido del mundo.

Pongo los ojos en blanco.

—Estoy bastante segura de que los hay mejores. Como... eh... —Me cuesta encontrar un ejemplo.

Easton se aprovecha.

—¡Ja! ¿Ves? Incluso tú estás de acuerdo: la risa de Hartley Wright. El mejor sonido del mundo.

Eso solo consigue que me ría de nuevo, lo cual hace que su sonrisa se ensanche más y, entonces, ambos permanecemos sentados sonriendo como idiotas con la ocasional carcajada que se me escapa de la boca. Es increíble el poder que tiene. Hace cinco minutos estaba devastada y sollozando. Y sigo devastada. Pero de alguna forma, Easton tiene una habilidad mágica para hacerme sonreír, incluso en mis peores momentos.

Me asusta y me entusiasma a partes iguales.

—Tengo que irme —digo con incomodidad, porque nuestro festival del humor de repente se me antoja muy... no sé. Muy algo.

Extiende el brazo y me da la mano.

—Quédate —dice.

Trago saliva, dubitativa.

—Un poco más —añade.

Su voz ronca y otra sonrisa dulce de las suyas son todo el aliciente que necesito. Dejo que se me cierren los ojos y uso a East como almohada, estufa y fuente exclusiva de confort. Descansaré los ojos... solo un minuto. Después, me iré a casa.

Me despierto cuando oigo que alguien empieza a rapear. Me siento y miro a mi alrededor para ver quién habla, pero no hay nadie; solo estoy yo, tumbada sobre el pecho de East. Su cabeza descansa sobre la chaqueta del Astor Park hecha una bola.

Junto a él, la pantalla de su teléfono se ilumina. Le zarandeo el hombro.

—Ya estoy despierto —murmura.

Sonrío un poco ante su obvia mentira y lo sacudo más fuerte. Esta vez, rueda y me lanza una sonrisa somnolienta.

—Hola, nena. ¿Has tenido un sueño erótico y quieres que hagamos algo de eso en la vida real?

Está tan guapo al despertarse que ojalá pudiese aceptar su oferta.

—Tu teléfono está sonando.

Él gruñe y se cubre los ojos con el brazo.

—¿Qué hora es?

—Las tres.

Me levanto y busco mis zapatos. Necesito volver a casa. Quiero comprobar que Dylan está bien. Me muevo con lentitud, probablemente por la deshidratación. Puede que mis reservas de agua se agotasen con todo lo que lloré.

—¿De la tarde?

Su teléfono deja de sonar. Encuentro mis zapatillas al lado de la puerta.

—De la mañana. —Miro su chaqueta con deseo. No quiero dejarla, pero es suya. No puedo robarle la ropa.

—¿De la mañana? —Gruñe con incredulidad. El teléfono vuelve a sonar.

La agitación recorre mi cuerpo.

—Creo que deberías contestar. Nadie llama tan tarde a menos que sea una emergencia.

No contesta al instante y me da por pensar que Easton sí que responde llamadas en mitad de la noche de las chicas del Astor Park. Los celos causan que me incline y agarre la chaqueta del suelo. Me digo a mí misma que me la dio.

—¿Sí? —contesta East al final. Escucha durante unos dos segundos antes de erguirse—. Espero que no me estés vacilando —medio grita, pero no de enfado. Una sonrisa se extiende por su atractiva cara—. Enseguida voy. —Deja caer una mano al costado y se vuelve hacia mí con una amplia sonrisa cegadora—. Ha despertado.

—¿Quién? ¿Sebastian?

—Sí —responde East, emocionado—. ¡Se ha despertado!

—¡Ahhh! —grito, y empiezo a saltar. Por fin buenas noticias.

Easton hace su propio baile de celebración y después nos tomamos de la mano y saltamos por la sala como tontos hasta que oímos golpes en el suelo.

—¡Callaos u os echo! —grita nuestro casero.

Nos detenemos de inmediato y nos miramos emocionados.

—Está despierto —susurro, como si al decirlo más alto pudiera hacer que el hermano de Easton regresara a su mágico letargo.

—Claro que está despierto. —Mira a su alrededor—. Tengo que vestirme.

—¿Necesitas que te lleve? —pregunto. No recuerdo haber visto un coche fuera.

—No. Durand viene a recogerme.

No sé quién es Durand. Cojo las zapatillas de East y las dejo al lado de sus

pies.

—¿Tienes calcetines?

—En la mochila. —Suelta aire contra su mano y después olfatea—. Joder, el aliento me huele a cenicero. ¿Tienes caramelos de menta?

Compruebo mis bolsillos, pero no hay nada.

—Mierda. Vale, voy a cepillarme los dientes para no dejarlo inconsciente cuando hable con él. Grita si ves un gran Bentley negro fuera.

No sé lo que es un Bentley, pero me mantengo vigilante por si veo algo grande, negro y caro. En su mochila, encuentro calcetines de repuesto, calzoncillos negros con puntadas blancas que dicen Supreme y otro par de vaqueros.

Quiero ir con él y disculparme, pero no sé si sería bienvenida. Easton dijo que su familia no me odia, pero ¿cómo es eso posible? Aunque diga que fue culpa suya y que los chicos iban deprisa, fue mi coche el que se estrelló contra el suyo. Yo fui la culpable de que Sebastian entrase en coma.

—¿Crees que podría ir a verlo? —pregunto cuando Easton sale del baño. Le doy las zapatillas, los calcetines y los calzoncillos.

Él toma aire al tiempo que enseña los dientes.

—Joder, no sé. Deja que vea lo racional que está Sawyer. Va a sentirse sobreprotector para con Seb y podría explotar. Todos sabemos que no es culpa tuya, pero Sawyer se siente culpable y necesita culpar a alguien más.

—De acuerdo —digo con tristeza—. Pero al menos puedo mandarle un regalo, ¿no?. ¿Qué le gusta a tu hermano?

Una sonrisa pícaro asoma por la cara de Easton.

—Las chicas.

Agarro una de sus zapatillas y se la tiro al hombro.

Easton la coge entre risas.

—Caramelos cubiertos de chocolate.

Alzo la mano para lanzar la otra.

—¿Te lo estás inventando o le gustan de verdad?

—Le gustan de verdad, pequeña bruja. —Se inclina rápidamente para darme un beso—. Ve a casa con Dylan, pero llámame si necesitas cualquier cosa. No importa la hora; mañana, tarde o noche. Llámame.

—Vale.

—Y contesta a los malditos mensajes.

—¡Sí, señor! —contesto.

Ambos sonreímos al separarnos y, de nuevo, me sorprende la magia de Easton Royal. La única persona en mi vida que, en lo bueno y en lo malo, siempre consigue hacerme sonreír.

Capítulo 22

Easton

—¿Cómo estás esta noche? —me pregunta Durand mientras nos alejamos rápidamente del desvencijado apartamento que empiezo a identificar como mi casa.

—Exhausto —confieso.

—Ha sido una tarde emotiva —conviene él.

No tiene ni idea. Todo esto de las emociones lo deja a uno sin una gota de energía, pero, a pesar del cansancio, mis hombros parecen más livianos que nunca. Le he confesado mis pecados a Hartley y no me ha alejado de ella. Pero las cosas que le he dicho sobre su familia la han destruido, y eso me mata por dentro. Necesito idear un plan para alejar a Dylan del cabrón de su padre.

Miro mis mensajes.

Sawyer: Seb ha despertado.

Van con un retraso de veinte minutos. Por los otros mensajes, parece que Sawyer ha llamado a papá a Dubái y que él ha congregado a la tropa.

Ella: Me acabo de enterar por Callum. ¡Dios! ¡Voy de camino!

Reed: ¡Sí, joder!

Gideon: Reed y yo iremos mañana. Reed tiene examen a la una. Aguantad.

Reed: No voy a hacerlo.

Gideon: Iremos después del examen de Reed.

—¿Ella está en el hospital? —le pregunto a Durand.

—Sí. Llegó hace diez minutos.

—Guay.

Durand atraviesa la ciudad en menos que canta un gallo. El hecho de que apenas haya tráfico a esta hora ayuda. Salgo del coche antes de que lo detenga, hago caso omiso de los ascensores y corro escaleras arriba.

—¡Chist! —me dice una de las enfermeras del pasillo. La ignoro y entro en la habitación como una exhalación.

—¡Cabrón, nos has dado un susto de muerte a todos! —grito.

Sebastian me responde con una peineta. La alegría inunda mi cuerpo. Pensé que los Royal estaban desmoronándose y destruyéndose como Ella había creído, pero no. No se nos puede contener.

—¿Qué necesitas? ¿Tienes sed? ¿Hambre?

Miro a mi alrededor y me detengo en el armario de la esquina. Probablemente en su interior haya agua y comida. Sawyer ha tenido que sobrevivir de algo.

—Sed —exclama Seb con voz ronca.

—Suenas como si hubieses estado arrastrándote por el Sáhara —le digo con la cabeza vuelta hacia atrás mientras abro las puertas. Bingo. En los estantes, encuentro una hilera de botellas de agua. Agarro una, la abro y regreso deprisa a la cama.

—¿Dónde está el botón para subir la cama?

Necesito que Seb esté incorporado para que no se ahogue mientras le doy de beber. Después de trastear un poco, encuentro el mando y, tras un intento equivocado, consigo que esté ligeramente inclinado.

—Ahí va.

El agua le cae por la comisura de la boca y suelta un taco.

—Hostia, East. ¿No puedes tener más cuidado?

Arqueo las cejas.

—Lo siento, tío. Hacer de enfermera no forma parte de mi repertorio.

Seb intenta apartar mi mano; «intenta» es la palabra clave. Está tan débil como un gatito. Lo que consigue es que más agua se derrame por las sábanas.

—¡Mierda! ¡Deja de echármela encima! ¡Aj! —Se agarra la cabeza.

Estoy a punto de tirar la botella de agua por el pánico que siento.

—¿Qué pasa? Dios. ¿Cómo llamo a una enfermera?

Me dirijo a la pared junto a la cama y aprieto el botón rojo de emergencia.

—¡Para! ¿Qué haces? —Seb intenta apartarme la mano de nuevo.

—Llamar a un profesional. ¿Qué te parece?

—¿Dónde está Sawyer? —inquieta, mirando hacia la puerta, como si así pudiese lograr que su gemelo apareciese.

—Ella se lo ha llevado a comer. La cafetería está en la primera planta. La comida es terrible, así que imagino que la de aquí también será una mierda. No te preocupes. Te traeré cosas a escondidas.

—¿Para qué? Me voy a casa. —Se destapa las piernas y se coloca en el extremo de la cama.

—Tú estás chalado. No vas a ir a casa. —Vuelvo a colocarle las piernas en la cama y las cubro con la sábana. O eso intento. Seb empieza a apartarme las manos.

—Esto es ridículo. Espera a que venga la enfermera.

La puerta se abre y la enfermera de guardia entra con su coleta oscura ondeando tras ella.

—Aparta —ordena.

Obedezco.

—¿Adónde va, señorito? —le sermonea a Seb, que intenta ponerse en pie.

—Me voy.

—No, tú no te vas a ninguna parte. Dame el historial médico, en el extremo de la cama. —Extiende la mano y yo le entrego el portapapeles metálico.

Seb nos atraviesa con la mirada al tiempo que se sienta.

—Quiero irme a casa.

—Señor Royal, ha estado en coma durante dos semanas. No se irá a casa ni hoy ni en los próximos días.

La mujer le coloca un tensiómetro en el brazo y mira su reloj.

—¿Por qué tarda tanto Sawyer? —se queja mi hermano—. Qué capullo. Acabo de despertar. Debería estar aquí.

—Tu gemelo no ha salido de la habitación salvo cuando le hemos obligado físicamente a hacerlo. Necesita comer, de lo contrario, ocupará tu lugar aquí. —Lo escudriño en busca de algún signo de herida o lesión, pero no sé qué estoy buscando. Intento que mi voz suene lo más casual posible para no preocupar a

Seb. No quiero que las malas noticias lo sorprendan tanto como para que entre en coma de nuevo—. ¿Va todo bien?

—Sus constantes vitales parecen correctas —exclama la enfermera. Apunta algo en el historial.

Siento que mis rodillas tiemblan del alivio. Me agarro a la barra de la cama.

—Son buenas noticias. ¿No, Seb?

Pero Seb está demasiado ocupado mirándole el trasero a la enfermera. Me aclaro la garganta. Cuando al fin me mira, lo amenazo con rajarle el cuello con un gesto. Tiene que dejar de hacer eso antes de que la enfermera le pinche el paquete con una de sus agujas extralargas.

Seb me ofrece otra peineta y vuelve a desnudar a la mujer con los ojos.

—¿Me puede decir dónde estamos? —pregunta la enfermera, gracias a Dios sin percatarse de su comportamiento.

—Ya he contestado eso antes.

—Lo sé. —Trata de calmarlo—. Pero necesitamos comprobar sus constantes vitales todos los días para asegurarnos de que le ofrecemos el tratamiento adecuado.

—Contéstale —la interrumpo, impaciente.

—Estamos en el ala de recuperación Maria Royal, ya sabe, el lugar que mi padre construyó con el dinero teñido de culpa después de que mi madre muriera de una sobredosis de pastillas.

El bolígrafo de la enfermera se detiene en el historial. Seb se percata de su sorpresa.

—Oh, ¿no lo sabías? Creía que era de dominio público.

—Seb —le echo la bronca—. Deja que la enfermera haga su trabajo.

—¿Qué talla gastas? ¿Una 90D? Estás que te sales.

Gruño y me cubro la cara con las manos.

La enfermera cierra el portapapeles con fuerza.

—Sin duda, se siente mejor, señor Royal. El doctor vendrá pronto.

Mis propias pelotas se congelan por la frialdad en su voz.

—También tienes muy buen culo —le grita cuando se va, empeorando las cosas.

—¿Te quieres callar, tío? ¿Qué te pasa?

Me dirijo al cabecero de la cama para callarlo con la almohada en caso de que trate de cabrear a su enfermera de nuevo.

Seb hace una mueca y se cruza de brazos.

—Solo me lo estoy pasando bien. Además, quería comprobar si lo de abajo todavía me funciona.

Bajo la mirada y me percató de la tienda de campaña bajo las sábanas.

—Felicidades. Puedes ponerte cachondo. Podía haberte puesto algo de porno en el móvil de haber sabido que tenías tanta curiosidad por saberlo.

—No seas tan mojigato, East. Si tú estuvieses tendido aquí, harías lo mismo.

—Negativo. He visto el arsenal de armas de tu enfermera: las agujas, los tubos, las bacinillas. —Me estremezco—. Le tengo un respeto enorme. Bueno, da igual, ¿tienes hambre? Porque los últimos catorce días solo has comido de esto. —Señalo la bolsa conectada a la vía intravenosa y leo: «Nutrición parenteral». Apuesto a que es delicioso. En cuanto me digas, te conseguiré algo.

—¿Por qué no me traes a alguien que me la chupe? —estalla Seb.

Sé que mi hermano ha estado enfermo e inconsciente durante las últimas dos semanas, pero no esperaba que cuando despertase se comportara como un cabrón ninfómano.

—Voy a salir a buscar a Sawyer.

—Probablemente esté tirándose a Lauren.

¿De eso se trata? Sawyer no le debe de haber dado las malas noticias, lo cual es comprensible.

—Lo dudo —me limito a decir.

La boca de mi hermano se tuerce en una mueca.

—Mira para lo que sirves. Ya que no haces nada útil, aprieta la bolsa de la morfina. Tengo dolor de cabeza y lo estás empeorando.

—Enseguida.

Me recuerdo que Seb acaba de despertar de un coma y me obligo a salir sin decir palabra. Justo a tiempo para ver a Sawyer por el pasillo con Ella a su lado.

—¿Cómo está? —pregunta Sawyer.

—Del mal humor.

Ella hace una mueca.

—¿Todavía? Pensé que cuando se orientase, estaría bien.

Sawyer se ríe. Su sonrisa es tan amplia que casi le llega a las orejas.

—¿Y qué si está de mal humor? Ha estado en coma dos semanas.

—Ha preguntado por Lauren —le informo.

La sonrisa de mi hermano se esfuma.

—Mierda.

—No le he dicho nada.

—No lo hagas. No quiero que se entere de nada malo.

—No se lo voy a decir.

Sawyer fulmina con la mirada a Ella, que levanta las manos en el aire.

—Yo tampoco, pero cuanto más esperes, peor será.

—Se dará cuenta de que algo raro pasa cuando vea que no aparece —
apunto.

—Simplemente no digas nada —estalla Sawyer—. Yo decidiré cuando es momento de que se entere. —Pasa por delante de nosotros y entra en la habitación.

Ella permanece rezagada y, en cuanto se cierra la puerta, se vuelve hacia mí.

—A Sebastian le ocurre algo.

—¿Te refieres a que nuestro dulce y dócil hermano se ha despertado como un borde ninfómano?

—Sí —contesta, y asiente enfáticamente—, exactamente eso. He entrado y me ha preguntado si estaba allí para chupársela. Ha dicho que era mi obligación como hermana. Y cuando le he recordado que era la novia de su hermano, porque pensé que sufría algún tipo de amnesia como Hartley, ¡me ha respondido que, ya que no estábamos emparentados en realidad, podía subirme a la cama, pero que prefería que me colocara encima y de espaldas para no verme la cara! —termina con un chillido.

Los pocos miembros del personal en el pasillo se giran en nuestra dirección. Agarro a Ella del brazo y la llevo por el pasillo para alejarnos de los ojos curiosos.

—Como ha dicho Sawyer, Seb ha estado en coma dos semanas. Es normal levantarte con una erección, y quizá no esté procesando sus sentimientos adecuadamente, aunque también puede que esté ido por la medicación. ¿Por qué no vuelves a casa? Sawyer y yo lo tenemos todo controlado.

Ella mira hacia la habitación con culpabilidad.

—No debería.

Pero se quiere ir.

—Vete. Estaremos bien —le aseguro.

No necesita que se lo digan dos veces. Me da un apretón en el brazo, murmura un «gracias» y se va. Seb ha debido de asustarla mucho.

Cuando me acerco a la habitación, oigo gritos. Me apresuro en abrir la puerta. Dentro, hay un mar de movimientos.

—¿Qué pasa?

—Estamos haciendo varias pruebas —me informa alguien del personal.

Entra más gente y, al cabo de unos instantes, se llevan a Seb a mirarle la cabeza, literalmente. Mientras, alterna entre maldecir al personal con expresiones como «Quitadme las putas manos de encima, cabrones» y el acoso sexual «En una escala del uno a húmedas, ¿cómo están tus bragas ahora que has estado mirándome la polla durante cinco minutos?».

—¿Qué ha pasado? —pregunto en voz baja cuando Sawyer se acerca a mí en el pasillo—. ¿Qué le ha hecho explotar?

Sawyer se deja caer contra la pared y su sonrisa se transforma en una expresión cansada, exasperada.

—La enfermera le ha hecho orinar en una bacinilla.

—Ah, por eso gritaba.

—Ha necesitado que dos camilleros y yo lo sujetásemos para que no le lanzase la bacinilla. No sé lo que le ocurre. —Sawyer parece confuso.

Le doy una palmada en la espalda.

—Es obvio que se ha despertado con el pie izquierdo.

Sawyer sonrío ante la mala broma.

—Supongo que da igual. Lo que sí importa es que está despierto.

—Sí. Ahora puedes irte a casa.

—¿Qué?

—Vete a casa, Sawyer. Estás exhausto. No has dormido ni una noche del tirón en las dos semanas que llevas aquí. Los exámenes finales están a la vuelta de la esquina y tienes que cuidarte.

—¿Desde cuándo te has convertido en papá? —bromea Sawyer, pero veo el alivio en sus ojos.

—Desde que el de verdad se fue a Dubái para que unos ricos árabes nos comprasen aviones. Ahora que tenemos que repartir nuestra herencia con Ella, tiene que ganar más dinero.

Sawyer, para mi sorpresa, está de acuerdo. Debe de estar cansadísimo.

—De acuerdo. Pero si Seb se cabrea, la culpa es tuya.

—Puedo con ello.

—Recuerda, nada de Lauren.

—Créeme, no pienso sacar el tema.

Si Seb está lanzando bacinillas porque no puede mear de pie, solo causará más daño si se entera de que su novia no ha podido esperar dos meras semanas.

Al cabo de unas tres horas, traen a Seb de vuelta a la habitación, dormido. Sigo al personal y espero a que me den una explicación.

—Hemos tenido que sedarlo para el TAC —me informa la enfermera cuando pregunto qué ha pasado—, pero todo va bien. Tú también deberías irte a casa. No se despertará pronto.

—Alguien tiene que estar aquí cuando lo haga.

—Hemos sido flexibles con las reglas, pero ahora que el señor Royal ha salido adelante, necesitamos imponer orden por su propio bien. Quieren que mejore, ¿no?

¿Qué tipo de pregunta estúpida es esa? Me cabreo.

—Por supuesto.

—Entonces lo veremos mañana —añade, y cierra la puerta tras ella.

Mando un mensaje al chat familiar informándoles de que me han echado y espero que Sawyer, como mínimo, me diga que me quede allí, pero en lugar de eso solo recibo un mensaje de Ella.

Sawyer está dormido. Deja que Seb duerma también. Ambos lo necesitan. Al igual que tú.

Pienso en Seb y en sus locuras. Lo hace porque está asustado y lo último que debería pasar es que se despertase en una habitación vacía.

Nah, me quedo.

*Vaya, Easton Royal. Qué adulto por tu parte *emoji guiñando el ojo**

Una calidez extraña recorre mi cuerpo. Guardo el móvil. Puede que esté madurando. Pues al final resulta que no está tan mal.

Capítulo 23

Hartley

—Siento haber vuelto tan tarde —le digo a mi madre al tiempo que vierto azúcar moreno en las gachas de avena.

—Ah, ¿llegaste tarde? No me di cuenta. Dylan, ¿dónde está tu casco? —grita mi madre.

—En la entrada. —Se oye una respuesta incorpórea.

—Ya he mirado ahí —murmura mi madre, arrojando una toalla en la encimera. Entonces desaparece en el interior de la pequeña estancia anexa.

¿Casco? Me pregunto para qué. Dylan entra como una exhalación a la cocina. La escruto en busca de alguna herida o lesión. ¿Se ha roto algo de forma accidental en los últimos tres años? ¿El comportamiento de mi padre fue una aberración o está maltratando a mi hermana con regularidad?

—Hola, Dylan, ¿te encuentras bien esta mañana?

Introduce la cabeza en la nevera y me ignora. Lleva evitándome toda la mañana. Cuando me desperté, llamé a su puerta, pero no respondió. Esperé en mi habitación con la oreja puesta por si oía movimiento en el pasillo. Cuando la oí, salí de mi cuarto, pero ya era demasiado tarde; se había encerrado en el cuarto de baño.

Me acerco y le doy un golpecito en el hombro.

—Dylan, ¿te encuentras bien esta mañana?

Ella se deshace de mi mano y cierra la puerta del frigorífico estrepitosamente.

—Te he oído la primera vez. Estoy bien. ¿Puedes volver a dejarme en paz,

tal y como has hecho estos últimos tres años? —Leche en mano, se encamina hacia la despensa y saca una caja de Cheerios.

La culpa se aloja en mi garganta, así que tengo que deshacer el nudo antes de hablar.

—Siento haber estado lejos tanto tiempo. No fue mi intención. Por eso volví a casa, ¿sabes? Para estar cerca de ti.

—Lo que tú digas —murmura. Ha sacado su teléfono móvil y está revisando sus mensajes.

Estoy segura de que le mandé varios mientras estuve fuera. Me pregunto qué le dije. Puede que fuese muy borde con ella, o quizá Dylan me contó lo que pasaba y yo no la escuché bien, pues estaba concentrada en mi propio drama.

—Lo siento —digo en voz baja—. Siento haberte hecho daño.

Levanta la vista del teléfono.

—Para eso tendrías que importarme.

—*Auch*. —Me froto el pecho e intento restarle importancia al golpe que me acaba de propinar—. Vale, espero que sepas que te quiero.

En respuesta, agarra el bol, lo lleva al fregadero y grita:

—Mamá, ¿has encontrado el casco?

—Sigo buscándolo.

Me paso una mano por la boca. Es como si deseasen que no viviese aquí.

—Ya casi es hora de irnos. ¿No me lo puedes traer luego?

—Sí, vale. Ponte los zapatos y nos vamos.

Agarro la chaqueta del Astor Park y me la pongo. Se abre la puerta trasera.

—¿Y qué pasa con Hartley? —pregunta Dylan.

—Ay, me he olvidado de ella. —Entonces, mi madre chilla—: Hartley, es hora de ir a clase.

—Dios, ¿tenemos que esperarla?

—Estoy aquí —respondo.

Dylan mira hacia atrás, sorprendida, y luego se escabulle hacia el coche antes de acomodarse en el asiento de atrás. Mi madre se precipita hacia el asiento del conductor.

—Sube —me dice. Luego se dirige a Dylan—: ¿Tienes todos los deberes?

—Sí.

—No olvides cambiarte antes de que te recoja.

—Sí, mamá. Lo sé.

—Bueno, la semana pasada no te acordaste, ¿verdad?

Dylan se queda en silencio. Bajo el parasol y finjo inspeccionar mi maquillaje inexistente, pero realmente utilizo el espejo para espiar a mi hermana. Ella se pone los auriculares y se queda mirando fijamente su teléfono.

Necesito saber que no está herida.

—Mamá, sobre lo de anoche... ¿Puedo ayudar a recordarle a Dylan que se tome sus medicinas?

Mi madre frena en el semáforo y se gira para mirarme con estupefacción, como si se hubiese olvidado de que estaba en el coche.

—Ah, Hartley. Deberías buscarte a alguien que te traiga. Dylan tiene clase de equitación esta tarde —me informa haciendo caso omiso de mi sugerencia. Puede que ni me haya oído.

—Anoche pasé miedo.

—Tu padre tiene mucho temperamento. —Le resta importancia—. Y todo irá bien, porque Dylan se tomará la medicación o no irá al espectáculo de equitación de este fin de semana.

Mi madre mira por el espejo retrovisor y espera una respuesta, pero no la obtiene. Dylan está escuchando música a un volumen tan alto que hasta nosotras la oímos a través de sus auriculares.

—Dylan —repite mi madre.

La tensión me aumenta debido a la ausencia de respuesta por parte de Dylan. Extiendo el brazo hacia atrás y chasqueo los dedos. Ella ni se inmuta.

—Dylan, baja eso —grita mi madre al tiempo que frena en seco delante del Astor Park—. Lo tienes tan fuerte que hasta yo oigo la música. Vas a quedarte sorda.

—Sal. Llegaré tarde por tu culpa —espetea Dylan.

Me recuerdo que mi hermana pequeña está traumatizada por lo que ocurrió anoche, y Dios sabe cuántas otras más, y bajo del coche con tranquilidad.

Me alegro de no ser yo la destinataria de los gritos, pero siento un atisbo de descontento ante el hecho de que parezco ser una mera carga para mi propia madre. No es que quiera, ni necesite, su compasión, pero hace no mucho tuve un accidente y todavía sufro las consecuencias de haberme golpeado la cabeza en el hospital, y encima he vuelto después de tres años de ausencia. ¿No debería estar gritándome a mí por llegar a casa a las tres de la mañana?

Me dirijo al camino pavimentado del Astor Park de mala leche. A lo mejor Felicity decide tocarme las narices hoy y puedo desquitarme con ella. Eso me

haría sentir un poco mejor. Por desgracia, es Kyle el que decide hablarme en la biblioteca durante la hora de estudio, no Felicity.

Acerca su silla a la mía y apoya sus peludos brazos sobre mi mesa.

—Se rumorea por todo el colegio que te estás tirando a Bran Mathis.

—¿Ese es el tema candente ahora? —Arqueo una ceja—. ¿Por qué no hablan de que voy a unirme al circo en las vacaciones de Navidad? A mi grupo le vendría bien la publicidad.

—¿Al circo? —Parpadea.

—Es broma —interviene una estudiante próxima a nosotros. Es la primera vez que alguien da la cara por mí en el instituto y es un milagro que no salte de la silla y la abrace aquí en medio. Me conformo con ofrecerle una media sonrisa.

La rubia se encoge de hombros.

—¿Una broma? —repite Kyle. Su rostro se torna rojo como si fuese un dibujo echando humo por las orejas—. ¿Te estás burlando de mí?

—No. Estoy intentando terminar los deberes. —Extiendo el brazo para agarrar mi poema cuando una mano sudorosa se posa con fuerza sobre la mía.

Suelto un grito. Uno muy alto.

La señora Chen levanta la mirada del escritorio.

—Señor Hudson —espeta la profesora de guardia—, en Astor Park no se permite tocar a otros estudiantes sin su consentimiento. A menos que quiera que le reste un punto en su expediente, debería apartar esa mano inmediatamente.

Kyle me aprieta la muñeca. Los dientes me rechinan porque, joder, me duele. La señora Chen abre su portátil. Kyle, al darse cuenta de que la profesora va a ser fiel a su palabra, me suelta enseguida, pero la señora Chen está ocupada tecleando.

—Espere, dijo que, si la soltaba, no me restaría ningún punto —protesta.

Ella ni siquiera lo mira cuando responde.

—Le dije que apartara la mano de inmediato y no lo ha hecho. No voy a tolerar esa clase de comportamiento.

—Zorra —murmura. Suena una campanita. Kyle gira su móvil y se pone en pie con el teléfono en alto—. Dos puntos. ¡Me ha quitado dos puntos! —grita.

—Y me ha llamado «zorra». Eso es insubordinación y violación de la regla 4-13 del Código de Honor sobre la buena conducta. ¿Le parece mejor que le quite tres puntos o se va a sentar, señor Hudson?

Kyle se desploma sobre su silla.

—Y los demás deben saber que, dado que son estudiantes de último año, espero que actúen como adultos en vez de como un puñado de animales salvajes, intentando desquitarse con otro alumno solo porque piensen que es una especie de competición.

—No estamos en la guardería —se queja Felicity desde otra mesa de la biblioteca.

—Entonces, actúe con madurez, señorita Worthington. Les quedan diez minutos de estudio; empléenlos bien.

Creo que tengo dos corazones por ojos cuando miro a la señora Chen. Se ha convertido oficialmente en mi nueva profesora favorita.

—Gracias —le digo cuando la hora de estudio acaba.

La mujer me dedica un sucinto asentimiento de cabeza que no es exactamente del todo amable, pero sigo adorándola. Fuera, Kyle me espera con una mirada iracunda.

—No creas que has ganado, zorra.

—Esto no es ninguna competición, así que no hay ganadores ni perdedores —replico. Compruebo mi horario y veo que ahora tengo Música, lo cual implica que debería pasarme por mi taquilla antes.

—Eres una perdedora.

—Vale.

Sonrío y me despido con la mano al tiempo que me alejo de allí. Kyle se queda pasmado a mi espalda. ¿Qué quería? ¿Que discutiese con él? Pesa dos veces más que yo y sé que, si quisiese, podría destruirme físicamente hablando, así que no voy a pelearme con él. Además, parece que los profesores no le pasarán ni una y tiene que ir con cuidado.

—¿Estás bien?

Meto los libros en la taquilla y me giro hacia Ella, que se ha detenido junto a mí.

—¿Cómo está Sebastian? —le pregunto al instante.

Ella arruga la nariz.

—Está... distinto.

—¿Y eso?

—Simplemente lo está. Antes era comprensivo y dulce, y ahora es como un viejo cascarrabias.

Las náuseas que siento cada vez que recuerdo el accidente me revuelven el

estómago.

—Lo siento mucho —digo. Las palabras son inadecuadas, pero no sé qué más hacer. Decido preguntar—. ¿Hay algo que pueda hacer? ¿Como cocinarle o lavarle los calcetines? Easton dice que los caramelos cubiertos de chocolate serían un buen regalo.

—Eso sería genial, pero quizá sea mejor que se los dé yo. No es que el accidente haya sido culpa tuya ni nada, pero Seb está... raro ahora mismo. — Estira el brazo y me da un golpecito en el mío con los dedos—. Tú concéntrate en ti misma y en recuperarte. Sebastian se pondrá bien. O nos adaptaremos. Ahora mismo nos alegramos de que siga con nosotros.

—Yo, también —le aseguro con ímpetu—. Pero si hay algo que pueda hacer, dímelo.

Su rostro adquiere una expresión seria.

—No fue culpa tuya, lo sabes, ¿no? Si lo hubiese sido, Callum te habría denunciado; no le habría importado que tu padre fuese el fiscal del distrito.

El timbre suena y me quedo sin responder. Ella me dedica una pequeña sonrisa y se aleja hasta su siguiente clase. Sus palabras me conceden un poco de consuelo, pero mi siguiente clase es Estudios Musicales y uso el tiempo para calmarme mientras toco las sonatas de Mendelssohn en escala mayor. Los siguientes cincuenta minutos son los más pacíficos que he experimentado desde que desperté.

—El tiempo se ha acabado, señorita Wright —dice una voz a través del interfono. Entristecida, guardo el violín y salgo hacia el comedor.

El comedor no es un simple comedor sin más, sino un restaurante pijo. El techo debe de estar al menos a seis metros del suelo. Las paredes están forradas con paneles de madera oscura y las mesas rectangulares están cubiertas de manteles blancos. De fondo se oye música clásica acompañada por el sonido del agua en una fuente junto a la entrada. En un rincón, un enorme muro de plantas vivas llena el espacio. Las mesas frente a ellas están vacías.

En el centro de la estancia, localizo a Ella con otras dos chicas. Una tiene el pelo largo y rojizo, y la otra, corto y negro. Junto a ellas, hay un par de estudiantes más que podría clasificar seguramente como populares. En la mesa de al lado se encuentra Felicity y su séquito.

—¿Preguntándote dónde sentarte?

Desvío la mirada y veo a Bran.

—No. Voy a sentarme en el jardín.

Me ofrece una mueca.

—¿Qué? ¿Qué tiene de malo? Parece bonito.

—Hay bichos —dice, y luego se estremece. No sé si ha sido de verdad o fingido—. Hay un montón de plagas. Créeme. No quieres comer allí. Ven conmigo. —Señala con la cabeza una mesa al fondo de la sala. Ya está medio llena de tíos muy musculosos.

—Parece que tienes muchos amigos.

—Qué va, es solo porque Dom está ahí, y es tan grande que ocupa el lugar de dos.

Me paso la lengua por el labio y considero mis opciones. No tengo muchas. O voy al rincón con los bichos o acepto la propuesta de Bran.

—¿De verdad hay tantos bichos? —pregunto.

—Creo que la pregunta es: ¿de verdad te caigo tan mal que prefieres sentarte con bichos en vez de conmigo? —Sus ojos brillan, así que sé que no está molesto, pero ha dado en el clavo.

—¿Por qué eres tan amable conmigo? —pregunto mientras avanzamos en la cola. Las opciones del bufé son increíbles. No volveré a saltarme la hora del almuerzo. Kyle bien puede sentarse a mi lado durante toda la hora y susurrarme todos esos insultos asquerosos, que me dará igual, porque esos ravioli de calabaza huelen que te mueres.

—Y ¿por qué no tendría que serlo?

—Eh, ¿porque soy una persona horrible?

—¿Desde cuándo eres una persona horrible?

Ladeo la cabeza y observo a Bran. ¿Está interesado en mí y por eso dice que no soy mala? Es muy atractivo. Probablemente pueda meterse bajo las faldas de otras chicas sin mucho esfuerzo.

—¿Pasamos mucho tiempo juntos? No tenemos muchas clases en común. — Ahora que lo pienso, creo que no tenemos ninguna.

Bran se ruboriza un poco.

—Sí, yo no estoy en las universitarias, como tú.

Ay, mierda. ¿Se lo ha tomado como un insulto?

—No me refería a eso. Y-yo... —titubeo—. Es solo que creo que no soy muy popular por aquí, y estás muy bueno, así que ¿no deberías estar, en plan, con gente más popular?

Se hace con una manzana de una cesta y la coloca en mi bandeja.

—Piensas que estoy bueno, ¿eh? Puede que por eso quiera pasar tiempo contigo. —Guiña un ojo y recoge mi bandeja antes de llevarla hasta la dependienta.

Ella le cobra y desliza su carné de identidad del instituto. Yo le doy a la cajera el mío. Lo pasa y luego me lo devuelve.

—¿Tienes dinero suelto?

—¿Eh? —pregunto—. ¿Por qué necesito dinero?

La mujer gira la pantalla hacia mí.

—Porque no tienes dinero en la cuenta.

Esto es vergonzoso. Los chicos a mi alrededor se ríen por lo bajo y siento el inicio de una nueva oleada de cotilleos humillantes.

Bran se adelanta.

—Ya pago yo.

—En efectivo —dice la mujer—. Solo podemos pasar el carné una vez.

Bran parece frustrado.

—¿Hay algún problema? —pregunta Felicity desde su mesa. Advierto una nota de regocijo en su voz, como si su radar de momentos vergonzosos se hubiese activado.

—No tiene dinero en la cuenta —grita un chico a mi espalda—. Y Bran no lleva dinero suelto encima.

Las orejas de mi salvador se tiñen de rojo. Agarro la bandeja con fuerza para evitar lanzarle la pasta anaranjada al estudiante bocazas.

—Estáis saturando la cola —se queja otro estudiante—. Tengo que irme a clase.

—Sí, dejadla pasar para que los demás podamos comer.

—¡Tenemos hambre!

—Por eso no deberían aceptar en Astor a gente de clase baja.

—Es horrible, ¿verdad?

Con cada queja, la sonrisa de Felicity se ensancha más y más. Disfruta con toda la situación. Estoy a punto de abandonar la bandeja cuando recuerdo el dinero que me dio mi madre anoche. Entierro la mano en el bolsillo y se lo tiendo a la cajera.

«Lo siento, Felicity», murmuro para mí misma.

—Lo siento —le digo a Bran—. Me olvidé de que tenía dinero. Supongo que mi memoria a corto plazo es igual de mala que la de a largo plazo.

—No te preocupes —contesta, pero tiene los hombros tensos. No le hacen demasiada gracia las burlas.

Quiero decirle que se relaje, pero eso es algo que tendrá que aprender por sí solo. Me dirijo al rincón y me como el almuerzo. Tengo cosas más importantes de las que preocuparme que Kyle, Felicity o Bran. Mi hermana está en peligro y, como no puedo sacarla de casa, tendré que encontrar el modo de hacer que la amenaza desaparezca.

Capítulo 24

Easton

—Voy al hospital. Se te oye fatal. ¿No dormiste nada anoche? —le pregunto a Sawyer por teléfono. Se presentó en el hospital sobre las seis de la mañana y yo volví a casa para descansar un poco.

—Lo intenté, pero no dejaba de preocuparme. No tendría que haberme ido.

Traducción: Seb lleva dándole la lata por haberse ido estas últimas cuatro horas.

—¿Quiere algo? —Me echo una chaqueta de cuero al hombro y bajo las escaleras como una exhalación.

—¿Hay algo que no quiera? Le he oído pedir solomillo, sushi, un avión, Lauren, su propia cama, menos enfermeras, enfermeras más guapas, una mamada, una paja, salir de la puta cama... —Mi hermano pequeño suelta un suspiro.

—Entonces ¿todavía no le has contado lo de Lauren?

—No. La llamé y le dije que Seb se había despertado. Me dijo que le parecía muy bien, pero que somos demasiado para ella.

—¿Y eso qué cojones significa?

—No tengo ni idea. Mira, tengo que irme. Seb está gritándole otra vez a la enfermera.

Sawyer cuelga antes de que pueda responder. Se me ocurre una idea.

—¿Directo al hospital? —pregunta Durand cuando me acomodo en el Bentley unos pocos minutos después.

—No. Vamos a la juguetería primero y luego al hospital.

—¿Qué juguetería?

—La que está en Kovacs.

Durand ni siquiera parpadea, aunque sabe cuál es. Qué narices, todos los mayores de trece años lo saben, y probablemente la mitad de Bayview haya estado dentro alguna vez, presumiblemente para comprar regalos de coña, pero según dicen las chicas del Astor, hay muchos juguetitos con pilas que vibran en el fondo de sus bolsos y mochilas.

Paramos en el *sex shop* y yo entro, encuentro lo que necesito y pago. Durand no es muy hablador y yo estoy agotado, así que cierro los ojos y dormito durante el resto del trayecto. Cuando llegamos al hospital, Durand me despierta subiendo el volumen de la radio.

—Ya me las apañaré para volver a casa —le digo mientras cierro la puerta.

Como Seb está haciendo que todo el personal desee que vuelva a entrar en coma, me esfuerzo por sonreír cuando los saludo.

—Rhonda, ese color te pega.

La enfermera de guardia, de cincuenta años por lo menos, sonrío de oreja a oreja.

—Gracias, Easton. El azul siempre ha sido mi color.

—Me refiero al pintalabios. Es un color que incita a besar. —Le guiño un ojo, y ella se ruboriza como si tuviese doce años y fricciona los labios.

—Y yo ¿qué? — pregunta Sarah, su compañera.

—Tendría que ir a confesarme durante tres días seguidos si dijera en voz alta los pensamientos pecaminosos que estoy teniendo sobre ti, Sarah —le digo.

La mujer se toca el pelo, teñido de azul, y suelta una risita.

De camino a la habitación, me topo con Matthew, uno de los camilleros.

—Hoy se te ve más musculoso, tío.

—He hecho algunas pesas esta mañana —me informa a la vez que flexiona el bíceps.

Choco el puño contra él y le ofrezco mi mejor expresión de sorpresa.

—Genial, pero ten cuidado o las pacientes se enamorarán de ti y no querrán irse nunca.

—Ese es el plan. Camas ocupadas, sueldo asegurado.

—Te entiendo. —Lo señalo con los dedos cual pistolas y luego me adentro en la habitación de Seb.

—¡Cuidado! —oigo, y obedezco de forma instintiva.

Oigo un silbido sobre mi cabeza cuando algo pasa volando por encima de mí. Me giro a tiempo para ver la bandeja de comida que se estrella contra la pared y luego cae al suelo; deja un manchurrón parecido a un test de Rorschach hecho de guisantes, compota de manzana y una carne un tanto misteriosa.

—¿Tan mala está la comida? —bromeo.

—Este sitio es una mierda —gruñe Seb—. ¿Cuándo podré volver a casa? — Su rostro está enrojecido. Me preocupa que se le vaya a reventar una vena y vuelva a caer en coma. Sawyer está en su silla, con la cabeza hundida entre las manos.

—¿Qué dice el médico?

Cuando me acerco a la cama, me hago con el historial que cuelga de la pared y lo hojeo, pero no entiendo ninguno de los garabatos.

—Que puedo marcharme cuando mi padre o mi tutor legal venga. Tú tienes dieciocho. Sé mi tutor legal y sácame de aquí.

—Vale. —Me acerco a él. Tiene dos vías intravenosas en el brazo. Empiezo a tirar de una de ellas.

—¿Qué estás...?

Sawyer se abalanza sobre mí, pero es innecesario, porque su gemelo ya ha apartado el brazo de mi alcance.

—No toques las vías, joder. ¿Es que intentas matarme o qué?

Seb frunce el ceño y se cubre las muñecas de forma protectora con una mano.

—Me has dicho que necesitabas ayuda para salir de aquí.

Mantiene el ceño fruncido.

—Se supone que tienes que conseguir que el médico me dé el alta. No arrancarme las vías del brazo. Necesito los analgésicos.

—Entonces, me parece que vas a tener que calmarte y callarte hasta que el médico te diga que te puedes ir a casa. Créeme, sigue comportándote como un gamberro y te echarán en menos que canta un gallo. Y entonces ya no tendrás más de esto. —Señalo una de las vías intravenosas.

—No hace falta que finjas que te importa. Ya tengo una niñera —se queja Seb, tan huraño como un niño pequeño enfurruñado.

—Si te refieres a Sawyer, no la tienes. Él se va a casa a cagar, ducharse y dormir. —Le doy un apretón a mi hermano pequeño en el hombro con la mano libre. Lo siento languidecer de alivio. El muchacho está torturándose aquí—. Me tienes a mí como entretenimiento. Sawyer me ha dicho que querías una

mamada, ¿no? No puedo ayudarte con eso, pero tengo algo para ti. —Arrojo la bolsa de papel sobre el regazo de Seb.

Él saca el juguete sexual.

—¿En serio? No lo quiero. —Me lo tira a la cabeza, pero está tan débil que cae al suelo, frente a mí—. ¿Dónde está Lauren?

—En casa.

No tengo ni idea, pero esa es mi mejor suposición.

—Deberías haberme traído a una prostituta.

—Le he preguntado a Rhonda, pero me ha dicho que traer prostitutas al hospital no está permitido. —Recojo el juguete y lo coloco sobre la mesilla.

—Como si las normas fuesen un impedimento para ti.

Las sienes me empiezan a latir. Señalo la puerta con el pulgar en dirección a Sawyer.

—Hora de marcharse.

Él se levanta y se dirige hacia la puerta sin pronunciar más palabra.

—¿Me dejas? —grita Seb—. ¿De verdad me vas a dejar aquí? ¡Me he despertado hace menos de veinticuatro horas y ya te vas!

Sawyer se queda paralizado.

—Sí, se va, y yo me quedo en su lugar. Ahora cierra la puta boca y deja que tu hermano se marche tranquilo —espeto—. Vete —le ordeno a Sawyer.

Él pone pies en polvorosa, y no lo culpo. Yo también huiría si pudiera.

—¿Quién ha muerto y te ha nombrado rey? —exige saber Seb.

—Yo. —Me siento en una de las sillas vacías, me llevo las manos a la nuca y estiro las piernas. Llevo despierto una hora o así, pero me duele la cabeza y lo único que quiero hacer es cerrar los ojos y echarme una siesta.

—¿Por qué estás tan cansado? ¿Demasiadas tías en cola? —dice con un tono de envidia.

Decido contarle la patética verdad.

—Solo una chica, y ni siquiera hemos llegado a hacer manitas aún.

Eso lo enmudece. Abro los ojos y veo que está pensando con la vista fija en la ventana. Me recuerdo que ha sufrido un grave accidente, que ha estado en coma durante dos semanas y que probablemente se muera de ganas por salir.

—¿De verdad te dijo el médico que solo necesitabas la firma de uno de tus padres o de tu tutor legal?

—Sí, pero papá no responde el teléfono —contesta Seb con rabia.

—Está volviendo a casa. Se encuentra en un vuelo de diecinueve horas y tienen que parar y repostar —le recuerdo.

—Lo sé. —Las sábanas se arrugan bajo sus puños. Se muere por salir de aquí.

El teléfono sobre la mesita de noche junto a la cama vibra al mismo tiempo que el mío, en el bolsillo. Papá debe de haber llegado. Los ojos de Seb se iluminan cuando coge el móvil. Pero sea lo que sea lo que lee, no es bueno. Su animada expresión se torna sombría mientras repasa el mensaje. Con una imprecación, lanza el teléfono contra la pared y este aterriza justo donde la carne misteriosa ha dejado una marca.

—Buena puntería —suspiro. Seb es uno de los mayores anotadores del equipo de *lacrosse* de Astor.

—Papá está en Londres y no llegará hasta el jueves de madrugada.

—¿Y eso?

Saco el teléfono y leo el mensaje: el mal tiempo le impide llegar antes.

—East.

—¿Qué?

—Tienes que hacer algo.

Le ofrezco una mueca.

—¿Como qué? Estamos en un segundo piso. ¿Quieres que atemos las sábanas y salgamos por la ventana?

Un brillo de esperanza aparece en sus ojos.

—Hay una persona que puede ayudarnos.

Una alarma de peligro inminente resuena en mi cabeza. Hay alguien que tiene nuestra tutela cuando papá se encuentra fuera del país, o al menos así era en el pasado. Podía firmarnos las notas, las autorizaciones, o cualquier cosa que un menor no pudiese comprar si el consentimiento de un adulto. Pero es una persona *non grata* en nuestra familia y Seb lo sabe.

—No. —Niego con la cabeza—. No y no. Es una mala idea.

—¿Por qué? ¿Porque a Ella le importaría? Ojos que no ven, corazón que no siente. Yo no se lo diré si tú no lo haces.

—No, porque no te gustaría deberle nada a un tío como ese. Es como darle tu cuenta bancaria a un drogadicto y decirle: «No gastes nada».

—¿Qué es lo peor que podría pasar? ¿Que nos llame para que le hagamos un favor y digamos que no?

Eso tampoco me parece bien.

—Por favor, East. No te lo pediría si no estuviese desesperado, pero te lo juro, como tenga que quedarme aquí otra noche más, voy a terminar haciendo algo drástico.

Aprieto la mandíbula con fuerza. No creo que Seb lo diga en serio, y es un golpe bajo por su parte soltar esa amenaza cuando nuestra madre se suicidó.

Decido que necesito descansar antes de hacer algo de lo que me arrepienta.

—Voy a traerte agua —digo de camino a la puerta.

—¡Ya tengo agua! —grita a mi espalda.

Doy un paseo por el pasillo y me detengo cuando llego a la antigua habitación de Hartley. Las lesiones cerebrales eran horribles. Hartley perdió la memoria y Sebastian, a sí mismo. Me paso una mano por mi propio cráneo. Todos somos muy frágiles. Una mala caída, y el mundo entero puede cambiar. Ni Hart ni Seb lo pidieron, y apuesto a que si pudiesen volver a ser como eran antes, lo harían sin pensárselo dos veces. Me crujo el cuello. Lo único que puedo hacer es ser paciente. Por supuesto, se me da fatal ser paciente, pero ¿qué otras opciones tengo?

Me obligo a dar la vuelta y regresar a la habitación de Seb. Me necesita, aunque solo sea para hacer de diana. Necesita desahogarse y yo puedo soportarlo.

Cuando regreso, Seb está vestido y se encuentra sentado en la zona de descanso de la habitación; parece más un visitante que un paciente. Está hojeando una revista *GQ*.

—¿Qué está pasando aquí?

No responde.

—¿Seb? ¿Por qué estás vestido?

Entonces, levanta la mirada hacia mí con una expresión engreída en el rostro.

—Voy a salir de aquí.

—¿Cómo?

Al ver que sigue sonriendo, el miedo se apodera de mí.

—No lo has hecho.

Se encoge de hombros.

—¿Por qué le das tanta importancia? Vendrá a recogernos y nos dejará en casa. A nadie le importará si tú no haces una montaña de un granito de arena.

—Esto está mal. —Saco el teléfono, pero me doy cuenta de que no puedo llamarlo. Eliminé el contacto hace tiempo y no me sé el número. Vuelvo a apretar la mandíbula—. No se debe hacer tratos con el diablo.

—Demasiado tarde.

—Me alegro de que me hayas llamado.

La pesada mano de Steve O'Halloran se posa sobre mi hombro y yo trato de no encogerme con todas mis fuerzas. Así va nuestro sistema judicial: un tipo acusado de asesinato e intento de asesinato puede pasear libre por las calles. Y que no me digan que la tobillera o la fianza de millones de dólares es algún tipo de elemento disuasorio. Steve tiene acceso a mucho dinero. Lo esconde en muchos sitios, como una ardilla. Yo también empecé a desarrollar ese hábito. Incluso hice que nuestro padre instalara la caja fuerte de mi vestidor después de que Steve me enseñara una muy guay que tenía en su dormitorio.

Atravieso a Seb con la mirada, gesto que ignora mientras se acomoda en el asiento de atrás. Ya tiene lo que quería y no le preocupan los efectos secundarios; un sentimiento que reconozco y empiezo a advertir que no es solo egoísta y frívolo, sino que es realmente perjudicial. El discurso que le di a Ella sobre perseguir la diversión por encima de todo lo demás me parece muy estúpido en comparación con esto.

—¿Se te ha olvidado algo? —pregunta Steve.

—La cabeza —murmuro en voz baja. Abro la puerta de atrás con fuerza y empujo a Sebastian a un lado.

—Siéntate delante —se queja—. Estoy enfermo. Necesito tumbarme.

—Porque no sentarte en tu sitio, ni llevar cinturón te vino de fábula la última vez, ¿verdad? —le digo con sarcasmo.

Seb responde con mucha madurez y me enseña una peineta. Yo me abrocho el cinturón e ignoro el hecho de que el asiento del copiloto del nuevo Tesla de Steve me aprieta las rodillas contra el pecho. Es incómodo estar aquí detrás, pero no me voy a sentar al lado del hombre que intentó matar a Ella. Ya siento que he caído más bajo que la pata de una hormiga, así que no voy a tratarlo como si fuese un amigo de la familia.

—¿Cómo estáis, chicos? —pregunta Steve mientras conduce lentamente hacia casa. El hombre es un loco de la velocidad. Llegaríamos a casa en cinco

minutos si condujera como normalmente lo hace. En cambio, parece que pretende superar a Ella. A este ritmo, tendremos suerte si llegamos a casa antes de que salga el sol.

—Genial —trina Seb—. ¿Podemos parar en un sitio?

—No —respondo—. Nos vamos a casa.

No me puedo creer que Seb quiera pasar más de dos minutos con el tío que está en el asiento del conductor. Steve mató a una mujer y, para ocultarlo, intentó matar a Ella. Respirar el mismo aire que él hace que me entren ganas de vomitar.

—Podemos parar donde quieras —dice Steve.

Seb se espabila y empieza a decir algo hasta que coloco mi pie izquierdo sobre el suyo derecho y lo piso con fuerza. A estas alturas no me importa que acabe de salir del hospital. Nos vamos a casa. Mis ojos comienzan a albergar amenazas muy reales; Seb me conoce lo bastante como para saber que no son promesas vacías. Puede que tenga diecisiete años, pero ha estado dos semanas en el hospital y ambos sabemos que podría hacer que volviese allí con muy poco esfuerzo. Mi hermano cierra la boca y se apoya contra la ventana a la par que yo levanto el pie y lo vuelvo a apoyar en mi lado del coche.

—Llévanos a casa —digo por ambos.

El camino hasta casa se hace corto, menos mal. En cuanto el vehículo se detiene, ya estoy listo para bajarme de él. Que Steve nos haya traído a casa no será un problema si nadie se entera de ello.

—Hora de despertarse, dormilón. Hemos llegado a casa. —Sacudo a Seb, que se ha quedado dormido pese a la brevedad del trayecto—. Vamos, venga —siseo. Cuanto más tiempo pasemos en la puerta, más probabilidades hay de que nos descubran.

—¿Está bien? —Steve se gira y coloca una mano sobre la rodilla de Seb—. Eh, chaval, ¿estás bien?

—Está perfectamente —le digo, pero, en el fondo, estoy preocupado. ¿Lo hemos traído a casa demasiado pronto? Lo sacudo con más fuerza. Puede que con demasiada, porque gime de dolor y empieza a darme puñetazos y patadas.

—Joder —gruñe—. ¿Intentas que vuelva a caer en coma?

—Lo siento. —Salgo del coche rápidamente y me dirijo a su lado.

Seb se tambalea un poco hasta que logra ponerse de pie. Se aferra al coche y luego a mí, antes de dar un paso vacilante hacia delante.

Steve agarra a Seb por la derecha y me señala con la cabeza para que yo

haga lo propio a su otro lado. Mi plan de entrar rápidos y veloces se va a la mierda.

—Puedo andar. —Seb intenta zafarse de nosotros, pero el chico está débil como un recién nacido.

Steve y yo prácticamente lo llevamos en brazos para subir los amplios escalones frente a la puerta principal.

—Ya me ocupo yo desde aquí —le digo a Steve.

Él sonríe.

—No os voy a dejar solos ni en sueños.

Aprieto la mandíbula.

—De verdad. Estamos bien. ¿Verdad, Seb?

La cabeza de Seb cuelga hacia delante.

—Sí, bien —responde, medio adormilado.

Las alarmas empiezan a sonar en mi cabeza. Miro a Steve con los ojos entrecerrados y un ligero sentimiento de sospecha.

—¿De verdad que el médico ha firmado su alta?

Steve asiente.

—Sí. Han dicho que sus constantes vitales han estado estables estas últimas cuarenta y ocho horas y que les llamásemos si había alguna señal de deterioro de sus facultades mentales.

—¿Y eso qué narices significa?

—Significa que, si empiezo a babear, me lleves de vuelta al hospital —bromea Seb.

—Yo lo veo bien. —Steve agarra a Seb con más firmeza—. ¿Por qué no abres la puerta, Easton?

No me hace falta, porque Ella aparece de repente en el umbral, con la boca abierta y los ojos inundados de dolor.

—¿Qué está pasando aquí? —pregunta con furia.

Steve se adelanta y arrastra a Seb tras él.

—Hemos traído a Seb a casa.

—Lo siento —le digo a Ella en silencio, pero ella tiene la atención puesta en Steve. Lo observa como si el hombre pudiese sacar una pistola en cualquier momento y apuntarla con ella en la cabeza.

Y ¿por qué no habría de pensar así? No ha pasado tanto tiempo desde que Steve la amenazó a punta de pistola.

Mierda. Tengo que conseguir que se vaya de aquí. Ya.

Rodeo el cuerpo de Seb con un brazo y lo separo de Steve. Jugamos a un breve tira y afloja hasta que Steve por fin lo suelta.

—¿Por qué no llamas a Sawyer? —le sugiero a Ella.

Esta asiente y retrocede con los brazos cruzados en el estómago a modo de escudo y la vista aún fija en Steve. La puerta de entrada se queda abierta a mi espalda, porque, pese al tamaño gigantesco de esta casa, Ella se siente atrapada y asustada.

Siento a mi hermano en una silla que hay en el vestíbulo revestido de mármol. Seb me mira con los ojos entrecerrados.

—¿Estás bien, hermano? —Le doy un golpecito leve en el hombro.

—Me duele la cabeza. —Se pasa el dorso de la mano por la boca—. Y tengo ganas de vomitar.

—El baño está por allí. —Señalo el aseo que está justo al lado de la entrada.

Respira hondo una vez y, luego, otra en un intento de combatir las náuseas, pero lo vencen. Su rostro se torna grisáceo y verdoso y se pone en pie de un salto antes de salir corriendo hacia el cuarto de baño. El sonido de sus arcadas invade el enorme vestíbulo.

—Ya te puedes marchar —le informo al hombre que ayudó a criarme, el hombre con el que mi madre tuvo una aventura, el que intentó matar a mi mejor amiga.

—Como Callum no se encuentra en casa, creo que es mejor que...

—No —lo interrumpo—. Lo mejor es que te vayas. —Me acerco a la puerta, que Ella ha dejado abierta—. Gracias por tu ayuda, pero Seb no tendría que haberte llamado.

—Me iré porque no quiero causarte ningún problema, hijo. Ella parecía un poco molesta. —Levanta la voz, casi como si esperase que Ella lo oyese—. Hace bastante tiempo que he querido daros una explicación, pero no he tenido la oportunidad. Yo no quería hacerle daño a mi hija. Nunca lo haría. Desde el momento en que me enteré de su existencia, solo he querido encontrarla y protegerla. Aquella noche... —Hace una pausa y niega con la cabeza con tristeza fingida—. Aquella noche —continúa— me perseguirá para siempre. Quería proteger a Ella, sin embargo, la puse en peligro.

—Buena actuación. —Aplaudo—. Le daría un 6. Eres demasiado psicópata como para sentir ninguna emoción, pero buen intento. Ya es hora de que te marches. Aquí nadie está interesado en seguir oyendo tus estupideces.

Nos quedamos mirándonos. Me tenso y me pregunto si tendré que pelear contra Steve. Soy joven y tengo mucha resistencia, pero Steve cuenta con la experiencia de un hombre adulto, por no mencionar su entrenamiento militar. Tanto él como mi padre fueron marines.

Por suerte, no tengo que ponerme a prueba. Baja la mirada y se dirige a la puerta. Luego, se detiene justo cuando estamos a la misma altura.

—De tal palo, tal astilla, ¿verdad, hijo? —dice en voz baja.

Me guiña un ojo antes de salir por la puerta y me deja frío e inquieto. Odio que me llame «hijo». Y lo odio más todavía ahora que sospecho que realmente soy su hijo. Eso fue lo que John Wright me reveló cuando me presenté en su casa, borracho. Se burló de mí y mencionó las pruebas de ADN, dijo que en realidad no soy un Royal, sino un O'Halloran...

Me deshago de ese recuerdo a la fuerza. Que le den al padre de Hartley. Y a Steve. Que les jodan a los dos.

Cierro la pesada puerta y me giro; Ella está en lo alto de la escalera curva. Incluso desde aquí, siento su ira y su angustia.

—¿Dónde está Seb?

Ya no se oyen las arcadas de fondo.

—Sawyer se lo ha llevado arriba. ¿Por qué lo has traído aquí?

No hay necesidad de preguntarle a quién se refiere.

—Sebastian quería salir del hospital y el médico no le daba el alta aunque yo se lo pidiese.

—Pero ya eres adulto.

—Pero no soy su tutor.

—¡Ni tampoco lo es Steve! —grita.

Me aprieto la nuca.

—Después de que nuestra madre muriera, papá le concedió a Steve control sobre nosotros. Una especie de... —Tengo que pensar en el término—... patria potestad. Siempre que no está aquí, Steve tiene autorización para tomar decisiones en representación de Callum. Supongo que mi padre nunca lo anuló.

Ella se torna más blanca que el papel.

—¿Qué me estás diciendo exactamente? ¿Que cada vez que Callum se va, Steve puede decirnos lo que tenemos que hacer? ¿Que podría sacarme de esta casa?

El nudo de ansiedad que se me ha anclado en la base de la garganta se expande por todo mi cuerpo como una enfermedad.

—No lo sé —respondo con sinceridad—. Seb... —Me vengo abajo. No puedo culpar a mi hermano enfermo. Va a necesitar que Ella cuide de él—. Me acordé de que Steve tenía nuestra tutela en el pasado, me firmó autorizaciones para volar cuando mi padre no estaba, así que probé. Ha sido una estupidez y me arrepiento.

—Estoy bastante enfadada porque lo hayas traído aquí.

Desaparece por las escaleras, pero no sin que antes atisbe las lágrimas en sus ojos. Va a llamar a Reed. Sospecho que esta noche me leerá la cartilla, y probablemente me lo merezca. La he jodido, pero bien.

Debería haberle dicho que no a Seb. Su amenaza de hacer algo drástico probablemente se refiriese a correr desnudo por el pasillo, no a suicidarse. No debería haber entrado en pánico. Había un montón de decisiones distintas que podría haber tomado y, aunque ahora mismo no se me ocurre ninguna, sé que las tenía.

Joder, tío. Ser adulto es difícil.

Capítulo 25

Hartley

El miércoles después del colegio veo que mi madre está en la cocina preparando la cena.

—¿Está papá en casa?

No son ni las cinco y espero que tenga un horario normal de oficina. Necesito entrar en su despacho. El plan que he ideado durante la hora del almuerzo incluye revisar todos los papeles de su escritorio con la esperanza de encontrar algo incriminatorio.

—No, cielo. ¿Puedes cortar esto, por favor? —Lanza piezas de fruta en mi dirección.

—Claro. —Me lavo las manos y me froto la cicatriz. A veces es una bendición no recordar cómo sucedió. Así puedo vivir sin la carga de aquellos malos recuerdos, pero solo será una bendición si consigo ayudar a mi hermana y prevenir que el pasado se repita—. ¿Así que Dylan va a un espectáculo de equitación? ¿Dura un día?

—Se marcha mañana después del colegio y volverá el domingo.

Por fin algo que sale como yo quiero. Tengo una ventana de cuatro días para encontrar pruebas contra mi padre. Me seco las manos, agarro un cuchillo y me coloco al lado de mi madre delante de la encimera. Al estar a su lado, me doy cuenta de que soy unos cinco centímetros más alta. No me había percatado hasta ahora, pero he crecido en estos tres años. Analizo su cara. Ella también ha envejecido. Sus labios son más finos. Tiene arrugas en el rabillo de los ojos. La piel de sus mejillas está algo caída. Parece cansada e infeliz.

No la recuerdo riendo con ganas o despreocupada. ¿En eso consiste ser adulto? ¿O acaso las marcas que tiene en la frente que ni siquiera el bótox puede eliminar son el resultado del comportamiento de papá?

Hay una pregunta que me quema por dentro. Me sube por la garganta y se me queda en la lengua. «¿Me quieres?».

Estoy desesperada por saber la respuesta, así que alzo la muñeca.

—¿Sabes cómo me rompí esto?

Su mirada se clava en la cicatriz y después viaja hasta mi cara.

—Claro. Te caíste en el colegio.

—Papá me la rompió.

Mamá estampa el cuchillo sobre la encimera.

—¿Es eso lo que recuerdas? No es cierto. Esa es la mentira que te ha contado el colegio para escabullirse de pagar por lo que han hecho. Bueno, pues tu padre lo solucionó. Pagaron los tres años de tu estancia allí. —Recoge el utensilio y sigue cortando cebollas—. No me puedo creer que después de todo lo que hemos hecho por ti solo recuerdes esa mentira.

La confusión se apodera de mi mente. ¿Easton me ha mentado? No. Él solo ha repetido lo que yo le he contado. ¿Estaba yo equivocada? ¿Lo entendí mal? ¿Y a qué se refiere con lo de «todo lo que hemos hecho por ti»? El recuerdo de mi apartamento vacío, mi móvil desaparecido y la habitación desierta se combinan en una imagen más alarmante todavía. ¿Ha intentado evitar que recuerde el pasado porque temía lo que yo sabía?

—¿Dónde está mi teléfono? —pregunto—. ¿Y mi bolso? ¿Dónde están? ¿Dónde están todas las cosas que cogisteis de mi apartamento?

La mano de mamá se sacude, pero no aparta la mirada de la tabla de cortar.

—La policía debe de haberlas perdido.

Su tono revela la mentira.

—¿Tal y como perdieron las pruebas de los casos de papá cuando acepta sobornos?

—Vete. —Su voz baja está llena de amenaza—. Márchate y no regreses hasta que vuelvas a tener la cabeza en su sitio. No toleraré que hables así de tu padre. Si no puedes dejar de mentir, quizá tengas que volver al hospital.

Me aferro al cuchillo.

—Será mejor que no le estés haciendo daño a Dylan.

—He dicho que te vayas.

Respiro de forma entrecortada cuando dejo el cuchillo y me voy. No subo al piso de arriba. No creo que pueda pasar un minuto más en esta casa. Cojo la chaqueta de Easton y mi mochila y me voy. Mamá no me detiene. No pregunta adónde voy. No quiere saberlo.

Saco el teléfono y me dirijo a casa de Parker. No la llamo. Podría colgarme, pero no será capaz de echarme de su casa hasta que haya acabado de hablar. Tardo media hora en llegar.

Abre la puerta con el ceño fruncido.

—¿Qué haces aquí, Hartley?

—Papá está haciéndole daño a Dylan —exclamo sin preámbulo—. Tienes que venir a por ella.

Parker adquiere una expresión de enfado.

—Mamá me ha llamado y me ha dicho que estabas mintiendo otra vez. La última vez, casi arruinaste a toda la familia. Quizá no te lo ha dicho nadie, pero te mandaron lejos porque no dejabas de contar esas historias. Así que, por el amor de Dios, Hartley, deja de mentir y todos seremos felices. Si hay alguien que hace daño a Dylan, esa eres tú.

Sus acusaciones me dejan aturdida.

—No estuviste allí la otra noche —le respondo, y exploto—. Papá le agarró la cara...

—No se estaba tomando la medicación. ¿Sabes lo peligroso que es eso? Claro que no, porque no has estado aquí para ver a Dylan pasar por esto. ¿Papá le agarró la cara? Es normal. Quería asegurarse de que se tragaba las pastillas. No sabes nada. Mamá dice que solo recuerdas tus mentiras y veo que tiene razón. Vuelve a Nueva York, Hartley. —Frunce los labios—. No te queremos aquí.

Después, da un paso hacia atrás y me cierra la puerta en las narices.

Permanezco ahí durante un largo rato, observando el pomo de latón hasta que las florituras de la W del centro se difuminan en mi mente. No sé qué hacer. Podría ir a la policía, pero ¿qué denunciaría? No tengo pruebas.

Entonces me viene a la cabeza el mensaje sin leer de Jeanette. Saco el móvil y compruebo la aplicación del chat.

¡Hola! ¿Estás mejor? ¡¡Mamá me ha dicho que has tenido un accidente y has perdido la memoria!! Es terrible. No tengo mucha información tuya. Perdimos el contacto cuando te fuiste al internado de Nueva York. Cuando la

abuela murió, tus padres usaron el dinero del fondo para tus estudios y te mandaron allí. No me acuerdo del nombre, pero creo que era Northwind o Northfield Academy. Tenía North en el nombre. Tu antiguo número es 555-7891. He llamado, pero está apagado y fuera de servicio. Ojalá pudiera recordar más. ¡Espero que te encuentres mejor!

Mierda. Debería haberme puesto en contacto con ella antes. Decido que necesito volver a casa. No entraré, pero tengo que ver a Dylan y hablar con ella, hacerle saber que si pasa algo, estaré ahí para ayudarla. Esta vez no cojo el autobús. La casa de mis padres solo está a diez minutos de la de Parker, así que pido un coche. Es un pequeño milagro, pero llego a la vez que mi hermana.

—¡Dylan! —Me doy prisa para llamar su atención—. ¿Lo has pasado bien?

Ella se detiene con una gran sonrisa en la cara.

—Sí.

Huele a heno y abono, pero su sonrisa es tan preciosa que no importa. Quiero abrazarla, pero temo que me rechace. A la porra. Me acerco a ella y la rodeo con los brazos. Ella apenas me lo devuelve, pero no me aleja, así que lo considero una victoria.

Miro hacia atrás y me pregunto cuánto tiempo tengo hasta que mamá salga y me aparte de ella.

—¿Llevas el móvil contigo?

Dylan frunce el ceño.

—Sí, ¿por qué?

—Porque tengo un número nuevo y quiero añadir el tuyo. Así podremos mandarnos mensajes durante las clases y esas cosas. —«Y por la noche, en caso de que me necesites».

Lo saca despacio.

—Vale, aunque no soy de mandar mensajes.

—No pasa anda. Trataré de no molestarte. —«Venga, venga», la apremio en silencio—. ¿Qué tipo de monta haces?

—Ahora estoy saltando. —Desbloquea el teléfono.

—Guau. Eso es genial. ¿Puedo ir a verte?

—¿Por qué querrías hacerlo? —pregunta, con sospecha en la voz y los ojos.

—Eres mi hermana y estás haciendo algo guay, la pregunta sería ¿por qué no querría?

—Nunca te ha interesado. —Sus dedos están casi sobre la pantalla.

—Es obvio que antes era una hermana de mierda —bromeo, pero me muero por dentro. Dylan es muy joven y necesitaba apoyo, pero, por lo visto, yo era una capulla sin corazón—. La herida de la cabeza me ha hecho reflexionar y ahora tengo sentido común.

—¿Intentas darme pena? Porque no lo conseguirás —responde mi hermana.

—No. Esa no es mi intención.

La puerta se abre a mi espalda. Mierda.

—Tu número —le urjo.

Dylan hace una mueca.

—¿Vas a volver a abandonarme?

«Volver». Dios, ¿cómo puede una palabra destruirme tanto? Estaba dolida porque me fui al internado.

Parpadeo para no llorar antes de negar.

—No, estoy aquí. Nunca quise irme, pero no puedo cambiar el pasado. Ahora estoy aquí, contigo. Por eso quiero que nos demos los números. Por favor. Por favor, Dylan.

Ella mira por encima de mi hombro.

—Dylan, tienes que entrar —espeto mi madre con frialdad—. Tu hermana no cenará con nosotros hoy.

—¡Pensé que no me ibas a dejar! —chilla Dylan.

—Y no lo haré. Te lo prometo. Me quedaré en Bayview. Quizá no en casa, pero en Bayview. ¿Vale? Por favor, dame tu número.

Ella duda y yo aguanto la respiración.

—Dylan, entra —repito mamá.

Mi hermana asiente y empieza a andar. Quiero morirme, pero cuando pasa por mi lado murmura siete números en voz baja. Cierro los ojos, aliviada, y los guardo en mi teléfono. La puerta se cierra tras Dylan, pero mi madre permanece en el escalón.

—Ya que recuerdas que tienes un apartamento, te sugiero que vuelvas allí. Esta no ha sido tu casa desde hace tres años. No eres bienvenida hasta que dejes de mentir y difamar.

Entonces parece que nunca volveré a casa. Agarro la chaqueta de Easton y quemo mi último cartucho.

—Volveré, pero será para llevarme a Dylan lejos de vosotros.

Me doy la vuelta y me marcho. No sé cómo lo haré, pero lo conseguiré.

Cojo el bus para llegar a mi apartamento. Espero que a Easton no le importe compartirlo conmigo. Cuando llego, las luces del segundo piso están encendidas. Una sensación cálida derrite el hielo que se ha instalado en mi interior durante el trayecto. Subo las escaleras y veo que han cambiado la bombilla de encima de la puerta y que el pomo está mejor adherido. Las escaleras aún se tambalean, pero empieza a gustarme esta casa desvencijada.

Llamo a la puerta suavemente, pero no espero a entrar. Easton está en la cocina con el torso desnudo. Sus pantalones de chándal negros con rayas blancas apenas se ciñen a sus caderas. Me apoyo contra la puerta y me permito admirarlo durante unos treinta segundos. Creo que me lo merezco. Después de unos diez pensamientos sugerentes, meto la lengua en la boca de nuevo y me paso la mano por las comisuras de los labios para comprobar si tengo baba antes de saludarlo.

—¿Qué hay para cenar?

—Espaguetis —contesta sin girarse—. Es lo único que sé hacer. Ella me enseñó. ¿Quieres poner la mesa? Debería de haber una bolsa llena de platos y mierdas.

Desvío la vista de sus hombros y la poso en un pequeño set de cocina.

—¿Desde cuándo tenemos mesa?

—Desde hoy. He ido de compras.

Y nunca mejor dicho. El apartamento, anteriormente vacío, ahora está a rebosar. Además de la mesa, hay dos sillas, un precioso sofá nuevo, una alfombra gris, negra y blanca y un colchón contra la pared. Hay varias bolsas con un logo que me resulta familiar en un extremo del sofá. Rebusco hasta encontrar platos, vasos e incluso una caja con cubiertos. También hay un escurridor, el cual va a necesitar para la pasta.

—Espero que buenos.

¿Detecto nerviosismo en su voz?

—Me encanta.

Cojo dos de todo y los llevo al fregadero para lavarlos rápidamente. No hay mucho espacio en la cocina, así que tengo que pegarme a Easton para maniobrar. Él se mueve un poco, pero nuestros codos se rozan cuando nos ponemos a trabajar.

Me siento genial después del horror de lo que ha ocurrido en mi casa. Creo que no quiero irme de este sitio nunca.

—Los he comprado en Target —me dice mientras vierte un tarro de salsa roja en la sartén con la carne ya cocinada. Me ruge el estómago—. Ese lugar es la leche —añade de forma adorable—. Tiene de todo. Allí he conseguido esta mesa y las sillas además de las cosas de la cocina. También he elegido el colchón, pero no sé montar la cama. Tenían toallas, champú y todo. Es la única tienda que necesitamos.

Me encanta que utilice el plural. Ya no me siento tan sola. Dejo el colador en el fregadero y llevo los platos a la mesa.

—Voy —dice. Me vuelvo y lo veo con una gran cazuela dirigiéndose a la mesa—. ¿Puedes coger el pan? Está en el horno.

Agarro un trapo —también nuevo— y saco el pan envuelto en papel de aluminio del horno.

—¿Cómo sabías que vendría?

—Mmm, puede que no lo supiera, pero tenía la esperanza de que lo hicieras.

Se sienta después de mí, un acto caballeroso del que no me había percatado hasta ese momento.

Si me hubiesen dicho que tendría hambre hace veinte minutos, habría dicho que esa persona es una mentirosa, pero el olor de la salsa y del pan y la dulzura de Easton me dejan famélica. Me echo como diez raciones de pasta y salsa en el plato y empiezo.

—¿Qué te parece mi plato?

Alzo el pulgar.

—Está genial.

Me guiña un ojo antes de empezar a comer. Permanecemos en silencio; estamos demasiado ocupados comiendo como para hablar. Para cuando me detengo, la gran cazuela de espaguetis y salsa está casi vacía.

Me alejo de la mesa y me tambaleo hasta el fregadero con el plato en la mano.

—Siento como si me hubiese comido una fábrica entera de pasta.

—Estaba rica, ¿verdad?

Deja su plato al lado del mío. Una gran sonrisa adorna su atractiva cara. Está tan contento por su trabajo que quiero pellizcarle las mejillas.

Pero, si lo toco, no podré parar.

—Buenísima —le digo—. Ve a sentarte mientras yo lavo los platos.

—Puedo ayudar —protesta.

—No. Tú has cocinado, así que yo limpio. Son las reglas.

—¿Qué reglas?

—Las de esta casa. —Lo alejo de la cocina.

Easton se dirige al colchón y saca un contenedor de plástico de color rosa pálido.

—¿Sabes qué es esto?

—Ni idea. ¿Un secador de pelo?

—Esto es algo para los hombres de verdad.

Abre el maletín y me enseña un juego de destornilladores.

—¿Y eso?

—Porque los hombres de verdad arreglan cosas, Hart. ¿Cómo es que no lo sabes?

Saca sus herramientas y las coloca junto a un marco de metal.

—Por lo visto porque tengo vagina.

—No. Creo que es porque no has tenido mucho contacto con hombres de verdad. —Hace una pausa para flexionar los brazos para mí.

Intento no parecer sorprendida por sus músculos definidos.

—Si tú lo dices...

—Probablemente sea porque has ido a un colegio de chicas durante mucho tiempo. Aunque no me quejo. Cuantos menos tíos tengas alrededor, mejor para mí. —Lanza el destornillador al aire y sonrío.

Me detengo con las manos mojadas.

—¿Te he mencionado el nombre del colegio alguna vez?

—Creo que no. ¿Por qué?

—Porque creo que necesito mi historial médico.

Él deja el destornillador rosa en el suelo y detiene su miniproyecto de construcción.

—¿Qué ha pasado?

—Le he plantado cara a mi madre y me ha dicho que me rompí la muñeca en el colegio y que el colegio trató de culpar a mi familia para librarse de la demanda.

—Chorradas —contesta—. ¿Por qué me ibas a mentir sobre esa mierda? Si prácticamente te obligué a que admitieras lo que pasó. No querías decírmelo, así que no fue para llamar la atención o dar lástima. Era la verdad.

—Vale, pero ¿cómo lo demuestro? Han pasado tres años. He estado

pensando durante todo el día en cómo alejar a Dylan de mi padre, y esto es lo único que se me ha ocurrido.

Se rasca la cabeza.

—De acuerdo. Encontraremos tu colegio. Buscaremos los hospitales de los alrededores y obtendremos tu historial médico.

—Y ¿qué pasa con el hecho de que soy menor de edad?

Easton tamborilea con los dedos sobre el suelo.

—Tengo una idea. Coge la chaqueta. Vamos a ver a alguien.

Capítulo 26

Easton

Es alguien es Lawrence —llámame Larry— Watson, un tipo enorme que, a pesar de su tamaño, no parece tener ni un gramo de grasa.

—Larry juega en la línea ofensiva —le explico a Hartley, pero su cara expresa que no lo entiende. Había olvidado que el fútbol americano no es lo suyo.

A pesar del talento de Larry en el campo, el fútbol americano tampoco es lo suyo. Lo que a Larry se le dan bien son los ordenadores. Cuando tenía quince años, se mudó al apartamento sobre el segundo garaje de su familia diciendo que necesitaba más espacio. No importa que su casa sea más grande que muchos institutos. Sus padres se lo permitieron porque creyeron que eso fomentaría su enorme inteligencia.

—Esto parece un departamento de la NASA —comenta Hartley al observar las cinco pantallas de ordenador en la sala apenas iluminada a la que Larry llama despacho.

—La NASA desearía tener un equipo tan guay como el mío —farda él—. Este nene tiene veinticuatro núcleos de potencia en un Intel Xeon E5-2687W dual 3.0 gigahercios con treinta megas de caché inteligente por procesador.

De repente, Hartley tiene la mirada perdida. Es música, no programadora. Intervengo antes de que la perdamos.

—El asunto es el siguiente, Larry. Hartley tiene amnesia.

—Oh, ¿en serio?

Hago una mueca.

—Pues claro.

Él se encoge de hombros y se gira para estar de cara a su escritorio.

—Solo preguntaba, no hacía falta que fueses borde.

—No pasa nada —me asegura Hart, posando una mano sobre mi hombro.

Yo tomo aire y le aprieto los dedos. Si le parece bien, a mí también.

—¿Qué quieres que encuentre?

—El internado de Hartley. Está en Nueva York y debería tener North y Academy en el nombre.

—¿Ya está? Podríais haberlo hecho vosotros mismos.

Teclea unas palabras y se carga una pantalla en la que pone Astor Park en la zona superior.

Los dientes me rechinan de la frustración. ¿Acaso Larry no me ha oído?

—No necesitamos su información del Astor Park...

—Mira —me interrumpe Hartley mientras señala la pantalla.

Larry no está mirando el informe académico de Hart, sino su ficha entera. Pasa páginas digitales y se detiene cuando aparece «Northwood Academy: escuela para chicas» en la parte superior.

—Todo chicas, ¿eh? —Arquea las cejas—. Qué fetiche. ¿Alguna que esté buena?

—Supongo que todas —responde Hartley—. Teníamos orgías lésbicas todos los fines de semana. Nos aplicábamos crema las unas a las otras, organizábamos concursos de cosquillas y celebrábamos una fiesta de pijamas de seda todas las noches.

La mandíbula de Larry cae hasta el suelo.

—Es una broma —exclamo yo.

—Tío, ¿a quién le importa si es una broma? —Hace un círculo con la mano—. Sigue. No me importa si te lo estás inventando o ha pasado de verdad, continúa hablando.

—Ya está, lo siento. Aunque también celebrábamos orgías cada tres domingos como parte de nuestra ofrenda a Nyx, la diosa de la noche. Ese sí que era un ritual. Escogíamos a un chico de primero del colegio vecino, lo desnudábamos y lo castrábamos antes de darles sus pelotas a nuestros gatos.

Larry suspira.

—Tenías que arruinármelo, ¿no? —Se vuelve hacia la pantalla de nuevo—. Aquí no veo nada interesante. Buenas notas. No hay actividades extraescolares.

Una nota dice que no te gusta participar en mierdas en grupo. ¿Ya está?

Parece decepcionado.

—No, de hecho, necesitamos su historial médico, pero no sabíamos dónde estaba su colegio. ¿Podrías encontrarlo?

Los ojos de Larry se iluminan.

—¿Historial médico? Eso es mucho más divertido. Veamos. —Escribe la dirección y obtiene la página del único hospital de la zona—. Depende de lo mucho que digitalicen, pero la mayoría de los hospitales escanean los historiales para enviarlos. Oh, mira, un portal para pacientes. —Se ríe con satisfacción—. Ni siquiera va a ser necesario que hackee la web.

Y es cierto. Larry es capaz de meter el número de seguridad social de Hartley, su fecha de nacimiento y el nombre de soltera de su madre — información que ha obtenido del registro de Astor— para obtener acceso a su perfil de paciente, en el que hay resultados de laboratorio, descripciones de pruebas de rayos X e información de los médicos. Es insultantemente fácil. Creo que el mundo es un lugar peligroso.

Poso una mano en la espalda de Hartley para calmarla, pero ella está demasiado centrada en leer los detalles de la pantalla como para darse cuenta. Supongo que el que necesita que lo calmen soy yo.

—Joder, una fractura sin diagnosticar durante tres semanas. Eso tuvo que doler —comenta Larry.

—No me acuerdo. —Se frota la muñeca.

No creo que se dé cuenta de que lo está haciendo. Apuesto a que su cuerpo lo recuerda aunque su memoria esté en blanco, de lo contrario no la tocaría.

—Soy ingeniero informático, no médico, ¿qué estamos buscando?

—Las causas —explica Hart—. ¿Cómo ocurrió? Hay diversas versiones. — Señala la zona superior de la pantalla—. Cuando me ingresaron dije que me había hecho daño en casa, pero tras la segunda visita dice que me caí en el colegio.

—Y la parte del diagnóstico dice que tu herida es consistente con un «daño directo por apoyo durante una caída» —leo.

Hart y yo suspiramos, decepcionados. No hay nada que nos pueda ayudar. No podemos llevarle esto a la policía o a un abogado como prueba de que el padre de Hartley es un peligro. Deja caer los hombros mientras se pasa una mano por el pelo, nerviosa.

—Encontraremos otra cosa —murmuro.

Ella asiente, pero no estoy convencido de que me crea. Le rodeo los hombros con un brazo y la acerco a mi costado. Está tensa como una tabla. Ojalá pudiera ir a su casa y pegarle un puñetazo a su padre, pero desgraciadamente, esta es una de esas ocasiones en que la violencia no es la respuesta. Lo cual es una mierda, porque pelear es lo único que se me da bien últimamente.

Pensé que había tenido una idea brillante al traerla a ver a Larry.

—¿Hay algo más que queráis ver? —inquire Larry al tiempo que se mete una patata frita en la boca, ajeno a la tensión en el aire.

Hart está demasiado desanimada como para contestar.

—¿Qué más hay? —pregunto por ella.

—Podría crear un perfil combinando todas las actualizaciones de las redes sociales de Hartley para que pudierais recrear los recuerdos a partir ahí —se ofrece.

Supongo que sí que ha advertido su aflicción.

—Eres un buen tío, Larry —le digo.

Él me sonrío con vacilación.

—¿Lo hago?

Hartley mira la pantalla. Es obvio que está pensando en Dylan.

—¿Hart? —le pregunto con delicadeza.

—Ya lo he intentado —contesta finalmente—. Y no he encontrado nada.

—¿Qué has buscado, tu nombre?

—Sí.

Larry gruñe.

—Ya nadie usa su nombre en internet. Tienes que saber tu usuario.

—Pero no lo sé.

—¿Y antes? ¿Qué utilizabas antes?

—No tenía redes sociales antes de los trece. Las normas me lo impedían.

Larry y yo la miramos pasmados.

—¿Qué? —exclama—. Es lo que decían todas las páginas. Tenías que verificar que tenías más de trece años.

—¿Por qué no mentiste? —Larry pregunta lo obvio.

—Yo... porque ¿y si alguien lo descubría y me metía en problemas?

Él pone los ojos en blanco y fija su atención en el ordenador. Yo escondo la cara en el pelo de Hart para ahogar la risa.

—¿Qué te hace tanta gracia? —pregunta, tensa.

—Todo el mundo miente en internet —responde Larry mientras sus dedos vuelan sobre el teclado.

—No todos.

—No puedo creer que pensaras que estabas haciendo algo mal. —Tiro de un largo mechón de su pelo que le cuelga sobre la espalda como un hilo de tinta—. Ni siquiera eres capaz de mentir a una máquina sobre tu edad.

—Da igual.

Se cruza de brazos y me atraviesa con la mirada.

—¿Puedes mandarme una foto de tu cara?

Hart se inclina hacia delante para observar lo que Larry hace.

—¿Para qué?

—Voy a realizar una búsqueda de imagen.

—¿Puedes hacer eso?

—Claro, es fácil. ¿No lo has hecho nunca?

—No. —Me mira como si yo tuviese que haber pensado en eso.

Me encojo de hombros.

—Yo uso el móvil para mandar mensajes, mirar los resultados deportivos y ver vídeos de vuelos.

—Sois unos inútiles —se queja Larry—. Mándame una foto.

Saco el móvil del bolsillo, la hago y se la mando a Larry. Él la abre, hace varias cosas y, poco después, aparece una página llena de fotos de tías. Escaneo la pantalla en busca de Hartley. Mientras analizo la primera fila pienso que esto ha sido una estupidez, pero entonces encontramos una foto de una Hartley seria que lleva una americana horrible de color amarillo y pantalones negros y que está entre otras estudiantes, todas con violines.

—¡No me digas que vuestra mascota era una abeja! —exclamo.

Hart emite un sonido de disgusto antes de inclinarse hacia delante.

—Hay cosas que es mejor olvidar. Salgo horrible.

—No es una buena foto —conviene Larry.

Yo le doy un golpe en el hombro, con fuerza.

—Ay —grita—. Solo digo la verdad. Ahora estás buena, Hartley.

—Guau, gracias, Larry.

Él se frota la zona donde le he golpeado y nos mira ofendido.

—No me puedo creer que, encima de que os estoy ayudando, abuséis de mí.

La sonrisa desaparece de la cara de Hart ante el comentario. Los abusos nunca serán divertidos para ella.

—Larry, te lo agradezco, pero esa información no es la que busco, y no es porque parezca una marginada de *Bee Movie*. —Se endereza.

Mi amigo lleva el rechazo bien.

—Dime lo que necesitas y veré si puedo encontrarlo.

Noto que no quiere compartir que sospecha que su padre es un hombre corrupto que puede o no estar haciendo daño a su hermana. Hay mucha información que yo tampoco querría dar acerca de mi familia, pero no sé cómo vamos a encontrar pruebas si no colabora más.

—Hart, sé que es difícil —murmuro en voz baja—, pero ¿podrías decirle algo?

Le da vueltas a mi petición hasta que se le ocurre algo. La cara se le ilumina y se vuelve hacia Larry con emoción contenida.

—¿Eres buen *hacker*?

—No quiero fardar, pero soy mejor infiltrándome en ordenadores que East metiéndose bajo las faldas de las tías.

Le doy una colleja.

—Joder, Larry.

—Oye, perdona, era la única comparación que se me ha ocurrido.

—No importa. —Hart hace un gesto con la mano—. Eso no me importa. Si te doy mi número, ¿podrías acceder a mis mensajes?

—Ah, claro, no es difícil, sobre todo si tengo tu número. Puedo acceder a tus correos, registro de llamadas, aplicaciones, fotos e incluso mensajes de voz. ¿Qué quieres?

Hart lo recita.

—Siéntate por ahí. Me llevará algo de tiempo. Tengo que hackear el SS7. Cada mensaje de texto del mundo pasa por el Sistema de Señales número 7. ¿Sabías que el Gobierno puede rastrear tus movimientos en cualquier parte del mundo con solo un móvil? También escuchan. Deberías instalar programas en tu teléfono que te alerten de un ataque del SS7. La doble autenticación no lo evita. Eso es solo algo que el Gobierno hace para que te sientas segura. Siempre están vigilando. Los *dummies* también van bien. Yo cambio de móvil cada tres meses.

Llevo a Hart a un par de sofás de cuero mientras Larry parlotea sobre el peligro de las comunicaciones móviles.

—Espero que mi agente del FBI no esté muy aburrido, porque he dejado de ver porno este verano —bromeo, consiguiendo que Hartley se siente a mi lado. Estiro las piernas e intento relajarme.

Junto a mí, Hart se sienta como si estuviese en misa, con las manos curvadas sobre cada una de las rodillas, los hombros tensos y la cara hacia delante con los ojos fijos en la espalda de Larry.

Estiro la mano y le masajeo el cuello.

—¿Qué crees que habrá en tus mensajes?

—No lo sé, pero debe de ser lo bastante importante como para que mis padres hayan querido deshacerse del teléfono.

—Cierto.

No lo había visto de esa forma. Imaginaba que sus padres querían que tuviese la mente en blanco para que no recordase que había espiado a su padre, pero quizá era para esconder algo más específico.

—¿Crees que tenías fotos o que grabaste algo?

Hart niega con la cabeza.

—No sé. De haberlo hecho, ¿por qué no me enfrenté a él antes? ¿Por qué volví después de tres años?

—Tenías catorce cuando te mandaron lejos. ¿Qué ibas a hacer con catorce años?

Odio que se sienta culpable por ello. Es una chica joven. No debería vivir esta mierda. Al igual que yo no debería haber vivido el suicidio de mi madre, el abandono de mi padre y la traición de mi héroe.

Los adultos deberían proteger a sus hijos, no destruir su vida.

—No es culpa tuya —exclamo—. Hiciste lo que pudiste para sobrevivir.

Lo digo más que nada para mí mismo. Me he drogado, he bebido demasiado alcohol, me he tirado a demasiadas chicas, pero solo lo hacía para sobrevivir. Acerco su cuerpo rígido al mío y la abrazo. La abrazo hasta que deja de estar tensa, hasta que deja de clavar los ojos en la espalda de Larry, hasta que se hace un ovillo en mi regazo y se aferra a mí.

Hartley es menuda. A veces lo olvido cuando se pelea conmigo o hace comentarios de sabelotodo, como ha ocurrido con Larry antes. Pero, en mis brazos, siento su fragilidad. Intenta resolver sus propios problemas. Antes de su accidente, se cerraba; no quería compartir ni siquiera un detalle conmigo. Tenía que sacárselo todo a la fuerza.

Ahora veo por qué. Las personas intentamos ocultar en nuestras

profundidades nuestros secretos sórdidos, no los exponemos a la vista de todos. Ahora, por fin, se apoya en mí, pero hay cierta desesperanza en cómo suspira y se acomoda. Paso una mano por su nuca y enredo los dedos en su largo pelo oscuro.

—Si esto no funciona, encontraremos algo que sí.

—Lo sé —murmura.

No parece convencida. Le levanto la barbilla para que vea la verdad en mis ojos.

—No pienso parar aquí —le prometo—. Tardemos lo que tardemos, sea lo difícil que sea, estoy contigo.

Parpadea y sus ojos plateados emiten un destello bajo sus pestañas negras. Le acaricio la espalda y trato de suavizar las formas de su columna vertebral con los dedos. Intento darle calor a su frío cuerpo.

Hartley toma aire profundamente una y otra vez hasta que la tensión desaparece por fin de su cuerpo.

—Vale. Somos un equipo —dice, y extiende la mano.

Yo la estrecho y me la llevo a la boca.

—El equipo A.

Ella se acerca a mí y sus ojos bajan hasta mis labios. Los vaqueros empiezan a apretarme y mi ritmo cardíaco aumenta. Aprieto los dedos en torno a ella y...

—¡Estamos dentro! —grazna Larry.

Hartley se levanta de mi regazo y se apresura a llegar a los ordenadores.

Suspiro frustrado, me quito la camiseta y me reacomodo. Soy tan débil en lo que a Hartley se refiere. Mientras mis dos amigos hablan, trato de imaginarme a Larry desnudo, saliendo de las duchas de los vestuarios y rascándose el culo.

«¿Quieres oler algo guay?», me diría extendiendo los dedos. El equipo gemiría.

Mi erección desaparece de inmediato. Me levanto y me acerco a ellos. Están entusiasmados por algo. Hart se vuelve hacia mí con una sonrisa enorme.

—Creo que sé lo que tengo que hacer.

Capítulo 27

Hartley

Después de darle las gracias mil veces a Larry y de prometerle mantenerlo abastecido de sus patatas fritas favoritas —los Doritos—, East y yo nos vamos y revisamos el tesoro de información que Larry ha cargado en mi móvil de prepago. Su magia consiguió mis antiguos correos, el carrete de fotos y los mensajes de texto.

Mi bandeja de entrada contiene doscientos mensajes de *spam* entremezclados con trabajos de clase. La única otra información de interés es una cadena de correos electrónicos entre el Bayview National Trust y yo sobre un fondo para mis estudios que mi abuela me dejó y al que podía acceder tras cumplir diecisiete años. La administradora creía que el dinero estaba destinado a la universidad, pero afirmó que el lenguaje era ambiguo y que solo decía que debía emplearse para «fines académicos», y por tanto, lo podía usar en Astor Park.

«El sueño de mi madre es que asista a Astor Park», había escrito. «Gracias por hacerlo realidad». Entonces mis padres no han pagado ni un centavo por mi matrícula en el Astor Park. Yo misma lo dispuse todo, y ellos no pudieron decirme absolutamente nada porque el fideicomiso de la abuela estaba a mi nombre y yo ya era lo bastante mayor como para tener acceso a él.

Me embarga una enorme sensación de triunfo ante ese hecho, porque ya he sido capaz de actuar con más astucia que mi padre en una ocasión. Eso significa que puedo volver a hacerlo.

El carrete de la cámara no contiene nada de interés. Era asquerosamente

aburrida; llenaba el espacio con imágenes de paisajes, de mis cantantes favoritos y con algún que otro *selfie* con el ceño fruncido.

Son los mensajes de texto los que nos aportan información de relevancia. Poco después de Acción de Gracias del año pasado, empecé a mandar mensajes a una tal señora Roquet con la esperanza de que soltase algo sobre mi padre. Al ver mi expresión confusa, Easton me explica enseguida que la señora Roquet era la mujer que sobornó a mi padre. Le dio dinero a cambio de conseguir que el caso de su hijo se archivase. No sé qué me hizo ponerme en contacto con la mujer en ese momento; los mensajes solo dejaban ver que estaba preocupada por mi hermana.

Señora Roquet. Soy Hartley Wright. ¿Está disponible para hablar algún día?

Pasé todo un día sin recibir respuesta. Mandé otro mensaje.

Hartley Wright otra vez. Estoy preocupada por mi hermana. No he podido ponerme en contacto con ella durante meses. Creo que usted puede ayudarme.

Tras una semana de espera, me impacienté y empecé a enviarle mensajes varias veces al día. Y finalmente recibí una respuesta después de Navidad.

Deja de mandarme mensajes y de llamarme. Voy a bloquear este número.

Le mostré los mensajes a Easton con el ceño fruncido.

—Después de que me bloqueara, debí de llamarla desde un montón de números distintos —le explico—, porque después de Nochevieja volvió a escribirme: «Si accedo a hablar contigo, ¿me dejarás en paz?».

—¿Tienes idea de cuándo hablasteis?

—Tiene que haber sido después de abril, porque tengo un mensaje que dice: «Lamento su pérdida».

—En abril fue cuando Drew Roquet sufrió la sobredosis —comenta Easton.

Larry había encontrado esa información junto con la dirección de la señora Roquet.

—Debió de decidir que el castigo por sobornar a alguien merecía contar la

verdad. —Eso me parece muy valiente.

—¿El último mensaje que tienes es del verano pasado?

East se inclina por encima de mi hombro para leer la pantalla.

—Sí, pero eso es todo. Si me lo confesó, ¿por qué no delaté a mi padre? No creo que la ignorase, ¿no? No pude haber conseguido la información y luego dejarlo estar. Hice cosas. Logré que Bayview Trust me dejara usar parte del fideicomiso de mi abuela. Me matriculé en el colegio favorito de mi madre, probablemente para caerle en gracia.

Aunque eso no había funcionado. Seguía de malas conmigo. No han pasado más de dos semanas tras el accidente y ha decidido que soy demasiado peligrosa como para compartir la misma casa que ella. Sabe que me estoy acercando demasiado a la verdad; estoy demasiado cerca de acabar con su vida perfecta.

Pero ¿por qué la última respuesta de la señora Roquet es del verano pasado? ¿Y por qué no actué en consecuencia?

Vuelvo a leer el mensaje.

Lamento haber tardado tanto en ponerme en contacto contigo. Tenía que pensar en ello, pero tienes razón. Mi hijo ya no está. Debería haber permitido que fuese a la cárcel. A lo mejor eso lo habría salvado. Le pagué a tu padre 25 mil dólares para que perdiese las drogas que Drew tenía, y estoy dispuesta a decirlo en los juzgados si hace falta. Han pasado tres años y pienso en ello cada noche. Me siento mejor quitándome ese peso de encima. Dime cuándo quieres que quedemos.

—¿Nunca te mencioné nada de esto? —le pregunto a East.

—No. Dijiste que oíste a tu padre discutir con su jefe sobre lo de archivar el caso de Drew y que lo viste en el coche con otra mujer diferente, no la señora Roquet. Fue entonces cuando te rompió la muñeca.

Me rasco la cicatriz.

—¿A lo mejor cambió de parecer?

Me agarra de los dedos.

—Vayamos a su casa. No tenemos nada que perder por ir allí. Le enseñamos el mensaje y le preguntamos por la declaración.

—Tienes razón.

Sigo sintiéndome fatal, como si hubiese tirado la toalla. Dylan tiene todo el derecho del mundo a estar enfadada conmigo.

Fuera, Easton llama a un taxi que nos lleva ocho kilómetros al norte de Bayview, a una zona residencial de la periferia donde lo único que distingue a los hogares es la variedad de tonalidades azul y *beige*. La dirección que Larry encontró para nosotros se encuentra al final de una calle sin salida. Hay luz en la casa, así que debe de haber alguien.

Respiro hondo, hago acopio de todo el coraje que puedo y salgo del coche. Easton paga al conductor y se encuentra conmigo en la acera.

—¿Quieres que te acompañe o que te espere aquí?

Miro de arriba abajo a este chico tan guapo.

—Que vengas conmigo, claro. Una sonrisa tuya hará que ceda a la primera. —Además, necesito el apoyo moral.

Easton me dedica una media sonrisa devastadora, me da la mano y me hace un gesto para que sea yo quien lo guíe.

Hay una alfombrilla de mimbre en la escalera de entrada y una guirnalda de hiedra y bayas por encima de la puerta. Una mirada al interior revela que la señora Roquet tiene la decoración de Navidad ya completamente instalada y ni siquiera es Acción de Gracias.

—Debería haber traído flores o bombones —digo, secándome las palmas de las manos en los vaqueros—. ¿Cuál es el regalo apropiado para convencer a alguien de jurar ante un tribunal que ha sobornado a un fiscal?

—Bombones, por supuesto. Haré que le manden una caja cuando hayamos terminado.

—¿Se considera eso soborno? Quizá sea mejor que no lo hagamos.

Me da un apretón en la mano.

—Llama a la puerta y ya está, Hart.

Una mujer se acerca a la puerta y la abre solo unos cinco centímetros.

—¿En qué puedo ayudarlos?

Ella nos mira con sospecha, y no la culpo. Es por la noche; los vendedores a domicilio ya no trabajan, y los Testigos de Jehová no suelen pasar a esta hora.

Incómoda, saco la mano para saludarla.

—Soy Hartley Wright, señora. Me dijo que podía venir para hablar. Tuve un accidente así que no he podido venir antes. —No menciono que el accidente ocurrió hace tan solo dos semanas. No es información relevante a estas alturas.

La señora Roquet frunce el ceño.

—¿Hartley Wright? Lo siento, pero ¿puede decirme de qué íbamos a hablar? —Parece estar realmente desconcertada.

—¿Su hijo, Drew?

—¿Drew? Oh, Dios, ¿te refieres a Drew Roquet? —Abre la puerta de par en par—. Ahora te recuerdo, viniste hace un par de meses preguntando por él.

—¿Sí?

—Tuvo un accidente y se golpeó la cabeza —interviene East—. No recuerda mucho de su pasado.

La señora, que supongo que no debe de ser la madre de Drew, ahoga un grito.

—Ay, Dios. Entrad. Entrad. —Nos invita a pasar y nos lleva hasta el salón, donde nos sentamos—. ¿Queréis algo de beber?

—No, señora —decimos los dos.

—Bueno, yo soy Helen Berger y le compré la casa a Sarah Roquet en junio.

—Oh. —Soy la viva imagen de un globo desinflado en este momento—. ¿Y dónde vive ahora?

—Falleció, cielo. Un par de meses después de que su hijo muriese, se adentró en la autovía y la arrolló un camión. Fue terrible. Que Dios la tenga en su gloria. Había perdido a su hijo unos meses antes y supongo que aquello fue demasiado para ella. —Helen sacude la cabeza con aflicción—. Compartí esta información contigo cuando viniste en agosto. Se te quedó la misma expresión de sorpresa y desconcierto. Supongo que necesitabas algo de Sarah. Lamento que no lo consiguieras.

—Sí, yo también —respondo, abstraída. Se me hiela la sangre en las venas. Llegué demasiado tarde; tanto antes de perder la memoria como ahora. La impotencia me aplasta como un yunque. Bajo el mentón hasta el pecho porque la decepción hace que me resulte complicado mantener la cabeza alta.

Easton y la señora Berger intercambian cumplidos.

«Lamento no haber sido de más ayuda».

«No se preocupe. Gracias por su tiempo».

«Por supuesto. Tu amiga parece afectada. ¿Os traigo algo antes de que os marchéis?».

«No, estamos bien. Yo me ocuparé de ella».

«Eres un buen amigo».

«Gracias».

Easton me ayuda a ponerme en pie.

—Gracias de nuevo, señora Berger.

—De nada.

Easton me da un golpecito en el costado y yo logro recuperarme lo bastante como para recordar mis modales.

—Gracias, señora Berger.

East tira de mí hasta la puerta.

—¿Llamo a un taxi o espero?

No respondo. Estoy demasiado enfadada; conmigo misma, con mi padre y con la señora Roquet por haber muerto. Me libro de la mano de Easton y empiezo a caminar dando zancadas por la carretera.

—Puede que no haya engañado ni chantajeado a nadie, pero fui una cobarde —resoplé—. Me quedé sentada sin hacer nada y ahora no hay forma de solucionarlo. Tengo tres días antes de que Dylan vuelva.

—Todavía puedes hacerlo —me anima Easton.

—Claro que sí. —Me paso una mano por la cara; me cabrea que las lágrimas me recorran la piel. ¿De qué me sirven?—. ¿Por qué esperé tanto?

—No esperaste. Estabas poniendo tu vida en orden. Sabías que con diecisiete años no ibas a poder separar a tu hermana de tu familia. E intentaste entrar en esa casa para protegerla. Te matriculaste en el Astor Park para hacer feliz a tu madre y mantuviste la boca cerrada sobre los chanchullos de tu padre. Hiciste lo que pudiste.

—No fue suficiente. —Me llevo las manos a la cabeza porque me da miedo que la presión que siento dentro haga que me explote el cráneo—. ¡No fue suficiente!

Lo repito una y otra vez dando pisotones y pateando piedrecitas, pero no parece que eso me haga sentir mejor. Easton se queda a un lado y observa cómo hago el ridículo. Algunos perros empiezan a ladrar y unos cuantos coches del barrio ralentizan para ver qué clase de loca está echando por tierra el valor de la propiedad. Uno de los conductores que pasan hace sonar la bocina y consigue que entre en razón. Roja de vergüenza, me desplomo sobre el bordillo y entierro el rostro en mis manos.

—Vamos. —East tira de mi brazo.

—No quiero —murmuro como si tuviese cinco años. Supongo que mi berrinche no ha acabado.

—Lo harás. —Me levanta en brazos y me deja de pie en el suelo. Me arrastra unas cuantas manzanas hasta que llegamos a una gasolinera—. Espera aquí —dice.

Como no tengo nada mejor que hacer, planto el trasero en la acera y me quedo mirando cómo un torrente de coches y clientes reabastecen sus vehículos de gasolina, limpian los parabrisas o se detienen simplemente para hacerse con algún aperitivo. La vida de los demás continua con una envidiable normalidad, mientras que la mía es un completo desastre. Lo peor es que tuve el trofeo —la respuesta— al alcance de la mano, pero entonces descubrí que realmente no existía.

Los «¿y si...?» y los «ojalás» me carcomen por dentro. ¿Y si le hubiese respondido antes? Ojalá no me hubieran mandado al internado, para empezar. ¿Y si hubiese mantenido la boca cerrada? Ojalá hubiese podido convencer a mi madre de que Dylan no estaba a salvo.

—Vamos —dice Easton.

Levanto la mirada hasta él y lo veo con un *pack* de seis latas en la mano y una porra larga de metal de casi un metro envuelta en goma amarilla. Mi cerebro me informa muy amablemente de que se trata de un dispositivo antirrobo. Recuerdo eso, pero no toda la mierda sobre la señora Roquet. Me odio a mí misma.

—No tengo intención de beber —le respondo con dureza.

Me cabrea que su solución para todo sea el alcohol. Emborracharme no va a solucionar ninguno de mis problemas.

—Ni yo. —Gira la caja para que vea que se trata de

Seven-Up—. Hay un parque allí. Vamos. —No me espera.

Lo observo alejarse un segundo y luego me obligo a ponerme en pie. Se ha portado muy bien conmigo. Ha escuchado mis problemas, ha esperado pacientemente a que se me pasaran los berrinches y ha permanecido a mi lado, aunque haya perdido todos los recuerdos. Se ha comportado como un verdadero amigo. Si no tuviese a East en todo este lío, estaría perdida. Así que, si quiere tomarse un refresco, entonces me quedaré con él mientras se lo bebe.

Me está esperando en la cancha de baloncesto asfaltada, con los refrescos en el suelo, frente a sus pies, y la porra en mano. Me la ofrece cuando llego junto a él.

La acepto y me sorprende lo mucho que pesa.

—¿Qué se supone que tengo que hacer con esto? —pregunto—. No tenemos coche ninguno de los dos.

—Cuando me frustró, me siento mejor si golpeo algo. Siempre hay peleas en el muelle. Algunos chicos participan por dinero, pero Reed y yo lo hacíamos

porque estampar el puño en la cara de un tío es muy satisfactorio. Me imagino que ese no es tu estilo...

Me estremezco.

—No.

—... así que he comprado los refrescos y la porra. —Señala el *pack* de las bebidas—. Desquítate con esto. Te prometo que te hará sentir mejor.

No me convence, pero muevo ligeramente la porra.

Easton se coloca a mi espalda, envuelve los brazos alrededor de los míos y golpea las latas con fuerza. Las burbujas salen disparadas por todos lados y yo intento dar un paso hacia atrás, pero él me mantiene fija en el sitio.

—Échale ganas, Hart. ¿Cómo te sientes al pensar que tu padre te rompió la muñeca?

«Como una puta mierda». Esta vez, golpeo con más fuerza. Se oye un crujido muy satisfactorio cuando el material de la lata cede. No esquivo el chorro de líquido carbonatado. En cambio, preparo la porra para mi siguiente golpe. Este va por mi padre, por aceptar sobornos. Pum. Este por la señora Roquet, por morir antes de obtener su declaración. Pum. Este por Felicity y Kyle, y por mi estúpida pérdida de memoria. Vuelvo a estampar la vara contra las latas hasta que ya no queda nada más que un montón de metal aplastado y un charco blanco de bebida con gas burbujeando cual pez muerto en el asfalto.

—¿Cómo te sientes? —pregunta Easton mientras me quita la porra de las manos.

Me paso una muñeca pringosa por la frente.

—Sorprendentemente mejor.

Coger berrinches y reventar latas de refresco quizá sea un calmante temporal, pero hasta que no consiga sacar a Dylan de esa casa, no seré capaz de vivir conmigo misma. Combato contra una oleada de impotencia. Sentir pena de mí misma no va a solucionar nada.

Me aparto el pelo de la cara e intento organizar mis ideas. Ahora lo veo todo con más claridad. Recito las pruebas que tenemos.

—Tengo un mensaje de texto de una mujer muerta. Mi padre echaría esa prueba por tierra en un segundo. Cualquiera puede manipular mensajes hoy en día. Lo que tenemos que hacer es ir a la fuente.

—¿Interrogar a tu padre? —Easton se frota las manos—. Me apunto.

—No. Nos colaremos en su despacho, en el que tiene en casa.

—¿Esta noche?

Me encojo de hombros.

—Y ¿por qué no? Todavía no es tan tarde, y ya que estamos, podemos marcarnos un Scooby-Doo, como profesionales.

Easton se ríe por lo bajo y, luego, se pone serio.

—¿Crees que puede haber guardado algo incriminatorio en su despacho?

—No perdemos nada por intentarlo.

—¿Estás segura de que quieres hacerlo? Esto podría hacer muchísimo daño a tu familia.

Le dedico una mirada severa a East.

—Si no lo hago, le hará daño a Dylan. Lo mejor que puedo hacer es encontrar pruebas de que está aceptando sobornos y entregarlo a las autoridades.

East tira de mí y me pega contra su cuerpo.

—Estaré contigo en todo momento.

Capítulo 28

Easton

—No me puedo creer que esté usando un coche con chófer para espiar a alguien. —No quería alquilar un coche para esta sesión de espionaje, así que Hartley y yo nos las apañaremos con el chófer de mi padre, que ha venido a recogernos de la gasolinera en menos que canta un gallo—. ¿Puedes llamar la atención un poco menos? —le pregunto a Durand al tiempo que le doy un golpecito en el hombro.

Él se desliza por su asiento

—¿Así le parece bien, señor Easton? —Se está burlando de nosotros, pero nos lo merecemos.

Estas intrigas de mierda probablemente resulten ridículas a cualquiera que no sepa qué narices ocurre en la casa de los Wright. La idea de entrar en el despacho de su padre parecía buena hace media hora, pero ahora ya no estoy tan seguro de ello. ¿Qué pasa si la pillan? No voy a quedarme parado mientras su padre le rompe la otra muñeca, pero no sé cómo abordar el tema. «Eh, nena, puede que tenga que partirle la cara a tu padre esta noche. Espero que no te importe».

Pero Hart está harta de no hacer nada. Dice que ya se quedó al margen durante mucho tiempo. No sé si es una descripción justa, pero entiendo que quiera actuar. Yo siempre estoy a favor de hacer algo en vez de quedarme de brazos cruzados.

—No se ofenda, pero este coche es muy llamativo.

Hart parece preocupada.

—No me ofendo, señorita —responde Durand.

—Vayamos a echar un vistazo más de cerca. Para eso estamos aquí, ¿verdad? —Le doy la oportunidad de echarse atrás.

—Sí —responde, y sale del vehículo de un salto.

Supongo que ahí tengo mi respuesta.

—Ahora volvemos —digo mientras bajo del coche tras de ella.

—Aquí estaré.

Durand está de buen humor. Creo que le va toda esta mierda del espionaje. Probablemente sea más interesante que llevarme de casa al colegio y del colegio al hospital una y otra vez. Vaya rollo.

Me levanto el cuello de la chaqueta para resguardarme del frío viento de la noche y me apresuro a seguir a Hart, que se ha detenido en mitad de la acera y se encuentra mirando fijamente la carretera.

—El accidente tuvo lugar cerca de aquí, ¿verdad? —dice cuando llego a su altura.

—¿Recuerdas algo?

Analizo su rostro en busca de una señal de que reconoce el lugar.

—No, pero he oído que fue en la curva. —Señala la curva pronunciada que hemos pasado.

La horrible escena se reproduce ante mis ojos. La parte de atrás de su coche aplastada. La luna del coche de los gemelos hecha añicos sobre la gravilla. El cuerpo de Seb a seis metros del Range Rover.

Le doy la espalda a la escena y bloqueo su vista. Si no puede recordar, ¿qué sentido tiene mortificarse por ello? No va a deshacer el accidente.

—Ahora lo dos estáis mejor —digo—. Eso es lo importante.

Hart se queda con la vista fija por encima de mi hombro y luego asiente con decisión, como si intentara aceptar la situación.

—Sí. Vale, hagámoslo. —Mira a su alrededor y se embebe de las casas, muchas de ellas mansiones, que ocupan toda la extensión de la calle. La propiedad de Los Royal es tan grande que no vemos la casa de al lado, pero los hogares en el barrio de Hartley no están tan aislados—. ¿Deberíamos fingir que hemos perdido a nuestro perro y que por eso entramos en los jardines de las otras casas y miramos por las ventanas?

Toso ligeramente para ocultar una risa.

—Eso puede que atraiga más atención de la que nos gustaría.

—No tenemos elección. La señora Roquet está muerta. La única opción que nos queda es obtener pruebas directamente de mi padre.

Mete las manos en los bolsillos de mi chaqueta azul marino; tiene los hombros tan hundidos que pronto llegarán a tocar el suelo de la acerca.

—Vayamos por detrás, por el borde de la propiedad —sugiero, porque tiene razón. Esta idea es tan buena como cualquier otra.

—¿Y si alguien nos dispara porque parecemos ladrones?

—Tu chaqueta vale lo que un par de meses de hipoteca. No creo que nadie te vaya a confundir con una ladrona.

—Por supuesto. —Pone los ojos en blanco—. ¿Te da alergia si tu ropa cuesta menos de cuatro cifras?

—Sí. Así es. Y también se me encoge la polla.

—Solo tú, Easton, tienes tanto ego como para bromear sobre el tamaño de tu pene.

—Son los problemas de tenerla grande —entono con voz solemne. Llegamos al final del solar. Todavía no nos persigue ningún perro.

—¿Cómo puedes dormir en ese zulo si te gustan las cosas buenas?

«Porque es tu apartamento», quiero responder, pero no creo que esté preparada para eso.

—Porque allí tengo privacidad. Y no tengo que lidiar con los gemelos, ni con Ella. —«Y tú estás allí»—. ¿Por qué vivías tú allí? Tu casa no es ninguna chabola.

—Eh. No es tan bonita por dentro. Creo que mis padres la compraron porque querían parecer más ricos de lo que realmente son. No tenemos cosas de diseño como tú. Mi madre habla siempre de lo caras que son las cosas. Mantener las apariencias es importante para ellos. Cuando le pedí ayuda a Parker, me dijo que estaba haciendo quedar mal a la familia.

—Vaya mierda.

Se encoge de hombros ligeramente.

—Sí, lo es.

Suena resignada. De todas las cosas, lo que más me cabrea es el abandono que ha sufrido por parte de su familia. Puede que mis hermanos y yo nos peleemos, que Seb se haya despertado como una persona completamente diferente, pero siempre nos apoyamos los unos a los otros. Y cuando Ella llegó a nuestra familia, incluso cuando todavía no nos gustaba demasiado, en cuanto alguien intentó hacerle daño, ahí estuvimos más que preparados para defenderla.

La familia tiene que protegerse.

Supongo que ahora yo soy la familia de Hartley.

—Allá vamos —susurra.

El jardín trasero de la casa de Hart es de un tamaño decente, pero está desnudo; no tiene ningún diseño de paisajismo. Está compuesto en su mayoría por césped y un par de árboles. La mansión de su familia está a oscuras, salvo por una habitación al final de la planta baja donde parpadea una luz azul. Alguien está viendo la televisión.

—La cuarta ventana de la planta baja es la del despacho de mi padre.

Inspecciono la parte de atrás. El porche tiene dos puertas acristaladas, una que lleva a la cocina y la otra, al salón. Esta última es por donde Hart cree que podemos entrar. Al parecer, la alarma de seguridad lleva años sin funcionar, así que no me preocupa demasiado que suene una vez hayamos entrado en la casa.

—¿Cuál es tu plan de ataque? —le pregunto.

—Por lo que me has dicho, mi padre era muy imprudente. Veía a la gente en casa, así que apuesto a que hay pruebas en su despacho.

—¿No estarán en una caja fuerte?

—Puede. Pero ¿qué daño puede hacernos mirar? ¿Qué va a hacer? ¿Echarme de casa?

«Puede que te pegue y luego yo tendría que devolverle el golpe». Pero me guardo mis reservas.

Hart se acerca para vislumbrar el interior del salón.

—Mi madre está en el sofá, pero creo que está dormida.

Me levanto de mi posición agazapada para analizar brevemente la situación. La señora Wright sí que parece estar dormida. Tiene la cabeza ladeada de forma extraña y el mando de la televisión yace en su mano flácida. El señor Wright no está en la casa.

—Puede que haya salido a encontrarse con un cliente —dice Hartley en voz baja.

Recorremos todo el lateral de la casa y nos detenemos bajo la ventana de la oficina de su padre. Ella echa un vistazo al interior y me hace la señal de «OK» con el dedo gordo. El despacho está vacío. Se escabulle hasta la enorme barbacoa de metal y mete la mano por debajo, donde jura que hay una llave de las puertas del patio de atrás. Oigo el chirrido del metal y un gritito de emoción.

—Tenía razón —se jacta mientras me pone la llave en las narices.

—Genial. Vamos.

Su entusiasmo es contagioso, y me obligo a mí mismo a relajarme. No hay ningún peligro real. Es su puta casa. Si quiere entrar en el despacho de su padre, entonces eso es lo que haremos.

Mete la llave en la cerradura y empieza a girar el pomo justo cuando oímos su voz.

Ambos nos tiramos al suelo y nos quedamos tumbados contra el bloque de cemento.

—Te dije que me ocuparía de ello, pero este es un asunto delicado y necesito lidiar con ello despacio y con cuidado, si no, ambos nos meteremos en problemas.

Hartley extiende el brazo y me coge de la mano. Yo le devuelvo el apretón. Me tira de ella. Quiere algo.

«¿Qué?», articulo en silencio.

Se lleva la mano a la oreja. ¿Quiere que llame a alguien?

No, está sacudiendo la cabeza. Hace el gesto de sostener un teléfono y luego señala hacia arriba. Y por fin caigo en la cuenta. Quiere que lo grabe.

Saco el teléfono y abro la grabadora de voz para empezar a grabar. Espero que funcione.

—Quiero el dinero en efectivo. No me importa lo difícil que sea conseguir cinco millones en efectivo. Quiero que me pagues así.

¿Cinco millones? No me extraña que se pueda permitir vivir en esta casa con el sueldo de un fiscal de distrito. También debe de ser un caso importante, porque ¿quién le pagaría esa cantidad de dinero? Las náuseas empiezan a revolverme las tripas. Hay un caso muy importante en Bayview ahora mismo: el juicio por asesinato de Steve O'Halloran.

—Sí que intenté asustar a la chica para que no testificara, pero es testaruda. Así que voy a tener que arreglar el asunto manipulando algunas pruebas. Tus abogados deberían ser lo bastante listos como para conseguir que el caso quede sobreseído.

Hay otro momento de silencio mientras el señor Wright escucha a la persona al otro lado de la línea.

—Si tan preocupado estás por el testimonio de tu hija, entonces mi sugerencia es que te asegures de que no pueda testificar. ¿Tú ves que yo tenga algún problema con mi hija? Sé cómo mantener a esa pequeña zorra a raya.

Se me hiela la sangre. ¿Hacer que Ella no pueda testificar? ¿Está sugiriendo que Steve mate a Ella? La rabia y el miedo forman una combinación letal en mi

pecho y hacen que me duelan las costillas. Ni de coña. Ni de coña va Steve a ponerle las manos encima a Ella.

A mi lado, Hartley está igual de afectada. La parte de «esa pequeña zorra» le ha dolido, lo veo en sus ojos. No es la primera vez que desearía estrangular a su padre hasta matarlo. Y si antes tenía dudas de lo que esta conversación implicaría, el señor Wright las ha acallado por completo. Steve está intentando comprar su juicio y Wright está más que dispuesto a ayudar, siempre que obtenga su dinero.

—Quiero la mitad mañana, como depósito. No me acercaré a esas pruebas hasta que no tenga la mitad del dinero. Reúnete conmigo en Winwood Park a las diez. Y recuerda, lo quiero en efectivo.

Una oleada de náuseas se apodera de mí. Hart no me ha pedido que la ayudase a meter a su padre en la cárcel. Solo quiere liberar a su hermana. Pero no puedo callarme después de lo que acabo de oír. Ella tiene que enterarse de que su padre biológico, el que intentó matarla, está intentando librarse de la cárcel por el asesinato de la exnovia de mi padre. Y también debe saber que es posible que vaya tras ella otra vez para evitar que testifique en su contra.

Menudo puto dilema.

—Menudo cabrón —suelta el señor Wright. Desaparece por la puerta y lo oímos gritar—: ¡Tengo hambre! Hazme un sándwich. —Su voz se desvanece con cada palabra.

Hartley se pone en pie de un salto y me hace un gesto para que la siga. Volvemos por donde hemos venido corriendo y no se detiene hasta que llegamos junto a Durand. Abre la puerta con manos temblorosas y dice:

—Vamos. Por favor, vámonos.

—¿Adónde? —pregunta Durand, lanzándome una mirada preocupada.

—Creo que tenemos que ir a tu casa. —Alza su mirada angustiada hacia la mía—. Tienes que contárselo a tu padre en cuanto vuelva.

—Entonces lo sabes —digo. El corazón me late con fuerza.

—Es el caso de Ella, ¿verdad? —Suenan muy triste.

—Sí. —Me duele mucho la garganta—. Si se lo contamos a mi padre, no se detendrá hasta que tu padre pase una buena temporada en la cárcel.

Hartley traga saliva; la situación también parece ser dolorosa para ella.

—Pues que así sea.

Capítulo 29

Hartley

—Han quedado mañana por la noche —digo al final, desplomándome por lo exhausta que me siento emocionalmente—. Aunque, espera, supongo que será esta noche, ya que técnicamente ya es mañana. —Son más de las dos de la madrugada y estoy más que lista para caer redonda.

Callum no parece estar mucho mejor que yo. Lleva viajando, literalmente, las últimas veinticuatro horas sin parar, las líneas de cansancio de su rostro lo ponen en manifiesto. Durante horas, hemos esperado que regresara de Londres. Esperaba que fuese más tarde aún, pero al contrario que la gente normal, Callum Royal no tiene que pasar por la zona de recogida de equipaje. Supongo que es la ventaja de tener tu propio avión.

Easton envuelve mis hombros con su brazo y me atrae a su cuerpo, desafiando a Ella o a su padre a que digan algo sobre lo que les acabo de contar. Todos permanecen en silencio. Ella está demasiado cabreada y Callum... creo que está apenado y sorprendido, como si no pudiese creer que su amigo de toda la vida hubiese caído tan bajo. Creo que lo que más le ha impactado es la implicación de que Steve pueda hacerle daño a Ella para evitar que testifique y que mi padre, de hecho, lo apoye. Al escuchar esa parte, Ella ha empalidecido, pero ahora está roja de ira. Quiere la sangre de Steve y no la culpo lo más mínimo.

—¿Y ya está? —pregunta Callum.

Asiento.

—Sí. Al menos, eso es todo lo que sé.

Le enseño el mensaje de la señora Roquet que tengo en el móvil y él lo lee con cuidado.

—Esta es la mujer que viste —apunta.

—Sí.

—Pero ¿ha fallecido?

—Sí, esta noche hemos ido a su casa y su vecina nos ha dicho que después de que su hijo muriera de sobredosis el año pasado, la señora Roquet perdió las ganas de vivir. Creo que por eso tardó tanto en contestarme. Si mira la hora de los mensajes, esperé seis meses a que me respondiera.

—Fue ella la que te trajo a Bayview —supone Easton.

—Eso creo.

Callum deja mi móvil y el de Easton en el escritorio a su espalda.

—Voy a ser franco contigo, Hartley. No puedo permitir que esto suceda. Tengo que proteger a mi familia a toda costa, y eso supone exponer esta trama de corrupción y detener a tu padre.

—Papá... —empieza a decir Easton.

Yo lo interrumpo levantando una mano.

—No. Lo entiendo. Yo también quiero proteger a mi familia. Necesito sacar a Dylan de esa casa antes de que todo se haga público. Temo que mi padre descargue su ira en ella. ¿La ayudará, por favor?

—Claro que lo hará. ¿Verdad? —responde Easton con la barbilla en alto, resuelto.

—Sí, lo haré —contesta Callum—. Llamaré a mis abogados y pediré otra reunión con tu padre, y haré que Durand vigile a tu hermana. Los mantendremos separados lo máximo posible. Cuando se haga público, trasladaremos a vuestra familia a un lugar seguro.

Es todo lo que ofrece y, aunque no es suficiente, me siento culpable por aceptar su ayuda. No es culpa mía. Las acciones de mi padre no tienen nada que ver conmigo, pero estamos conectados: tenemos la misma sangre, el mismo apellido.

—Necesitamos fotos de los dos juntos. —Ella habla por primera vez—. No podemos apoyarnos en esos mensajes y en la grabación. Sin pruebas fotográficas, será demasiado fácil que ese capullo se salga con la suya.

No sé si se refiere a su padre o al mío.

Callum asiente.

—Me ocuparé de ello, Ella.

Espero que discuta, pero se limita a asentir con brusquedad y se marcha. Easton me pone de pie. Siento que estoy muerta por dentro. Cuando llegue al apartamento, voy a tumbarme en la primera superficie suave que vea.

—Venga —dice, tirando de mí tras él.

—Por ahí no se va a la puerta de entrada —le rebato.

—Lo sé. Estás a punto de desmayarte, así que te llevo al piso de arriba. Puedes dormir en mi cuarto, yo me quedaré en el de Reed. —Mira hacia Ella como si le pidiera permiso, pero tiene la mirada fija en el frente como si fuese una zombi. Tiene mucho en la cabeza y, de nuevo, me recuerdo a mí misma que nada de esto es culpa mía, aunque tenga el estómago revuelto por lo que está pasando.

—Creo que será mejor que me vaya a casa.

—No. —La voz de Ella resuena en el pasillo. Se detiene al pie de las escaleras—. No —repite—. Sube. Tenemos que elaborar un plan.

—¿Plan? —repito a Easton en silencio.

Él sacude los hombros, confuso, pero me insta a que suba las escaleras. A regañadientes, subo por los escalones de mármol y mis zapatillas resuenan contra los azulejos. Giramos a la derecha.

—La habitación de mi padre está por ahí —explica Easton. La de Ella es la primera puerta que encontramos en un pasillo largo y amplio.

—Entrad —dice.

La habitación es de color rosa Barbie. Paredes rosas, alfombras rosas, tapizado rosa, cortinas rosas con volantes... Es una habitación de princesa, si la princesa tuviera menos de diez años. Ni en un millón de años hubiera imaginado que a esta chica rubia y guay le gustase tanto el rosa.

—Mi padre la decoró —me dice East al tiempo que agarra una silla rosa donde plantar mi culo.

—Es horrible, ¿verdad? —dice Ella subiéndose a su cama. Da una palmada a su lado y hace un gesto a Easton para que se siente con ella, pero él no lo hace.

Posa una mano en mi hombro. Decide permanecer a mi lado, y no me gusta. Es su familia. No debería escoger entre su familia o yo.

Me levanto.

—No quiero sentarme —le digo, y después pongo algo de distancia entre nosotros. Parece herido, pero es lo correcto. Me cruzo de brazos y asiento hacia Ella.

—¿Qué necesitas?

—No quiero dejarle todo a Callum. No es que no confíe en él, pero supongamos que pasa algo y Callum no obtiene la foto adecuada. Nadie va a estar tan metido en esto como tú y yo —contesta, y nos señala con un dedo—, así que deberíamos hacerlo nosotras.

—Vale.

—No —dice Easton a la vez.

—¿Por qué no?

Me vuelvo hacia él con el ceño fruncido.

—Oh, no sé. Puede que porque es muy peligroso, joder.

—Winwood Park tiene un montón de árboles en el aparcamiento —exclama Ella—. Podemos escondernos allí.

—Me parece bien. ¿Tienes cámara?

—Sí...

—¿Tú también has sufrido algún daño cerebral, Ella? ¿Y tú, Hart? Pensé que habías perdido la memoria, pero no la cabeza también —espetea Easton. Entonces, señala a Ella—. Tu padre usa pistolas. —Me señala a mí—. Y es posible que tu padre matase a la señora Roquet para que estuviera calladita. Sabemos que es lo bastante violento como para romperte la muñeca. Sumar dos más dos equivale a mantenernos alejados de ellos.

Ella lo mira y después se vuelve hacia mí.

—Sí que tengo cámara, pero sin visión nocturna. Iré a la tienda para comprar una por la mañana.

—Buena idea. No tengo coche, pero hay un autobús que para a unas tres calles de distancia si no te importa andar un poco.

—¿Me estáis escuchando alguna de las dos? —ruge Easton.

Ella y yo nos callamos.

—¿Podéis hablar más bajo? —exclama una voz desde la puerta—. Intento dormir, joder. Acabo de salir del hospital.

Todos nos giramos y vemos que Sebastian está en el umbral de la habitación de Ella, pestañeando hacia nosotros. Tiene su pelo castaño oscuro de punta en un lado y lleva un adorable pijama azul de satén con monos marrones bordados.

—Lo siento —dice Ella a la vez que se levanta de la cama.

Cuando su mirada se posa en mí, da un paso atrás por la sorpresa.

—¿Qué coño haces aquí?

—Yo, eh... —Hago una mueca. No sé qué decir y busco la ayuda de Easton.

¿Debería decirle la verdad o Easton y Ella prefieren ocultárselo?

—Está aquí para ayudarnos a que Steve vaya a prisión —replica Easton—. Y no le hables mal a Hartley.

—Le hablaré mal a quien quiera, joder —responde su hermano—. Sobre todo a esta capulla que casi me mata.

—Seb, eso no ha estado bien —protesta Ella—. Sabes que fue un accidente.

—Que os den. He conducido por esa curva un millón de veces y nunca sufrí un accidente hasta que esta zorra apareció.

Easton se dirige hacia él. Yo le agarro del brazo.

Ella corre para colocarse entre los hermanos.

—Ya basta —los reprende. Empuja a Sebastian fuera y añade—: Id a dormir. Un músculo en la mandíbula de Easton palpita, pero asiente.

—Venga —dice, y se mueve de manera que es él quien me sujeta el brazo en lugar de yo a él.

Sale, recorre el pasillo, abre una puerta y nos mete dentro. La puerta se cierra tras él, pero oigo que Sebastian dice:

—No puedo creer que dejes que esta zorra duerma en nuestra casa.

No sé qué responde Ella.

—Lo siento —exclama Easton, y se va dando zancadas hacia unas puertas cerradas. Desaparece en su interior.

—No lo sientas. Tu hermano tiene todo el derecho de sentirse así

La ansiedad me carcome. ¿Cómo podemos Easton y yo estar juntos si su familia se opone? La soledad es un sentimiento terrible, y no quiero que Easton la viva. Es horrible que tu familia no te acepte. Es una vil mezcla entre humillación y abandono. Es todas las fiestas de cumpleaños a las que no te han invitado, cada juego en el que eres la última en ser escogida, cada rechazo que recibes multiplicado por un millón. Es como estar de pie en un vasto desierto, sediento y ansioso por una sola gota; no de agua, sino de afecto, de atención... de amor.

—Easton... creo que no debería estar aquí.

Sale con mantas en los brazos.

—Voy a dormir en el sofá. Tú te puedes quedar con la cama.

No me muevo.

—¿Me has oído?

—Sí, pero no pienso dejarte marchar, así que ya puedes prepararte para ir a

dormir. Aquí tienes el cepillo de dientes. —Me lanza algo y yo lo agarro en un acto reflejo—. ¿Quieres, eh, un pijama? Puedo dejarte una camiseta o quizá Ella tenga alguno.

Permanece de pie con las manos en las caderas, sus pies listos y el cuerpo tenso como si pensase que voy a intentar correr hacia la puerta y que tendrá que detenerme. Como siempre que estoy con él, toda duda se disuelve y el frío es reemplazado por una sensación de calidez. Me doy cuenta de que Easton es mi sol.

—¿Vamos a tener que discutir? —pregunta—. Porque, de ser así, desnudémonos y metámonos en la cama. Es el único tipo de lucha que permito aquí.

Giro la cabeza hacia la enorme cama. Mis mejillas se incendian al pensar en los dos rodando por ella. Besándonos... tocándonos. Me muero por volver a besarlo, pero soy demasiado cobarde como para dar el primer paso. Así que respondo con sarcasmo.

—Apuesto a que has tenido muchas peleas en esta habitación. Probablemente más de las que se pueden contar.

Easton me ofrece una sonrisa inocente.

—No. Nunca he tenido peleas aquí. Soy virgen.

Abro la boca, sorprendida.

—¿En serio?

—Sí. Dado que no tienes recuerdos, sí, soy virgen. Ahora ve a cambiarte para que podamos dormir.

Me encamino al baño y me detengo en la puerta.

—Ya que eres virgen, intentaré ser delicada contigo cuando nos acostemos.

Siento un inmenso placer cuando le cierro la puerta en las narices. Estos días no ha habido nada divertido, pero la expresión de Easton me hace esbozar una sonrisa. Puede que no sea buena tonteando, pero ese comentario final ha sido excitante. Bien por mí.

Me lavo los dientes, me limpio la cara con una pastilla de jabón que huele a naranja y cedro y me paso la camiseta de Easton por encima de la cabeza. Casi me llega a las rodillas.

—¿Has acabado? —dice con voz ronca.

De repente me siento tímida, así que me escabullo hacia la enorme cama y me meto entre las sábanas. Es lo bastante grande como para que los cinco Royal duerman aquí. Escuchar cómo Easton se prepara para dormir es raro. Estoy

acostumbrada al silencio, creo, lo cual tiene sentido, porque viví sola en aquel apartamento, y por la falta de fotos en redes sociales, parece que no tenía muchos amigos.

Es agradable. No, «agradable» es una palabra blanda, sin sentido. Es... maravilloso, y no quiero volver a la época de mi vida donde no había sonido alguno excepto los que hacía yo. Creo que, por eso, cuando mi sol particular sale del baño frotándose el pelo con una toalla, digo:

—La cama es lo bastante grande como para una familia entera.

Easton se tensa.

—Es de tamaño grande.

Me siento, llevo la mano hacia el otro lado y lo destapo.

—Métete.

—Vaya, Hartley Wright, ¿vas a desvirgarme? —pregunta entre jadeos por la sorpresa. O puede que por las ganas. ¿Quién sabe?

—Esta noche no. Sé que es tu primera vez, así que quiero ir poco a poco. Empezaremos por compartir la cama.

East tira la toalla tras él, la cual da contra el interruptor de la luz, y se lanza a la cama, donde aterriza con la mitad de su cuerpo sobre mí y la otra mitad encima de la cama.

—No confío en ti —me provoca.

—Eso veo —digo secamente mientras me quito uno de sus brazos de encima —. Eres la viva imagen de un virgen asustado.

—¿Verdad?

Le lanzo una almohada a la cabeza.

—Métete bajo las sábanas.

Él agarra la almohada, se la pone debajo de la cabeza y se mueve hasta colocarse a mi lado.

—¿No tienes frío? —pregunto, intentando no mirar su torso desnudo. Easton Royal no lleva pijama y estoy segura de que, de estar solo, no llevaría nada, ni siquiera los calzoncillos negros que tiene puestos.

—Como te he dicho antes, aquí hay un problema de confianza.

Percibo un tono de autocrítica que me hace creer que no está preocupado por mí, sino por su propia capacidad de mantener las manos quietas, ahora bajo su cabeza.

—Podemos fingir que somos puritanos y usar las almohadas como un

separador —sugiero.

—¿Qué coño es un separador?

—Como un tronco o una bolsa que se coloca en la cama entre dos personas antes de que se casen. Así pueden acostumbrarse a dormir juntos sin entregar su preciada virginidad.

—Te acuerdas de las cosas más raras, Hart.

El corazón me late deprisa, al igual que siempre que me llama «Hart». Como si fuese su corazón. Como si mi lugar estuviese junto a él. Me obligo a mirar al techo.

—Voy a memorizar un montón de datos al azar hasta tener la cabeza llena de ellos. Puede que mi meta en la vida sea ser campeona del *Jeopardy*. No iré a la universidad, pasaré todo el tiempo memorizando libros de datos y ganaré un millón de dólares en un concurso de la tele.

—Vale —responde sin más, como si mi idea no fuese la más rara del mundo.

—Creo que dirías vale aunque mi plan fuera aprender a columpiarme en un trapecio y unirme al circo.

Siento que se coloca de lado. Giro la cabeza y lo veo sonriéndome.

—En primer lugar, columpiarse en un trapecio es *sexy*. En segundo lugar, el circo es una estupidez. En tercer lugar... —Extiende la mano y me acaricia el pelo con ella—. En tercer lugar, te quiero, Hart. Así que sí, si quieres unirme al circo o vender revistas de casa en casa o trabajar como dependienta en un centro comercial, me parece bien. Lo que sea que te haga feliz.

¿Me quiere?

Oh, Dios mío. A veces dice cosas de lo más inesperadas. El corazón me da un vuelco, siento un aluvión de mariposas en el estómago, como si un huracán las hubiese espantado y siento que las lágrimas se agolpan en mis ojos. Parpadeo para no dejarlas caer.

—Solo lo dices para que te invite a ser mi compañero de espectáculo en el circo.

Me pasa el pulgar por debajo del ojo para atrapar una estúpida lagrima que se ha escapado.

—Claro. Tengo que estar allí si vas a columpiarte en leotardos, es muy *sexy*. No puedo dejar que la mujer barbuda o el domador de leones me quiten a mi chica.

Porque es Easton Royal y tengo cero autocontrol, porque mi corazón herido necesita todo el sol que pueda recibir, porque yo también lo quiero, me lanzo a

sus brazos y lo beso.

Solo iba a ser un beso, un pico rápido, pero no puedo parar. Lo beso una y otra vez y, de repente, mis manos buscan su torso desnudo. Le acaricio la piel con los dedos. Mi boca delinea su mandíbula hasta que pruebo su lóbulo y, después, su cuello salado.

Me permite hacer todo eso hasta que queda debajo de mí, desnudo salvo por unos calzoncillos negros.

—¿Has terminado? —me pregunta a pesar de que se los acabo de quitar.

—Aún no.

Mis mejillas se encienden al admirarlo. Contemplo *todo* su cuerpo. Es hermoso de una forma que no esperaba que lo fuera. No soy muy fan de los penes de los tíos. Normalmente no me parecen atractivos. No me interesa nada buscarlos en internet, pero el de Easton... No puedo dejar de mirarlo; desde su sedoso pelo castaño hasta sus asombrosamente bonitos dedos de los pies; Easton Royal es pura perfección. Tiene el pecho fuerte y el abdomen rígido. Sus muslos tienen fuerza y sus piernas son largas. Cada centímetro de él exuda poder.

Su mano viaja hasta su miembro y se lo aprieta con tanta fuerza que sus nudillos se tornan blancos.

—Me vueles loco, Hart. Voy a durar dos segundos como no dejes de mirarme así.

—No puedo evitarlo.

Easton responde con un estallido de actividad, quitándose la camiseta por la cabeza y levantándose del colchón lo suficiente para deshacerse también de los pantalones. Oigo un leve rasgido, una maldición y, finalmente, un «por fin» pronunciado con satisfacción.

Va más despacio cuando me quedo en ropa interior. Me acaricia las caderas lentamente. Traza un mapa de mis curvas, mi abdomen y el arco de mi espalda. Su boca viaja de mis labios a mi mandíbula, baja por mi cuello y se pasea por mi clavícula. Besa la curva de uno de mis pechos, la cima y el valle entre ellos.

Entonces, se mueve para ponerse un condón.

—¿Estás segura de esto?

Tiene una mirada ardiente y la piel enrojecida. Sus labios están hinchados por culpa de mis dientes y mi lengua.

Nunca he estado más preparada en toda mi vida.

—Sí —digo con vergonzoso entusiasmo.

Easton rueda y me coloca sobre él.

—Recuerda, con delicadeza. Es mi primera vez —susurra antes de que yo me deje caer.

No sé si es mi primera vez o la quincuagésima, pero no importa, porque es nuestra primera vez. Aprieta los dientes y veo que su frente se torna perlada. Se aferra a mis caderas con los dedos y su cuerpo entero se tensa debajo de mí. También se le tensan los músculos del cuello mientras forcejea por hacerse con el control.

—Hart —jadea.

—East —digo con un suspiro.

Nuestros apodos tienen significados cursis que no podemos decir en alto porque algo tan cursi arruinaría el momento. Pero aquí, ahora, podemos pensar en ellos. Podemos explicarlos con nuestros cuerpos. Él es mi sol, mi calor, la estrella que me guía. Mi East.

Yo soy su alma, su propósito, su amor. Su Hart.

Robamos la respiración del otro y nos las devolvemos hasta que somos uno, un corazón, un cuerpo. Es erótico y embriagador, siento un subidón del que nunca me quiero deshacer. Pero él me alcanza cuando pierdo el control. Me abraza contra su amplio pecho, sus cálidos brazos me atraen hacia su cuerpo, y me susurra que nunca me abandonará, que nunca dejará de amarme, nunca, nunca, nunca, nunca.

Capítulo 30

Hartley

Después de la noche más apasionante de mi vida, pensaba que estaría en las nubes la mañana siguiente. Pero el ambiente del desayuno es lúgubre. Todos se reúnen en la cocina y se beben sus batidos de proteínas, y comen sus gachas y cereales preparados por su cocinera, Sandra. La mujer está en la cincuentena y ha regresado después de haber estado cuidando a su nieto recién nacido durante una temporada. Ella y yo ponemos la mesa mientras los chicos bajan poco a poco. Sebastian es el primero. Me mira, suelta un taco, agarra su batido y desaparece. El siguiente es Sawyer. Espero que haga lo mismo que su hermano, pero recoge un bol de gachas de avena del ama de llaves y se sienta en la mesa con vistas al enorme jardín trasero, a la piscina y al océano.

Cinco minutos antes de irnos, Easton llega.

—Siempre llega tarde —murmura Ella.

Nos sentamos a la mesa con Sawyer.

—Es mono, así que supongo que puede salirse con la suya.

—Aquí está —gruñe Easton, y se deja caer en la silla al lado de la mía.

—No es muy madrugador, ¿no? —le pregunto a Ella.

—La verdad es que no. Cuando me mudé, pensé que sería un buen vampiro, ya que se queda despierto por la noche y duerme durante el día.

—Si te digo la verdad... —Bajo la voz—... no le he visto el pecho a la luz del día, así que es posible.

—En. Serio. Estoy. Aquí.

—Yo sí —declara Ella. Señala con su cuchara hacia la piscina—. Y

desgraciadamente debo decir que no hay purpurina.

—Eso puede cambiar. Tengo una sombra de ojos superchula que se llama Bomba de Purpurina y podríamos echársela en los pectorales.

—Oh, hagámoslo cuando haga calor.

A mi lado, Easton gruñe algo sobre que nunca me tendría que haber traído aquí, pero sé que lo dice de broma. Me ha despertado de la mejor manera posible y ha anunciado, incluso antes de que saliésemos de la cama, que ya era la mejor mañana de su vida. Definitivamente ha sido la más movidita de la mía.

Y anoche fue... ni siquiera puedo describirlo con palabras. Easton fue tan atento y maravilloso y... Se me encienden las mejillas al recordar lo delicado que fue, lo paciente que se mostró conmigo. Teniendo en cuenta su reputación de mujeriego, una parte de mí pensó que buscaría su propio placer, pero no fue nada egoísta. Fue... increíble. Me arden las mejillas todavía más.

Tenemos que conseguir una cama para el apartamento, una grande. Me pregunto si hay sábanas que no se salgan del colchón. Eso estaría bien.

Ella suspira, un soplo de aire que refleja desánimo y que hace que todos nos volvamos a ella.

—¿Qué pasa? —pregunta Easton.

Esta vez el objetivo de la cuchara con que señala soy yo.

—Reconozco esa mirada mañanera embelesada. Antes, yo me levantaba con esa mirada —se queja—. Gracias a Dios que la estúpida temporada de fútbol americano casi ha acabado y podré pasar tiempo con Reed.

Al otro lado de la mesa, Sawyer aleja su bol.

—¿Podemos hablar de otra cosa que no sea del hecho de que las dos os acostáis con mis hermanos?

Me sonrojo y tartamudeo.

—Nosotros... yo... había... no hemos hecho nada.

Easton extiende el brazo y le propina una colleja a su hermano.

—Cállate, estás avergonzando a Hartley.

—Y ¿qué pasa conmigo? —pregunta Ella con un tono de enfado.

—¿Desde cuándo sientes vergüenza? —Le da palmaditas en la cabeza y besa la mía—. Será mejor que nos vayamos. Ella conduce como una abuela de noventa años, así que, si no salimos ya, llegaremos tarde.

—Conduzco de acuerdo con el límite de velocidad —protesta.

—Como ya he dicho, igual que una abuela.

Ella intenta golpearle, pero Easton se aleja. Ambos se persiguen por la cocina mientras Sawyer y yo los observamos desde la mesa. Algún día, Dylan y yo seremos así; estaremos cómodas y felices y nos mostraremos afectuosas.

Aprovecho el momento de privacidad para hablar con Sawyer.

—No sé si esto te cabreará, pero siento lo del accidente y lo de tu hermano.

Él baja la mirada hasta su bol casi vacío y mueve la cuchara de forma ausente. No sé qué se le pasa por la cabeza hasta que sus ojos llenos de dolor se clavan en los míos.

—No fue culpa tuya y ambos lo sabemos —dice en voz baja y resignado—. Íbamos demasiado deprisa. Nos... distrajimos por cosas que estaban pasando en el Rover, así que no te disculpes. Seb volverá en sí. Hemos estado lidiando con muchas... cosas —dice.

Me pregunto de qué «cosas» hablará, pero siento que no estoy en posición de preguntar. Solo me alegro de que lo vea así. No quiero que Easton se distancie de su familia por mi culpa.

—¿Has acabado? —Señalo con la cabeza su bol—. Lo llevaré al fregadero con el mío.

Sawyer asiente y me lo acerca. Lanza una mirada infeliz hacia la puerta; probablemente esté esperando a su hermano, el cual seguramente también esté esperando a que yo me vaya para salir. Espero que tenga razón y Sebastian vuelva en sí, porque el amor que sentimos East y yo es algo tan nuevo que no haría falta mucho para derribarlo.

De camino al instituto, me apoyo en el reposacabezas y escucho cómo Easton y Ella parlotean sobre Acción de Gracias y las vacaciones de Navidad. Los dos esperan que a la Universidad Estatal le vaya fatal en sus últimos partidos para que Reed no tenga que jugar la final. Easton dice que deberían ir a Aspen y Ella quiere ir a algún lugar cálido.

—Es invierno —le dice ella mientras conduce varios kilómetros por hora por debajo del límite de velocidad—, y en invierno, la gente va a lugares cálidos.

—No, en invierno se va a lugares con nieve porque la nieve solo aparece durante un breve período de tiempo, mientras que siempre hay lugares cálidos en el mundo —razona él.

—Siempre hay nieve en el Everest —proclama Ella.

—No se puede esquiar en el Everest. —Se vuelve en su asiento—. Nena, apóyame.

Abro un ojo.

—¿No se puede esquiar todo el año en Dubái? Creo que lo leí en algún sitio.

—¿Y te acuerdas de eso? —dice con voz herida— Se supone que estás de mi parte. Inventa cosas para apoyarme.

—No puedo. Solidaridad entre chicas.

Ella alza un puño, mostrando su apoyo.

—¿Solidaridad entre qué? —exclama Easton—. Y ¿qué hay de esta mañana, cuando tenía la lengua en tu...?

Me echo hacia delante y estampo una mano contra su boca. Él me lame el centro de la palma y yo doy un pequeño gritito y regreso atrás.

—... en tu boca —termina diciendo con un brillo pícaro en los ojos—. ¿Qué creías que iba a decir?

—Nada. No ibas a decir nada. —Lo fulmino con la mirada, pero en mi interior, el corazón me da saltitos de felicidad. Me encantaron todas las cosas que hicimos anoche. Y... sí..., no tengo ninguna queja con respecto a su lengua.

—Y ya hemos llegado. Salvados por la campana del Astor Park —anuncia Ella al entrar en el aparcamiento.

No estoy segura de quién se ha salvado, si Easton o yo.

Mientras los tres caminamos hacia el edificio principal, las miradas que recibimos son cómicas. Bocas abiertas, gente que deja de caminar, conversaciones interrumpidas... Si los ojos pudieran salirse de las órbitas, la acera estaría plagadita de ellos.

East se detiene en medio de la acera, justo al pie de las escaleras, y se vuelve para mirar a unos estudiantes pasmados. Me gustaría seguir caminando, pero su fuerte brazo alrededor de mi cintura me lo impide.

—Ya que soy un hombre generoso y servicial, voy a contestar algunas preguntas antes de que empiecen las clases para que os concentréis en vuestras mierdas en lugar de que os paséis las clases inventándoos cosas. Sí, Hartley y yo estamos juntos. Sí, a mi familia le parece bien. —Da una palmada a Ella, la cual asiente—. Sí, Hartley tiene amnesia, y sí, le pegaré una paliza a cualquiera que le haga fruncir el ceño. Si le hacéis llorar, tendréis tal número de huesos rotos que ni una flota de hierro chino será capaz de reconstruiros.

Dice todo eso con una gran sonrisa y con un tono normal; quizá por eso suene tan escalofriante.

—¿Alguna pregunta? —vocea.

El silencio es atronador. Easton sonrío aún más, choca las manos y dice.

—Muy bien. Gracias por venir a mi charla. Nos vemos dentro.

Se da la vuelta y nos insta a que entremos con él.

—¿Eso era necesario?

Me siento avergonzada por lo que ha pasado y por haberlo disfrutado al mismo tiempo.

—Era necesario —responde Ella por él—. Sobre todo para cuando Seb aparezca. Queremos mostrar un frente unido. El año pasado, los Royal actuaron como zombis y los estudiantes enloquecieron. Hubo mucho *bullying* hasta que nos mostramos unidos como un equipo. Siempre es mejor que los tiburones del Astor sepan que los Royal se defenderán los unos a los otros. Bueno, os veo en el almuerzo.

Se despide con la mano y se va. Se acerca a una chica de pelo castaño que la abraza de inmediato.

—Esa es Val, la mejor amiga de Ella. La viste una vez en el muelle —me murmura Easton al oído—. Y esa es Claire, mi ex. —Señala discretamente a una chica con pinta delicada, de muñeca, que nos mira con los ojos tristes—. Solo señalo a gente para que no te sorprendan. Veamos. Deberías conocer a Pash. Dejando a un lado a mi familia, es mi mejor amigo. —Mira a su alrededor.

Hace cosas como esta todo el tiempo; gestos improvisados que no parecen importantes pero que me derriten por dentro. Hace unos minutos, ha anunciado su intención de acogerme bajo el nombre de los Royal y ahora está ansioso por compartir la parte más privada de su vida conmigo. No quiere que me sienta apartada.

Entrelazo los dedos con los suyos sobre mi hombro.

—Puedo conocerlo luego. O mañana. Ahora tenemos clase.

Me sonrío y me calienta de dentro hacia fuera. Es mi propio sol privado.

La mañana se desarrolla con tranquilidad. Easton está en todas mis clases. Admite que no es coincidencia y que ha movido algunos hilos para conseguirlo. No me importa. Me gusta no estar aislada. Nos mira bastante gente, pero la enorme figura de East es una defensa formidable.

Cuando nos dirigimos a almorzar, me aleja de la esquina.

—Hay bichos ahí, ¿recuerdas?

—Ah, cierto. Bran me lo dijo.

Hace una mueca.

—Yo también te lo dije, antes que Bran.

Me vuelvo para esconder una sonrisa. Sus celos infantiles son adorables.

—Bran es un buen chico. Podrías hacerte amigo de él.

—Lo era hasta que intentó entrar en mi territorio —murmura East en voz baja al ofrecer su carné de identificación al chico de la caja.

—¿Tu qué? —pregunto con la ceja arqueada.

—¿Nuestro territorio? —responde en un intento de salvarse.

Entrego mi dinero.

—No creo que eso sea mucho mejor.

Easton me baja la mano y le da su tarjeta al cajero.

—No puedes pasarla dos veces —le recuerdo.

—¿Desde cuándo? —señala al trabajador—. Pásala.

—Eh... —El chico se muerde el labio—. No debemos hacerlo.

—Pásala —repite Easton en voz baja pero firme.

El cajero obedece, realiza la transacción y recogemos las bandejas para dar paso al siguiente estudiante.

—En otra ocasión, no la pasaron dos veces —le digo a East, omitiendo el detalle de que fue Bran quien me ofreció su tarjeta.

—Es una regla estúpida que nadie acata. Se les paga, así que ¿cuál es el problema?

Se detiene en una mesa cerca de la ventana de cristal que llega casi hasta el techo y que da al campo de atletismo. Ella y Val están sentadas ahí, al igual que los gemelos. Ahora que están juntos es difícil adivinar cuál es Sebastian y cuál Sawyer, pero supongo que el chico con el rostro enfadado es Sebastian y el triste, su gemelo.

Saludo a ambos y murmuro un hola en voz baja. Sebastian finge vomitar cuando me siento. Es incómodo y raro para todos, pero no sé si irme causaría más revuelo que quedarme.

Mi dilema queda momentáneamente interrumpido por un drama a dos mesas de distancia. Mi viejo amigo, Kyle, está junto a una mesa donde Felicity se encuentra sentada con su grupo. Tiene una bandeja en la mano y es obvio que quiere sentarse. Es igual de evidente que Felicity no quiere que lo haga. Coloca su bolso en el espacio libre al lado de su bandeja.

—Está ocupado —dice ella.

—¿Por quién? —la desafía él—. Este sitio lleva vacío cinco minutos. Además, dijiste que podía sentarme contigo.

—Debes de estar bromeando —contesta en voz alta con desdén—. Eres un

esbecado. No nos sentamos con *esbecados*.

—¿*Esbecados*? —le susurro a East.

—Estudiantes que reciben ayuda —me murmura en el oído—. Debe de tener una beca o algo.

—Menudo insulto más estúpido. Parece que se lo ha robado al doctor Seuss o algo así —respondo también en voz baja.

Easton se encoje de hombros.

—Tiene pasta. No necesita ser lista o inteligente.

Por encima de Felicity, Kyle se está poniendo rojo. Mi «vergonzómetro» está a tope. Odio a ese tío por haberme contado una sarta de mentiras, pero este tipo de humillación escolar es horrible.

—Eso no es lo que decías antes.

—Debes de estar de broma. Nunca invitaría a un tipo normal como tú a comer con mis chicas. ¿Tu padre no arregla coches? ¿Y si tienes las manos sucias de grasa? ¿Sabes cuánto ha pagado la madre de Skylar por esa americana? No es la fibra sintética barata que llevas tú. La de Skylar es de lana virgen de un pueblo de España. Tendrías que arreglar un millón de coches para tener derecho a respirar sobre esa lana, así que vete —dice, y hace un gesto para indicarle que se aleje de ella.

Es tan borde que me hace jadear de la sorpresa. Me tenso y hago el amago de levantarme. Easton me agarra la mano derecha y Ella la izquierda. Ambos me obligan a quedarme sentada.

—No es tu pelea —me advierte East—. Esos dos tienen asuntos pendientes y no tienen nada que ver contigo.

—Tiene razón. Siempre hay tiempo de pelear, pero ahora no es el momento.

Cualquier otro día, puede que hubiera escuchado sus advertencias. Pero mientras Kyle se marcha del comedor, algo en la sonrisa petulante de Felicity prende la llama de mi tira. Me quito las manos de Easton y Ella de encima y me pongo en pie.

—No —les digo—. No puede seguir saliéndose con la suya.

Antes de que puedan objetar algo más, me dirijo a la mesa de Felicity. Está a punto de darle un trago a una elegante botella de refresco de nombre francés. Por supuesto que bebe refrescos importados. Cómo no.

Aprieto los dientes y le quito la botella de la mano. Felicity chilla por el ultraje y sus ojos arden cuando se da cuenta de quién es la culpable.

—¿Qué coño haces? ¡Devuélvemela! —Extiende el brazo, cabreada.

Yo mantengo el refresco fuera de su alcance.

—¿Qué te da derecho a tratar a la gente así? —gruño.

Ella parpadea, confusa. ¿En serio? ¿Se acaba de olvidar de lo que le acaba de hacer a Kyle?

—¿Kyle? —le recuerdo—. ¿Cómo te atreves a tratarlo como si fuese basura bajo tus zapatos?

Su cara refleja comprensión. Después se echa a reír.

—¿Lo dices en serio, Wright? ¿A ti qué te importa cómo trate a ese perdedor? ¿Sabes lo fácil que fue hacerle acceder a que confundiese tu pobre cabecita? —Se vuelve a reír—. Me costó menos que pagar la lavandería. — Señala su camisa blanca y su americana impoluta.

—¿Te refieres a este uniforme?

Con una gran sonrisa, vuelco la botella y le vierto el contenido encima.

Se hace un largo silencio.

Después, oigo la familiar risa de Easton.

Y el chillido aterrorizado de Felicity invade el comedor. Otro le sigue, este de su amiga Skylar, que acaba siendo un daño colateral. Algo del líquido rojo con gas ha salpicado su americana mágica de lana virgen de España y se frota las solapas con los ojos anegados en lágrimas.

—¡Mi americana! —solloza Skylar.

—¡Zorra!

Con la ropa teñida de rojo y empapada, Felicity se pone en pie y trata de darme un sopapo. Pero no llega a mi cara, porque hay un charco de refresco en el suelo y sus tacones de marca hacen que resbale.

Cae hacia delante y se estampa contra el brillante suelo.

La sala se llena de risas mientras todos ven como trata de levantarse sin éxito. Se resbala, trata de levantarse de nuevo y vuelve a caerse como si se tratase de un *sketch* de comedia.

Fulmino con la mirada a la gente y alzo la mano para silenciar las risas. Mi intención no había sido avergonzar a Felicity ni que se rieran de ella. Eso no sería mejor que lo que le ha hecho a Kyle, ¡quien ni siquiera me cae bien! Pero necesitaba hacérselo entender.

—No eres mejor que nosotros, que ninguno de nosotros —exclamo hacia ella—. Que tu familia pueda comprar y vender a la mía cien veces, que tú y tus estúpidos amigos no necesitéis beca y tengáis fideicomisos con siete ceros, no os hace mejores que nadie. Ni os da derecho a humillar a la gente, a usarla o a

confundirlos. —La ira se agolpa en mi garganta.

»Felicity, te juro que si te vuelvo a ver actuar con esa mierda de superioridad contra alguien, haré algo más que derramarte una bebida por encima. —La miro de forma amenazante—. Te partiré la puta cara.

De nuevo, oigo una risa que me resulta familiar. «Maldita sea, Easton, intento parecer una chica dura».

Debe de sentir mi irritación, porque da un paso al frente y dice:

—¿Recuerdas cuando Ella arrastró a Jordan Carrington del pelo por el instituto? —Le sonrío a Felicity—. Bueno, pues Hart será peor.

—Eso mismo —confirmo.

Felicity por fin logra levantarse, pero se tambalea peligrosamente sobre sus tacones. Me atraviesa con la mirada, después a Easton, a Ella, a sus propias amigas y a cualquiera que la observe entre risas incontenibles.

Abre la boca para decir algo, pero la cierra tras pensárselo dos veces, pasa por mi lado y se marcha de la sala.

—Joder —dice Val, la amiga de Ella, en cuanto Felicity se ha ido—. ¡Eso ha sido la hostia, Hartley! —Alza una mano para chocar los cinco.

Yo entrechoco nuestras palmas y me sonrojo mientras otros estudiantes vienen a darme la mano o a decirme lo guay que ha sido.

Sin embargo, hay una persona que no parece nada impresionada por lo que he hecho.

—Guau, le ha derramado refresco a una zorra —se burla Sebastian Royal—. ¡Menuda heroína!

—Seb —lo avisa Sawyer con cautela.

—No. —El gemelo cabreado levanta la mano—. ¿A quién le importa una mierda que le haya cantado las cuarenta a Felicity? No puedo creer que tenga que estar cerca de esta zorra. Ya ha sido bastante malo de por sí cuando he ido a desayunar esta mañana y he visto que estaba sentada en mi mesa como si no hubiese empotrado su coche contra el lateral de mi Rover, como si no hubiera estado a punto de matarnos a mí, a mi hermano, a nuestra novia...

—Ex —lo interrumpe Sawyer.

Sebastian lo ignora.

—... novia que ni siquiera nos habla ya. Y encima, ¿tengo que permitir que se siente en nuestra mesa en el Astor Park? ¿Tengo que tratarla como a una heroína? ¿Es que no os importa una mierda que haya estado en un puto coma por su culpa?

—Seb, tío, no lo hagas —ruega Sawyer.

—Veo que desde el accidente te has vuelto un cagueta —le dice su gemelo con desdén—. Os digo desde ya que u os deshacéis de esta zorra u os deshacéis de mí.

Se levanta de su silla y se marcha del comedor.

—No lo dice en serio.

East se vuelve hacia mí y me acaricia la espalda.

Su mano me provoca un ramalazo de incomodidad. No me siento bien aceptando su consuelo. No lo merezco.

—Yo... tengo que ir al baño.

Me pongo de pie.

—Espera, Hart...

—Deja que se vaya —oigo que le dice Ella.

Al ser la tercera persona que se marcha del comedor en pocos minutos, estoy segura de que parezco ridícula, pero quedarme sentada aquí, mientras la culpabilidad me ancla a los azulejos es peor. No sé cómo arreglar las cosas con Sebastian, pero al menos puedo empezar con una disculpa. Le he ofrecido una a Sawyer esta mañana, pero todavía no he sido capaz de hacerlo con su gemelo. Las palabras no valen mucho, pero son un comienzo.

Corro por los pasillos en su busca, pero nada. Me detengo ante una señal que dice «Vestuario masculino». Pego la oreja contra la puerta y oigo el crujido de unas zapatillas.

Tomo aire y llamo.

—¿Sebastian? Soy Hartley Wright. ¿Podemos hablar un minuto? Quiero disculparme.

Hay más ruido y alguien se aproxima a la puerta.

—Gracias —digo, y dejo escapar un pequeño grito cuando la puerta se abre y veo a Kyle Hudson en lugar de a Sebastian Royal.

—También me debes una disculpa a mí —espeta Kyle.

Retrocedo.

—¿Por qué?

—Por existir, zorra estúpida.

Dios, me estoy cansando de que me llamen zorra. ¿Primero Sebastian y luego Kyle? Y pensar que hace unos minutos lo estaba defendiendo ante Felicity.

Podría devolverle el insulto, pero ¿para qué? Me volvería a llamar zorra, lo cual, como ya he dicho, me cansa. Así que me doy la vuelta y me alejo.

O eso intento.

Una mano con dedos tan gordos como una salchicha alemana se posa sobre mi hombro y me estampa contra las taquillas. Me deja sin respiración.

—Ahora ya no tienes su protección, ¿sabes? Los Royal siempre permanecen juntos, así que Easton Royal te dejará en menos que canta un gallo. —Kyle se aproxima con actitud amenazadora.

Miro a mi alrededor para coger algo de la pared y estampárselo en la cara.

—Si te atreves a acercar tu pene a mí, te lo cortaré.

Vuelve a empujarme.

—Como si fuera a meter la polla en tu sucio coño. Olvídalo. Pero esto es un pequeño avance de cómo será tu vida hasta el día de tu graduación.

No veo venir su puño. Es algo que nunca habría esperado. Pensé que trataría de atacarme o que me metería la lengua en la garganta. Pensé que me levantaría la falda; hasta tenía la rodilla lista para propinarle un golpe. Jamás habría imaginado que me pegaría.

El puñetazo —de un tío enfadado que pesa ciento quince kilos y que se siente humillado e impotente— me da de lleno en la barriga. Me inclino y vomito la comida. El golpe me deja sin aliento y me hace caer de rodillas. Jadeo por la falta de aire.

Por el rabillo del ojo, veo un mocasín que retrocede para tomar impulso. «Va a darme una patada», me grita mi mente como aviso. Me hago un ovillo para defenderme e intento rodar. No lo consigo y el dedo gordo de su pie impacta contra mi costado. En una neblina de dolor y lágrimas trato de salir de esta. ¿Dónde hay un lugar seguro? ¿Una clase? ¿Hay algún aula cerca? «¡Venga, Hart! ¡Levántate!», me grito a mí misma.

Pero me duele al moverme. Oigo risas y después el sonido de unos pies arrastrándose y más voces que se interrumpen.

—¿Qué coño está pasando aquí? —El grito de Easton casi hace que el pasillo tiemble.

Inclinado sobre mí, Kyle tartamudea.

—Ho-ho-hola, Easton. Esta zorra ha tropezado y se ha caído. Probablemente quería comerme la polla, pero le he dicho que no, pero que gracias.

Hay un revuelo de movimientos que no puedo seguir y, después, dos cuerpos chocan contra el suelo, a mi lado. Oigo el sonido del contacto de sus pies.

Intento decir algo como «para», «ayuda» o «no». Nadie me presta atención. Trato de ponerme en pie aferrándome a las taquillas. Me sujeto el vientre con un brazo y me pregunto si se me desparramarán los intestinos si lo separo.

El sonido de la pelea atrae atención. Los estudiantes se reúnen al final del pasillo.

—Apuesto cien a que gana Royal.

—Nadie lo aceptará.

—Y ¿qué tal si apuesto cien a que Hudson dura cinco minutos?

—Vale, esa sí la considero.

—¿Qué ocurre aquí? ¡Paren! ¡A un lado!

Un hombre fornido que lleva ropa a cuadros llega hasta el frente.

Easton está encima e intenta por todos los medios dejar a Kyle aplastado contra el suelo. El chico no se mueve. Su cara está cubierta de sangre, al igual que el puño de Easton. Me preocupa que Easton le haga un daño irreparable a este chico. Ha habido gente que ha ido a prisión por atacar a otros estudiantes.

Ignoro el dolor que siento, camino hacia delante y le cojo del brazo al tiempo que lo echa hacia atrás para volver a golpear a Kyle.

—Easton —gimo—. Por favor.

Él baja el brazo y me mira. Lo que ve debe de ser impactante, porque su cara adquiere una expresión terrible.

—Voy a matarlo —dice.

—¡No! No me importa él, te necesito conmigo. —La idea de que me quiten a mi sol es demasiado horrible como para contemplarla. Preferiría recibir mil patadas en el estómago que dejar que eso sucediese.

—Señor Royal. Suficiente. Un golpe más y lo expulsaré. No me importa lo mucho que su padre haya donado al instituto.

—Easton —ruego—. Por favor.

Su brazo tenso se dobla un poco. Presiono la boca contra su codo y susurro contra su piel.

—Vayámonos. Se la has devuelto. Te lo prometo. Se la has devuelto.

—Joder. Vale. —Dobla el brazo y acerca mi cabeza a su hombro. Se agacha y apoya la mejilla contra mi pelo—. Pararé por ahora, pero te juro que, si te vuelve a tocar, estará comiendo sus propias pelotas hasta el día de su graduación.

—Un intercambio justo —digo, pero dudo que Kyle vuelva.

Easton me planta otro afectuoso y suave beso en la frente antes de ponerse de pie.

—¿Cómo tienes el abdomen? —Se agacha para inspeccionar y me levanta la camiseta.

Lucho por bajarla porque hay un público de unas cincuenta personas mirándonos entusiasmadas.

—He estado mejor.

—Quiero llevarte al hospital.

—No, en serio, estoy bien.

—Señor Royal, venga a mi despacho ahora mismo.

Easton apenas mira al hombre.

—Voy a llevar a Hartley al hospital para comprobar si tiene alguna hemorragia interna. Si muriese porque no lo ha permitido, probablemente se vería con una demanda enorme en las manos.

Los labios del director se tuercen hasta formar una línea casi inexistente.

—Vale, pero a primera hora de la mañana espero que los tres estén allí.

—Claro. —Easton no tiene intención de acudir a esa cita, y por lo que a mí respeta, preferiría que me expulsaran.

Tenemos una pequeña pelea en lo referente a ir al hospital —a lo cual me niego— y a sacarme del instituto en brazos —a lo cual también me niego—.

—Es vergonzoso —le digo mientras escondo la cara en su pecho.

—Oye, que estoy haciendo algo heroico. No es vergonzoso —exclama.

—No es a ti a quien llevan por el pasillo mientras un par de cientos de estudiantes me observan. —Hay uno en particular con cuya mirada no quiero volver a cruzarme. La satisfacción malévola en la cara de Sebastian Royal mientras Easton me alzaba no es algo que vaya a olvidar pronto.

—Nah, todo el mundo está en clase.

—Los oigo. No hay nadie en clase. —Se ha oído un ruido constante desde el momento que Easton me ha levantado en brazos—. Eres un mentiroso pésimo.

—Lo estarán. Ella, ¿puedes ir a la puerta? —Se oye un ruido metálico y las puertas de la entrada se abren.

—Gracias. Te veo en casa.

—¿Sigues en pie lo de esta noche? —pregunta Ella con nerviosismo.

Tengo la energía suficiente como para alzar el pulgar, pero East tiene que colocar mi mano sobre su hombro para que lo vea.

—Lánzame tus llaves, hermanita. Podrás volver a casa con Sawyer.

De alguna forma consigue atraparlas sin tirarme al suelo.

—Podrías haber elegido el hospital. Entonces te habría dejado caminar — gruñe mientras se dirige al coche de Ella.

—No lo habrías hecho.

—Tienes razón. No lo habría hecho. Prometo que, si alguien dos veces más grande que yo me pega una paliza, podrás llevarme a cuestras todo lo que quieras. —Agacha las rodillas y, de algún modo, se las arregla para abrir la puerta sin dejarme en el suelo. Me mete dentro y me abrocha el cinturón antes de besarme en la frente con dulzura.

—Vamos al apartamento, ¿verdad?

Vacila antes de cerrar la puerta.

—Pensaba llevarte a casa.

¿Cómo le explico sin que se lo tome mal que creo que su hermano me ahogaría con una almohada?

—Me sentiría mejor en el apartamento. Es más acogedor.

Frunce el ceño con sospecha, pero mi no tan fingido gemido de dolor lo convence.

—Al apartamento, pues.

Por mucho que lo intento, soy incapaz de quitarme la cara de Sebastian de la cabeza. Me odia. No sé si por el accidente o por lo que sucedió después, pero es la cruda realidad. Eso me provoca mucho más dolor que el puñetazo de Kyle. Puedo recuperarme del golpe. Puedo sobreponerme a la patada. Puedo pasar página y olvidar las crueles palabras que salen de la boca de Felicity.

No sé si podría recuperarme si perdiese a Easton. No estoy preparada para que mi mundo vuelva a estar a oscuras.

Pero ¿qué opciones tengo? No puedo separar a Easton de su familia. Son uno. Un puzle que solo tiene belleza si todas las piezas están en su lugar.

—Estás pensando en algo con tanto ímpetu que el coche va a ralentizarse. ¿Qué pasa?

Podría mentirle. Sería fácil. O quizá esa sea la solución cobarde. Así siempre me podré decir a mí misma que Easton nunca luchó por mí. Así podré ser la víctima. Lo cual es una chorrada. Odio ser la víctima. Si mi pérdida de memoria me ha dado una nueva oportunidad en la vida, entonces no debería pintar con mentiras y autocompasión mi futuro.

—A tu hermano no le caigo bien.

—¿Lo has notado?

Giro la cabeza hacia East.

—¿Tú también?

Chasquea la lengua.

—Es difícil no hacerlo. Mira, hace pocos días que Seb despertó del coma. Probablemente no debería estar ni en el instituto. El chico está tan débil como un gatito. Una racha de viento lo tumbaría. Todo eso combinado con que Lauren cortó con ellos ha hecho que se sienta mal. Dale tiempo para que cambie de parecer.

Podría hacerlo. También podría enamorarme todavía más de Easton, hasta el punto de sentir que una parte de mí se haría mil añicos si rompiésemos. O podría escapar ahora para protegerme a mí misma. Eso sería lo contrario a ser una víctima. Escapar es la opción más inteligente de enfrentarse al peligro. Seguro que he leído eso en algún lado.

—No puedo acordarme de los hechos, pero sí de las emociones. Siempre me sentía incómoda cuando estaba con Kyle. Felicity me inspiraba miedo. Al igual que mi padre. Cuando pensaba en ti, siempre recordaba un brillo cálido. Cuando trato de adentrarme en la interminable caja negra en la que está encerrado mi pasado, solo veo muerte. Como si estuviera en mitad del desierto y no hubiera nadie alrededor, ni nunca lo hubiese habido.

»Grito tanto como puedo, hasta que me quedo sin aire, pero no hay respuesta. Ni siquiera un eco. El sonido se disuelve. Es la soledad, y cuando me esfuerzo por pensar en el pasado, solo recuerdo eso. No quiero que eso te pase a ti.

—¿Y tú? ¿Qué quieres para ti?

Dios, ¿por qué me pregunta cosas tan complicadas?

—Lo que quiero para ti y lo que quiero para mí no parece ser compatible llegados a este punto.

—¿O sea que la solución según tú es que rompamos? —Su voz suena normal, casi despreocupada. Sus manos no se aferran al volante con fuerza y sus hombros no muestran tensión. Pero yo estoy tiesa como una tabla.

—No sé cuál es la respuesta. Quizá debamos esperar. Esperar hasta que Sebastian cambie de opinión.

—Tiene una lesión cerebral. Por eso está jodido. Leí sobre ello la otra noche. Por lo visto es muy común que alguien que ha sufrido una lesión cerebral se convierta en un capullo iracundo sin razón aparente. Puede que nunca vuelva a

ser el mismo. Entonces ¿qué?

No le respondo, porque como ya le he dicho, no tengo respuesta. Al menos no una que quiera decir en alto.

Capítulo 31

Easton

—No me puedo creer que el director nos dejase marchar así sin más —dice Hart cuando aparco el diminuto coche de Ella junto al bordillo.

—El director Beringer no tiene personalidad. Mi padre lo ha comprado un millón de veces. La última vez fue cuando Ella le pegó a Jordan Carrington en el instituto. La chica se lo merecía. Sus amigas y ella le cortaron el pelo a una chica, la desnudaron y la pegaron contra la pared del edificio principal.

Hart se queda boquiabierta.

—¿Qué?

—Astor Park era una casa de locos.

—¿Era?

—Sí. Ahora tenemos banderas en vez de pegar a la gente a la pared. Es un avance. Espera. Yo te ayudo.

Salgo de un salto y rodeo el vehículo para llegar junto a Hartley. Kyle ha debido de hacerle mucho daño, porque todavía sigue luchando para bajarse del coche cuando la alcanzo.

—Venga, nena. Déjame ayudarte.

Ella se vuelve a reclinar en el asiento con un suspiro de frustración.

—Voy a ir al parque esta noche de todas formas.

—Ya veremos —digo de forma evasiva. Está tan débil como un gatito. No la veo yendo a ningún otro sitio que no sea el baño. Pero no tiene mucho sentido discutirlo en plena calle.

Deslizo los brazos por debajo de su cuerpo y la levanto. No pesa mucho. No

creo que esté comiendo tanto como debiera.

—¿Puedes coger la comida?

Le señalo la bolsa de papel llena de sopa y de sándwiches de queso que hemos comprado de camino.

Hart extiende el brazo y emite un quejido debido al esfuerzo.

—Puedo caminar —me asegura con voz débil.

—Ya hemos tenido esta discusión en el instituto.

La sujeto con más fuerza y subo las escaleras. Tengo que soltarla en el suelo cuando llego a lo alto para abrir la puerta. Pese a sus repetidas afirmaciones de que está bien, apoya una mano en mi cintura para aguantar el equilibrio. No se lo reprocho.

En cuanto la puerta se abre, la vuelvo a levantar en brazos y entramos en el apartamento; hasta que no llegamos al sofá, no vuelvo a soltarla.

Me detengo un momento antes de dejarla en él.

—¿Necesitas ir al cuarto de baño?

—Preferiría que Felicity me pegara contra la pared del Astor Park a que me llevaras al baño en brazos —declara, y su mirada silícea me indica que no lo dice de broma.

—Vale. —La coloco sobre el sofá y voy en busca de nuestra comida—. Tendría que haber montado la mesita auxiliar. —Hago un gesto hacia una de las cajas que se supone que se transformará en una mesa de madera y cristal.

—Qué va, el suelo me gusta.

Se desliza por los cojines y se sienta en el suelo.

La escruto y espero a que muestre algún signo de dolor, pero no parece incómoda. También tiene buen apetito. Devora su sándwich de queso, prácticamente se bebe toda la sopa y, luego, se apoya en el sofá para disfrutar de una Coca-Cola *light* y de un par de picatostes que han sobrado de la sopa.

Una extraña sensación de satisfacción te embarga cuando le das de comer a alguien que te importa. Verla comer tan feliz me llena como nunca lo hará la comida. Bajo la mirada por el pequeño puente de su nariz, por sus cejas rectas y sus mofletes redondos. Nunca me había gustado un tipo específico de chica. Me gustaban todas: las ricas y remilgadas; las descaradas de actitud *sexy*; las gorditas y felices... Siempre y cuando quisieran acostarse conmigo, ahí estaba yo.

Pero ahora, si cierro los ojos y me imagino a mi chica ideal, solo me viene a la mente el rostro de Hart. Puede que no sea perfecta para los demás, pero no

importa, porque es perfecta para mí.

—¿Tengo algo en la cara? —pregunta a la vez que se lleva una mano a la mejilla.

—No, me gusta mirarte.

Hart agacha la cabeza movida por la vergüenza.

—Ay, para.

—No.

—En serio, me estás haciendo sentir incómoda.

—No. Sientes vergüenza, pero no tienes por qué. Eres preciosa. —Empino el codo y bebo de la otra Coca-Cola.

—¿Le has echado vodka a tu lata? —me pregunta con sospecha—. Porque hablas como si estuvieses borracho.

Remuevo el líquido de la lata. Sorprendentemente, no he sentido la necesidad de beber últimamente. Han pasado muchas cosas.

—No, pero aunque lo estuviese, se dice que los borrachos solo dicen la verdad.

Arruga la nariz de forma adorable.

—¿De verdad eso es lo que se dice?

—Ahora sí. Easton Royal así lo decreta.

Hartley me lanza un cojín a la cabeza. Yo lo aparto a un lado y me abalanzo sobre ella. Grita e intenta esquivarme, pero soy demasiado rápido. La atrapo entre mis brazos y entierro el rostro en su cuello para inhalar su dulce aroma. Es cálida y suave; perfecta.

¿Para qué necesito alcohol? Tengo la mejor droga aquí delante. Atrapo su boca y deslizo mi lengua en su interior. El mundo da vueltas cuando la saboreo. Sus dedos bailotean sobre mis hombros; no saben dónde pueden tocarme. Cuando por fin aterrizan sobre mi piel, el nudo que ha hecho alrededor de mi corazón se aprieta todavía más.

Mierda, quiero a esta chica. Y por eso, me aparto. Necesita descansar, no que yo la manosee. Le acaricio la frente con un dedo y luego la suave mejilla.

—Voy a hacer la cama —digo con voz ronca.

Ella asiente y parpadea como una cría de lechuza. Me obligo a levantarme y me dirijo hacia el colchón y el canapé que abandoné porque no tenía las herramientas adecuadas. Necesito una llave inglesa, que mi maletín rosa no traía. Aparto la estructura de metal a un lado y coloco el colchón en el suelo.

—¿Has hecho esto antes? —me pregunta al tiempo que se hace un ovillo.

Evito mirarla porque la tentación de colocarme encima de ella es demasiado grande. En cambio, rebusco entre las bolsas hasta dar con el juego de sábanas que compré con la ayuda de una de las dependientas de la tienda.

—No, pero no puede ser muy difícil, ¿no?

Cinco minutos después, estoy empapado en sudor, me he quitado la camiseta y todavía no he conseguido colocar las sábanas en condiciones. Pero al menos no tengo la mente puesta en mi polla ahora mismo.

—Pero ¿cómo se pone esta cosa? —pregunto con indignación y levantando un trozo enorme de tela que Hart me ha dicho que es una sábana bajera; no deja de reírse.

—Estoy dividida entre querer ayudarte o disfrutar del espectáculo —bromea, pero se pone en pie y me quita la sábana de la mano.

La observo cómo se dobla y cómo mueve su culo redondito delante de mí cual bandera roja en la playa. Me giro. Siempre que quería sentirme vivo, peleaba, así que sé lo que se siente cuando te atizan un puñetazo en el estómago y cómo te duelen las costillas horas —o incluso días— después. Yo disfrutaba del dolor, pero nada me enciende como estar con Hartley. Mi yo del pasado era un idiota.

—Listo —anuncia—. Ya puedes mirar.

Me vuelvo a girar y la encuentro tumbada sobre la cama. Estira los brazos a lo largo del colchón.

—Es una cama grande —dice al tiempo que me mira con los ojos entrecerrados.

Se me calienta la sangre. Se me antoja difícil mantener las manos alejadas de ella, sobre todo cuando parece que quiera hincarme el diente.

—Me gusta que haya mucho espacio.

Me resulta complicado mantener el control. Está herida, me recuerdo, y la cubro con la sábana. Lleva la falda del uniforme del Astor Park remangada y la piel del muslo que queda a la vista me está haciendo sudar.

Cuando me agacho para tumbarme sobre el colchón, me muerdo la mejilla por dentro y espero que el dolor mantenga a raya mi pene.

—Aun así, te vas a quedar en casa esta noche —susurro contra su pelo; la estrecho contra mis brazos.

—Ya veremos.

Dudo que vaya a ganar esta batalla, así que me contento con abrazarla

fuerte, con hundir los pulgares en su espalda tensa, con acariciar sus costados y con entrelazar mis piernas con las suyas. Hart pega sus pies, cubiertos con calcetines, contra mis pantorrillas y esconde el rostro detrás de mi hombro. Yo la acaricio desde el cuello hasta el trasero y viceversa hasta que se le calma la respiración y su cuerpo se queda quieto contra el mío.

Los pantalones me aprietan, el brazo que tengo debajo de su cuerpo se me está durmiendo y me está entrando mucho calor, pero no me movería ni por todo el dinero, los aviones o el alcohol del mundo.

A las nueve, Ella se presenta en el apartamento con mi camioneta, la cual es lo bastante grande como para que los tres montemos en ella. Su Audi descapotable es demasiado pequeño, así que tendrá que quedarse aparcado junto al bordillo. Me apunto mentalmente darle a José un billete de cien pavos para que le eche un ojo al coche y se asegure de que ningún gamberro le hace nada.

—Estás de mal humor —puntualiza Ella cuando abro la puerta.

—No. Estoy...

No sé cómo describirlo. Desde que vi a Kyle pegarle un puñetazo a Hart, no me he sentido bien. Acurrucarme con ella durante todo el día, por muy bien que haya estado, no ha logrado calmarme los nervios. Quiero cancelar el plan de esta noche, pero puede que esta sea nuestra mejor (y última) oportunidad para pillar al padre de Hart y salvar el caso contra Steve.

No puedo defraudar a estas chicas. Y mucho menos a Hart. Anoche me regaló su confianza. Total y completa. Pero eso conlleva mucha responsabilidad. La necesidad de protegerla a toda costa ya era apremiante antes, pero ahora es un mantra que se repite con cada latido de mi corazón.

—Estoy preocupado —respondo por fin.

—Solo vamos a hacer unas cuantas fotos.

—Sí. —Pero sus palabras no me consuelan.

Arriba, Hart se encuentra en el interior jugueteando nerviosa con las manos. Ella, vestida de negro de pies a cabeza y con el pelo rubio recogido y oculto bajo un gorro de lana negro, inspecciona minuciosamente la casa. Hart está preparada para oír los insultos debido al tamaño, a la condición del apartamento y al colchón que sigue en el suelo, sin una estructura de cama ni nada.

Hart está nerviosa porque no quiere que Ella menosprecie nuestro

apartamento. Caigo en la cuenta de que no conoce el pasado de Ella.

—Mola —dice Ella, y se sienta en el sofá—. Pero ¿por qué vives aquí y no con tus padres?

—Me han echado —responde Hart, tensa.

—Joder. —Ella silba—. No sabía que los padres hiciesen esas cosas. ¿Fue porque estabas saliendo con Easton? O sea, es ofensivo y maleducado, pero pensaba que los padres lo adoraban.

—Vaya, muchas gracias, hermanita.

Le doy un golpecito en la cabeza antes de dirigirme a la nevera. Le agradezco que intente hacer que Hartley se sienta cómoda. Agarro dos refrescos y abro uno para Hart y otro para Ella.

Hart sigue de pie justo detrás de la puerta, con los ojos como platos e impresionada.

—No conoce tu vida pasada —le explico a Ella—. Ha estado demasiado ocupada investigando su pasado como para molestarse con el tuyo.

Ella le da un sorbo a su refresco antes de responder.

—Pues eso me gusta. ¿Puedo ocultárselo?

La miro a los ojos.

Ella suspira.

—Está bien. Vine aquí hace un año. Dios, ¿solo ha pasado un año, East?

—Un año larguísimo y horrible, Ella —bromeo.

Mi hermana me ofrece una peineta.

—Hace un año, Callum me encontró en un club de *striptease* y me trajo aquí. Al principio, ellos me odiaban. —Me señala—. Se portaron muy mal conmigo. Me dejaron tirada en la carretera en mitad de la noche y me obligaron a volver a casa andando.

—Te seguimos —gruño cuando Hart desvía sus ojos abiertos de par en par en mi dirección.

—¿La dejasteis en la carretera y la obligasteis a que volviese andando? ¿De noche?

Carraspeo.

—Hicimos que pareciese que la habíamos abandonado, pero la vigilamos durante todo el camino.

—Easton Royal, no me puedo creer que hicieses eso.

—¡Fue idea de mi hermano! —le rebato.

—Tendrías que haberlo detenido —replica con una expresión enfadada pero adorable. Al menos no ha ido a esconderse al rincón.

—Tienes razón. —Alargo el brazo y le agarro la muñeca antes de tirar de ella para sentarla sobre mis rodillas. Lo hace justo en el borde, como si temiese que entrar en contacto con mi ingle fuese como ofrecerle todo un espectáculo porno a Ella—. La buena noticia es que Ella nos perdonó a todos y ahora hace manitas de forma constante con mi hermano mayor.

Hart se ríe entre dientes.

—¿En serio?

Ella se inclina hacia mí y me da un pellizco en el brazo. Uno bastante fuerte.

—Te perdoné los pecados pasados, no los que estás cometiendo ahora. —Se gira hacia Hart—. Sí, en serio. Reed y yo superamos muchas tonterías, pero ahora estamos juntos. El problema es que mi padre biológico no deja de aparecer como en esas pelis malas de miedo donde parece que has matado al malo, pero al final no, y vuelve a salir. No es que solo haya intentado matarme, sino que culpó a Reed de un asesinato y ahora quiere irse de rositas. Ese hombre es peligroso. No puede salirse con la suya.

Ella mantiene la barbilla levantada; está más que lista para seguir enumerando argumentos a su favor en caso de que Hartley ponga alguna objeción.

—Estoy de acuerdo —responde Hart. Sus labios están ligeramente curvados hacia arriba—. Y yo que pensaba que mi padre era malo.

Ella está aliviada.

—Entonces ¿cuándo nos vamos?

Saco un trozo de papel y se lo tiendo a Hart.

—Después de que Hart haga todo esto.

La aludida pega un bote.

—¿Qué es esto?

—¿Qué es? —Ella se acerca para vislumbrar la lista de ejercicios.

—Es un test de ejercicio físico. Nos podemos ir cuando los hayas hecho todos.

Hart y yo nos pasamos una hora discutiendo sobre si iba a venir con nosotros esta noche.

—Estás de broma, ¿no? —chilla.

Me cruzo de brazos.

—Ni siquiera un poquito. Si quieres estar agachada en el bosque y espiar a tu padre, entonces este es el precio de admisión.

—Te dije que ya no me dolía nada.

—Y yo te dije a ti que no te creía.

Nos atravesamos el uno al otro con la mirada.

—¿Diez *burpees*? —exclama Ella tras arrebatarse a Hartley la lista de las manos—. ¿Cuándo va a hacer *burpees* esta noche?

—Puede que tenga que saltar de repente para ponerse de pie y correr. Puede que tenga que saltar una valla. Puede que tenga que saltar un tronco. Hay pequeños ejercicios diseñados para estimular las maniobras para agacharse y luego escapar.

—Voy a ir, aunque no me lleves contigo. Así que como no me ates y me metas dentro de un armario, voy a estar tumbada sobre las hojas caídas de los pinos justo al ladito de ti en menos de una hora.

Alzo las manos. Sabía que esta era una batalla perdida, pero tenía que intentarlo. Me acerco dando zancadas a la puerta principal, donde Ella ha dejado una bolsa. ¿Cómo me he podido enamorar de alguien el doble de tozuda que Ella? Cojo unas cuantas cosas y regreso junto a Hart para dárselas.

—Ella te ha traído esto. ¿Por qué no te cambias? Luego nos iremos a investigar.

Hartley se adentra en el cuarto de baño para cambiarse.

—Vas a hacerle un agujero a la puerta como no dejes de mirarla —comenta Ella.

—Tú no la has visto recibir un puñetazo en el estómago.

Esa imagen permanecerá grabada en mi memoria durante mucho tiempo.

—Las mujeres somos más duras de lo que parecemos. —Ella flexiona un músculo inexistente de su brazo.

No quiero discutir con ella, así que me quedo callado. Hart sale del cuarto de baño colocándose un gorrito negro en la cabeza.

Se detiene en seco, se percata de mi preocupación y se acerca a mí para darme una palmadita en el hombro como si no fuese más que un niño de cinco años que acaba de perder su juguete favorito.

—Estaré bien —me asegura.

Mi mirada cae hasta su muñeca.

—No hagas nada peligroso. Solo vamos allí para sacar fotos que puedan complementar la grabación de audio y el mensaje que recibiste. Nada más.

Hartley me ofrece un saludo militar. Listilla.

—Y tú, también —le recuerdo a Ella, que se pone en pie de un salto para colocarse junto a Hart.

—Sí, mi capitán.

—Sois muy graciosillas las dos, ¿no? —suspiro. No tendría que haberlas presentado—. Vamos, Cosa Uno y Cosa Dos.

—¿Eso te convierte a ti en el gato Garabato? —se burla Hart.

Le doy un cachete en el culo cuando pasa por mi lado para enfilear la puerta a modo de respuesta. Le parece graciosísimo, y a Ella también. Sueltan cada vez más chistes malos y citan frases de los libros del doctor Seuss; de los que Hart misteriosamente se acuerda.

Pero con cada kilómetro que pasa, su risa se vuelve más apagada y menos frecuente hasta que un profundo silencio invade la camioneta. Lanzo una mirada atrás y veo a las dos chicas agarradas de las manos. No, no me arrepiento de haberlas presentado. Ojalá se hubiesen conocido antes. Tienen mucho en común y, después de esta noche, creo que se necesitarán la una a la otra más que nunca.

—¿Listas, Cosas?

Hart asiente con nerviosismo mientras que la mandíbula de Ella se tensa. Ojalá puedan olvidar lo que ocurra esta noche. Sea cual sea el resultado, las dos estarán heridas por las acciones de sus respectivos padres, y eso es una mierda.

—Voy a bajar un poco más la calle. ¿Os parece bien que vayamos andando?

—Sí —responde Ella, que baja rápidamente cuando el vehículo se detiene. Hart la sigue con rapidez.

Agarro la cámara de la guantera.

Fuera, Ella está dando pequeños saltos a la pata coja con ambos pies.

—Venga —susurra, y nos hace un gesto para que nos demos prisa.

En cuanto cierro la puerta, sale corriendo por la carretera. Hart y yo nos apresuramos para pillarla.

—Vayamos por aquí —sugiere Ella señalando una valla baja de madera que rodea la entrada al parque que se extiende a lo largo de más o menos una manzana.

La preocupación por Hart se me ancla en el estómago, pero ella escala la valla sin mucho problema. Me relajo. Puede que al final no me estuviese mintiendo y realmente no le duela.

Entramos en la arboleda con cuidado de evitar no pisar sobre ramas que nos puedan delatar. Por suerte, el suelo está compuesto en su gran mayoría por

césped y hierbajos. Está oscuro, ya que los árboles tapan la media luna. Fuera, en el aparcamiento, hay unas cuantas farolas encendidas que iluminan el espacio asfaltado. No hay ningún coche.

¿Hemos llegado tarde? ¿Hemos venido el día equivocado?

—Hart... —comienzo a decir, y empieza a mover la mano con frenesí.

—Calla. Agáchate. Viene alguien.

La luz de dos faros inunda la entrada al parque. Ella y yo nos tiramos al suelo. La cámara se me clava en el esternón. Espero que la ropa oscura nos esconda lo suficiente. El primer coche es uno plateado que me resulta bastante familiar. Es el coche perfecto para un encuentro clandestino. Los coches eléctricos casi no hacen ruido. Si no fuese por las luces, no nos habríamos dado cuenta. Steve aparca su Tesla al fondo del aparcamiento, más allá de donde ilumina la última farola.

—Tenemos que acercarnos —susurro.

Las chicas asienten. Los tres nos ponemos de pie y atravesamos el sinfín de árboles hasta que estamos justo en el borde, donde comienza el aparcamiento. Nos arrodillamos justo a tiempo para ver entrar a otro coche.

—Ese es mi padre —dice Hart.

—¿Dónde está Callum? ¿Y los tipos a los que contrató? —susurra Ella.

—Ni idea. —Miro a mi alrededor—. Puede que por allí. —Señalo al otro lado del aparcamiento, donde hay un puesto de comida y un cuarto de baño en casi completa oscuridad. No soy capaz de divisar a nadie. Mi atención regresa a los vehículos.

Los dos hombres se bajan y permanecen como a seis metros de distancia el uno del otro. Me recuerda a una película mala del oeste. Puede que se disparen mutuamente. Eso resolvería muchos de nuestros problemas.

Me doy un guantazo mental. Ninguna de estas dos chicas necesita ver morir a su padre. «Céntrate, East».

—Tenemos que acercarnos más —dice Hart en voz baja.

Se empieza a mover, pero yo la arrastro de nuevo a nuestra posición.

—No. Te verán.

—Quiero oír lo que dicen.

—Espera. Algo pasa. East, coge la cámara.

La saco y la apunto hacia los hombres. Qué pena que no tenga micro. Apenas se ven algunos detalles en la imagen verde de la lente de visión nocturna. Empiezo a preguntarme si las imágenes, el audio y los mensajes

servirán de algo. Está claro que el padre de Hartley lleva vendiendo sus servicios durante años. Al menos tres veces, si no más. Aunque nos hagamos con estas pruebas, ¿no se librará de ellas por su propio bien?

Redirijo la lente hacia Steve, que se acerca de nuevo hacia su Tesla y abre el maletero. Poco después, el padre de Hart aparece en la pantalla. Ambos se inclinan.

—¿Lo estás pillando? —Ella me tira de la manga.

—Sí.

Me apoyo sobre los codos para obtener una mejor fotografía. Saco varias de ellos mirando el maletero. Esta es una mierda de prueba, decido. Las fotos de dos personas mirando el interior de un maletero no tendrán ninguna validez. Necesitamos algo más. Necesito una foto de la bolsa y de los hombres en el mismo encuadre. Me acerco ligeramente.

—¿Lingotes de oro? —medio grita el padre de Hart, o al menos lo dice lo bastante alto como para que su voz llegue a nosotros—. Esto no puedo cambiarlo. Te dije que quería efectivo.

—Mis cuentas... congeladas... termine el caso —responde Steve. Señala el oro como si fuese de lo más normal guardar lingotes de oro en el maletero de un Tesla.

El señor Wright maldice y luego se aleja enfadado. Aguanto la respiración. ¿El acuerdo se cancela debido a eso? ¿Cuán estúpido es el padre de Hartley? Fácilmente podría llevar esos lingotes de oro a un corredor de bolsa y cambiarlo por dinero en efectivo si eso es lo que quisiera. Mi anterior sensación de temor regresa con fuerza.

—Yo tengo efectivo —anuncia un tercer hombre.

Todos se sobresaltan.

Steve se lleva una mano al bolsillo de su abrigo. El señor Wright se tambalea hacia atrás de la sorpresa. A mi espalda, oigo dos gritos ahogados. Estoy demasiado impresionado como para moverme o hacer ningún ruido.

—¿Qué narices estás haciendo aquí? —exclama Steve.

Mi propio padre da un paso al frente. Extiende los brazos hacia delante con una bolsa negra en cada uno.

—Estoy aquí para ofrecerte un trato, Steve. No quieres ir a la cárcel, pero si eres libre, Ella no va a poder dormir ni una noche sola. Y no puedo permitir. —Hace una pausa—. Te debo mucho. Eres mi mejor amigo..., pero mis hijos son más importantes.

Callum deja una de las bolsas en el suelo y luego recorre medio aparcamiento y suelta la otra. Cuando habla, lo hace elevando mucho el tono de voz para que lo oigan.

—En esa bolsa hay una nueva identidad y suficiente dinero en efectivo como para que puedas volver a empezar cómodamente. Te pasaré dinero una vez al mes para que vivas como quieras, siempre y cuando te mantengas alejado de Ella. Lo único que quiero a cambio son las grabaciones que sé que tienes de todas y cada una de las conversaciones que has mantenido con Wright.

El padre de Hart suelta lo que parece ser un gruñido. Nadie le presta atención.

Callum señala a sus pies.

—Esta solo tiene dinero. Es para ti, Wright. Es un anticipo de los cinco millones de dólares que te pagaré por procesar a Steve O'Halloran de forma satisfactoria.

Durante el espectáculo de mi padre, las dos chicas han gateado hasta llegar junto a mí al borde del aparcamiento.

—¿Qué narices hace? —sisea Ella.

Mi padre está haciendo que los dos hombres se vuelvan el uno contra el otro, pero no sé qué quiere conseguir. Yo quiero que ambos sufran. ¿Dónde está esa solución? Quiero la bolsa número tres.

El tiempo se ralentiza mientras esas dos personas horribles consideran sus opciones. Cuento los latidos de mi corazón con cada segundo que pasa. A mi lado, Ella permanece inmóvil. No creo que esté respirando siquiera. Hart me agarra el hombro. Sí que es como una película mala del oeste. Una pequeña carcajada se queda a medio camino en mi garganta. Esto es ridículo. Tanto que espero que un banjo empiece a sonar de fondo.

El señor Wright carraspea.

—Acepto el dinero.

—Y una mierda. —Steve hunde la mano en el bolsillo de su abrigo y saca la pistola.

Una de las chicas ahoga un grito. Yo agacho sus cabezas, pero es demasiado tarde. Los tres hombres dirigen sus miradas hacia nosotros.

—Maldita sea, Callum. ¿Qué has hecho? —gruñe Steve. Alza el cañón de la pistola y yo salgo de mi escondite.

El miedo que me atenaza los huesos logra que me mueva. Steve se llevó a mi madre. No se va a llevar a mi padre también.

Capítulo 32

Hartley

Yo no oigo el disparo, solo su eco en el parque. No veo a mi padre caer, porque tengo toda la atención puesta en Easton, que ha echado a correr para llegar junto al suyo. No me percató de que es mi padre el que grita de la sorpresa, y no East, Callum o Ella, hasta que el chillido de esta última me saca del trance.

—¡Señor Wright!

—Papá...

Me acerco dando tumbos hasta él, tumbado en el suelo.

No se ha movido desde el disparo. Tiene el brazo estirado sobre la cabeza, como si quisiese agarrar la bolsa del dinero.

—Papá. —Caigo de rodillas junto a su cuerpo.

El alivio me embarga. Sigue respirando. Su pecho sube y baja. Pero tiene una mueca de dolor, y hay sangre en su boca. Yo nunca quise esto. Nunca me imaginé que así concluiría todo. Pensé que conseguiríamos las pruebas. Pensé que se publicarían artículos de periódico y habría demandas y juicios. No creía que hubiese armas, violencia y sangre de por medio. Me tiro de la manga e intento limpiársela.

—Te pondrás bien —susurro. Rebusco en el bolsillo de su abrigo en busca de un teléfono. La sangre borbotea con cada respiración que lucha por dar, empapándome así los dedos—. Voy a llamar a una ambulancia. Te salvarán.

Me agarra la muñeca con una fuerza sorprendente y me clava las uñas en la cicatriz.

—Tú me has matado —escupe.

El corazón me da un vuelco.

—No lo dices en serio.

Me deshago de su agarre y presiono la herida.

Él jadea de dolor.

—Si hubieses mantenido la boca callada... no estaría aquí. Tendría que haberte roto... más que la muñeca... Tendría que haberte empujado más fuerte en el hospital.

—¿E-empujado? —¿En el hospital? ¿Está hablando de la noche que me caí y me golpeé la cabeza? De repente, me siento mareada.

Un acceso de tos corta su molesta risa.

—Te tropezaste... con ayuda.

Las lágrimas se agolpan en mis ojos. Ay, Dios. ¿Mi padre es el causante de que haya perdido todos mis recuerdos? ¿Él me hizo esto?

—Yo nunca os quise, niñas... A ninguna... a ninguna... —repite con dificultad—. Una carga, eso es lo que erais las tres. Una carga inútil y muy cara.

Rueda para ponerse bocabajo con mucho esfuerzo y se arrastra por el pavimento hasta que tiene la bolsa a su alcance.

—Deja de moverte —le ordeno, haciendo acopio de todo el coraje y yendo tras él. Está demasiado débil ahora como para apartarme. Lo vuelvo a tumbar bocarriba y grito con la cabeza vuelta hacia atrás—: ¡Ayuda! Mi padre está sangrando. Ayuda.

—No... quiero... ayuda. —Intenta apartar mis dedos de su pecho, donde la sangre sigue borboteando como una pequeña fuente—. Déjame morir..., inútil.

—Aléjate, Hart. —Unas manos fuertes me agarran de los hombros—. Mi padre ha llamado a una ambulancia. Llegarán pronto.

—Está herido, Easton. Mi padre está herido. —Pero está más que herido. Sus ojos miran ciegos al cielo. Su pecho ha dejado de moverse.

Easton esconde mi cara contra su hombro para que deje de mirar el rostro inerte de mi padre.

—Lo sé. Lo siento.

Me aferro a él a la par que las horribles confesiones de mi padre dan vueltas en mi cabeza. Ojalá la pérdida de memoria empezase hoy. Una hija no debería oír a su padre decir que la quería muerta; que, si pudiese retroceder en el tiempo, le habría hecho más daño. Las lágrimas me escaldan las mejillas. Ya ha obtenido lo que quería. Sus palabras, su confesión y su rechazo me están haciendo añicos.

—Todo va a salir bien — murmura East contra mi pelo.

Pero el frío sonido de una pistola siendo cargada me indica otra cosa distinta.

—Easton, hijo, ven aquí junto al resto de tu familia.

Ambos levantamos la mirada y vemos la pistola de Steve apuntado hacia nosotros.

—¿Qué estás haciendo? —gruñe Easton, que se pone frente a mí al instante.

—Vamos a resolverlo nosotros mismos. Tú, yo, tu padre y Ella. Nunca te habría hecho daño, Ella. Lo sabes, ¿verdad? Eres mi hija. Tenía que asustar a Dinah y tú estabas allí.

—Me apuntaste con una pistola, ¡justo como lo estás haciendo con Easton!
—exclama Ella.

—No. Estoy apuntando a la señorita Wright. Yo nunca le haría daño a Easton, al igual que nunca te habría hecho daño a ti. Callum lo sabe, ¿verdad, amigo?

—¡Steve! —grita Callum—. Para.

Steve responde algo en una voz muy baja e ininteligible. O quizá soy yo la que no oye debido al pánico y al horror que han invadido mi cabeza.

—Vas a tener que dispararme a mí para llegar hasta ella. —Easton extiende los brazos a los lados; sus hombros están completamente rígidos.

—No. Ya basta —espeto. Ya he llegado a mi límite de sangre y muerte. Ya he derramado todas las lágrimas que tenía en el cuerpo. No aguanto ni un minuto más de este drama—. Deténgalo. Señor Royal, detenga todo esto —le suplico al padre de Easton.

Callum entra en acción y se apresura a llegar hasta Steve, que se gira en un acto reflejo. Nunca sabré si apretó el gatillo de forma intencionada o si fue la reacción a una amenaza, pero la bala sale volando igualmente.

—¡Papá! —grita East.

—¡Callum! —hace lo propio Ella.

Yo grito de horror.

Porque no es Callum cuyo cuerpo se sacude al recibir el impacto de una bala. No es Callum quien retrocede de dolor. No es Callum el que se derrumba con la mano en el costado.

No es Callum.

Es Easton.

Ella y yo nos abalanzamos sobre él, pero es Callum quien atrapa a su hijo.

—Dios mío, ¿qué has hecho? —le aúlla a Steve.

El padre de Ella intenta dar un paso, pero le falla la rodilla.

—No. —pronuncia con un crudo estremecimiento—. No —repite.

—Llamad —ordena Callum a nadie en particular, o a todos.

—Ya he llamado a una ambulancia para el señor Wright —se apresura a decir Ella.

—¡Vuélvelos a llamar! —grita Callum.

Aterrorizada, Ella no se puede mover. Cierro el puño y me doy cuenta de que tengo el teléfono de mi padre en la mano. Llamo a emergencias, pero no dejo de mirar a Steve. Todavía tiene la pistola en la mano.

—Servicio de emergencias. ¿En qué puedo ayudarle?

—Herida de bala en el abdomen —tartamudeo—. Herida de bala. Winwood Park.

—Señora, ya hay una ambulancia de camino a esa localización.

—Hay una ambulancia en camino —repito, y dejo el móvil en el suelo. Quiero ir hasta East, pero tengo miedo de Steve. Tiene la mirada perdida. Ya ha disparado a dos personas. No creo que vaya a quedarse ahí.

—Maldita sea, Steve. ¿Por qué? —Los ojos de Callum están inundados de lágrimas. Tiene los dedos cubiertos del mismo líquido rojo oscuro que los míos—. Te he dado la bolsa. Podrías haberla aceptado e irte.

—Habría ido a la cárcel. ¡No puedo ir a la cárcel! —Tiene los ojos de un loco y la voz temblorosa—. Yo solo quería librarme de los Wright. Sabía que tú y yo podíamos solucionarlo. No quería que esto pasara. Tienes que creerme. Nunca, jamás, le habría hecho daño a Easton. Es mi hijo.

Si todavía me quedase aire dentro, habría ahogado un grito.

—No —niega Callum con rotundidad—. Easton es hijo mío en todos los sentidos. Siempre ha sido hijo mío.

—No lo es —insiste Steve—. Maria y yo estuvimos viéndonos de forma intermitente. Ella se sentía sola y yo la consolaba.

—¿Te crees que soy tonto? Yo lo sabía. Pues claro que lo sabía, joder. —Callum niega con la cabeza—. Easton es una copia de ti. No en apariencia, sino en todo lo demás.

—No es tu hijo —suelta Ella. Atraviesa a Callum con el ceño fruncido—. Easton no se parece en nada a ese... a ese... monstruo.

El tono de voz de Callum se suaviza.

—Tienes razón, cielo —le dice—. East no lo ha sacado todo de él. Mi niño tiene corazón. Se preocupa, mucho, por los demás. —Su mirada se desvía un segundo hacia mí antes de regresar junto a Steve—. Pero las adicciones, la impetuosidad, la inconsciencia que no siempre puede controlar, los cambios de humor... Eso sí que lo ha heredado de ti, Steve.

Más que negarlo, el otro hombre asiente.

—Por eso nunca le pregunté a Maria —dice Callum—. Quería a Easton como si fuese mío, porque lo es. Él es mi hijo. No me importa una mierda que compartáis el mismo ADN. Él es mío, y no voy a dejar que me lo quites.

Las sirenas resuenan en la distancia; se oyen cada vez más fuerte a medida que la ayuda se acerca.

Me tenso. ¿Puedo lanzarme contra él? ¿Puedo quitarle la pistola de la mano? Tengo que hacer algo. No voy a perder a nadie más sin luchar. Así que me pongo en cuclillas y me preparo.

—Úsame, Steve —suplica Callum—. Coge el dinero y secuéstrame. Te sacaremos de aquí. Pero deja a mis hijos en paz.

—¿Cómo hemos llegado a esto, Callum? ¿Cómo se han visto reducidas nuestras vidas perfectas a este parque de mierda y a una bolsa llena de dinero? Se suponía que seríamos los reyes del mundo. Somos Royal. —Luego suelta una horrible risotada—. No. Vosotros sois Royal. Yo solo soy un parásito. Soy un amigo de mierda e incluso un padre peor. Me acosté con la mujer de mi mejor amigo. Dejé que él educara a mi hijo. Abandoné a mi hija. Pero he matado para protegerte a ti. Maté a esa mujer para protegerte a ti.

—Lo sé —responde Callum. Suelta un suspiro tembloroso—. Sé que nunca tenías intención de herir a nadie. Por eso te suplico que te vayas y no causes más daño.

Steve niega con la cabeza.

—No duraré ni un día en la cárcel. Ni un día. Cúbrele los ojos, Callum. Te quiero. De verdad.

Se lleva la pistola a la sien, y antes de que pueda llegar hasta él, aprieta el gatillo.

Ella grita.

Callum se derrumba.

Yo caigo sobre el pavimento junto a Easton.

—Vamos a salir de esta —le susurro—. Te lo prometo. Te lo prometo.

Sigo repitiéndome eso incluso cuando lo suben a una camilla, lo meten en la ambulancia y se marchan. Se lo repito a Ella, que me agarra de la mano con tanta fuerza que los dedos se me duermen. Lo digo durante todo el trayecto hasta el hospital, durante la larga espera mientras lo operan, hasta que por fin se despierta horas y horas después y me ofrece esa sonrisa torcida y devastadora suya.

—Vamos a salir de esta —me dice, y apoya su mano sobre la mía—. Te lo prometo.

Capítulo 33

Hartley

—Siento como si viviera aquí —exclama Easton, cabreado.

Solo han pasado tres días desde la operación, pero por cómo se queja, parece que hayan pasado cuatro años. Estoy tan acostumbrada a sus gruñidos que ni siquiera levanto la vista de mi libro de texto.

—Menos mal que el edificio lleva tu apellido.

Se ríe y después gime.

—Deja de decir cosas graciosas. Me duele al reírme.

Finjo una expresión de sorpresa.

—¿Quién habría imaginado que te dolería el estómago después de que te extirparan un riñón?

Él suspira.

—¿Sigues enfadada?

Bajo la voz y repito sus palabras.

—No hagas nada peligroso. Solo iremos a sacar fotos.

—Vale, igual sí que fui un poco temerario.

Lo miro por encima del libro.

—¿Un poco? Eso es como decir que el aguacero de treinta centímetros de ayer fueron unas meras gotitas.

Gruñe una respuesta y, después, apoya la cabeza contra las almohadas.

—Ahora ya sé por qué Seb se moría por irse. Creo que empeoro con cada minuto que paso en esta cama. ¿No debería moverme? ¿Hacer terapia física o

alguna mierda?

—No lo sé, doctor Royal. Ya que eres el experto, dímelo tú.

—¿Siempre has sido así de sarcástica o esto es un método nuevo de tortura?

—Nuevo método de tortura —respondo.

Da una palmada al costado de la cama.

—Creo que tu tortura sería más efectiva si estuvieses más cerca.

Dejo mi libro de Cálculo a un lado.

—¿Sí? —Miro hacia la puerta. La última vez que la enfermera me pilló tumbada en la cama con él casi me echan. Solo su arrogante recordatorio de que es Easton Royal me salvó. La riqueza tiene sus ventajas.

East me hace sitio y se encoge un poco al moverse.

—Creo que las habitaciones VIP deberían tener camas más grandes — comenta.

Me subo y apoyo la cabeza en la mano.

—No creo que sean para dos personas.

—Ya, bueno, quizá si fuesen más grandes y un tío pudiera dormir con su novia, se recuperaría antes.

—Lo dejaré en el buzón de sugerencias antes de irme a clase mañana.

Easton me acaricia la frente con un dedo.

—Te lo agradezco.

Nos miramos. Hemos pasado mucho tiempo desde que se despertó mirándonos, memorizando cada centímetro del otro. Ambos nos sentimos muy agradecidos de estar vivos. Detengo su mano en mi frente y me llevo sus dedos a la boca. Entrelazo nuestras manos y las coloco sobre su pecho, donde siento el latido rítmico de su corazón.

Es raro, porque mi vida está dividida en dos mitades, pero la línea de separación no la marca el accidente y la pérdida de memoria, sino lo que ocurrió en el parque. Antes del parque no tenía respuestas. Ahora las tengo todas, pero saberlas no me hace sentir mejor. Antes del parque había considerado seriamente romper con East porque su hermano Sebastian se oponía a que estuviéramos juntos. Después del parque, solo Dios podría lograr separarnos. E incluso entonces, creo que lucharía contra viento y marea para regresar a su lado.

Easton me besa los nudillos.

—Lo siento, por todo. —«Todo» hace referencia a que su padre mató al mío.

—Yo también.

Cuando mi madre llegó al hospital, estaba iracunda. Iba a demandar a los Royal. Iba a mandar a todo el mundo a la cárcel. Creo que también se refería a mí. Le expliqué lo de las pruebas que teníamos contra papá por extorsión y se calló.

Los delitos de mi padre al final saldrán a la luz. La policía encontró una memoria USB en el bolsillo de Steve que contenía información sobre todos los tratos sucios de papá; no solo con Steve, sino con muchos otros, incluida la señora Roquet. Steve pensaba usarlo como seguro, en caso de que mi padre lo traicionara. Sí que es cierto que no hay honor entre ladrones.

—¿Cómo está el Astor Park?

—Eres un héroe. Creo que van a organizar una celebración en tu honor. Ella le está contando a todo el mundo que te lanzaste frente a una bala para salvarme a mí, a tu padre, a ella e incluso a todo Bayview. —Le doy una pequeña palmada en la mejilla. Y luego, añado algo más seria—: Nadie sabe lo que dijo Steve al final.

—No me importa —contesta él—, creo que estar a punto de morir te hace ver lo que es realmente importante. Callum me ha criado desde que nací. Nunca me ha dejado entrever que sabía que no era su hijo biológico, pero a él lo de la sangre no le importaba mucho, ¿eh? A Steve solo le importaba él mismo. Y el puto cobarde se suicidó porque no quería ir a la cárcel. Qué cabrón. —Emite una risa rota, porque le duele más de lo que quiere admitir—. Pero, en serio, sé quién es mi familia. Gid, Reed y los gemelos son mis hermanos. Ella es mi hermana. Callum, mi padre. Maria, mi madre. Tú, mi corazón.

Parpadeo para mantener las lágrimas a raya. Cualquiera podría pensar que ya no me quedaban, puesto que no he hecho nada más que llorar desde que desperté en el hospital sin memoria.

—He visto al doctor Joshi en el pasillo. Me ha preguntado qué tal mi memoria y le he dicho que sigue siendo una mierda.

—¿Sí?

—Me ha dicho que probablemente nunca recupere todos mis recuerdos.

—¿Cómo te hace sentir eso?

—Sorprendentemente bien. Es decir, puede que en un año me venga abajo en la cafetería de la universidad por culpa de la ansiedad, pero por ahora lo llevo bien. Dylan está sana y salva. Tú estás vivo. Eso es todo lo que importa.

Permanecemos sentados durante un buen rato simplemente sonriéndonos,

porque, no hace tanto, estuvieron a punto de arrebatarnos este simple placer para siempre.

Un golpe en la puerta hace que me aleje de Easton, que frunce el ceño.

—¿Quién es? —gruñe.

—Yo.

Alzo la vista y veo a uno de los gemelos en la puerta.

—Seb —saluda Easton con desconfianza.

—Voy a por algo de helado para los dos —anuncio con rapidez.

Easton no quiere pelear con su hermano, pero sé que lo hará por mí. Y eso es lo último que quiero.

—Espera. En realidad, he venido a hablar contigo —me dice Sebastian.

—¿Sobre qué?

East se levanta y fulmina a su hermano con la mirada.

—Voy a disculparme, ¿algún problema? —Seb alza la barbilla en señal de irritación.

Me apresuro a coger una silla y la coloco junto a la que yo estaba ocupando.

—Entra, por favor. —Me rio nerviosa ante mi propia arrogancia—. Qué cosa más estúpida he dicho. Como si no pudieras entrar en la habitación de tu propio hermano.

Me dirijo al armario, donde he estado guardando un pequeño arsenal de contrabando de Cheetos, chucherías con picapica y Reese's Peanut Butter Cups que le he dado a Easton entre sus horribles comidas del hospital.

—¿Quieres algo?

—No. —Seb niega con la cabeza—. ¿Puedes... acercarte?

—Te quiero, Seb, pero que esté en una cama de hospital no significa que no pueda darte una paliza por tratar mal a Hart.

—¡Easton! —chillo, consternada—. Deja hablar a tu hermano.

—Sí, déjame hablar, capullo. —Arrastra la silla hacia atrás y se deja caer con un soplido—. Siéntate. —Señala el asiento libre—. Por favor —añade.

Le hago caso.

—Lo siento —exclamamos a la vez.

En la cama, Easton se echa a reír y se relaja contra las almohadas.

—Puede que este sea el momento más entretenido desde que Hart le tirara la bebida encima a Felicity y todos viésemos cómo se resbalaba en el suelo como una idiota.

—Cállate —estalla Seb al mismo tiempo que yo grito: «¡Easton!».

Hace el gesto de cerrarse la cremallera de la boca.

—Lo siento, Sebastian. Siento lo que te ha pasado. Si pudiera cambiar las cosas, lo haría.

El hermano de East asiente despacio y frunce el ceño.

—Sí, yo también lo siento. —Se pasa una mano por la boca—. Mira, no debería haber dicho lo que dije. A veces tengo como una nube en la cabeza y la presión crece y crece. Intento contenerla, pero cuando lo hago, todo es peor. Sé que no debería decir ni la mitad de lo que digo, pero al final lo hago de todas formas. No puedo pararlo y nadie, nadie, lo entiende.

Me mira con ojos desesperados y suplicantes, y yo experimento tal conexión con él que siento que estoy en su cabeza. Ha cambiado de forma irrevocable. No será capaz de ser el que era antes. No puede, y quizá yo sea la única que lo entiende de verdad. Nuestras cabezas son muy frágiles, pero nuestros corazones lo son todavía más.

Cuando dice «nadie», se refiere a su gemelo. Los han partido por la mitad. Sawyer no quiere separarse del lado de su hermano nunca, mientras que Sebastian intenta descifrar cuál es su lugar en este desquiciado mundo.

Quiero envolver mis brazos en torno a este pobre chico perdido y abrazarlo, pero sé que lo odiaría. Lo único que puedo hacer es asentir para hacerle saber que no está mal sentirse como se siente y que no es una mala persona por cambiar.

—Lo sé —digo—. No eres el mismo Sebastian que antes y nunca lo serás. Y no pasa nada. Todo irá bien.

Asiente después de fruncir los labios. Se pasa una mano por los ojos y se levanta.

—Buena charla, Wright. Nos vemos.

Me vuelvo y veo a Easton mordiéndose el labio inferior, preocupado.

—Lo solucionará —le aseguro a mi novio—. Pero tenemos que dejar que lo haga por su cuenta.

—Idiota —murmura de forma cariñosa Easton mientras me tumbo a su lado—. No nos importa que sea un idiota con mala hostia. Simplemente nos alegra que esté vivo.

—Lo sabe. Aceptar los cambios es lo duro. —Me acurruco contra él con cuidado de no rozarle la cicatriz.

Él apoya la barbilla sobre mi coronilla.

—Y tú, ¿cómo llevas lo de lidiar con todo? Tu madre te ha estado gritando por teléfono.

—Lo has oído, ¿eh?

—Difícil no hacerlo —admite.

Suspiro y le acaricio el pecho con la nariz al tiempo que inhalo su aroma masculino.

—Tiene miedo. Toda su vida va a ponerse patas arriba. Tenía el sueño de unirse al club de campo y de llegar a ser anfitriona de reuniones y tomar el té con las primeras damas de Bayview. Ahora tendrá suerte si no le tiran piedras en la gasolinera.

—Preferiría que me tiraran piedras a beber esa mierda con la madre de Felicity —declara Easton.

—Toda persona en su sano juicio elegiría la gasolinera por encima de la madre de Felicity. En la gasolinera hay perritos calientes —le recuerdo.

—Cierto. Eso sí que es el néctar de los dioses. —Se ríe y vuelve a gemir—. Joder, no me hagas reír. —Alza la barbilla—. Voy a cuidar de ti. Mi padre también. No piensa dejarte en la calle. Ahora eres una Royal.

Sella su promesa con un beso.

Ser una Royal no significa que mi apellido sea el mismo que el suyo o que viva bajo el mismo techo, o que lleve la placa del Astor Park en la ropa. Solo significa que hay un grupo de gente que me recibe de buena gana y un chico que me quiere. Si puedo aceptar eso, entonces soy una Royal.

Steve O'Halloran nunca lo entendió. Nunca se dio cuenta de que todos estos años, Callum lo llevaba en su corazón, y le ofrecía amor, perdón y aceptación a pesar de sus malas obras. Trató de buscar algo que lo llenase y nunca lo encontró; ni en el dinero, ni en los coches ni en el peligro. Se acostó con Maria Royal, no porque la quisiese, sino porque quería lo que Callum tenía. Una familia de chicos fuertes e increíblemente leales. Que aman con todo su corazón. Que luchan por lo que creen que es justo, bueno y valioso en este mundo.

Podría dejarme entristecer por la pérdida de mis recuerdos Podría pasar horas quejándome de que mi padre nunca me quiso, de que a mi madre le interesa más el dinero y de que puede que lleve un tiempo que mis hermanas vean que estamos del mismo lado. De hacer eso, me convertiría en alguien como Steve, Felicity o Kyle, porque el odio consume mucho espacio en un corazón donde no hay cabida para la alegría.

En lugar de ello, puedo ser una Royal y abrir mi corazón para recibir todo el maravilloso amor que Easton quiere darme. Así que rodeo a mi sol con los brazos y dejo que me caliente por dentro y por fuera.

Soy una Royal porque Easton Royal me ama.

No hay nada más puro e increíble en el mundo que eso.

Capítulo 34

Hartley

—¡T e están esperando, Hart! —grita mi hermana Dylan al final de las escaleras.

—Ahora mismo bajo —grito como respuesta.

—Yo me ocupo de esto —me dice Easton—. Ve.

«Esto» es montar la cama que nos han traído esta mañana. Ahora, Dylan y yo vivimos con los Royal, lo cual es lo más surrealista del mundo. Pero no teníamos adonde ir cuando nuestra madre y Parker se mudaron a Virginia. El escándalo fue demasiado para ambas. En defensa de mamá, debo decir que lo intentó, pero cuantos más casos salían a la luz de fraudes y condenas suprimidas, no pudo soportarlo más. Después del primer año, hizo las maletas. Parker la siguió poco después.

Afortunadamente, Callum se ofreció a acogernos a Dylan y a mí. Tal y como Easton había dicho, éramos Royal; o al menos así nos trataba Callum y el resto del mundo. Al principio, nos quedamos en la casa, pero Dylan y yo somos independientes, y creo que Callum se dio cuenta de que estaríamos más cómodas en nuestro propio espacio. Así que limpió el piso de arriba del garaje, que había usado hasta entonces como almacén. Después encargó a un contratista que lo reformara y lo convirtiera en un apartamento para nosotras.

East ha estado al mando del proyecto, lo cual ha servido para dos cosas: demostrar que está convirtiéndose en un adulto responsable y asegurarse de que tenemos algo de privacidad, porque me niego a irme del apartamento y dormir en su cuarto mientras mi hermana pequeña está aquí.

Durante muchas noches se ha quedado en el sofá. Debo admitir que me hace sentir segura. Ambos nos hemos tomado un año sabático antes de ir a la universidad. Yo quiero pasar tiempo con Dylan y a East le han permitido volver a volar. Me dijo que no le importaba no ir a la universidad. Yo le di un libro sobre ingeniería con la esperanza de que cambiase de opinión.

A eso hay que añadirle que tanto Dylan como yo tenemos nuestros propios cuartos y baños, además de una cocina y un pequeño comedor. Incluso hay un pequeño porche en la parte trasera y, si te inclinas en la esquina, se ve el océano.

—Tú también deberías irte. Eres el caballero de honor —le recuerdo.

—Se le dice padrino —insiste—. ¿Cuántas veces le tengo que recordar a la gente que mi papel es el del padrino?

—Sí, claro, caballero de honor —lo provooco antes de irme corriendo para que no ponga en práctica el castigo que tiene en mente. Bajo las escaleras, cruzo el camino adoquinado y entro por una puerta lateral a la mansión de los Royal.

Crecí en una casa grande, pero la de los Royal está a otro nivel. Al igual que su vida. Es muy glamurosa, pero cualquiera que conozca a los Royal sabe que toda esa riqueza tiene un precio.

Sin embargo, hoy no vamos a pensar en el pasado. Hoy es un día de celebración. Un día para fijar nuestra mira en el futuro.

No he recuperado todos los recuerdos. Hay una parte de mi vida que es como un gran agujero. Pero si tuviera que empezar de cero, este parece el lugar adecuado para ello. Easton dice que la primera vez que lo besé fue en la noria, y que manteniendo la tradición fui la primera que lo besó otra vez. Creo que lo que intentaba decir era que hoy soy la misma persona que hace un año y que la pérdida de memoria no me ha cambiado.

Cometí errores en el pasado. Nunca debí haber abandonado a Dylan, aunque, cuando yo tenía catorce años y ella diez, no me quedaron muchas opciones. Ella me prometió que nuestro padre nunca le pegó, pero no negó que abusó psicológicamente de ella. Se burlaba de su enfermedad y no se la tomaba en serio. Mamá se avergonzaba de ella. Toda esa ansiedad solo sirvió para empeorar su estado. Dylan no quería tomar la medicación porque quería fingir que no la necesitaba. Así, las críticas de mis padres no surtirían efecto.

Ahora está mucho mejor. Los hermanos Royal la han acogido bajo su estela y le consienten todo. Pero Easton es el que mejor se ha portado, porque le dijo que él se sentía igual. Reconoció sus sentimientos e hizo que aceptara que su bipolaridad era como una enfermedad física. Dylan lo adora. Creo que me tiraría

al mar si tuviera que elegir entre los dos.

Easton lucha contra sus propios demonios. A veces, cuando ha tenido un día estresante, sé que quiere beber. Le tiemblan las manos. Recorre toda la sala con la mirada y tiene que irse a hacer algo, ya sean largos en la piscina, correr por la playa o, si Dylan no está, puedo cansarlo de otra manera.

Empieza a hacer calor, pero hay una suave brisa vespertina que proviene del océano. Es el día perfecto para una boda.

Paso por el comedor con capacidad para catorce y camino por el suelo de mármol bajo la araña de cristal, que brilla tanto que podría rivalizar con el sol. En la parte de delante, la grandísima habitación ha sido transformada en un salón de belleza. Callum ha contratado a un montón de personal: camareros, trabajadores de *catering*, peluqueros, esteticistas, músicos... Siento que medio Bayview ha venido a preparar el evento.

—Bien, has llegado. Estaba a punto de ir a buscarte.

Se acerca Dylan. Su pelo largo, tan parecido al mío, tiene trencitas alrededor de la corona. Un elemento de cristal y esmaltado con flores se encuentra tras esas trencitas y alrededor del cuello lleva un simple collar con las mismas flores esmaltadas.

Sospecho que la joyería vale más que los coches de mucha gente. Callum Royal se gasta el dinero como si tuviera una impresora en el sótano. Y no hay forma de detener su generosidad. Easton dice que es porque así se siente menos culpable y que, si tengo compasión, debería aceptar sus regalos con una sonrisa.

Es más fácil cuando son para Dylan, porque ella se lo merece todo.

—Estás preciosa —le digo.

—Lo sé. —Se gira y se le levanta la falda—. Ahora te toca a ti.

Dejo que el equipo me vista, me eche perfume, me arregle el pelo, me aplique maquillaje y me coloque tacones con suela roja. A mi lado, la mejor amiga de Ella, Val, recibe el mismo tratamiento, mientras Savannah, la novia de Gideon, juega al UNO con Dylan.

El organizador de la boda asoma la cabeza en la sala.

—Si estáis todas listas, ¿podéis colocaros en vuestro lugar?

Las cuatro nos dirigimos fuera, al amplio jardín que da al interminable mar. Dylan y yo nos sentamos en primera fila, la fila para la familia. Mi hermana coloca su mano bajo la mía. Tenemos los dedos prácticamente igual de largos. Alzo la vista sorprendida. Dylan está creciendo. No me había dado cuenta antes, cuando ha empezado a dar vueltas delante de mí.

Desvió la atención cuando veo a Easton caminar por el arco floral con su hermano mayor tras él. Casi me trago la lengua. Debería estar prohibido que Easton Royal lleve esmoquin. Me pregunto cuántas otras mujeres del público se quedarán embarazadas con tan solo mirar a los dos hermanos Royal.

—Asqueroso —susurra Dylan.

Me paso un dedo por las comisuras de la boca.

—¿Estoy babeando?

—Aún no. —Inspira con desdén—. Pero pronto espero que se te caigan los ojos al regazo. ¿Puedes actuar con más autocontrol? Dais vergüenza.

¿Dais? Alzo la mirada y veo que Easton me mira como si fuese su plato favorito y no hubiera comido en dos semanas. Me sonrojo.

Dylan me da un codazo. Yo se lo devuelvo.

—No, no puedo controlarme.

Soy incapaz de dejar de sonreír, pero Dylan se salva de más miraditas cuando la canción de Bruno Mars, *Marry You*, comienza a sonar.

Todos nos levantamos para ver a Ella Royal caminar por el centro del pasillo; parece una princesa de cuento de hadas, ataviada con un corpiño de raso ceñido con manga corta y una gran falda que parece estar hecha de capas y capas de seda ligera. Su pelo rubio está recogido en un moño delicado que le cae sobre el cuello. En la cabeza lleva una tiara de diamantes y la cola es tan larga que, de estirla, llegaría a extenderse varios metros por el jardín.

Reed Royal se encuentra frente a Easton, enfundado en un esmoquin oscuro y una camisa blanca, pero es el amor puro que brilla en sus ojos azules lo que capta la atención de todo el mundo.

Me gusta creer que no soy demasiado sensiblera, pero lloro durante la boda. Puede que sea un recuerdo del trauma de invierno, cuando asesinaron a mi padre, cuando Easton recibió un disparo, cuando sufrió una larga y dolorosa recuperación después de que le trasplantaran riñón.

Pero también puede que las lágrimas las causen la felicidad. El hecho de estar viva. De que Dylan esté conmigo. De que Easton esté tan sano como siempre. De que su hermana y su hermano se casen, aunque ninguno llegue ni siquiera a los veinte. Reed se lo pidió en Navidad y, para sorpresa de todos, Ella aceptó. Con muchas condiciones, eso sí. Iría a la universidad. Después buscaría trabajo y vivirían solo del dinero que ganasen. Reed lo aceptó todo. Ella podría haber dicho que quería que fuese él quien llevase el vestido y creo que también le habría dicho que sí.

Creo que estaba segura porque había perdido demasiado; a su madre y a su padre. Ahora, no me separo de Dylan ni un segundo, para su consternación.

Pero no soy la única que llora. Dylan también lo hace. Y Val y Savannah. Juro que veo que Gideon se frota los ojos. Callum no esconde sus lágrimas. Y lo de que el rímel es resistente al agua es mentira. Todas las mujeres parecemos mapaches.

En cuanto acaba la ceremonia, la gente contratada para «ponernos guapos» entra para arreglarnos, ya que van a hacernos las fotos y tenemos que estar perfectos en el convite. Easton ofrece un brindis divertido y vergonzoso al recordar cómo Ella se convirtió en parte de la familia.

—Reed juró que no le gustaba, pero luego se iba a la puerta de su cuarto todas las noches y esperaba a que regresase a casa —revela Easton, lo cual hace sonrojar a sus hermanos por razones diferentes—. Era como su perro guardián.

Reed se encoge de hombros e imita un ladrido. Ella se sonroja aún más. Y cuánto más roja se pone, más vitorea la gente. Cuando Easton termina de provocarlos, Gideon se levanta y, después, les toca a los gemelos caldear el ambiente.

Una vez los brindis y los besos con champán han acabado, el DJ pone música y una canción de ritmo rápido invade el jardín. Dylan se remueve inquieta; está deseando salir a bailar. Mira en derredor para buscar una pareja de baile. Su mirada se detiene en los gemelos, que están sentados en una mesa a unos metros de distancia.

—Está bastante bien, ¿verdad? —les pregunta Dylan.

Seb asiente. O quizá es Sawyer. Ya no los distingo. Ambos son sarcásticos, encantadores y peligrosos. Han roto más corazones en los últimos cinco meses de lo que es humanamente posible. Es casi como si participaran en un concurso para ver quién puede acostarse y dejar a más chicas de Bayview antes de pasar a último curso. Pero se portan bien con Dylan, y la prueba está en que no dicen nada sarcástico sobre el matrimonio de su hermano de casi veinte años con su hermanastra de acogida, así que no puedo criticarlos.

Dylan les sonrío con dulzura.

—Y la música está guay.

Ellos vuelven a asentir.

—Y todos están contentos.

Otro asentimiento.

Su sonrisa se ensancha.

—Cuatro años y nos tocará a nosotros.

Pestaño ante el extraño comentario de mi hermana. ¿Cuatro años? ¿De qué habla?

—¿Cuatro años? —Uno de ellos arquea una ceja.

—¿Nos tocará? —El otro muestra una ligera sensación de pánico.

—Claro, entonces ya habré cumplido los dieciocho.

—¿Y? —pregunta el de la ceja arqueada. El otro gemelo, el listo, está casi medio levantado de su silla y parece deseoso de escapar.

—Que entonces nos casaremos —anuncia Dylan.

Casi me trago la lengua. Los chicos intercambian una mirada, como si hablasen en silencio sobre lo poco oportuna que es mi hermana. Ambos se ponen de pie.

—Celebraremos la boda aquí, como Ella, pero con más flores. Me gustan las rosas.

Cubro la boca de Dylan con la mano.

—Está bromeando —le aseguro a los gemelos.

Mi hermana me chupa los dedos.

—Puaj, qué asco, Dylan.

—No bromeo —aclara—. Voy a casarme cuando cumpla los dieciocho.

—¿Con quién?

—Es obvio —continúa—. No se los puede separar.

Y después se va y nos deja a los tres anonadados. La observamos anonadados. Al menos... yo estoy alucinada. No estoy segura de poder interpretar las caras de los gemelos. No. No quiero interpretar su cara. Me vuelvo deliberadamente. No he visto nada, me digo. No pasa nada.

Easton aparece a mi lado con una copa de champán en la mano.

—¿Quieres champán de verdad o el zumo de uva va bien?

—Esto está bien.

Bebo el refresco y dejo que las burbujas me hagan cosquillas en el interior de la boca. Decido que ya me preocuparé de Dylan dentro de cuatro años. No hace falta que le cuente a Easton lo que acaba de pasar. Encerrará a Dylan en la cochera y no la dejará salir. Es solo una etapa. La dejará atrás. Espero.

—Nunca pensé que daría un brindis en una boda ni que bebería zumo para celebrarlo.

Arruga la nariz.

—Ambas cosas son perfectas. Has sido un buen caballero de honor.

—Padrino.

Sonrío, bebo de nuevo y después me giro hacia el agua oscura que choca en silencio contra la arena.

—¿Qué hacemos aquí? —pregunta Easton, apoyando la barbilla sobre mi coronilla.

—Estoy creando un recuerdo.

—Ah. —Me rodea los hombros con los brazos—. Creo que sería mejor si te quitásemos el vestido.

Me estremezco, pero no de frío.

—Antes, mi hermana me ha dicho que deberíamos irnos a un hotel.

Easton me besa el lateral del cuello.

—Dylan es la chica más inteligente que conozco.

Sonrío, me da la mano y me lleva a través de la pista de baile, bajo un arco floral, por el camino adoquinado y por las escaleras de nuestra casa, para seguir creando nuevos recuerdos.

Agradecimientos

Debemos agradecer especialmente a Jessica Clare y Meljean Brook, quienes han leído y releído este libro y han ayudado a que se convierta en lo que es hoy.

Por supuesto, todos los errores son nuestros.

Y gracias a los lectores que tanto adoran a los Royal. Esperamos que hayáis disfrutado leyendo estos libros tanto como nosotras creándolos.

Manteneos al tanto de nuestras próximas aventuras.

Sobre la autora

Erin Watt es el pseudónimo bajo el que se esconden Jen Frederick y Elle Kennedy, autoras de éxito en Estados Unidos. Su pasión por la escritura las embarcó en esta aventura creativa.

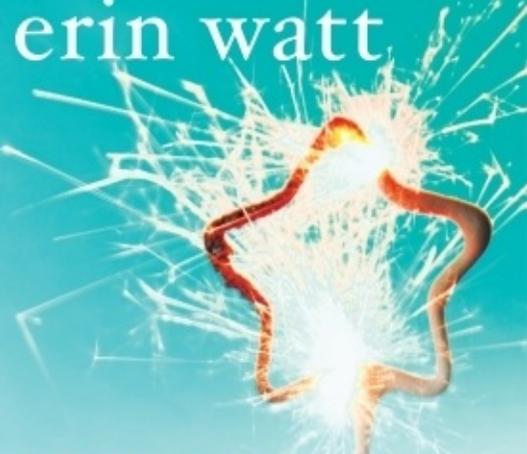
El palacio malvado es el tercer libro de la saga *Los Royal*, una intensa y deliciosa trilogía que ha sido comparada con *Gossip Girl*. *El palacio malvado* ha llegado a las listas de los más vendidos del *New York Times* y el *Wall Street Journal*, junto a los otros dos títulos de la saga, *La princesa de papel* y *El príncipe roto*.

Jen Frederick es escritora *best seller* de novela romántica, autora de las sagas *Woodlands* y *Gridiron*.

Elle Kennedy también es autora *best seller* de novela romántica. Sus obras se caracterizan por sus grandes dosis de suspense y sus fuertes heroínas.

AUTORA BEST SELLER DEL NEW YORK TIMES

erin watt



CUANDO ES
REAL

OZ
EDITORIAL

Cuando es real

Watt, Erin

9788417525057

368 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Fiestas, riqueza, fama y una historia de amor digna de HollywoodEl cantante Oakley Ford lo tiene todo: éxito, fama, premios, dinero, millones de seguidores... y una asombrosa habilidad para meterse en problemas. Ahora mismo su carrera está estancada y necesita desprenderse de la imagen de chico malo para que Donovan King, el mejor productor musical del país, acceda a trabajar con él.Oakley se propone demostrar al mundo que ha madurado y la solución pasa por mantener una relación estable con una chica "normal y corriente". ¿Y quién mejor para ayudarlo que Vaughn, una camarera de lo más normal? Vaughn y Oakley fingirán ser pareja para que todos crean que el cantante ha sentado la cabeza, pero ninguno de los dos esperaba enamorarse de verdad.Cuando la realidad supera la ficción, debes escuchar tu corazón";Una novela divertidísima y adictiva!"Katie McGarry, autora de Say You'll Remember Me"Una historia llena de acción y muy ágil, de esas que te obligan a no cerrar el libro."School Library Journal"En cuanto comencé a leer las primeras páginas, me enamoré del libro. Erin Watt tiene una voz fresca y adictiva que te obliga a seguir leyendo."Aestas Book Blog

[Cómpralo y empieza a leer](#)



REBECCA DONOVAN

SERIE BREATHING I

Una razón
para respirar

OZ
EDITORIAL

Una razón para respirar

Donovan, Rebecca

9788416224968

448 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Cuando la esperanza es un frágil hilo, el amor es un milagro Emma Thomas es una estudiante modelo y una atleta prodigiosa, pero también es una chica taciturna y solitaria que esconde un gran secreto. Su vida no es tan perfecta como parece. Mientras los chicos de su edad se divierten, ella cuenta los días que faltan para irse a la universidad y huir de la casa de sus tíos, donde vive un infierno. Pero lo que Emma no esperaba era encontrar el amor. Un amor tan intenso que pondrá su vida patas arriba. Y, entonces, esconder su secreto ya no será tan fácil."Una serie desgarradora pero llena de esperanza que me ha cautivado de principio a fin."Colleen Hoover, autora best seller del New York Times"Una lectura intensa, emocionante y maravillosa."Megan J. Smith, autora best seller del USA Today

[Cómpralo y empieza a leer](#)

C. S.
PACAT



EL PRÍNCIPE
CAUTIVO

OZ
EDITORIAL

SAGA EL PRÍNCIPE CAUTIVO 1

El príncipe cautivo

Pacat, C. S.

9788417525088

224 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Tras los muros de palacio se oculta un mundo de lujuria, conspiración y sangre. Damen es el legítimo heredero del trono de Akielos, pero cuando su medio hermano se hace con el poder, Damen es capturado y vendido como esclavo de placer al príncipe de una nación enemiga, Vere, donde nadie lo conoce. Su nuevo amo, el príncipe Laurent, es atractivo, manipulador y mortífero: encarna lo peor de su país. Pero en la corte vereciana, nada es lo que parece. Cuando Damen se ve envuelto en una lucha de poder, tendrá que trabajar con su enemigo para sobrevivir y salvar a su país. La única regla para conseguir la libertad es no revelar jamás su verdadera identidad. Porque el único hombre al que Damen necesita es también quien más ansía verlo muerto... Llega el nuevo fenómeno mundial de la fantasía épica

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Monica Murphy

Segundas oportunidades

SERIE UNA SEMANA CONTIGO #2



Segundas oportunidades (Una semana contigo 2)

Murphy, Monica
9788416224364
320 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Atrévete a darle una segunda oportunidad al amor Drew ha apartado a Fable de su vida porque cree que no la merece, pero no puede olvidarla. Fable ha intentado pasar página y seguir con su vida. Su madre sigue siendo un problema constante y es ella quien tiene que cuidar de su hermano Owen. Para poder pagar las facturas, Fable encuentra otro trabajo en The District, el nuevo bar de moda de la ciudad, que dirige el misterioso Colin. Pero cuando el equipo de fútbol de Drew elige celebrar un cumpleaños en The District, el corazón de Fable da un salto al pensar que volverá a verlo... Segundas oportunidades vuelve a montar a Drew y a Fable en una montaña rusa de emociones. De la alegría más desbocada a la pena más oscura, Drew y Fable son dos almas que se enfrentan al dolor de su entorno con el poder del amor y la pasión que hay entre ellos.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



REBECCA DONOVAN

SERIE BEATRICES

Una razón
para soñar

OZ
EDITORIAL

Una razón para soñar

Donovan, Rebecca

9788417525095

400 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Solo cuando encuentre el perdón, será capaz de amar Emma Thomas abandona Weslyn y deja atrás a Evan, la única persona que la quiere de verdad, para empezar una nueva vida en la Universidad de Stanford. Pero ya no es la chica que era. Está rota por dentro y vive anclada en un pasado que no le permite seguir adelante. Pronto se dará cuenta de que la única forma de superar el infierno que ha vivido es a través del perdón. Emma deberá empezar a valorarse a sí misma antes de poder dar y recibir el amor que merece. ¿Conseguirá dejar atrás el pasado y recuperar el amor de Evan?"Una serie desgarradora pero esperanzadora que me ha cautivado de principio a fin."Colleen Hoover, autora best seller del New York Times"Cuando la esperanza es un frágil hilo, el amor es un milagro."Tammara Webber, autora best seller del New York Times"Una lectura intensa, emocionante y maravillosa."Megan J. Smith, autora best seller del USA Today

[Cómpralo y empieza a leer](#)